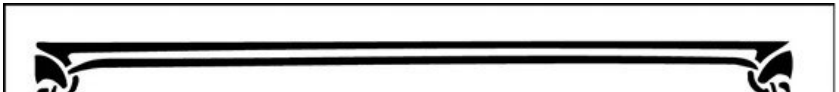
NIKOLÁI GÓGOL

Cuentos de San Petersburgo

Edición de Alfredo Hermosillo

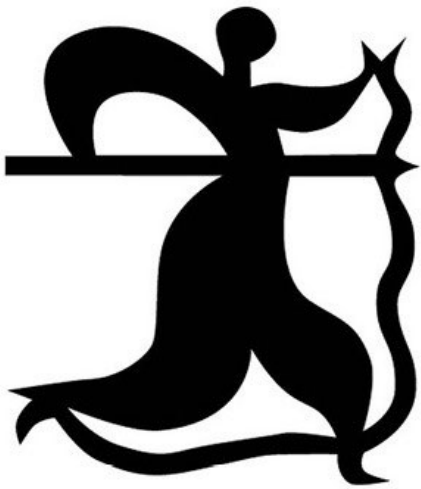
CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES



NIKOLÁI GÓGOL

Cuentos de San Petersburgo

Edición de Alfredo Hermosillo



CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

NIKOLÁI GÓGOL

Cuentos
de San Petersburgo

Edición de Alfredo Hermosillo

Traducción de Alfredo Hermosillo

CÁTEDRA

Índice

INTRODUCCIÓN

Biografía literaria de Gógol

Cuentos de San Petersburgo

Apuntes del estilo gogoliano

El hombre insignificante

Las mujeres, Gógol y el diablo

Esta edición

Bibliografía

CUENTOS DE SAN PETERSBURGO

La nariz

Diario de un loco

El capote

La avenida Nevski

El retrato

APÉNDICE

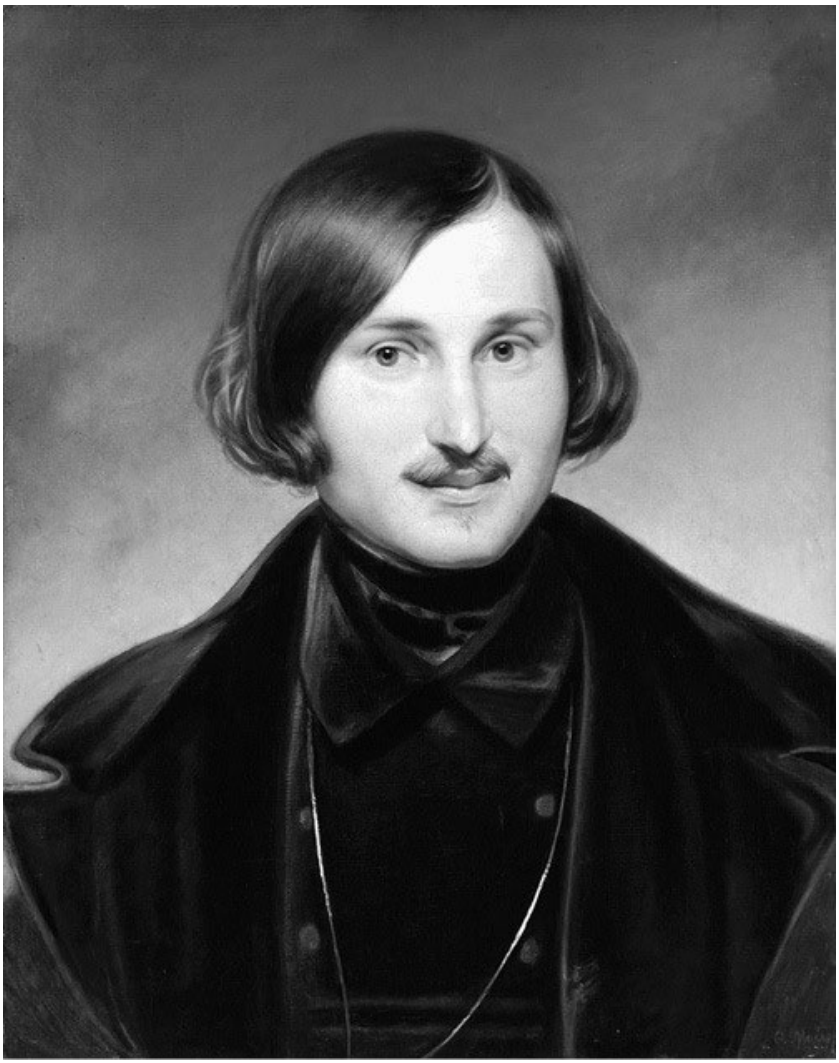
El retrato. Segunda parte

Variantes de redacción

Tabla de rangos

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN



Nilokái Gógol.

BIOGRAFÍA LITERARIA DE GÓGOL

LA vida literaria de Nikolái Vasílievich Gógol (1809-1852) comenzó en 1827, con un par de fracasos rotundos. Ese año publicó el poema Italia, que apareció de manera anónima (y sin pena ni gloria) en la revista El hijo de la patria. Es un preludio de lo que Gógol tratará en profundidad en el relato Roma, pues en ambos describe y enaltece el espíritu italiano, al que considera sagrado:

¡Italia, magnífico país!

Por ti mi alma gime y se estremece.

Toda alegría, idílico jardín

donde el amor espléndido florece [1] .

En mayo de ese mismo año insistió en alcanzar el éxito como poeta con la publicación de Hanz Kuchelgarten. Idilio en escena, bajo el seudónimo de V. Alov. Se trata de un tomo de poemas claramente deudor del prerromanticismo sentimental que predominaba en Rusia. Las pocas críticas que recibió fueron demoledoras:

Hanz Kuchelgarten contiene tantas ineptitudes, los cuadros son tan monstruosos y las audacias del autor se revelan tan inconscientes —ya se trate de ornamentos poéticos, estilo o prosodia— que el mundo no hubiera perdido nada si este ensayo de un joven talento hubiera seguido guardado en el escritorio [2] .

Ante tan mala acogida, Gógol se dio a la tarea de comprar los pocos ejemplares existentes para prenderles fuego. Este par de fracasos, tal vez, lo convencieron de que lo suyo no eran los poemas, y comenzó a intentar con la prosa. En diciembre de 1830 consiguió publicar en Las flores del Norte [3] , bajo el seudónimo OOOO, el primer y único capítulo de Hetman, una novela ambientada en la mitad del siglo XVII y basada en un personaje histórico, el coronel Nizhin. En 1831 aparecieron dos capítulos de El terrible jabalí, otra novela inconclusa. El primer capítulo, titulado El profesor, se publicó en el número 1 de la Gaceta Literaria bajo el seudónimo de P. Gléchik [4] ; el segundo, Misión exitosa, apareció sin firma de autor en el número 17 de la misma revista [5] . Los fragmentos conservados de esta novela guardan mucha semejanza temática y de estilo con Veladas de Dikanka, que Gógol publicaría poco después.

En 1831, con el espaldarazo de su reciente amistad con Pushkin, publicó la primera parte de Veladas de Dikanka. En enero de 1832 la censura autorizó publicar la segunda parte de esta obra. A raíz de la exitosa publicación de la colección de relatos Veladas de Dikanka, consiguió integrarse en el mundo literario de San Petersburgo. Pocos años después se convertiría en el primer gran prosista ruso del siglo XIX.

En septiembre de 1831 y marzo de 1832 fueron publicados los dos volúmenes que ahora forman este libro. Gógol asignó la obra a un escritor ficticio, el apicultor Rudy Pankó, quien a su vez atribuye las historias a varios narradores. Está formada por ocho cuentos inspirados en el teatro popular ucraniano y en temas y ambientes del romanticismo alemán: «La feria de Soróchintsi», «La víspera de Iván Kupala», «Una noche de mayo o la ahogada», «La misiva perdida», «La Nochebuena», «Una terrible venganza», «Un rincón encantado» e «Iván Fiódorovich Shponka y su tía», basados en relatos populares de Ucrania, en los que destaca la presencia diabólica, ya sea presentada en forma cómica mediante la figura de un diablo burlado y apaleado, o como una temible fuerza maligna que todo lo destruye. En estos primeros cuentos de Gógol se percibe la presencia de autores del romanticismo alemán como Tieck, Novalis, Brentano y Hoffman (un escritor muy admirado por Gógol), quienes destacaron por haber mezclado los elementos sobrenaturales del cuento popular con los elementos de la

conciencia narrativa individual (una realidad contemporánea, con fechas y lugares exactos). Sin embargo, hay en ellos aspectos que comienzan a apuntar las principales características del estilo gogoliano: el juego de diferentes voces narrativas, la inclusión de términos coloquiales y vulgares, las constantes digresiones y las ocasionales lagunas de memoria del narrador, que interrumpen, distorsionan u oscurecen el significado de lo que relata.

La prosa de Gógol resultó sorprendente por su originalidad. Fue celebrada por autores tan disímiles como Pushkin («Acabo de leer las Veladas de Dikanka. Me han maravillado. Qué jovialidad verdadera, innata, desembarazada, sin sombra de afectación ni florituras. Y, en ciertos pasajes, ¡cuánta poesía! Es tan insólito para nuestra literatura actual que aún no he vuelto en mí») [6] y Nadezhdin («Nadie había logrado representar la vida de Ucrania de modo tan exacto, con tanta vida y de manera tan encantadora como el noble Colmenero Rudi Pankó») [7] .

En febrero de 1835 vio la luz Mírgorod, anunciado en el volumen como «Continuación de Las veladas de Dikanka». Se trata de su segundo y último libro de tema ucraniano que incluye, además de la primera versión de Tarás Bulba, los cuentos «Viy», «Terratenientes de antaño» y «Por qué riñeron Iván Ivánovich e Iván Nikíforovich». La temática de las narraciones es heterogénea. Tarás Bulba es una novela histórica sobre la vida de los cosacos en el siglo XVI, cuenta la historia del viejo coronel cosaco Tarás y sus hijos Ostap y Andréi, enfrentados contra los polacos. Esta novela sigue todas las convenciones del género en su época, quizá por ello resultó más atractiva para el gran público. Fue elogiada como la mejor obra de la colección («El carácter del coronel cosaco y de sus dos hijos, el campamento, las batallas, las correrías, los judíos, Lituania y Ucrania; todo está descrito de manera vívida y original; el relato es absorbente, los colores locales brillan con asombrosa frescura») [8] . («Tarás Bulba es un fragmento, un episodio de la gran epopeya de la vida de todo un pueblo. Si en nuestros tiempos es posible encontrar una epopeya homérica, ¡he aquí su modelo más sublime, su ideal y prototipo!») [9] .

En «Viy» Gógol ensaya un relato fantástico basado en la demonología popular ucraniana. Narra el encuentro y

enfrentamiento del seminarista Joma Brut con brujas, monstruos y toda suerte de fuerzas malignas que acaban por derrotarlo. Al igual que en Veladas de Dikanka, en los relatos de Mírgorod lo fantástico es fundamental en la concepción artística de Gógol, quien estaba familiarizado con los relatos populares de su tierra natal. En «Lo mágico en Gógol, Turgueniev y Andréiev» [10] , Natalia Arsénteva explica que la figura del diablo fue concebida, en los cuentos del ciclo ucraniano, como la popular personificación del Mal, y que el maligno es a veces un personaje ridículo, pero también puede ser representado como una fuerza trascendente que enfrenta a otros personajes en un combate espiritual. Arsénteva muestra, también, que el realismo inicial de Gógol fue un realismo mágico, libre de escepticismo y dudas existenciales, y que su estética está claramente influida por la tradición, por lo que es poseedora de un didactismo explícito. La autora concluye diciendo que, si bien Gógol contemplaba el mundo a partir de su realidad espiritual nacional, la estructura y las técnicas narrativas de sus relatos se alejan de esta tradición.

Gógol se aleja de la tradición narrativa de los cuentos populares por las razones que ya he comentado. Por lo demás, existen en este primer ciclo creativo de Gógol tres relatos que constituyen una verdadera rareza temática y estilística para su época: «Iván Shponka y su tía», un cuento totalmente ajeno a la temática fantástica de Veladas de Dikanka (quizá por ello ha sido descartado en la mayoría de las ediciones en español), y que prefigura algunas de las principales características de Gógol, como la burla de la trama a la manera de Sterne en Tristam Shandy, la insistencia en los detalles que parecen innecesarios desde el punto de vista discursivo, pero que resultan esenciales en el estilo gogoliano, y la presentación de un personaje insignificante como protagonista. Para Sergio Pitol, Iván Shponka y su tía «anticipa cierta narrativa vanguardista de nuestro siglo. En esa divertida historia, los incidentes cotidianos se ven de repente asediados, atropellados y sumergidos por un galopante flujo irracional, que anuncia ya el delirio de las grandes obras posteriores» [11] .

Las otras dos rarezas son «Por qué riñeron Iván Ivánovich e Iván Nikíforovich», un monólogo escrito en forma de narración cuya mayor virtud radica en el efecto estético logrado por las

fluctuaciones de tono y expresión y la musicalidad y extrañeza de su lenguaje; y «Terratenientes de antaño», que describe la monótona vida de Puljeria Ivánovna y Afanasi Ivánovich, dos ancianos propietarios entregados a la glotonería y sin otra obligación que compartir su afecto y gastarse pequeñas bromas. Al igual que «Iván Shponka y su tía», los argumentos son mínimos, pero están sostenidos por la riqueza del estilo. Esto, sin embargo, no fue valorado por los lectores contemporáneos a Gógol, pues los tres cuentos fueron acogidos con indiferencia, tal vez porque se sintieron timados por una obra en la que no había «normalidad literaria», es decir, personajes interesantes, intriga amorosa y resolución final divertida o conmovedora.

«CUENTOS DE SAN PETERSBURGO» [12]

Se dio este título a una serie de relatos que fueron publicados en diferentes momentos, entre 1835 y 1842. Los cuentos «La avenida Nevski», «Diario de un loco» y «El retrato» fueron publicados en un libro misceláneo titulado Arabescos, en 1835; la primera versión de «La nariz» apareció en la revista El Contemporáneo en 1836; mientras que «El capote» no vio la luz hasta la publicación del tercer tomo de las obras completas de Gógol, en 1842. Nikolái Gógol nunca pensó en publicar estos relatos como una unidad, en forma de libro, al estilo, por ejemplo, de Veladas de Dikanka. Así pues, los cuentos de San Petersburgo se convirtieron en un ciclo de manera póstuma. Existen dos elementos unificadores en este libro, el primero y más obvio, la presencia de San Petersburgo; el segundo, que están protagonizados por personajes solitarios que viven una situación de conflicto a causa de un elemento perturbador (una oculta presencia demoníaca) que trastoca la precaria armonía de su mundo.

En «La avenida Nevski» podemos encontrar características de los apuntes urbanos, un formato muy popular entre los escritores rusos contemporáneos a Gógol [13] . El cuento está formado por dos fallidas historias de amor paralelas, la del artista Piskariov, quien se enamora de una desconocida considerándola la imagen de la inocencia, pero pronto se entera de que se trata de una prostituta, y la del teniente Pirogov, enamorado de una mujer tan simple y vulgar como él. Al respecto, escribió Belinski:

Piskariov y Pirogov. ¡Qué contraste! Ambos fueron, el mismo día y a la misma hora, tras una hermosa mujer, ¡pero qué consecuencias tan distintas tuvo este acto! ¡Oh, qué sentido tan grande encierra este contraste! ¡Y qué efecto produce! Piskariov y Pirogov... Uno se vio en la sepultura; el otro quedó feliz y contento de sí mismo, incluso después de un galanteo infructuoso y una buena paliza. Sí,

señores, qué aburrido es vivir en este mundo [14] .

En realidad, el verdadero protagonista es Nevski, la avenida principal de San Petersburgo. Al estilo de Balzac, Gógol intentó representar con cada personaje a toda una clase social, por lo que el cuento posee una voz narrativa coral que pretende reflejar la sociedad rusa del siglo XIX en toda su complejidad. Sin embargo, Gógol supo introducir, también, una voz narrativa irónica y personal, lo que le granjeó el elogio de Pushkin: «La avenida Nevski es la mejor lograda de sus obras» [15] .

«Diario de un loco», publicado en Arabescos como Fragmentos del diario de un loco, es el único cuento de Gógol narrado en primera persona. Está compuesto por veinte entradas de un diario (cada una de ellas representa una etapa del proceso de demencia de Poprischin). El argumento surgió a partir del esbozo Diario de un músico loco, que Gógol escribió inspirado en las variantes rusas de las Kunstlernovellen de Hoffmann que circulaban en San Petersburgo. Entre estas, la más admirada por Gógol era El manicomio, de V. Odoyevski, dedicado a desarrollar el tema de la locura en genios solitarios e incomprendidos. De haber elegido como protagonista a un genio no reconocido, Gógol habría caído en el lugar común, pero su originalidad radicó en haberse finalmente decidido a presentar a un insignificante funcionario como protagonista. El tema de la locura en un personaje ordinario ya había sido explorado por Gógol en su comedia inconclusa Vladimiro de tercera categoría, donde al final de la obra el protagonista imagina que él mismo es este premio.

En una crítica anónima de La abeja del Norte, se dijo respecto a «Diario de un loco»: «Hay mucha chispa, gracia y miseria. La vida y el carácter de algunos funcionarios de San Petersburgo están explicados con viveza y originalidad» [16] . La opinión del crítico Senkovski fue ambigua, pues consideró que la historia es graciosa, pero también dijo que «sería mucho mejor si estuviera vinculada con alguna idea» [17] .

La crítica de Belinski fue mucho más certera:

Tome usted El diario de un loco, esa grotesca, extraña y veleidosa fantasía de un artista; este afable escarnio de la vida y del hombre, de la vida miserable, del hombre miserable; esta caricatura altamente poética, altamente filosófica; esta historia psíquica de una enfermedad narrada con tanta poesía, que sorprende por su sentido y su profundidad, merecería la pluma de Shakespeare. Usted se ríe del simple, pero su risa comienza a volverse amarga [18] .

«La nariz» fue publicado por primera vez en 1836 e incluido, en una versión con algunas variantes, en las Obras completas (1843). Trata sobre la nariz del comandante Kovaliov, que se desprende de su dueño para comenzar una vida propia. El cuento se fundamenta en la literatura sobre narices que estaba en boga entre 1820 y 1840 (de Sterne, Tieck, Veltman y Zchokle, todos ellos de moda en Rusia), de modo que para los lectores de la época el tema no resultaba insólito, pues eran muy populares los relatos acerca de usurpar o esconder partes del cuerpo [19] . Pero Gógol transformó estos motivos hasta hacerlos irreconocibles, convirtiendo la historia en una provocación para los lectores. La arbitrariedad en las transiciones de un capítulo a otro, la inclusión de un narrador supuestamente omnisciente pero plagado de dudas, y la burla de toda actitud seria ante el argumento desconcertaron al público. En 1835 fue rechazada por el redactor de El observador de Moscú por considerarla «nociva, vulgar y trivial» [20] . Pushkin la publicó en su revista El Contemporáneo, elogiándola como una inspirada broma:

N. V. Gógol se negó durante mucho tiempo a publicar esta broma. Pero la encontramos tan inesperada, graciosa y original, que lo convencimos para que nos permitiera compartir el placer de su lectura con nuestro público, a quien le ofrecemos este manuscrito [21] .

Como ya he dicho, «El capote» fue publicado en Obras completas

(1842). Es un relato sobre las privaciones del copista Akaki Akákevich, un modesto y apocado empleadillo obligado a gastar todos sus ahorros en la compra de un nuevo capote para enfrentar el crudo invierno. La adquisición del abrigo le cambia la vida, pero el mismo día de su estreno le es arrebatado por unos ladrones. A decir de Annénkov [22] , el argumento de este relato, escrito bajo la peculiar lógica gogoliana del absurdo, surgió de una noticia que Gógol leyó en la prensa acerca de un hombre que compró un reluciente rifle de caza solo para ir a perderlo tras unos juncos sin apenas haberlo usado. A unos años de su publicación se convirtió en una de las obras mejor valoradas de Gógol (es ahora considerada una de sus obras maestras, junto con Almas muertas y «La nariz»); fue elogiada por Dostoievski con una frase que, ya sea apócrifa o no, resume la importancia de este relato como texto fundacional del realismo literario ruso: «Todos hemos salido del capote de Gógol». Fue, sin embargo, acogida con indiferencia por los lectores contemporáneos a Nikolái Gógol.

«El retrato» plantea el tema del destino del artista en San Petersburgo. Se trata de una historia sobre la intervención diabólica en el arte (Chartkov, un joven pintor tan talentoso como desconocido, vende su alma a cambio de éxito mundano) en la que existen motivos e ideas de la demonología romántica que pueden encontrarse en Wackenroder de Hoffmann, Melmoth el errabundo de Maturin (publicado en ruso en 1833) y La dama de picas de Pushkin. Es uno de los cuentos más convencionales de Gógol. Puede considerarse, en realidad, como una excepción en su obra, pues abandona dos de las principales características de su estilo (la comicidad y la polifonía narrativa) con el objetivo de intentar transmitir un mensaje claro, sintetizado en la siguiente frase del cuento: «El que goza de la bendición del talento debe mantener la mayor pureza de espíritu. Mucho de lo que a sus prójimos se les puede perdonar no se le perdonará a él» [23] . Gógol retomará esta intención en su última obra: Pasajes selectos de la correspondencia con mis amigos .

A decir de Belinski:

El retrato es un intento fallido de Gógol en el género fantástico. Aquí

declina su talento, aunque no por ello deja de ser un escritor talentoso. La primera parte de esta novela no puede leerse sin entusiasmo; hay, incluso, algo terrible, fatal y fantástico en ese misterioso retrato; una irresistible atracción nos obliga a mirarlo [...] Pero la segunda parte no vale nada, pues no reconocemos a Gógol en ella. Es claramente un parche teórico sin pizca de imaginación [...] En general, cabe decir que lo fantástico no se le da a Gógol [24] .

APUNTES DEL ESTILO GOGOLIANO

Vasili Rozánov fue el primero en considerar que el principal valor de la obra gogoliana radica en el estilo y no en su contenido: «En las energías en movimiento y no en la descripción de los objetos tal como son o de la realidad tal como es» [25] . Y fue el primero en considerarlo un «genio de la forma». Valeri Briúsov, por su parte, estimó que el rasgo principal de Gógol es su tendencia a la exageración, su uso de la hipérbole. Mientras que Andrei Beli centró sus estudios en el estudio de la musicalidad del lenguaje gogoliano. Años después, siguiendo esta línea interpretativa, Vladimir Nabókov aseguró que, en Gógol, el argumento está en el estilo.

En nuestra lengua, algunos críticos han seguido estas nociones, como Antonio Burraco, quien en su libro Tres ensayos sobre literatura rusa: Pushkin, Gógol, Chéjov, hace énfasis en la sonoridad y valor rítmico de la prosa gogoliana, la función de las repeticiones enfáticas de palabras y expresiones, y el juego de registros lingüísticos:

La sonoridad y el valor rítmico del texto son, consecuentemente, características fundamentales de la prosa de Gógol [...] la fuerza expresiva de los recursos lingüísticos, que se extiende, además, a la orquestación de voces en la narración y en el diálogo, se destaca nítidamente frente a un universo temático inerte y estancado, de manera que el lenguaje constituye el único protagonista activo, la única fuerza dinámica, tanto como gran encarnación de la deprimente realidad, pero también como principal vía para escapar de ella. [...] en la composición gogoliana la trama juega un papel secundario, ya que es limitada o incluso está ausente, lo cómico descansa, consecuentemente, en la manera de narrar y no en lo que se narra, de forma que el efecto cómico desaparece si se eliminan los recursos estilísticos empleados en su presentación (como, por ejemplo, las palabras de relleno) [26] .

Gógol presentó a sus contemporáneos un estilo literario extremadamente original para su época (para cualquier época). En la Rusia de Gógol predominaban los escritores aficionados que entendían la literatura como un pasatiempo aristocrático que debía estar escrito en el lenguaje refinado de las «personas decentes». Esto es, en un lenguaje convencional y acartonado. Así pues, con algunas excepciones, como la de Pushkin y Lérmontov, la lengua rusa sonaba poco natural en ruso. Gógol presentó un lenguaje nuevo, extremadamente original por la naturalidad de su humorismo. Y no sabemos cómo consiguió colocar cada palabra en el lugar preciso para lograr ese efecto, ya que Gógol no fue un estilista preocupado por lograr la puntuación y la sintaxis perfecta en cada página. Al contrario, su prosa es desigual, llena de repeticiones, imprecisiones y lenguaje coloquial y vulgar. Pero el resultado final es brillante [27] .

A Gógol le tenían sin cuidado las repeticiones («Sacaba del horno un pan recién horneado») y no dudaba en incluir expresiones que al gusto «refinado» y aristocrático le parecen vulgares. Cuando Akákevich es bautizado se pone a llorar a moco tendido, como si presintiera que iba a ser consejero titular. Si se encuentra con alguna descocada de buen palmito, el comandante Kovaliov añade indicaciones secretas al dar su domicilio...

Llegado el momento del estilo directo, sus personajes también hablan con cierta impropiedad: «De dónde has sacado esa nariz, pedazo de idiota», «Habrase visto, el cabrón», «Dale solo una manita de gato, con que aguante un poco más», «Anda, pazguato, que se te escapa». La prosa está salpicada, asimismo, de expresiones populares: «Lo llevará a chirona», «Haciendo de tripas corazón», «Se le quemaban las habas por tener novio», «Sé muy bien que es una mandada del jefe de sección», «La alemana le había dado pocas alas».

Por otra parte, Gógol acierta con maestría al describir vivamente a sus personajes por la forma de hablar. El apocado empleadillo, Akaki Akákevich, se comunica por medio de preposiciones, adverbios y partículas gramaticales que no tienen significado por sí mismas. Cuando tiene que tratar un asunto delicado nunca termina las frases:

Estoy, Petrovich, ya que... Verás, Petrovich... quisiera... este capote... el paño...; ¿ves?, por todas partes... como nuevo, parece gastado, está un poco cubierto de polvo... en realidad está nuevo, solo una parte está un tanto... un poquito en la espalda y también algo en el hombro... un poco en el otro hombro... es todo... No es mucho trabajo...

Otra característica del estilo de Gógol es la acumulación de detalles «innecesarios». En el fragmento que incluyo como ejemplo se nota, además, el uso de otro de sus recursos habituales, la metonimia:

Encontrará usted maravillosos bigotes. Ninguna pluma o pincel puede describirlos. Bigotes a cuyo cuidado se les han dedicado los mejores años, que son objeto de ceremoniosos cuidados de noche y de día; bigotes empapados de exquisitos perfumes y las más raras y costosas pomadas de todo tipo; bigotes que duermen envueltos en el más fino papel; bigotes amados con genuino afecto por sus poseedores y que despiertan la envidia de los transeúntes. Mil clases diferentes de sombreros, vestidos y multicolores pañuelos vaporosos, que llegan a lograr dos días seguidos la preferencia de sus propietarias, podrían deslumbrar a cualquiera en la avenida Nevski. Se diría que un mar de mariposas de repente ha alzado el vuelo desde los tallos y revolotea en una resplandeciente nube sobre los negros escarabajos del sexo masculino.

Esta insistencia en los detalles extraños, que parecen innecesarios desde el punto de vista discursivo, cumple con la función de acostumbrar al lector a la peculiar lógica de los mundos gogolianos. En opinión de Eijenbaum, Gógol consigue «enmascarar el absurdo, la asociación ilógica de palabras, mediante una sintaxis lógica y rigurosa, de tal manera que este empleo nos parezca involuntario» [28] . En los cuentos del ciclo de San Petersburgo abundan los ejemplos al respecto. Se dice de un médico que es de buena

presencia, de magníficas patillas negras, y que está casado con una mujer rebosante de salud. Se dice, también, que «desayunaba con manzanas y cuidaba esmeradamente el aseo de su boca, enjuagándose cada mañana durante casi tres cuartos de hora y puliéndose los dientes con cinco diferentes cepillos». Del sastre, creador del famoso capote de Akaki, el narrador asegura que «a pesar de ser bizco y cacarizo, era muy hábil para remendar pantalones y fraques de funcionarios y de otros señores». Del mismo Akaki se dice que, «como ya es un hombre de cierta edad, quiso probarse las mangas». En algunos casos, la lógica de los personajes es demencial por su caída en lo absurdo, muy cercana al estilo de las vanguardias más audaces:

Descubrí que China y España eran el mismo país, y que solo por ignorancia se consideran como países diferentes. Escriba usted en un papel la palabra España, y verá que sale China. [...] Todos sabemos que la Luna se fabrica generalmente en Hamburgo, y muy mal, por cierto. Me sorprende que Inglaterra no preste atención a ello. La fabrica un tonelero cojo, y es evidente que el muy estúpido no tiene el menor conocimiento de la Luna. Ha puesto una cuerda de alquitrán y el resto es de aceite de madera, y por eso huele tan mal por toda la Tierra, tanto, que uno tiene que taparse las narices. La Luna es un globo tan delicado que no puede vivir gente allí; la luna está habitada única y exclusivamente por narices. Por eso no podemos ver nuestras narices, porque están en la Luna.

Pero, claro, estas son las palabras finales de un loco de remate que se cree el rey incógnito de España. En otros casos, el rompimiento de la lógica es mucho más sutil. Veamos la siguiente frase: «Por aquello del decoro, Iván Yákovlevich se endosó el frac encima del camisón de dormir, se sentó a la mesa, echó sal, preparó dos cebollas, cogió un cuchillo...».

Amos Oz explica que se describen una serie de acciones triviales que un lector apresurado pasaría por alto. Pero, con Gógol, siempre hay que estar atentos: ¿a qué echó sal Iván Yákovlevich antes de preparar las cebollas?, ¿cómo las preparó antes de coger el cuchillo?

El lector atento notará que la rutina se desarrolla en un orden inverso. Así, como quien no se da cuenta, Gógol nos ha introducido a un mundo repleto de pequeños absurdos y disparatadas excentricidades, un mundo de lógica sesgada al que nos iremos acostumbrando, tanto, que acabamos aceptando el absurdo de una nariz errante que viste de levita y anda en carruaje.

La prosa de Gógol está colmada de detalles triviales, repeticiones y pequeños absurdos. Al lector le corresponde separar el trigo de la paja. Pero no hay ni puede haber separación, pues, como lo expone de manera brillante Amos Oz, las trivialidades forman el núcleo de la narrativa gogoliana. Gógol acostumbra a la rareza a sus lectores, tal vez por esta aceptación de todo excentricidad, una buena parte de los críticos han fallado en sus juicios (por apresurados, no están atentos a los detalles) al ver un supuesto vuelco fantástico en «El capote». Han dicho que Gógol hace aparecer fantasmas al final de la historia, que comienza siendo realista. No les crean. Debemos recordar que en Gógol nada es lo que parece. Y haremos bien en estar atentos. Veamos: el narrador nos explica, a mitad del relato, que el ladrón del capote tenía un enorme puño y unos grandes bigotes (retengamos este detalle). Luego de ser robado, humillado y ofendido, el supuesto fantasma de Akaki se aparece para cobrar venganza robando abrigos (pero el fantasma estornuda y salpica saliva cuando el guardia que lo atrapa aspira rapé). Al final del cuento, cuando lo van siguiendo, el fantasma vuelve de repente la cabeza y le espeta a su perseguidor:

«¿Qué quieres?», y le enseñó un puño que no se ve entre los vivos. «Nada», respondió el guardia. Y dio la media vuelta enseguida. El fantasma era, en realidad, mucho más alto que Akaki, y tenía unos bigotes enormes. Se dirigió a grandes pasos al puente Obuko. Y desapareció en las tinieblas nocturnas.

* * *

Las voces narrativas tampoco representan una norma estable, pues las ocasionales lagunas de memoria del narrador cumplen con la función de distorsionar y oscurecer el significado de lo relatado, relativizando el sentido y dándole, así, el justo toque gogoliano. En Cuentos de San Petersburgo hay voces narrativas supuestamente omniscientes, pero plagadas de dudas. El mejor ejemplo de esto lo constituye el narrador de «La nariz», quien, al principio, adoptando un tono formal, ofrece un detallado informe burocrático, el nombre de la ciudad, la fecha del suceso, la dirección de la casa... Pero se da cuenta enseguida de que desconoce el apellido del protagonista:

El 25 de marzo tuvo lugar en San Petersburgo un suceso extraño e inusual. El barbero Iván Yákovlevich, con domicilio en la Avenida Voznesenski (desconocemos su apellido, pues ni siquiera figura en el rótulo de la barbería, donde solo puede verse un tipo con la cara enjabonada y el aviso: «También se hacen sangrías»).

También interrumpe arbitrariamente el desarrollo de la acción para introducir abruptas transiciones de un capítulo a otro:

Iván Yákovlevich palideció... Pero a partir de aquí los hechos quedan envueltos en neblinas, por lo que no se sabe nada de lo que pasó después [...] Luego sucedió... pero, a partir de aquí, el suceso queda, de nuevo, completamente envuelto en neblinas, y no se sabe nada en absoluto de lo acaecido después.

Carece, además, de toda actitud seria ante lo que está relatando:

Lo más extraño, lo más incomprensible de todo, es que los autores sean capaces de elegir semejantes argumentos. Confieso que esto me parece inconcebible, es como si... ¡No, nada, nada, que no lo entiendo! En primer lugar, porque no es de ninguna utilidad a la

patria; en segundo... Bueno, pues, en segundo lugar tampoco tiene ninguna utilidad. No sé, sinceramente, a qué viene todo esto...

En «El capote», el narrador también se burla un poco de sí mismo y de lo que está relatando: «No hace falta decir nada del sastre, es verdad, pero, ya que se acostumbra hacer un retrato fiel de los personajes de toda narración, no me queda más que describir aquí a Petrovich». Páginas adelante, al narrar la muerte de Akaki, nos explica que dejó como única herencia un pequeño paquete de plumas de ganso, un cuaderno de papel oficial, tres botones de pantalón y su viejo capote. «¡Dios sabe quién se quedó con esto! (Suscribo que el autor de esta narración no estaba interesado en apropiárselas)». El lector actual está familiarizado con este recurso, y no deberá parecerle ninguna novedad. Pero en la época de Gógol era poco frecuente encontrarse con este tipo de ironías en un texto.

Con la excepción de «El retrato» (un cuento serio y más convencional) y «Diario de un loco» (narrado en primera persona), los narradores de los cuentos de San Petersburgo cuestionan su propio relato o introducen dudas causadas por su mala memoria o su desconocimiento de los pormenores: «Se dice que, hace poco, un capitán de policía de no recuerdo qué ciudad», «O puede que no pensara esto, es imposible penetrar en el alma de un hombre y averiguar lo que piensa», «¿Quién era aquella persona importante y qué cargo desempeñaba? Nadie sabría decirlo», «Parece ser que el capote del general le quedó como anillo al dedo. O puede que no, pero el caso es que no se volvió a hablar de capotes arrebatados a los transeúntes».

Algunas de estas interrupciones son comentarios irónicos e incluso mordaces; otras son digresiones líricas de contenido emocional que desembocan en lo humorístico. Al analizar un pasaje de «El capote» que ha sido muy comentado por la crítica de tendencia social (que lo consideró un alegato de Gógol a favor del sufriente hombre insignificante al que le da voz), Eijenbaum explica que las frases melodramáticas de Akaki Akákevich («déjenme en paz, ¿por qué me ofenden?») no son una expresión ingenua y sentimental del autor, sino un procedimiento artístico que consiste en integrar el estilo declamatorio en el sistema de la narración cómica, con el objetivo

de acentuar lo grotesco. Para el formalista ruso, «Gógol no está interesado en predicar la compasión para con el hermano desventurado, sino en la posibilidad de conciliar lo inconciliable, de exagerar lo insignificante y de minimizar lo importante» [29] . Este juego de contrastes produce el peculiar humor gogoliano:

¿Es mi madre la que está sentada junto a la ventana? ¡Madrecita querida, salva a tu pobre hijo! ¡Derrama una lágrima sobre su cabeza enferma! ¡Mira cómo lo martirizan! ¡Acoge en tu pecho a tu pobre huérfano! En el mundo no hay sitio para él. ¡Lo persiguen! ¡Madrecita, ten piedad de tu niño enfermo!... ¡Ah! ¿Sabe usted que el dey de Argel tiene una verruga justo debajo de la nariz?

Así pues, cuando Nikolái Gógol parece ponerse melodramático y sentimental, como en el siguiente pasaje de la «La avenida Nevski», lo hace para producir un contraste entre el patetismo de la voz narrativa y la comicidad de lo narrado:

Todo le confirmaba que había penetrado en la asquerosa morada del lastimoso vicio resultado de la educación vacía de contenido y de la terrible conglomeración de gente en la capital, albergue donde el hombre pisotea todo lo puro y sagrado que hay en la vida, donde la mujer, aureola de la creación y orgullo de este mundo, se transforma en un ser confuso que con la pureza de su alma pierde su feminidad, adquiriendo el descaro del hombre y sus repugnantes ademanes, dejando de ser aquella débil criatura que, aunque es tan distinta a nosotros, es maravillosa.

* * *

A estas alturas del texto, el lector ya está advertido de que la aclaración final no forma parte de la respuesta gogoliana. La de

Gógol es, como la de Kafka, una estética de lo inconcluso. El autor ruso es incapaz de concebir un universo cerrado, «pues solo puede predicar el avance hacia lo infinito» [30] . Las digresiones finales de «Por qué riñeron Iván Ivánovich e Iván Nikíforovich», Almas muertas, El inspector y «Diario de un loco» son el mejor ejemplo de ello, ya que su huida final es un porqué sin respuesta. He dicho en otro libro [31] que Nikolái Gógol hubiese querido para sí un mundo perfectamente explicable, donde el bien y el mal ocuparan lugares prefijados, pero sus escritos revelaron siempre el desorden y la fragmentación de la existencia, entrando así, literariamente, en nuestro siglo. Quizá sea esta una de las causas del atractivo de este autor en nuestra época. Gógol es, pues, nuestro contemporáneo, el más actual de los escritores rusos del siglo XIX .

* * *

En «La nariz de Gógol desde las propuestas para el nuevo milenio de Italo Calvino» [32] , Sánchez analiza este cuento a la luz de cuatro de las cinco propuestas del escritor italiano: la levedad, la rapidez, la visibilidad y la multiplicidad. La investigadora mexicana explica que Calvino declaró amar a Gógol «porque deforma con pulcritud, maldad y mesura» [33] , a lo cual añade la autora que Calvino amaba «La nariz» por su peculiar manera de deformar la realidad con una pulcritud laberíntica, porque se burla con fina ironía de todo lo que encuentra a su paso con una rapidez inusitada, y porque es mesuradamente leve. Es decir, porque posee las cualidades literarias que aparecen en las propuestas para el nuevo milenio elaboradas por el escritor italiano. De las mencionadas, la primera cualidad que analiza Sánchez es la levedad. Destaca que Gógol utilizó una imagen minúscula (la nariz) para reflexionar sobre la superficialidad que caracteriza a la sociedad rusa de la época. Por ello, cuando el barbero Iván Yákovlevich la tira al río para deshacerse de ella, siente «como si le hubieran quitado de golpe diez puds de encima», pues sabe que pertenece a un asesor colegiado que presume de estar relacionado con familias de importantes funcionarios. Es decir, según Sánchez, Gógol recurre a un elemento ligero para mostrar, en contraposición, el peso de la

vida en Rusia.

La autora asegura que los textos de Gógol son leves porque están escritos con una prosa ligera, lúdica, divertida, que habla de cosas muy serias, pero siempre a través de una serie de guiños. Así pues, la narrativa gogoliana busca la colaboración del lector, a través de una sonrisa irónica, para descifrar los niveles de realidad e irrealidad presentes en el texto.

La segunda cualidad es la rapidez. La autora destaca que, en unas cuantas páginas, Gógol no solo relata un hecho extraordinario, sino que se toma la libertad de describir la sociedad rusa, la carestía de la vida, las formas de convivencia, el bullicio de la ciudad, las características de la burocracia, las modas en vestimenta y peinado, la superficialidad reinante, el carácter utilitario de las relaciones y las distintas clases sociales. Y lo hace, según Sánchez, de una manera admirable, sin congestionar la narración, pues en Gógol encontraremos rapidez tanto en el estilo como en el pensamiento, que fluirá con agilidad, movilidad y desenvoltura: «cualidades que se avienen con una escritura dispuesta a las divagaciones, a saltar de un argumento a otro, a perder el hilo cien veces y a encontrarlo al cabo de cien vericuetos» [34] .

En tercer lugar encontramos la visibilidad (la capacidad del escritor para imaginar visualmente lo que sus personajes ven, imaginan, sueñan, recuerdan o narran dentro de su historia). Sánchez expone que, para Calvino, los aspectos que participan en la construcción visual de la imaginación literaria son la observación del mundo real de manera directa, la transformación de esa realidad en su equivalente forma fantasmal y onírica, las imágenes transmitidas por medio de la cultura en sus distintos niveles y, especialmente, un proceso a través del cual la experiencia sensible se abstrae, se condensa y se interioriza para crear imágenes visuales y desarrollar la verbalización del pensamiento. Todos estos elementos, a decir de la autora, están presentes en la obra de Nikolái Gógol, quien es «capaz de tejer historias en una suerte de relatos límite, que articulan lo fantástico con lo visionario y el relato realista, donde predomina la imaginación visual que permite al lector proyectarse en el espacio del imaginario» [35] .

La última cualidad analizada es la multiplicidad. Los cuentos

fantásticos, sobre todo aquellos que fueron escritos durante el siglo XIX, suelen tener una lógica irreprochable. Gógol, sin embargo, se burla de toda lógica. La estructura narrativa muestra distintos niveles de los sucesos que acontecen en San Petersburgo; por otro lado, a decir de Sánchez, nos abre la posibilidad de ir deshojando las historias, dividiendo y revisando cada capa como si se tratara de una alcachofa infinita, descubriendo dimensiones de lectura siempre nuevas:

[...] si entramos luego en las claves simbólicas, vemos que esta nariz no se deja encerrar por ninguna interpretación exclusiva. El relato es, sin duda, una sátira del decoro funcional de la burocracia rusa, pero diciendo esto no se dice verdaderamente nada [36] .

EL HOMBRE INSIGNIFICANTE

No toda la crítica de nuestro siglo se ha centrado en el análisis de los aspectos estilísticos de la obra de Gógol. En 2003, por ejemplo, se publicó un artículo donde se asegura que:

El principal significado de los relatos de Gógol para la crítica literaria rusa decimonónica y la soviética, salvo contadas excepciones, es que en ellos muestra al «hombre insignificante», lo convierte en el protagonista e intenta que el lector lo vea como una persona viva. La literatura democrática rusa posterior, de un modo u otro, se basará en la tradición gogolesca [37] .

En otro artículo publicado el mismo año, María Eugenia Flores afirma que la situación política de Rusia llevó a Gógol a asumir el cumplimiento de una elevada misión social. Según Flores, «El capote» ofrece un retrato crítico del modo de vida de la época (el sistema policíaco, los salarios de los empleados, la organización burocrática) y refiere el impacto del sistema sobre el hombre. Según la autora, la respuesta de Gógol ante esta deshumanización de la vida fue clara:

[...] predicando los sentimientos humanitarios hacia los hermanos menores, revelando los padecimientos de los corazones más humildes y reflejando las inclinaciones peculiares del alma nacional, el artista se vuelve un heraldo de la humanidad, el encargado de develar la verdad a los otros hombres, pues su tarea le lleva, como dice Heidegger al comentar a Hölderlin, a la captación de las señales de los dioses, para continuarlas, haciéndolas llegar a su pueblo. Tal es la labor que Nikolái Gógol realiza con su obra «El capote»: refleja el estado de la Rusia de entonces [38] .

En «La locura en los cuentos de Gógol. Funcionarios, artistas e identidad», Leopoldo La Rubia aborda la función que ejerce la locura en los cuentos del ciclo de San Petersburgo: «La avenida Nevski», «El retrato», «Diario de un loco», «La nariz» y «El capote». La Rubia encuentra que la locura en estos cuentos adquiere una dimensión crítica muy actual, pues Gógol supo plasmar el mundo que condujo al hombre moderno a un callejón sin salida. En este, previo a la muerte o a la cosificación del individuo, se manifiesta la locura o la desestabilización emocional como preludio.

La Rubia explica que en los cuentos petersburgueses hay varios funcionarios y artistas que terminan perdiendo la razón bajo el maléfico influjo de San Petersburgo. Sin embargo, el autor también explica que la cuestión de la crítica social, a pesar de ser cierta, no es del todo exacta, pues el desacuerdo de Gógol con el mundo es más bien metafísico:

La cuestión es, entonces, que hay algo, el sistema de relaciones en el cual nos hallamos, que al igual que una telaraña no deja escapar a quienes ya se encuentran en él. Hay algo, es evidente, que funciona muy mal [39] .

Sin embargo, queda la pregunta de si existe una solución para el desolador panorama gogoliano, a la que La Rubia da respuesta:

De «El retrato» se puede inferir que el mundo puede ser redimido por el arte; el verdadero artista no se haya sujeto a moda alguna ni a cambios de dirección arbitrarios, sino que muestra su autenticidad desocupándose de lo que para él es un proyecto, su proyecto de vida [40] .

Para María da Concencao Gloria y José Antonio Hita [41] la

presentación de historias mágicas y fantasmagóricas y de una realidad anómala y exagerada le sirvió a Gógol como pretexto para realizar una despiadada crítica de la realidad. Los autores infieren que a Gógol no le satisfacía el estado del mundo, de ahí que empleara el procedimiento de lo grotesco y fantasmagórico para llevar a cabo una profunda y aguda sátira del espacio que lo rodeaba. En este sentido, los autores afirman que el empleo de elementos fantásticos ofrecía a Gógol inmensas posibilidades para materializar sus elevadas pretensiones artísticas, dado que la aportación del espíritu romántico, que halló sus bases en la tradición folclórica rusa, le proporcionó las fuentes necesarias para dar el paso hacia la tendencia ahora denominada realismo crítico.

LAS MUJERES, GÓGOL Y EL DIABLO

En el capítulo 5 de Almas muertas, Chíchikov ve que no hay manera de convencer a Koróbochka de que le venda sus campesinos ya difuntos. Pierde por completo la paciencia, arroja una silla contra el suelo, con todas sus fuerzas, y manda al diablo a la vieja. La mención del diablo aterroriza a Koróbochka:

—¡No lo mientes! Dios nos ampare. Desde hace tres días sueño toda la noche con el maldito —exclamó, palideciendo—, se me ocurrió echar las cartas después de mis oraciones y, por lo que se ve, Dios me ha castigado. Era repugnante; tenía los cuernos más largos que un toro.

La vieja imagina a un diablo de corte clásico, al estilo de la demonología popular del siglo XIX: un ser antropomorfo con cuernos y rabo. Un diablo feo, color negro o rojo, cuyas deformaciones físicas son reflejo de su monstruosidad ontológica. Pero la ingenua Koróbochka, nos dice Merejkovski, no sabe que el auténtico diablo va por el mundo sin máscara, tal cual es, de chaqueta, como cualquier hijo de vecino. El mismo Gógol no se había percatado de ello en sus primeros escritos. Si seguimos con atención sus obras completas, podemos distinguir una clara evolución de la figura demoníaca, fundamental en todas las creaciones de Gógol.

Veladas de Dikanka está poblado de demonios menores y pintorescos secuaces del mal inspirados en sus ancestros grecolatinos, bárbaros y orientales. En esta obra, el maligno tiene una presencia física. Embruja, por ejemplo, a los animales, y los pone a su servicio. También es capaz de adoptar formas humanas. Una buena parte de estos demonios son presentados de manera cómica; algunos de ellos son vencidos y

burlados, pero otros resultan aterradores e invencibles, despedazan a sus presas y beben su sangre (al maligno le encanta la sangre, sobre todo la de niños inocentes). En Cuentos de San Petersburgo el principio demoníaco es presentado como un elemento perturbador que se introduce en la vida de los protagonistas, generalmente hombres insignificantes o solitarios, trastocando por completo su mundo. Así le sucede al comandante Kovaliov y a Póprishchin. El primero, un audaz casanova de muy buen olfato para las mujeres, ve pasar a una esbelta dama con un vestido transparente que se ajusta encantadoramente a su delicada silueta. Acostumbrado al galanteo callejero, se lanza enseguida tras ella, pero se detiene en seco al recordar que no resultaría apropiado abordarla, pues se ha quedado sin nariz. ¿Acaso hay quien pueda galantear con un espacio vacío en el lugar de tan importante apéndice? Póprishchin, vencido ante la evidencia de que ninguna mujer lo amará, y de que su posición en el mundo es ínfima, afirma sin tapujos que las mujeres están casadas con el diablo, y que solo son capaces de amar al demonio:

¡Oh, qué ser más pérfido es la mujer! Ahora por fin comprendo lo que son las mujeres. Nadie sabía de quién está enamorada la mujer. Yo fui el primero en descubrirlo. Las mujeres están enamoradas del diablo. Y no lo digo en broma. Por muchas tonterías que escriban los fisiólogos acerca de ellas, la verdad es que solo aman al diablo.

Akaki Akákevich está a punto de ceder al impulso de correr detrás de un par de pantorrillas bien torneadas, pero lo refrena. El insignificante empleadillo, que es la burla de todos en la oficina, se ve en la necesidad de gastarse sus ahorros en un nuevo capote para aguantar el duro invierno de San Petersburgo. La adquisición del abrigo le cambia la vida; se siente renovado, más importante, con más aplomo. Esta desconocida seguridad en sí mismo casi lo orilla a cometer una barbaridad. Eufórico, Akaki:

Incluso hasta corrió, sin saber por qué, detrás de una dama que pasó con la velocidad de un rayo, contoneando todo su cuerpo. Pero

se detuvo en el acto y prosiguió su camino lentamente, sorprendiéndose por aquel arranque tan inesperado que acababa de tener.

(El impulso de vida, como lo sabemos, llega para trastocar su existencia, pero dura poco).

Gógol describe miradas femeninas deslumbrantes. Pero estas miradas son una constante amenaza de aniquilación. En la obra gogoliana, la experiencia erótica es siempre perturbadora. Gógol suele presentar personajes honestos y virtuosos que pierden la cabeza por los ojos de una mujer hermosa. La mirada femenina es peligro a primera vista. Así le sucede a Andréi en Tarás Bulba, pues traiciona al pueblo cosaco y se pasa al bando de los polacos a causa de las «pestañas largas como ensoñaciones» y las «oscuras y afiladas agujas» que se destacan en el rostro celestial de una muchacha polaca, en cuyos ojos se desvanece y queda perdido. Otro hombre íntegro, el filosófo seminarista Joma Brut, protagonista de «Viy», se ve perdido también por una mirada femenina.

No menos terrible es el destino de Piskariov en «La avenida Nevski». Basta con la mirada de una mujer hermosa para que el mundo del joven, ingenuo y sentimental pintor se trastorne por completo. Al pasear por la avenida principal de San Petersburgo, Piskariov se enamora de una desconocida, en quien ve la más viva imagen de la belleza y la inocencia. Basta con una mirada para que caiga rendido: «volvió de pronto la cabeza y lo miró. ¡Dios mío, qué rasgos tan divinos! [...] ante esa mirada el corazón del artista latía». El iluso artista acaba muy mal, pues al seguir a la chica se entera de que se trata de una prostituta. La desilusión lo manda al vicio del opio (que le permite visitarla en sueños y hacer de ella un amor ideal y puro), y finalmente a la tumba. Y así acaba un hombre bueno por una mala mujer: aniquilado física y espiritualmente.

En «El retrato», la presencia del diablo es de corte más clásico: Chartkov, un joven pintor, talentoso y desconocido, vende su alma a cambio de éxito mundano. Un día, al fisgonear en una tienda, se topa con el retrato de un anciano bronceado y de ojos centelleantes, captado, al parecer, en un instante de espasmo. Chartkov reconoce

que el cuadro es muy bueno, que está trazado con talento, pero le deja una sensación desagradable e incomprensible. A pesar de ello, y sin saber muy bien por qué, lo compra con el último medio rublo que le quedaba (ya no tiene para comer ni para pagar el alquiler de su covacha). Llega a casa y se pone a reflexionar sobre su futuro, se pregunta por qué malgasta su tiempo viviendo como una rata, si puede pintar algo al estilo de los pintores de moda y ganar tanto dinero como ellos. Se estremece de pronto. Por detrás lo observa un rostro deformado por una mueca. Unos ojos terribles, vivos, humanos, lo miran fijamente. A partir de ese día, su vida cambia radicalmente.

En el artículo «Enigma de un cuadro (poética de la novela El retrato de N. V. Gógol)», Ekaterina Grúdstina asegura que el miedo místico, la melancolía, los tormentos y las dudas religiosas son una figura común en la obra de Gógol: «Su espíritu oscilaba continuamente entre los pensamientos del diablo y el Salvador. Sumido en la oración, dominado por su afán de combatir al diablo» [42] . Según la autora, este estado de alma se ve reflejado en la poética de este relato y sirve para determinar el predominio de los elementos místicos en su obra. Grúdstina ve, en las palabras de Chartkov, el reflejo de los pensamientos de Gógol:

Lo pinté [El retrato] con repulsión y no sentía en ese momento amor alguno por mi obra. Quise superarme a mí mismo a toda costa, y, sofocándolo todo, ser fiel a la naturaleza. Aquello no fue una creación artística y por ello los sentimientos que embargan a todos al contemplar la obra son turbulentos e inquietos, y no los sentimientos del pintor, ya que el pintor hasta en medio de la inquietud siente paz [43] .

Para Grúdstina, estas frases revelan la poética de Gógol, quien sostenía que el arte no debe copiar la naturaleza fríamente, sino que debe buscar iluminarla con su nobleza. El artículo concluye con la afirmación de que, para Gógol, lo diabólico es tan poderoso que puede entrar incluso en la inspiración del artista. Por eso la responsabilidad del artista es grande, pues como vimos

anteriormente: «quien ha recibido el don del talento debe mantener la pureza de su alma».

Al igual que La Rubia, Grúdstina considera que Gógol ofrece a sus lectores un camino de salvación para eludir los embates del diablo, el hastío, la vaciedad de la vida y los estragos de la tentación amorosa. La única salvación posible, pues, es seguir el camino del arte verdadero, el que está hecho con el alma.

■

1 Traducción de Joaquín Torquemada, publicada como epígrafe a su artículo «Roma: la redondez de lo inconcluso», en Gógol y su legado, Zacatecas, Plaza y Valdés, 2003, pág. 81.

2 N. Polevoi, La abeja del Norte, núm. 87, 1829, pág. 169.

3 Las flores del Norte, Almanaque de diciembre de 1830, págs. 340-395 (en ruso).

4 Gaceta Literaria, núm. 1, 1831, págs. 301-305 (en ruso).

5 Gaceta Literaria , núm. 17, 1831, págs. 299-306 (en ruso).

6 A. Pushkin, El inválido ruso, núm. 3, 1832, págs. 36-37 (en ruso).

7 N. Nadezhdin, El telescopio, núm. 5, 1831, pág. 122 (en ruso).

8 Citado en D. Fanger, La creación de Nikolái Gógol , México, FCE, 1985, pág. 181.

9 V. Belinski, «Sobre las novelas rusas del señor Gógol», en C. Bichkova, Obras completas de V. Belinski en tres tomos, tomo III, Artículos y reseñas, Moscú, Oguis, 1948, pág. 157 (en ruso).

10 Gógol y su legado, op. cit., págs. 147-184.

11 S. Pitol, Pasión por la trama, México, Era, 2003, pág. 56.

12 No me detengo aquí en Almas muertas , pues ya he abordado extensamente el tema en mi edición de esta novela (Madrid, Cátedra [col. Letras Universales, 501], 2015).

13 Un ejemplo de ello es la obra del autor ruso A. Báshutski, autor de Panoramas de San Petersburgo (1833).

14 V. Belinski, «Sobre las novelas rusas del señor Gógol», op. cit ., pág. 219 (en ruso).

15 A. Pushkin, Antología, tomo VI, 1835, pág. 97 (en ruso).

16 La abeja del Norte, núm. 73, 85, pág. 111 (en ruso).

17 Gabinete de lectura, núm. 22, 1835, pág. 117 (en ruso).

18 V. Belinski, «Sobre las novelas rusas del señor Gógol», op. cit., pág. 160.

19 Cfr. «Viktor Vinográdov, el primero en desenterrar gran parte de este material (la literatura sobre narices entre 1820 y 1840), saca de él la importante conclusión de que, para los lectores de la época, no hubo nada de insólito ni de extraño en el tema del cuento de Gógol. Las narices estaban de moda, y también los relatos acerca de usurpar o esconder sombras, reflejos, partes del cuerpo», en D. Fanger, op . cit., pág. 208.

20 P. Sokolov (ed.), Enciclopedia de Nikolá i Gógol, Moscú , Eksmo, 2007, pág. 385 (en ruso).

21 Ibíd .

22 P. Annénkov, Recuerdos literarios, Leningrado, BK, 1928, pág. 31 (en ruso).

23 N. Gógol, Historias de San Petersburgo, trad. Juan López-Morillas, Madrid, Alianza Editorial, 2008, pág. 138.

24 V. Belinski, op. cit., pág. 159 (en ruso).

25 V. Rozánov, «Genio de la forma», en C. Bocharov (ed.), Gógol en

la crítica rusa, Moscú, Fortuna, 2008, pág. 234 (en ruso).

26 A. Burraco, Tres ensayos sobre literatura rusa: Pushkin, Gógol, Chéjov, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2006, págs. 100-105.

27 Es imposible de trasladar al español con la misma brillantez.

28 B. Eijenbaum «Cómo está hecho "El capote" de Gógol», en Teoría de los formalistas rusos, México, Siglo Veintiuno Editores, 2007, pág. 160.

29 B. Eijenbaum, art. cit., págs. 163-174.

30 I. Lotman, «Acerca del realismo de Gógol», en Literatura rusa, San Petersburgo, CPB, 2005, pág. 711 (en ruso).

31 N. Gógol, Almas muertas, op. cit., pág. 52.

32 E. Sánchez, G ógol y su legado, op. cit ., págs. 125-146.

33 Ibíd., pág. 127.

34 E. Sánchez, ibíd., pág. 139.

35 Ibíd., pág. 141.

36 I. Calvino, Cuentos fantásticos del siglo xix, 1995, citado en E. Sánchez, op . cit., pág. 144.

37 F. García, «La interpretación de “El capote” de N. V. Gógol, de la crítica literaria decimonónica rusa y de la soviética hasta 1960», en Mundo Eslavo, núm. 2, 2003, pág. 205.

38 M. Flores, «El capote: una lectura social», en L. La Rubia, op . cit., págs. 99-100.

39 Ibíd., pág. 44.

40 Ibíd .

41 M. da Concencao y J. Hita, «Fantasía y realidad en los relatos peterburgueses de N. V. Gógol», en Gógol y su legado, op . cit ., págs. 53-67.

42 E. Grúdstina, «Enigma de un cuadro (poética de la novela El retrato de N. V. Gógol)», en El legado de Gógol, op. cit., pág. 47.

43 Ibíd., pág. 47.

ESTA EDICIÓN

La presente traducción, directa del ruso, ha sido realizada a partir de la edición (Drofa, 2009) de Vladímir Vorapáev, uno de los más renombrados especialistas en la obra de Gógol. Revisé también publicaciones anteriores en ruso y distintas versiones de esta obra en castellano, prestando especial atención a las traducciones publicadas por Alianza Editorial (1998) y Nevsky Prospects (2015).

Cuentos de San Petersburgo ha sido traducido y publicado en numerosas ediciones, sin errores ni divergencias semánticas graves. Así pues, no pretendo deshacer entuertos ni corregirle la plana a los colegas que me antecedieron; debo decir, eso sí, que hice todo lo posible por lograr una traducción fidedigna. Es decir, no fui siempre «fiel» a la sintaxis y a las palabras de textos originales (pues esta pretensión rinde malos frutos), pero me esforcé en traducir el significado y la intención estética sin alterarlos en forma significativa, buscando, al mismo tiempo, que la traducción resultara atractiva para los lectores hispanohablantes.

Las ediciones anteriores de Cuentos de San Petersburgo incluyen siempre la segunda parte de «El retrato», que Gógol escribió para tratar de transmitir un mensaje claro y directo acerca de la responsabilidad del artista. Como editor, he decidio excluirla del cuerpo de los relatos gogolianos y ofrecerla en Apéndice, pues, al igual que Belinski, considero que la continuación de este cuento ofrece únicamente un parche teórico, explicativo, que arruina la unidad del texto, convirtiéndolo en un relato malogrado. En esta segunda parte, Gógol parece un escritor de segunda fila.

En el Apéndice que corona esta edición se incluyen, además de la segunda parte de «El retrato» (para que el lector pueda contrastar lo que he dicho y formarse una opinión propia al respecto), dos variantes de redacción del final de «La nariz» y una variante del inicio de «El capote». Anexo, también, la Tabla de rangos vigente en la época de Gógol.

BIBLIOGRAFÍA

PRINCIPALES EDICIONES EN CASTELLANO DE «CUENTOS DE SAN PETERSBURGO»

GÓGOL, Nikolái, Obras completas de Nikolái Vasílievich Gógol, trad. de Irene Tchernova, Madrid, Aguilar, 1964.

— El capote y otros cuentos, trad. de Víctor Andresco, Madrid, Espasa-Calpe, 1972.

— Almas muertas, El capote, y otros relatos, trad. de Augusto Vidal y José Laín Entralgo, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991.

— Historias de San Petersburgo, trad. de Juan López-Morillas, Madrid, Alianza Editorial, 1998.

— La nariz y otros cuentos, trad. de Isabel Vicente, Madrid, Anaya, 2009.

— Cuentos completos, trad. de Fernando Otero Macías y María García Barris, Madrid, Nevsky Prospects, 2015.

ESTUDIOS CRÍTICOS EN CASTELLANO SOBRE GÓGOL

Libros

GIACONI, C., Un hombre en la trampa, Santiago (Chile), Zig-Zag, 1960.

LA RUBIA, L. (coord), Gógol y su legado, Zacatecas (México), Plaza

y Valdés, 2003.

MALIAVINA, S. y PRESA, F. (eds.), Nikolái Vasílevich Gógol 200 años después, Madrid, Atenea, 2009.

Capítulos de libro

BURRACO, A., «Tema, conflicto y composición de El capote. Una aproximación a la poética de N. V. Gógol», en Tres ensayos sobre literatura rusa: Pushkin, Gógol, Chéjov, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2006.

FUENTES, C., «Prólogo», en D. Fanger, La creación de Nikolái Gógol, México, FCE, 2005.

HERMOSILLO, A., «Gógol en El Historiador palmesano. Revista de España, La Iberia y El Imparcial», en M. Ginè y S. Hibbs (eds.), Traducción y cultura. La literatura traducida en la prensa hispánica (1868-1898), Berna, Peter Lang, 2010.

PARDO BAZÁN, E., «El realismo: Nicolás Gógol (Capítulo II)», en La literatura y la novela en Rusia, Madrid, Publicaciones Españolas, 1961.

PITOL, S., «Gógol», en Pasión por la trama, México, Era, 1998.

— «Nikolái Vasílievich Gógol», en De la realidad a la literatura, México, FCE, 2002.

VELASCO, J., «El auge de la prosa. La creación literaria de Gógol: narrativa y teatro», en F. Presa (coord.), Historia de las literaturas eslavas, Madrid, Cátedra, 1997.

Artículos

GARCÍA, F., «La interpretación de “El capote” de N. V. Gógol, de la crítica literaria decimonónica rusa y de la soviética hasta 1960», en Mundo Eslavo. Revista de Cultura y Estudios Eslavos, 2, 2003.

HERMOSILLO, A., «Cambios estilísticos de las traducciones de Almas muertas al castellano», en Mundo Eslavo. Revista de Cultura y Estudios Eslavos, 13, 2014.

KARSIÁN, G., «La percepción de N. V. Gógol en España: la “segunda vida” de sus obras en las traducciones al español», en Hermēneus. Revista de la Facultad de Traducción e Interpretación de Soria, 4, 2002.

LÓPEZ, A., «Aproximación a la poética de Nikolái Gógol», en Revista de Directores de Escena en España, 126, 2009.

MONFORTE, R., «Ecos cervantinos en la obra literaria de N. V. Gógol», en Eslavística Complutense 5, 2005.

RUIZ DE HUYDOBRO, R., «Gógol, crítico involuntario», en Revista de Occidente, 263, 2003.

SAURA, J., «Ecos cervantinos en El inspector de Gógol», en Revista de Directores de Escena en España, 126, 2009.

CUENTOS DE SAN PETERSBURGO

LA NARIZ

EL 25 de marzo tuvo lugar en San Petersburgo un suceso extraño e inusual. El barbero Iván Yákovlevich, con domicilio en la Avenida Voznesenski (desconocemos su apellido, pues ni siquiera figura en el rótulo de la barbería, donde solo puede verse un tipo con la cara enjabonada y el aviso: «También se hacen sangrías») [44] ; el barbero Iván Yákovlevich, decíamos, se despertó bastante temprano y notó que olía a pan caliente. Al incorporarse un poco en el lecho, vio que su mujer, una dama de aspecto muy respetable y gran aficionada al café, sacaba del horno un pan recién horneado.

—Hoy no tomaré café, Praskovia Osipovna —dijo Iván Yákovlevich —. Prefiero un poco de pan caliente con cebolla.

(En realidad, a Iván Yákovlevich le apetecían ambas cosas, pero sabía que era absolutamente imposible pedir café y pan con cebolla, pues Praskovia Osipovna no toleraba esos caprichos).

«¡Que coma pan, el muy imbécil. Mejor para mí: así me quedará otra taza de café!», pensó la mujer. Y le echó un pan sobre la mesa.

Por aquello del decoro, Iván Yákovlevich se puso el frac encima del camisón, echó sal, se sentó a la mesa, preparó dos cebollas, se puso a cortar el panecillo, y empuñó un cuchillo con aire solemne. Al cortarlo en dos se fijó en una de las mitades y, muy sorprendido, descubrió algo blancuzco entre la miga. Escarbó cuidadosamente con la punta del cuchillo y luego lo palpó con un dedo. «¡Está duro! —se dijo—. ¿Qué podrá ser?».

Metió entonces dos dedos y sacó... ¡una nariz! Iván Yákovlevich dejó caer los brazos, se restregó los ojos, y volvió a palpar aquel objeto: Era una nariz. ¡Una nariz! Por lo demás, parecía ser la nariz de alguien conocido. El horror se pintó en su rostro. Sin embargo, aquel horror no era nada comparado con la indignación de su mujer.

—¿Dónde has cortado esa nariz, pedazo de idiota? —gritó iracunda —. ¡Estúpido! ¡Borracho! Yo misma te entregaré a la policía. ¡Habrase visto, el cabrón! Claro, pero sí ya he oído quejas de ti, ya van tres personas que me dicen que, cuando los afeitas, les tiras tan fuerte de las narices que de milagro no se las arrancas.

Mientras tanto, Iván Yákovlevich parecía más muerto que vivo. Se dio cuenta de que aquella nariz era nada menos que la del asesor colegiado Kovaliov, a quien afeitaba los miércoles y los domingos.

—¡Espera, Praskovia Osipovna! La dejaré de momento en un rincón, envuelta en un trapo, y luego me la llevo.

—¡Ni se te ocurrra! ¡Ya parece que voy a quedarme con una nariz cortada en mi casa!... ¡Mamarracho! No sabe más que enjabonar barbas, y pronto será incapaz hasta de eso. ¡Imbécil! ¿Crees que voy a responder de ti ante la policía? ¡Te me largas con esa nariz! ¡Fuera! ¡Llévatela a donde te dé la gana! ¡No quiero volver a saber nada de ella!

Iván Yákovlevich seguía allí, pasmado, pensando y pensando sin que se le ocurriera nada.

—El diablo sabrá cómo ha pasado esto —dijo, finalmente, rascándose detrás de una oreja—. ¿Volví borracho anoche, o volví buenisano? No sabría decirlo. Aunque, según parece, el asunto está muy enredado, ya que el pan está horneado, y un pan es una cosa muy distinta a una nariz. ¡No lo entiendo!

Iván Yákovlevich enmudeció, a punto de desmayarse ante la idea de que la policía encontrara la nariz en su poder, y lo llevara a chirona. Ya veía venir el cuello rojo del uniforme, con la graciosa orla bordada en plata, el sable... y eso le hacía temblar de pies a cabeza. Por fin, buscó la ropa interior y las botas, se puso aquella porquería de trapos y, acompañado por las agrias reprimendas de Praskovia Osipovna, salió a la calle llevando la nariz envuelta en un trapo. Pretendía deshacerse del envoltorio en cualquier parte, tirándolo tras la puerta de una cochera, por ejemplo, o dejándolo caer al paso, como sin intención, y torcer luego por el primer callejón que encontrara. Por desgracia, cada vez que intentaba hacerlo se cruzaba con algún conocido que le preguntaba: «¿A

dónde vas? ¿A quién vas a afeitar tan temprano?», de manera que Iván Yákovlevich no pudo cumplir con su propósito. Una vez logró dejarlo caer, pero un guardia le hizo señas desde lejos con su pica, mientras le advertía: «¡Eh! Algo se te ha caído. Recógelo». Así que Iván Yákovlevich tuvo que recoger la nariz y guardarla en el bolsillo. Estaba desesperado, sobre todo porque los transeúntes se multiplicaban sin cesar, a medida que se abrían los comercios y los puestos.

Decidió ir al puente de Isákevski para arrojar la nariz al río Nevá... Por cierto, debo disculparme por no haber dicho nada de Iván Yákovlevich, una persona honorable desde muchos aspectos.

Como todo trabajador ruso que se respete, Iván Yákovlevich era un borracho empedernido. Y, aunque a diario afeitaba barbillas ajenas, la suya estaba eternamente sin afeitar. El frac de Iván Yákovlevich (porque Iván Yákovlevich jamás usaba levita) lucía tantos lamparones de color pardo, amarillo y gris que, aunque era negro, parecía de tela estampada; tenía, además, el cuello lustroso de mugre y tres hilachas en lugar de tres botones. Iván Yákovlevich era un gran cínico. El asesor colegiado Kovaliov solía decirle mientras lo afeitaba: «Las manos te apestan, Iván Yákovlevich, como siempre». A lo que Iván Yákovlevich contestaba con una pregunta: «¿Y por qué han de apestarme?». El asesor colegiado insistía: «Hombre, no tengo idea; pero de que te apestan te apestan». Por toda respuesta, después de aspirar una toma de rapé, Iván Yákovlevich le aplicaba el jabón a grandes brochazos y a diestra y siniestra: en las mejillas, debajo de la nariz, detrás de las orejas, en el cuello... En pocas palabras, donde se le antojaba, pues.

Nuestro respetable ciudadano había llegado ya al puente de Isákevski. Primero miró a su alrededor, luego se asomó por encima de la baranda como para ver si había muchos peces debajo del puente, y arrojó disimuladamente el envoltorio con la nariz. Sintió que le quitaban diez puds de encima. Esbozó, incluso, una sonrisita de conejo. Y, entonces, cuando, en vez de marcharse a pelar la barbilla de algún funcionario, se dirigía a tomar un vodka de frutas en cierto establecimiento cuyo rótulo anunciaba: «Comidas y té», divisó al final del puente a un guardia de aspecto distinguido y frondosas patillas, con tricornio y espada. Y se quedó frío: el

guardia lo llamaba con un dedo y le decía:

—Ven para acá, anda.

Conocedor de las leyes, Iván Yákovlevich se quitó el gorro desde lejos y obedeció a toda prisa con estas palabras:

—¡A sus pies, excelencia!

—Anda, déjate de excelencias y explícame qué estabas haciendo en el puente.

—Por Dios le juro, señor, que me encaminaba a afeitar a un cliente y solo me detuve a mirar cuánta agua llevaba el río.

—¡Mentira! No me lo creo. Haz el favor de contestar.

—Estoy dispuesto a afeitar a su señoría dos veces por semana, o hasta tres, sin protestar —contestó Iván Yákovlevich.

—Déjate de tonterías, amigo. Tres barberos tienen el honor de afeitarme. Así que haz el favor de contarme qué estabas haciendo allí.

Iván Yákovlevich palideció... Pero a partir de aquí los hechos quedan envueltos en neblinas, por lo que no se sabe nada de lo que pasó después.

II

El asesor colegiado Kovaliov se despertó bastante temprano y «brrr...», resopló, cosa que hacía siempre al despertarse, aunque ni él mismo podía explicar por qué. Kovaliov se desperezó y pidió un espejo pequeño, que estaba encima de la mesa, para verse un granito que le había salido la noche anterior en la nariz. Fue entonces cuando, con gran asombro, en lugar de su nariz descubrió un espacio completamente liso. Asustado, pidió que le trajeran agua y se frotó los ojos con una toalla húmeda: ¡Pues nada, que no estaba

la nariz! Se pellizcó para comprobar si estaba despierto. Pues no; no era un sueño. El asesor colegiado Kovaliov saltó de la cama, sacudiendo la cabeza con nerviosismo: ¡no tenía nariz! Pidió de inmediato su ropa y partió como una flecha a encontrarse con el jefe de Policía.

Por cierto, estaría bien decir unas palabras acerca de Kovaliov, para poner al lector en antecedentes del rango de nuestro asesor colegiado. Los asesores colegiados que han certificado su título gracias a publicaciones científicas no pueden compararse, de ningún modo, con aquellos que lo han obtenido en el Cáucaso [45] . Son dos categorías completamente distintas. Los asesores colegiados... Pero no diré más, pues Rusia es un país tan curioso que basta decir algo acerca de un asesor colegiado para que, desde Riga hasta Kamchatka, se den por aludidos todos los que poseen el mismo título... Y lo mismo sucede con todos los demás títulos o grados. Así pues, Kovaliov era asesor colegiado del Cáucaso. Hacía dos años que ostentaba el título, cosa que no se permitía olvidar ni por un segundo. De modo que, para darse más prestancia y aplomo, nunca se presentaba como asesor colegiado sino como comandante. «Oye, guapa, date una vuelta por mi casa —solía decir al cruzarse en la calle con alguna vendedora de pecheras almidonadas—. Está en la calle Sadóvaya. Pregunta por el comandante Kovaliov, todos me conocen». Si se encontraba con una descocada y de buen palmito, añadía una indicación secreta: «Pregunta por el piso del comandante Kovaliov, preciosa». Así que también nosotros llamaremos comandante a este asesor colegiado.

El comandante Kovaliov tenía el hábito de pasear diariamente por la Avenida Nevski. Siempre llevaba el cuello de la pechera muy limpio y almidonado. Sus patillas eran como las que se usan todavía entre los agrimensores (provinciales y comarcales), los arquitectos y médicos de regimiento, los funcionarios de policía y, en general, todos esos caballeros de mejillas rozagantes y sonrosadas que suelen jugar muy bien al Boston; esas patillas llegan hasta media cara y cruzan en línea recta la nariz. El comandante Kovaliov lucía, además, multitud de sellos de estampar de cornalina con escudo y otros en los que se había tallado las palabras miércoles, jueves, lunes, etcétera. El comandante Kovaliov había viajado a San Petersburgo para ciertos menesteres consistentes en buscar un

acomodo conveniente a su rango: un nombramiento de vicegobernador, de ser posible; o, por lo menos, de administrativo en algún departamento importante. El comandante Kovaliov no estaba en contra de casarse, pero solo en el caso de que la novia viniera acompañada de un capital de doscientos mil rublos. Así pues, ya comprenderán los lectores el estado de ánimo de este comandante al descubrir, en el lugar de su nariz (que no era nada fea ni desproporcionada), un estúpido espacio vacío y liso.

Para colmo de males, no aparecía ni un solo coche de sitio por la calle, y el comandante tuvo que ir a pie, encubierto en su capa y cubriéndose la cara con un pañuelo como si llevara la nariz sangrando. «¿No será esto una alucinación mía? Es imposible que una nariz se extravíe así, a lo tonto», pensó, y luego entró en una confitería, con el propósito de mirarse al espejo. Por suerte, no había clientes en el establecimiento. Unos chicos barrían el local y ordenaban los asientos mientras otros, con ojos de sueño, sacaban bandejas de pastelillos recién horneados; sobre las mesas y las sillas había, por aquí y por allá, periódicos atrasados con manchas de café. «¡Menos mal que no hay nadie! —se dijo Kovaliov—. Así podré mirarme». Se acercó tímidamente al espejo y miró. «¿Qué maldita broma es esta? —profirió soltando un gargajo—. ¡Si por lo menos hubiera algo en lugar de la nariz!... ¡Pero no hay nada!».

Salió de la confitería mordiéndose los labios de rabia y, contra su costumbre, decidió no mirar ni sonreírle a nadie. De repente, se quedó pasmado a la entrada de una casa. Ante sus ojos se produjo un hecho inexplicable: un carruaje paró en la puerta principal y, cuando se abrió la puerta, saltó a tierra un caballero ligeramente encorvado, de uniforme, que subió con agilidad la escalinata. ¡Cuál no sería el sobresalto y horror de Kovaliov al reconocer a su propia nariz! A la vista de semejante maravilla, le pareció que todo giraba a su alrededor. Notó que apenas podía mantenerse en pie y, sin embargo, decidió esperar, a toda costa, aunque tiritando como afiebrado, a que la nariz volviera al coche. La nariz, en efecto, volvió a los dos minutos. Llevaba uniforme bordado en oro, de cuello alto, pantalón de gamuza y espada al costado. El tricornio indicaba que poseía el rango de Consejero de Estado. Según todas las apariencias, andaba de inspección. Miró a un lado y a otro, llamó de un grito al cochero, subió al carruaje, y partió.

El pobre Kovaliov estaba a punto de volverse loco. No sabía qué pensar de tan extraño suceso. Y es que ¿cómo podía vestir uniforme una nariz que, sin ir más lejos, el día anterior estaba plantada en mitad de su cara y no era capaz de desplazarse a pie, ya no digamos en carruaje, por sí misma? Corrió detrás del carruaje que, felizmente, pronto se detuvo ante la iglesia de Nuestra Señora de Kazán.

Kovaliov corrió hacia el templo, abriéndose paso entre las filas de viejas mendigas, de las que tanto se burlaba antes por ir tan entrapajadas que solo se les veían los ojos. Entró en la iglesia. Había pocos feligreses y casi todos se habían quedado cerca de la puerta. Se hallaba en tal estado de consternación que ni siquiera tenía ánimos para rezar; buscaba con los ojos a aquel caballero por todos los rincones. Al fin lo descubrió, un poco apartado. La nariz tenía el rostro totalmente oculto por un gran cuello alto. Y oraba con extraordinaria devoción.

«¿Cómo abordarlo? —se preguntó Kovaliov—. Me queda claro que, a juzgar por el uniforme que lleva, con tricornio, se trata de un consejero de Estado [46] . Cómo diablos lo hago...».

Carraspeó varias veces cerca de la nariz, quien no abandonaba ni por un instante su devota actitud ni dejaba de hacer las reverencias de rigor.

—Excelentísimo señor... —dijo Kovaliov, haciendo un esfuerzo—. Disculpe, excelentísimo señor...

—¿Qué se le ofrece? —preguntó la nariz volviendo la cara.

—Esto es muy extraño, excelentísimo señor... Es que, me parece que usted... usted debería saber cuál es su sitio. De buenas a primeras me lo encuentro... ¿Y en dónde? En una iglesia. Estará de acuerdo en que...

—Perdone, pero no entiendo lo que usted quiere decirme. Explíquese.

«¿Cómo explicarlo?», pensó Kovaliov, y luego, haciendo de tripas corazón, comenzó:

—Es que... Por cierto, debo decirle que soy comandante, y eso de andar por ahí, sin nariz, como usted comprenderá, es indecoroso. Sin nariz puede pasar alguna de esas vendedoras de naranjas peladas del puente de Voskresenski; pero yo, que aspiro a..., habiendo sido, claro está, presentado en casas donde hay damas como la señora Chejtariova, esposa de un consejero de Estado, y otras muchas... Usted comprenderá... Creo yo, excelentísimo señor... —tras decir esto, el comandante Kovaliov se encogió de hombros—. Usted perdone, pero considerando todo esto desde el punto de vista de las normas del deber y del decoro... comprenderá...

—Pues no comprendo absolutamente nada —contestó la nariz—. Sea más claro.

—Excelentísimo señor... —replicó Kovaliov, consciente de su propia dignidad—, no logro interpretar sus palabras... Me parece que el asunto está claro. ¡No pretenderá ... Pero si usted es mi nariz!

La nariz midió con la vista al comandante y frunció un poco el ceño.

—Se equivoca, excelentísimo señor. Yo soy yo. Por lo demás, entre nosotros no puede haber la menor relación directa, pues, a juzgar por los botones de su uniforme, usted sirve en otro departamento.

Dicho esto, la nariz volvió la cabeza y siguió rezando.

Kovaliov, confundido, se quedó sin saber qué hacer ni qué pensar. Justo en ese momento se escuchó el encantador susurro de unas vestiduras femeninas. Llegaba una dama de edad respetable, cubierta de encajes, acompañada de otra dama, muy esbelta, con un vestido blanco que se ajustaba encantadoramente a su silueta, y un sombrero de paja, ligero como un pastelillo. Un lacayo alto, de levita, frondosas patillas y un cuello tan grande que parecían doce, se situó detrás de ellas y abrió una tabaquera.

Kovaliov se acercó poco a poco, estiró el cuello de batista de su pechera, retocó los sellos de la cadena de oro y, sonriendo sin ton ni son, clavó la mirada en la grácil dama que se inclinaba ligeramente, como una florecilla de primavera, y se llevaba al rostro una breve mano blanca de dedos traslúcidos. La sonrisa de Kovaliov se

acentuó cuando distinguió, bajo el sombrero, un mentoncito redondo y blanco, en esplendor, y la mitad de una mejilla teñida por el color de la primera rosa primaveral. Pero enseguida respingó, como si lo hubieran quemado con algo, pues recordó que no tenía nariz, que en su lugar había un vacío absoluto. Y se le saltaron las lágrimas. Con el propósito de tildar de miserable farsante al señor del uniforme, y dejarle muy claro que no era consejero de Estado, sino su propia nariz, y nada más, única y exclusivamente su nariz, el comandante Kovaliov dio media vuelta... Pero ya no estaba allí el señor nariz, pues había salido volando para continuar con sus visitas.

Esto desesperó a Kovaliov. Salió de la iglesia y se detuvo un instante bajo el pórtico, escudriñando por todas partes para ver si lo veía por algún lado. Recordaba muy bien que iba de tricornio con pluma y uniforme bordado en oro, pero no se había fijado en el capote, ni en el color del carruaje, ni en los caballos; tampoco en si llevaba lacayo detrás y cómo era su frac. Además, difícilmente habría podido identificar un carruaje entre tantos que iban de un lado a otro, a toda velocidad, y, aún pudiendo identificarlo, no tenía ningún medio para detenerlo, en todo caso. Hacía un espléndido día soleado; la Avenida Nevski era un hormiguero; las damas formaban una cascada multicolor que se desbordaba por las aceras, desde el puente de Politséiski hasta el Anichkin; entre el torrente, Kovaliov divisó a un consejero de la corte, conocido suyo, a quien siempre llamaba teniente coronel, sobre todo en presencia de extraños; también divisó a Yariguin, jefe del despacho del Senado, buen amigo suyo, que siempre se quedaba sin puntos cuando apostaba al ocho; por allí pasaba otro comandante, que había recibido el rango de asesor colegiado en el Cáucaso, y agitaba una mano, llamándolo...

—¡Maldita sea! —dijo Kovaliov—. ¡Cochero! ¡Llévame a ver al comisario de policía!

Kovaliov trepó al vehículo y se pasó todo el trayecto gritándole al cochero: «¡Vamos, hombre, arrea más rápido! ¡Ve de prisa por la Ivánovskaia!».

—¿Está el señor comisario en casa? —preguntó a viva voz al entrar en el vestíbulo.

—No, señor, acaba de salir —respondió el portero.

—¡Solo eso me faltaba!

—No hace mucho que salió, por cierto —añadió el portero—. De haber llegado un minuto antes tal vez lo habría encontrado.

Sin quitarse el pañuelo del rostro, Kovaliov regresó al coche y ordenó, exasperado:

—¡Vamos!

—¿A dónde? —preguntó el cochero.

—¡Todo derecho!

—¡Cómo que todo derecho, si estamos en un cruce! ¿A la derecha o a la izquierda?

Esta pregunta dejó pasmado a Kovaliov y lo puso a reflexionar en su situación. Lo lógico era acudir, en primer lugar, a la comisaría, y no por su relación personal con la policía, sino porque sus disposiciones podían ser mucho más expeditas que las de otras instancias. No tenía sentido recurrir a las autoridades superiores del departamento al que dijo pertenecer la nariz, en busca de justicia, pues podía deducirse, por sus respuestas, que no había nada sagrado para semejante sujeto, y se veía muy capaz de haber mentido, al igual que había mentido al afirmar que no se conocían y ni siquiera se habían visto. Kovaliov iba a ordenar que lo condujeran a la comisaría, cuando lo asaltó una preocupación: aquel bribón, que se había comportado con tanta desfachatez durante la primera entrevista, podía muy bien aprovechar el tiempo para escaparse de la ciudad, volviendo inútiles todas las pesquisas, que podían durar un mes entero si Dios no ponía remedio. De repente, como si se tratara de una revelación caída del cielo, tuvo la idea de ir a la oficina de publicidad para poner en los periódicos, lo antes posible, un anuncio detallado, con santo y seña del señor nariz, para que fuera detenido y llevado a su presencia o, por lo menos, le dieran a conocer su paradero. Una vez tomada esta decisión, ordenó al cochero que lo llevara a la oficina de publicidad y se fue todo el camino machacándole la espalda con el puño,

diciendo: «¡Más aprisa, maldito! ¡Date prisa, truhan!». A lo que el cochero contestaba: «¡Ay, señor!...», sacudiendo la cabeza y arreando a su caballo, tan peludo como un perro de lanas. Por fin, el carruaje se detuvo, y Kovaliov irrumpió jadeante en una oficina de muy reducidas dimensiones. Un empleado canoso, con gafas y una pluma entre los dientes, vestido con un viejo frac, recontaba las monedas que había cobrado, parapetado tras una mesa.

—¿Quién recibe aquí los anuncios? —preguntó a gritos Kovaliov—. ¡Ah, ya veo! ¡Buenos días! —volvió a gritar.

—Muy buenos los tenga usted —contestó el empleado canoso, alzando un momento los ojos para al instante volver a posarlos en el dinero que contaba y recontaba.

—Desearía insertar...

—Perdone. Le ruego que aguarde un momento —dijo el empleado, anotando con la derecha un número en un papel mientras pasaba dos bolitas de ábaco con la mano izquierda.

Un lacayo de casa rica (a juzgar por su aspecto y por su librea galoneada), que esperaba junto a la mesa con una nota en la mano, consideró oportuno hacer patente sus conocimientos del mundo:

—Le aseguro, caballero, que el perrillo no vale ni ocho grivnas [47] ; yo no daría ni cuatro por él. Pero la condesa le tiene cariño; sí, le tiene cariño, qué se le va a hacer, ya ve usted: ¡cien rublos a quien lo encuentre! Sinceramente, para decirlo con propiedad, la verdad es que hay gente para todo, las hay, personas, con gustos disparatados y excéntricos. Si hay que tener perro, pues que sea uno de rastreo, o un maltés, siendo así, entonces, no hay que parar en gastos, aunque sean quinientos rublos, o mil, con tal de que sea lo que se dice un perro de verdad.

El respetable empleado escuchaba todo aquello con aires de conocedor, aunque sin dejar de calcular el costo del anuncio que le habían entregado. A su alrededor se apretujaban viejas, dependientes de comercio y porteros; todos con alguna nota en la mano. Una nota ofrecía los servicios de un cochero sobrio; otra, un carruaje en buen uso, traído de París en 1814; otra más, una moza

de diecinueve años que sabe lavar y planchar, entre otras cosas... También se vendía una calesa resistente, a la que le faltaba una ballesta; un joven y brioso caballo con diecisiete años de rodado; semillas de nabo y rábano recién llegadas de Londres; una casa de campo con todas las comodidades; dos cuadras para caballos; un terreno donde se podía plantar una magnífica arboleda de abedules o abetos... Había, también, un aviso para los que desearan adquirir suelas usadas, a quienes se invitaba a la subasta que se efectuaba diariamente de ocho a tres. En fin, el cuarto donde se hacinaba aquella gente era diminuto, por lo que la atmósfera estaba sumamente cargada de olores, pero el asesor colegiado no podía percibir el olor porque se cubría la cara con el pañuelo. Y porque no tenía nariz, pues se encontraba el diablo sabe dónde.

—Permítame, señor mío... Mi asunto es muy urgente, —dijo al fin con impaciencia.

—Ya voy, ya voy... Dos rublos con cuarenta y tres kopeks. Enseguida lo atiendo. Un rublo con sesenta y cuatro kopeks —decía el empleado canoso, arrojando a viejas y porteros sus respectivos recibos a la cara—. ¿Qué desea usted? —preguntó por fin, dirigiéndose a Kovaliov.

—Pues, quisiera... —contestó Kovaliov—. He sido víctima de una estafa o de un robo..., no podría decirlo a ciencia cierta hasta... Bueno, solo quiero anunciar que quien me traiga a ese canalla será cumplidamente recompensado.

—Deme su apellido

—¿Mi apellido? ¡No! ¿Para qué? No, no puedo. ¡Con tantas amistades que tengo! La señora Chejtariova, esposa de un consejero de Estado... Palagueia Grigórievna Podtóchina, casada con un oficial del Estado Mayor... ¿Qué tal si se enteran? ¡Dios me libre! Puede usted poner, sencillamente, un asesor colegiado, no, mejor ponga «un caballero con el rango de comandante».

—¿El fugitivo era su siervo?

—¿Quién ha dicho que se me escapó un siervo? Eso no sería una canallada tan grave. Se me ha escapado... la nariz...

—¡Hum! ¡Qué apellido tan raro! ¿Y le ha estafado mucho ese señor De la Nariz?

—No me ha entendido. Cuando digo nariz, no me refiero a un apellido, sino a mi propia nariz, que ha desaparecido sin dejar rastro. ¡Alguna trastada del demonio!

—Pero ¿de qué modo ha desaparecido? No sé si lo entiendo.

—No lo sé, tampoco yo puedo decir cómo ha desaparecido; lo fundamental es que anda de un lado a otro, haciéndose pasar por consejero de Estado. Por eso le ruego poner el anuncio, para que la atrapen y me la traigan inmediatamente, sin dilación alguna. Póngase en mi lugar: ¿cómo me las voy a arreglar sin un apéndice tan visible? No es un simple meñique del pie, por ejemplo, que va dentro de la bota y nadie advierte su falta. Yo suelo ir los jueves a casa de la señora Chejtariova, esposa de un consejero de Estado. También me honran con su amistad Palagueia Grigórievna Podtóchina, casada con un oficial del Estado Mayor, y su hija, que es adorable. Así que, dígame usted, dígame, ¿qué hago yo ahora? No puedo presentarme así, de ninguna manera.

El empleado se puso a reflexionar, lo que podía deducirse por el modo de apretar los labios.

—Pues no, no puedo insertar ese anuncio —dictaminó al fin, después de un largo silencio.

—¡Cómo! ¿Por qué?

—Porque acarrearía desprestigio al periódico. Si nos ponemos a escribir de gente a la que se le ha escabullido la nariz... Si ya se dice que publicamos muchos disparates y rumores.

—¿Y por qué ha de ser esto un disparate? Me parece que de eso no tiene nada.

—Eso lo dirá usted. Mire: la semana pasada ocurrió algo por el estilo. Se presentó un funcionario, de la misma manera que se presenta usted ahora, con una nota de a dos rublos y setenta y tres kopeks, anunciando que se había escapado un perro de aguas de

pelo negro. Al parecer, un anuncio común y corriente, ¿verdad? Pues resultó ser un panfleto difamatorio: resulta que se trataba del tesorero de no sé qué organismo.

—Pero mi anuncio no se refiere a ningún perro, sino a mi propia nariz, lo que es decir casi a mi propia persona.

—No. Yo no puedo insertar un anuncio así. De ninguna manera.

—Pero ¡de verdad se ha escapado mi nariz!

—Entonces es un asunto médico. Se dice que hay médicos capaces de ponerle a la gente la nariz que quiera. Pero, por lo que veo, usted es un bromista, y anda de muy buen humor.

—¡Le juro que es verdad, por Dios santo! En fin, véalo usted mismo...

—¿Para qué se va a molestar? —protestó el empleado, aspirando un poco de rapé—. Aunque, si no le molesta —añadió, picado por la curiosidad—, me gustaría verlo.

El asesor colegiado retiró el pañuelo de su rostro.

—Es rarísimo, sí, efectivamente —opinó el empleado—. En lugar de la nariz tiene un espacio tan liso como la palma de mi mano. Sí, sí, liso, increíblemente liso...

—¿Seguirá discutiendo? Ya lo ve: tendrá que publicarlo. Le quedaré especialmente agradecido, y me alegro de que este suceso me haya otorgado el placer de conocerle...

Como puede verse, el comandante llegó a rebajarse, incluso, un poco en esta ocasión.

—Claro que se puede publicar, eso no es difícil —dijo el empleado —, aunque no le veo el provecho. Si tanto le interesa, cuéntele el caso a quien tenga buena pluma, para que lo describa como un fenómeno de la naturaleza y lo publique en La abeja del Norte [48] (aquí aspiró otro poco de tabaco) para instrucción de la juventud (aquí se limpió la nariz), o simplemente como un suceso curioso.

El asesor colegiado estaba totalmente aturdido. Bajó los ojos, que se toparon con la cartelera de espectáculos al pie de un periódico. Estuvo a punto de sonreír al leer el nombre de una guapa actriz, y de echar mano al bolsillo para comprobar si llevaba algún billete de cinco rublos (pues, según Kovaliov, los oficiales superiores debían sentarse en el patio de butacas), cuando el recuerdo de su no nariz echó por tierra toda alegría.

Al propio empleado pareció afectarle la embarazosa situación de Kovaliov, y creyó oportuno mitigar un poco su pesar con alguna muestra de empatía.

—En verdad lamento mucho lo que le ha sucedido. ¿Quiere un poco de rapé? Disipa disgustos y dolores de cabeza. Dicen que incluso cura las hemorroides.

Dicho esto, el empleado ofreció a Kovaliov su tabaquera, quitando con bastante agilidad la tapa con el retrato de una dama con sombrero.

Esta acción irreflexiva sacó de sus casillas a Kovaliov.

—No entiendo a qué vienen estas bromas —dijo irritado—. ¿No ve que me falta, justamente, lo necesario para aspirar rapé? ¡Váyase al diablo con su tabaco! Ahora no puedo ni verlo, aunque me lo ofreciera de la mejor calidad, y no esa porquería suya que fabrica Berezin [49] .

Tras decir esto, salió profundamente disgustado de la oficina de publicidad para dirigirse a casa del inspector de policía; hombre desmesuradamente aficionado al azúcar. En el recibidor, que a veces hacía la función de comedor, se apilaban montoncitos de panes de azúcar, gracias a la amistad de los comerciantes. La sirvienta le quitaba al inspector las botas altas de reglamento; la espada y demás artilugios militares pendían ya pacíficamente en sus rincones; el majestuoso tricornio había pasado a manos del hijo del inspector, un niño de tres años, y el propio inspector se disponía, después del batallar cotidiano, a gozar de una dichosa calma.

Kovaliov se presentó cuando el comisario se decía, a medias entre un bostezo y un resoplido: «¡Voy a echarme dos horitas de siesta!».

De lo cual podía deducirse que la llegada del comandante era totalmente inoportuna. Y no creo que, de haberle llevado unas libras de té o una pieza de paño, le hubiera recibido muy amablemente. El inspector era gran aficionado de todas las artes y los productos manufacturados, aunque, por encima de todo, prefería los billetes de banco. «Esto sí que es bueno —solía decir—. Nada lo supera. No piden de comer; ocupan poco sitio (siempre caben en el bolsillo); si se caen, no se rompen».

El comisario acogió con frialdad a Kovaliov. Le recordó que las investigaciones no se realizan después de comer, que la propia naturaleza prescribe descansar un poco después de alimentarse adecuadamente (de lo cual, según dedujo el comandante, se desprende que el inspector no desconocía las máximas de los sabios de la antigüedad), que a ninguna persona respetable le huye la nariz así como así, y que hay por el mundo un buen número de comandantes de toda calaña y condición que no llevan ni siquiera ropa interior en buen estado, y que además frecuentan lugares poco recomendables.

Le dio, como se dice, donde más le duele. Es preciso señalar que Kovaliov era un hombre muy quisquilloso. Podía perdonar cuanto dijeran de él, en cuanto individuo, pero de ningún modo lo que se refiriera a su categoría o a su título. Opinaba, incluso, que en las obras de teatro se podían pasar por alto las pullas a los oficiales subalternos, pero que de ahí para arriba era inadmisible cualquier ataque. El recibimiento del inspector lo ofuscó tanto que meneó la cabeza y dijo muy digno, separando levemente los brazos: «Confieso que, tras las observaciones tan afrentosas que he recibido de su parte, no tengo nada que añadir...». Y se retiró.

Llegó a su casa tan cansado que le costaba mantenerse en pie. Había caído la tarde. Después de tantas gestiones infructuosas, su vivienda le pareció mustia y de lo más repugnante. Cuando entró en el recibimiento descubrió a Iván, su lacayo, tumbado de espaldas en un mugriento sofá de cuero y dedicado a escupir al techo, con tanta puntería, que muchas veces acertaba el escupitajo en el mismo sitio. Indignado ante tal indolencia, Kovaliov le pegó un sombrerazo en la frente, refunfuñando: «Tú siempre has de estar haciendo estupideces, ¡cerdo!».

Iván se levantó de un salto y corrió a quitarle la capa.

Al entrar en su cuarto, el comandante se dejó caer, fatigado y abatido, en un sillón. Luego dijo, después de unos cuantos suspiros:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿qué habré hecho yo para merecer esto? Habría sido preferible quedarme sin un brazo, o sin una pierna; o, incluso, podría pasármela sin orejas. Pero ¿qué diablos es un hombre sin nariz? Nada. Ni un pájaro ni un ciudadano. Es nada, una cosa que puede, simplemente, arrojarse por la ventana. Si el percance hubiera ocurrido en la guerra o en un duelo o por culpa mía. Pero ¡ha desaparecido sin más ni más, a lo tonto!... Aunque... no, no puede ser —añadió después de pensarlo un poco—. Es inconcebible que desaparezca una nariz. Completamente inconcebible. O estoy soñando, o es una alucinación. Seguro. O quizá me haya bebido por error el aguardiente con el que me froto la barba después de afeitarme. El estúpido de Iván lo habrá cambiado de sitio, y yo me lo bebí.

Para convencerse de que, en efecto, no estaba borracho, el comandante se pellizcó tan fuerte que chilló. El dolor lo persuadió de que era realidad lo que le pasaba. Se acercó sigilosamente al espejo. Cerró los ojos, con la esperanza de que apareciera la nariz en su sitio al abrirlos, pero al instante pegó un respingo y retrocedió, exclamando:

—¡Qué asco de cara!

A decir verdad, aquello era incomprensible. Si se hubiera perdido un botón, una cuchara de plata, un reloj o algo por el estilo... Pero ¡perderse aquello! Y dentro de casa, además... Calculando las posibilidades, el mayor consideró probable la hipótesis de que el culpable fuera la señora Podtóchina, esposa de un oficial del Estado Mayor, quien pretendía casarlo con su hija. Aunque le agradaba cortejarla, Kovaliov eludió un compromiso tan definitivo. De modo que, cuando la señora Podtóchina le declaró sin rodeos que deseaba dársela en matrimonio, redujo poco a poco sus galanteos, alegando que todavía era joven y que aún necesitaba hacer méritos en su carrera, unos cinco años, antes de cumplir los cuarenta y dos. Así que, al parecer, seguramente por venganza, la señora Podtóchina urdió aquello de desnarigarlo, pagando el trabajo a alguna bruja

pesetera, pues no podía pensarse, en modo alguno, que le hubieran cercenado la nariz, ya que nadie había entrado en su habitación. Iván Yákovlevich, el barbero, lo afeitó el miércoles, y Kovaliov conservó su nariz íntegra durante todo el día. El jueves, incluso, estuvo en su sitio a lo largo de veinticuatro horas. Eso lo recordaba y lo sabía muy bien. Además, sin dudarlo, le hubiera dolido y, desde luego, la herida no habría cicatrizado tan pronto, ni quedado lisa como la palma de una mano. Se puso a pensar en si debía denunciar a la señora Podtóchina ante los tribunales, o personarse en su casa y echarle en cara su ardid. Un destello de luz, que penetró por todas las rendijas de la puerta, interrumpió sus reflexiones, pues era indicio de que Iván había encendido ya una vela en el recibimiento. Enseguida apareció el propio Iván, iluminando la estancia. El primer movimiento de Kovaliov fue echar mano de un pañuelo y cubrirse el lugar que su nariz, apenas ayer, ocupaba en el centro de la cara, para que el estúpido de su lacayo no se quedara boquiabierto ante un hecho tan insólito.

Apenas se había retirado Iván a su cuchitril, cuando una voz desconocida se escuchó en el recibimiento:

—¿Vive aquí el asesor colegiado Kovaliov?

—Adelante. Está hablando con el comandante Kovaliov —contestó, levantándose apresuradamente para abrir la puerta.

Entró un agente de policía de buena presencia, con patillas ni demasiado claras ni demasiado oscuras, y unas mejillas bastante regordetas. El mismo que al comienzo de nuestro relato vimos en un extremo del puente de Isákevski.

—¿Es usted el caballero que perdió la nariz?

—Así es.

—Pues ya ha aparecido.

—¿Qué dice? ¿De verdad? —gritó el comandante Kovaliov, y se quedó mudo de la alegría, mirando fijamente al guardia plantado delante, en cuyas mejillas y labios abultados se reflejaba la trémula luz de la vela—. ¿Cómo ha sucedido?

—De casualidad. La atrapamos a punto de ponerse en camino: iba a tomar ya la diligencia para marcharse a Riga. Ya le habían extendido el pasaporte a nombre de cierto funcionario. Lo curioso es que, a primera vista, yo mismo lo tomé por un caballero, pero, afortunadamente, llevaba mis gafas, y pude darme cuenta de que se trataba de una nariz. Porque le diré, soy miope, si se coloca delante de mí, yo solo veo su cara, pero sin distinguir la nariz, ni la barba, ni nada. Mi suegra, es decir, la madre de mi esposa, tampoco distingue nada de nada.

Kovaliov se puso como afiebrado.

—¿Dónde está? ¿Dónde? Voy corriendo...

—No tiene por qué molestarse. Supuse que le haría falta, por eso la he traído. Por cierto, lo raro es que el autor principal del hecho es un barbero bribón de la calle Voznesénskaia; ya está detenido en la comisaría. Hace tiempo que andaba tras él, por borracho y ladrón. Anteayer, sin ir más lejos, robó una docena de botones en una tienda. En cuanto a su nariz, no se preocupe, está exactamente igual que antes.

Dicho esto, el policía metió la mano en el bolsillo, de donde extrajo la nariz envuelta en un papel.

—¡Esa! ¡Sí, sí! ¡Esa es! —gritó Kovaliov—. Tiene usted que quedarse a tomar el té conmigo.

—Aceptaría con mucho gusto, pero me resulta del todo imposible. De aquí tengo que ir al manicomio. Han subido mucho los precios de la despensa... Debo mantener a mi suegra, la madre de mi esposa, que vive con nosotros, y a mis hijos. El mayor es un chico listo, que promete mucho, pero carezco por completo de posibilidades para darle estudios...

Kovaliov se dio por enterado. Tomó de la mesa un billete de diez rublos y lo embutió en las manos del policía, quien abandonó la estancia dando un taconazo. Poco después, Kovaliov lo oyó dar voces en la calle, instruyendo, con acompañamiento de puñetazos, a un estúpido muzhik [50] que se había subido a la acera con su carreta.

Cuando se marchó el guardia, Kovaliov permaneció unos minutos aturdido. Tras el desconcierto que le produjo la inesperada alegría, recobró la capacidad de ver y sentir. Tomó con precaución la nariz en el cuenco formado por las dos manos, y se puso a observarla atentamente.

—Sí es, claro que sí —se decía—. Aquí está, en el lado izquierdo, el granito que le salió ayer.

El comandante estuvo a punto de soltar la risa de alegría.

Pero en este mundo no hay nada que dure mucho tiempo, incluida la alegría, que pasado el primer instante ya no es tan viva; un minuto después se debilita y luego acaba por diluirse inadvertidamente en el estado de ánimo habitual, lo mismo que el círculo que surge en la superficie del agua, al arrojar una piedrecita, se acaba diluyendo en la superficie lisa.

Kovaliov se puso a pensar y sacó en claro que todavía no estaba todo arreglado: la nariz había aparecido por fin, es verdad, pero hacía falta ajustarla en su sitio.

—¿Y si no se pega?

El comandante se quedó descolorido al hacerse esta pregunta.

Presa de un miedo indescriptible, corrió a la mesa y acercó el espejo, para no colocarse la nariz torcida. Le temblaban las manos. Con mucho tiento, se puso la nariz en el lugar de antes. ¡Qué espanto! ¡No se pegaba!... Se la acercó a la boca, le echó el aliento, para calentarla, y la volvió a poner en el espacio plano entre sus mejillas. No había manera: la nariz no se sujetaba.

—¡Vamos! Pero ¡vamos! ¡Quédate ahí! —le decía.

Pero la nariz era sorda, y caía sobre la mesa haciendo un ruido extraño, como si fuera un corcho. El rostro del comandante se contrajo en una mueca. «¿Será posible que no se pegue?», se preguntaba, asustado. Todas las veces que colocó la nariz en su lugar, sus esfuerzos fueron en vano.

Llamó al lacayo y lo mandó en busca del médico que vivía en el

entresuelo de la casa, ocupando el mejor piso. Aquel médico era hombre de buena presencia, de magníficas patillas negras, casado con una mujer lozana y rebosante de salud. Además de que desayunaba con manzanas y cuidaba esmeradamente el aseo de su boca, enjuagándose cada mañana durante casi tres cuartos de hora y puliéndose los dientes con cinco diferentes cepillos. El doctor acudió al instante. Después de preguntar por el tiempo transcurrido desde el percance, levantó la cara de Kovaliov, agarrándolo por la barbilla, y le pegó tal manotazo en el lugar antes ocupado por la nariz, que el comandante dio violentamente de nuca contra la pared. El médico dijo que aquello no era nada. Le pidió apartarse de la pared, le hizo volver la cabeza hacia la derecha y, después de palpar el sitio donde debía estar la nariz, dijo «hum». Luego le hizo volver la cabeza hacia el lado izquierdo, y dijo otra vez «hum». Finalmente, le pegó con el pulgar otro golpe, tan fuerte, que hizo respingar al mayor Kovaliov, como a un caballo cuando le miran los dientes. Después de esta prueba, el médico sacudió la cabeza, y dijo:

—No. No hay manera. Es preferible dejarlo así, porque podría quedar peor. Tiene arreglo, desde luego, y puedo ponérsela quizá ahora mismo. Pero le aseguro que sería peor para usted.

—¡Ahora resulta que es mejor así! ¿Cómo voy a quedarme sin nariz? —protestó Kovaliov—. Peor que ahora, imposible. ¿Qué demonios es esto? ¿A dónde voy yo con esta facha? Tengo muchas y muy buenas relaciones. Hoy, por ejemplo, debo asistir a dos veladas. Conozco a mucha gente: la señora Chejtariova, esposa de un consejero de Estado, la señora Podtóchina, casada con un oficial del Estado Mayor... Aunque, después de lo que me ha hecho, solo puedo tratar con ella en la comisaría. Se lo ruego, por favor —prosiguió Kovaliov suplicante—. ¿No habrá algún remedio? Póngala como sea, aunque no quede bien, con tal de que se sostenga. Incluso, en casos de apuro, podría sujetarla un poco con la mano. Además, como no bailo, no hay que temer ningún movimiento brusco que la perjudique. Tengo por seguro que, en la medida de mis posibilidades, sabré agradecerle la visita.

—Créame —dijo el doctor en un tono ni alto ni bajo, pero sumamente persuasivo y atrayente— que nunca ejerzo por dinero. Eso sería contrario a mis normas. Es verdad que cobro mis visitas,

pero con el único fin de no ofender a nadie al negarme. Yo, desde luego, podría ajustar su nariz. Sin embargo, y le juro por mi honor, si mi palabra no le basta, que le quedaría mucho peor. Deje actuar a la naturaleza. Las abluciones frías lo mantendrán a usted, aun sin nariz, tan sano como si la tuviera, se lo aseguro. En cuanto a la nariz, le aconsejo que la meta en un frasco de alcohol. No, no, es mejor que añada una solución de dos cucharadas de vodka fuerte [51] y vinagre caliente. Podrá sacar por ella una cantidad respetable. Se la compro, si no se excede en el precio.

—¡No, no! No la vendería por nada del mundo —dijo el comandante, desesperado—. ¡Prefiero que desaparezca!

—Perdone, yo solo quería hacerle un favor —replicó el médico—. ¡En fin! Ya habrá notado que lo hago con buena intención.

Con estas palabras, el médico abandonó decorosamente la estancia. Kovaliov no se había fijado en su rostro, ya que, inmerso en su profundo abatimiento, solo atinó a ver los puños de la camisa, pulcra y blanca como la nieve, asomando por las mangas del frac negro.

Al día siguiente, antes de presentar querella, decidió escribir a la señora del oficial de Estado Mayor para ver si aceptaba de buena manera devolverle lo que era suyo. La carta decía lo siguiente:

«Muy señora mía, Alexandra Grigórevna:

»No logro comprender su extraño comportamiento. Puede estar segura de que, actuando así, no conseguirá, en modo alguno, casarme con su hija. Sepa usted que estoy enterado de que usted está involucrada en la historia de mi nariz, es más, lo diré de una vez: usted ha sido la principal causante de toda esta historia. El súbito desprendimiento, la fuga y el disfraz de mi apéndice nasal, que apareció primero bajo el aspecto de un funcionario y luego con su aspecto de nariz, son, ni más ni menos, consecuencia de las brujerías practicadas por usted o por quienes se ejercitan en ocupaciones tan innobles como las suyas. Por mi parte, considero mi deber advertirle que, si el mencionado apéndice no se reintegra hoy mismo a su sitio, me veré obligado a recurrir a la

defensa y al amparo de la ley.

»Por lo demás, le presento todos mis respetos, y tengo el honor de quedar de usted su seguro servidor,

Platón Kovaliov».

«Muy señor mío, Platón Kuzmich:

Su carta me ha dejado asombrada. Le confieso, con toda sinceridad, que nunca esperé de usted nada parecido a los injustos reproches que me dirige. Pongo en su conocimiento que jamás he recibido en mi casa, ni con disfraz ni bajo su aspecto propio, al funcionario a quien usted menciona. No niego que me ha visitado Filipp Ivánovich Potánchikov, pero, aunque él aspiraba, es cierto, a la mano de mi hija, y se trata de una persona culta y educada, de conducta muy respetable y decorosa, yo nunca le he dado la menor esperanza. Hace mención usted a no sé qué nariz. Si con ello quiere dar a entender que yo me proponía dejarle con un palmo en las narices, es decir, darle una negativa rotunda, me sorprende que lo diga, pues sabe perfectamente que mi intención es otra, muy diferente, y que, si usted se compromete, ahora mismo y en debida forma, con mi hija, estoy dispuesta a aprobarlo sin demora, pues tal ha sido siempre el objeto de mis más vehementes deseos, en espera de lo cual quedo siempre a su entera disposición,

Alexandra Podtóchina».

«Estoy seguro de que no ha sido ella —se dijo Kovaliov después de leer la carta—. ¡No, imposible! Esta carta no pudo haberla escrito alguien que ha cometido un delito. (El asesor colegiado era hombre ducho en la materia, pues, cuando se encontraba en el Cáucaso, fue el encargado varias veces de investigaciones judiciales). ¿Cómo ha podido suceder? ¿De qué manera? Solo el diablo lo sabe» concluyó, desalentado.

Mientras tanto, como suele ocurrir, circulaban ya por toda la capital los rumores acerca del extraordinario suceso, adornado con toda

clase de exageraciones. Por aquel entonces, precisamente, las mentes estaban orientadas hacia lo sobrenatural, a todos intrigaban los experimentos sobre los efectos del magnetismo. Por lo demás, la historia de las sillas danzantes de la calle Koniúshennaia era todavía muy reciente, así que nada tiene de peculiar que se contara que la nariz del asesor colegiado solía pasearse a las tres en punto de la tarde por la avenida Nevski. Por ello, todos los días acudía allí una multitud de curiosos. A alguien se le ocurrió decir que la nariz se encontraba en los almacenes Junker [52] , y frente al establecimiento se formó tal aglomeración que tuvo que intervenir la policía. Un vendedor ambulante, con aspecto respetable, que usaba patillas y vendía empanadillas de varias clases a la puerta del teatro, fabricó para la ocasión unos magníficos y sólidos bancos de madera que alquilaba, a ochenta kopeks por persona, a cualquier curioso que deseara usarlos para ver mejor. Un benemérito coronel, que salió de su casa muy temprano, mucho antes que de costumbre, con el único propósito de presenciar la nariz, y que a duras penas logró abrirse paso entre el gentío, se indignó al ver en el escaparate de la tienda, en lugar de la nariz, una simple camiseta de lana y una litografía con la imagen de una jovencita que se subía una media, mientras un petimetre con chaleco de solapas y barbita la espiaba desde detrás de un árbol. Dicha litografía llevaba más de diez años colgada allí. Al retirarse, el coronel dijo contrariado: «¿Cómo se puede encandilar a la gente con patrañas tan estúpidas e imposibles?».

Luego se corrió el rumor de que la nariz del comandante Kovaliov se paseaba por el jardín de Taurida, desde hacía ya mucho tiempo (tanto, que, cuando Jozrev-Mirza [53] se alojó allí, le sorprendió sobremanera semejante capricho de la naturaleza), y no por la avenida Nevski.

Allá fueron algunos estudiantes de la Academia de Cirugía. Una noble dama rogó al vigilante del jardín, por medio de una carta especial de salvoconducto, que mostrara a sus hijos el raro fenómeno y, a ser posible, se lo explicara de modo instructivo y edificante para los jóvenes.

Estos hechos fueron acogidos con regocijo por los caballeros asiduos de las veladas de sociedad, tan aficionados a distraer a las señoras con historias curiosas, cuyo repertorio se encontraba por entonces

agotado. Una minoría de personas respetables estaba sumamente descontenta. Un señor decía, muy indignado, que no comprendía que se propalaran tales infundios, tan absurdos, en nuestro siglo ilustrado, y que le sorprendía que el gobierno no prestara atención a ello. Al parecer, ese señor era de los que quieren implicar al gobierno en todo, hasta en los pleitos diarios con la esposa. Luego sucedió... Pero, a partir de aquí, el suceso queda, de nuevo, completamente envuelto en neblinas, y no se sabe nada en absoluto de lo acaecido después.

III

En el mundo ocurren cosas de lo más absurdas. A veces, sin la menor verosimilitud; de pronto, la misma nariz que andaba de un lado para otro con uniforme de consejero de Estado, y que tanto alboroto provocó en la ciudad, volvió, como si tal cosa, a su sitio, es decir, entre las dos mejillas del comandante Kovaliov. Esto sucedió el 7 de abril. Al despertarse y lanzar una mirada fortuita al espejo, descubrió el comandante que allí estaba la nariz. La tocó, ¡allí estaba, sí! «¡Al fin!», exclamó Kovaliov, y estuvo a punto de bailar de alegría, tal y como estaba, descalzo, por toda la habitación; pero la entrada del lacayo se lo impidió. Pidió agua para lavarse y, mientras se lavaba, echó otra mirada al espejo. Allí estaba, ¡allí estaba la nariz! Al secarse con la toalla, miró una vez más: ¡La nariz estaba en su sitio!

—Mira, Iván, me parece que tengo un granito en la nariz —dijo. «Qué disgusto me llevaré si Iván me dice ahora: Pues no, señor, no veo ningún grano; tampoco veo la nariz» —pensó.

Pero Iván contestó:

—No, no hay ningún grano en la nariz.

«Qué bien, ¡qué demonios!», se dijo el comandante, chascando los dedos. En ese momento asomó por la puerta el barbero Iván Yákovlevich, temeroso, como un gato al que acaban de apalear por

robar tocino.

—Antes que nada, debes decirme si traes las manos limpias —lo interpeló desde lejos Kovaliov.

—Sí, están muy limpias. Claro que están limpias.

—¡Mentira!

—Le juro que están limpias, señor.

—Bueno. Ya veremos.

Kovaliov se sentó. Iván Yákovlevich le puso el paño y, brochazo tras brochazo, le convirtió la barba y buena parte de las mejillas en algo parecido a la crema que suele servirse en los convites que ofrecen los comerciantes el día de su santo.

«¡Bueno!... —se dijo Iván Yákovlevich, al contemplar la nariz (torció la cabeza para verla de perfil)—. ¡Miren!... ¡Pues sí que allí está! Aunque la verdad es que, si se pone uno a pensar...», agregó, y luego se estuvo mirando durante un buen rato la nariz. Finalmente, con toda la delicadeza y todo el esmero que uno pueda imaginar, levantó dos dedos para sujetarla por la punta, pues este era el sistema de Iván Yákovlevich.

—¡Eh, eh, tú! ¡Cuidado! —gritó Kovaliov.

Aturdido, y un poco confuso aún, Iván Yákovlevich retiró la mano. Después comenzó a pasar la navaja por debajo del mentón y, aunque le resultaba muy incómodo y difícil rapar sin tener sujeto el órgano olfativo, logró vencer todos los obstáculos y terminar de afeitar a Kovaliov, arreglándoselas para estirar la piel con el áspero dedo pulgar apoyado, unas veces en la mejilla, otras en la mandíbula inferior del comandante.

Cuando todo estuvo listo, Kovaliov se apresuró a vestirse, tomó un coche de punto y se fue derechito a la confitería. En cuanto entró, gritó desde lejos: «¡Eh, muchacho, tráeme una taza de chocolate!». Dicho esto, se dirigió hacia un espejo. ¡Sí, sí, sí que tenía nariz! Dio media vuelta lleno de alegría. Luego contempló, entornando un poco los párpados, burlón, a dos militares que andaban por allí: ja,

la nariz de uno de ellos apenas alcanzaba el tamaño de un botón de chaleco. Después se dirigió a las oficinas del departamento, donde gestionaba un puesto de vicegobernador o, en caso de mala suerte, el de administrativo. Al cruzar la antesala, volvió a mirarse al espejo: ¡Sí, sí, sí que tenía nariz! Poco después visitó a otro asesor colegiado —o comandante, dado el caso—, muy aficionado a las bromas, a cuyas mordaces observaciones solía contestar Kovaliov: «¡Ya nos conocemos las mañas, criticón!». Durante el trayecto, iba pensando: «Si el comandante no se parte de risa al verme, es que cada cosa está en su sitio». Así pues, al notar que aquel asesor colegiado se quedaba tan campante, Kovaliov se dijo «Perfecto, perfecto, ¡qué demonios!». Luego se encontró con la señora Podtóchina, esposa de un oficial del Estado Mayor, y a su hija, a quienes saludó. Hay que decirlo: fue acogido con exclamaciones de júbilo, de modo que, por lo visto, no se advertía ya en él ningún defecto. Conversó con ellas un buen rato; sacó a propósito la tabaquera, se complació largamente, delante de ellas, en atascar su nariz de rapé por ambos orificios, diciéndose: «Mujeres, digan lo que digan, ya verán que no me caso. No me caso, desde luego. Cortejarla sí, ¡pero nada más!». Desde entonces, el comandante Kovaliov volvió a pasearse por la Avenida Nevski, a frecuentar los teatros y acudir a todas partes, como si nada hubiera pasado. La nariz campaba en medio del rostro como si tal cosa, sin rastro de haber huido nunca. Tras el extraño suceso, pudo verse al comandante Kovaliov de buen humor, sonriente, merodeando a todas las mujeres bellas que le salían al paso. Una vez, incluso, se detuvo en los almacenes de Gostini Dvor [54] para comprarse una cinta de una condecoración. No se sabe la razón de esto, ya que él no era caballero de ninguna orden.

¡Ahí tienen ustedes lo sucedido en la capital del norte de nuestro vasto imperio! Ahora, al atar cabos, vemos que la historia es inverosímil. Sin mencionar que resulta increíble la separación sobrenatural de la nariz, y su posterior aparición, en distintos lugares de la ciudad, bajo el aspecto de consejero de Estado. ¿Cómo se le ocurrió a Kovaliov que podía anunciar el caso de su nariz en los periódicos? Y no lo digo porque me parezca un robo el costo de los anuncios por palabra, es una nadería, y yo estoy lejos de ser una persona tacaña. ¡Pero es que resulta inapropiado, no es agradable, no está bien! Otra cosa: ¿cómo fue a parar la nariz al interior de un

panecillo y cómo es que Iván Yákovlevich...? Bueno, pues, nada, que no lo entiendo. ¡No soy capaz de entenderlo! Lo más extraño, lo más incomprensible de todo, es que los autores sean capaces de elegir semejantes argumentos. Confieso que esto me parece inconcebible, es como si... ¡No, nada, nada, que no lo entiendo! En primer lugar, porque no es de ninguna utilidad a la patria; en segundo... Bueno, pues, en segundo lugar tampoco tiene ninguna utilidad. No sé, sinceramente, a qué viene todo esto...

Aunque, sin embargo, con esto y aquello y a decir verdad, si bien, naturalmente, se puede admitir una cosa y otra; y lo de más allá, es posible, incluso... Porque, claro, ¿dónde puede uno escapar de lo absurdo? Y es que, no obstante, si nos ponemos a pensar con claridad, seguro que en todo esto hay algo. Algo. Se diga lo que se diga, cosas como estas ocurren en el mundo. Pocas veces, pero ocurren.

▪

44 En la Rusia del siglo XIX , además de cortar la barba y el pelo, los barberos sacaban muelas y hacían sangrías.

45 Los Titulares Colegiados (9.º rango de 14) podían ascender a Asesores Colegiados (8.º rango) al titularse en la universidad o aprobar un examen de grado. En el Cáucaso, la obtención de esta categoría era mucho más sencilla que en San Petersburgo o en otras ciudades rusas. Véase tabla de rangos en el Apéndice.

46 La jerarquía de rangos suponía la jerarquía del trato social. Kovaliov pertenece al 8.º rango (Asesor Colegiado); su nariz, al 5.º (Consejero de Estado). Así pues, resulta impensable cualquier tipo de familiaridad entre ellos.

47 Moneda de diez kopeks.

48 Revista política y literaria fundada en 1825. Contaba con el monopolio de los anuncios del gobierno, lo que la hacía muy poderosa y, por ello, muy popular (alcanzó tiradas de diez mil ejemplares). Su director, un escritor llamado Bulgarin, usó este poder para promover sus propias obras y denigrar las de sus rivales, convirtiéndose así en el dominador de la atmósfera cultural de la época.

49 Un conocido fabricante de tabaco barato y de mala calidad en los tiempos de Gógol.

50 Literalmente, hombre, hombrecillo. En la época, esta palabra se utilizaba como sinónimo de siervo.

51 Ácido nítrico.

52 Tienda de moda en el San Petersburgo del siglo XIX . Estaba ubicada en la avenida Nevski.

53 Jozrev-Mirza (1813-1875), príncipe persa que se alojó en San Petersburgo de agosto a octubre de 1829 por una misión diplomática.

54 Un importante centro comercial.

Póprishchin por el pintor ruso Ilia Repin (1882).

DIARIO DE UN LOCO

3 DE OCTUBRE

HOY ha tenido lugar una extraordinaria aventura. Me levanté bastante tarde y, cuando Marva me trajo las botas ya cepilladas, le pregunté la hora. Al saber que hacía un buen rato que pasaba de las diez, me vestí enseguida. Confieso que de buena gana me hubiera quedado en casa para no ver la cara que me iba a poner el jefe de la sección. Desde hace tiempo me viene diciendo: «Pero, hombre, ¿qué embrollo te traes en la cabeza? Te lanzas a lo loco, enredas los asuntos de tal forma que ni el demonio puede ponerlos en orden, no pones mayúsculas al encabezar los documentos, te olvidas de la fecha y del número. Y no es la primera vez que pasa. ¡Lo que hay que ver!...». ¡Ah! ¡Maldito jefe! Con toda seguridad, me envidia porque soy yo quien saca punta a las plumas de su Excelencia. En pocas palabras, pues, no hubiera ido a la oficina a no ser porque esperaba sacarle al roñoso del cajero un anticipo sobre mi sueldo. ¡También ese roñoso es todo un caso! ¡Antes llega el Juicio Final que un anticipo de su parte! ¡Dios, qué tipo! Por mucho que uno le suplique, o incluso lo amenace, movido por la miseria, no soltará ni un kopek. Pero todo el mundo sabe que, en su casa, hasta la cocinera lo abofetea. No comprendo qué hay de bueno en trabajar en un Ministerio. Ni siquiera dispone uno de recursos. No sucede así en el gobierno provincial, o en la cámara civil o en la cámara de finanzas. Allí, cualquier empleado, de los que uno ve sentado humildemente en un rincón, emborronando cuartillas, y lleva un frac tan gastado que dan ganas de escupirle en la jeta, ¡tiene una dacha [55] que hay que ver cómo se las gasta! No se te ocurra regalarle una tacita de porcelana dorada, pues te dirá que esos regalos son para los médicos. A él, en cambio, hay que ofrecerle un par de caballos, o un coche de lujo, o una piel de castor de trescientos rublos. Y, no obstante, parece tan modesto, y al hablar es tan fino... Te pide, por ejemplo, que le prestes la navaja para

sacar punta a su pluma, pero, si te descuidas así sea por un momento, te deja desplumado y sin camisa. Pero reconozco que nuestra oficina es diferente, y en ella reinan la conducta intachable y la honradez de principios, algo con lo que ni siquiera puede soñar la cámara provincial. Además, las mesas son de caoba y en nuestra oficina todos los jefes se tratan de usted. Confieso que, a no ser por su honradez y buenas costumbres, hace mucho que hubiera dejado el Ministerio.

Llovía a cántaros, así que me puse el viejo capote y cogí el paraguas. La calle estaba vacía, solo vi algunas campesinas que se arropaban con los faldones de sus abrigos, dos o tres cocheros, y comerciantes rusos que caminaban resguardándose de la lluvia bajo sus paraguas. Solo me encontré con un noble, un funcionario como yo. Lo vi en un cruce y me dije, en cuanto lo vi: «¡Eh, amigo! Tú no vas a la oficina. Tú estás dispuesto a seguir ese par de piernas hasta donde te lleven. ¡Qué desfiguros! Te dejas engatusar por cualquier modistilla con sombrerito, al igual que un oficial». Justo en ese momento vi que un coche se detenía ante a un almacén, a un lado mío. Enseguida reconocí el carruaje: era el de nuestro director. Supuse que sería su hija, pues él no tenía por qué ir a estas horas a un almacén. Un lacayo abrió la portezuela, y la joven saltó del coche, como un pajarito. Echó unas miradas en torno, alzó los ojos; sentí que mi corazón quedaba flechado... ¡Dios mío, estoy perdido! ¡Irremediablemente! Y ¿por qué habrá salido, con el mal tiempo que hace? Para que luego digan que las mujeres no se vuelven locas por los trapos. No me reconoció, yo procuré ocultarme y pasar inadvertido, pues llevaba un capote con lamparones de grasa y, para colmo, de un corte pasado de moda. Ahora se llevan con cuello muy largo, y el mío era bastante corto; además, el paño de mi capote no es elegante ni de buena clase. Su perrita no alcanzó a entrar y se quedó en la calle. La conozco, se llama Medji. No había pasado ni un minuto, cuando oí una vocecilla que decía:

—¡Hola, Medji!

Vaya. ¿Quién será el que habla? Miré: vi a dos señoras que caminaban debajo de un paraguas, una de ellas era anciana; la otra, muy jovencita. Cuando ellas pasaron, volví a escuchar la misma voz.

—¡Debería darte vergüenza, Medji!

¡Qué diablos! Vi que Medji olfateaba al perro de las dos señoras. «¡Joder! ¿Estaré borracho? —pensé—. ¡Menos mal que esto no me pasa muy seguido!».

—No, Fidèle; te equivocas. Estuve... guau, guau... Estuve guau, guau, guau... muy enferma.

¡Vaya con la perrita! Confieso que me quedé bastante sorprendido al oírla hablar como persona, pero, después de pensarlo bien, no me pareció extraño. Y es que, en realidad, hay muchos ejemplos parecidos. Dicen que en Inglaterra emergió un pez y dijo un par de palabras en un idioma extraño. Tan extraño, que los sabios llevan dos o tres años tratando de descifrar este mensaje. Supe, también, porque lo leí en los periódicos, que dos vacas entraron en una tienda y pidieron medio kilo de té. Pero reconozco que lo que le escuché decir a Medji enseguida sí que me sorprendió:

—¡Te digo la verdad, Fidèle, te escribí! Seguramente Polkan no te llevó la carta.

Me apuesto el sueldo a que nunca se ha dado el caso de un perro que escriba. Solo los nobles escriben correctamente. Algunos comerciantes, oficinistas y, a veces, incluso la gente del pueblo, puede que sepan escribir alguna cosa, claro, pero lo hacen sin poner comas ni puntos y, por supuesto, sin cuidar el estilo.

Quedé bastante sorprendido. Debo confesar que desde hace algún tiempo oigo y veo cosas que nadie había visto ni «oído jamás». Voy a seguir a la perrita, y así me enteraré de quién es y en qué piensa», me dije.

Abrí el paraguas y me puse a seguir a las señoras. Cruzamos la calle Gorójovaia, luego la calle Meschánskaia, la Stoliárnaia, y el puente de Kokushkin, en donde nos detuvimos ante una gran casa. «Conozco esta casa —pensé—: es la de Zverkov [56] . ¡Es un hervidero de cocineros y viajantes! Y hay más empleados que chinches. Allí vive un amigo mío que toca muy bien la trompeta». Las señoras subieron al quinto piso. «Bueno —pensé— ahora tendré que irme, pero antes he de fijarme bien en el sitio, por si se presenta la

ocasión».

4 DE OCTUBRE

Es miércoles, por eso estuve en el despacho del director. A propósito, llegué un poco antes de la hora de entrada. Me senté y me puse a sacar punta a las plumas. Nuestro director debe de ser un hombre muy inteligente, pues tiene el despacho repleto de armarios con libros. Leí algunos títulos: todos son científicos; de modo que, ni en sueños, son asequibles a nosotros, sus simples empleados; además, todos están escritos en francés o en alemán. Uno ve a nuestro director, y admira su aspecto majestuoso y la compostura que se ve reflejada en toda su persona. Nunca le he escuchado una palabra de más. Solo cuando se le entregan los documentos suele preguntar:

—¿Qué tiempo hace fuera?

—Hay mucha humedad, Excelencia.

La verdad es que no podemos compararlo con personas comunes, como nosotros. Es, lo que se dice, un verdadero hombre de Estado. Noto, sin embargo, que me tiene especial cariño. ¡Ah, si su hija...! ¡No, eso es una bajeza!... Me entretuve leyendo La abejita [57] . ¡Qué estúpidos son los franceses! ¿Qué pretenden? [58] . ¡De buena gana les hubiera dado una buena paliza! Allí también leí la crónica de un baile, escrita por un terrateniente de la provincia de Kurck. Los terratenientes de Kurck suelen escribir muy bien. Después me di cuenta de que eran ya las doce y media y que nuestro director aún no había salido de casa. A eso de la una y media tuvo lugar un acontecimiento que ninguna pluma sería capaz de relatar. Se abrió la puerta, me levanté de un salto, con los papeles en la mano, pensando que sería el director. Para mi sorpresa, no era el director, sino ella. ¡Dios, cómo iba vestida! Con un traje blanco y vaporoso como un cisne. ¡Y qué vaporoso! Y al alzar los ojos creí que me alcanzaban los rayos del sol. Me saludó y dijo con una vocecita de canario:

—¿No ha venido papá?

«Excelencia —quise decirle—, ¿quiere usted castigarme? Si tal es su deseo, castígueme con su propia manita, Excelencia». Pero ¡qué diablos! Se me trabó la lengua, y solo pude decir:

—No, no ha venido.

Me miró, luego miró también los libros... y dejó caer su pañuelo. Me lancé enseguida, para recogerlo, pero resbalé sobre el maldito entarimado, y estuve a punto de caer; pero logré conservar el equilibrio y alcancé el pañuelo. ¡Qué pañuelo, Dios! Era de batista finísima: ámbar gris, ni más ni menos. Con aroma a generalato... Me dio las gracias, esbozando una sonrisa casi sin mover sus dulces labios; luego se fue. Yo me quedé una hora más en la oficina, hasta que el criado llegó y me dijo:

—Váyase a casa, Aksenti Ivánovich. El señor ya salió.

No soporto a los criados; siempre están tumbados en el vestíbulo y no saludan ni por casualidad. Y eso no es todo, un día, a una de estas bestias se le ocurrió ofrecerme tabaco sin levantarse de su sitio. ¡Como si no supiera, el muy estúpido, que yo soy un funcionario de familia noble! En fin, cogí yo mismo mi sombrero y mi capote y me los puse, pues es inútil esperar ayuda de esa gentuza. Salí a la calle. Al llegar a casa me quedé un buen rato tumbado en la cama. Después copié unos versos muy bonitos: «Una hora sin ver a mi diosa es peor que un año entero. La vida así me resulta odiosa. Sin ella desespero y muero». Serán de Pushkin [59] , seguro. Por la tarde, bien arropado en mi capote, fui a casa de su Excelencia, en donde estuve esperando para ver si la veía salir en coche; pero no salió.

6 DE NOVIEMBRE

El jefe de sección me ha puesto furioso. Al llegar a la oficina, me mandó llamar y me dijo:

—Dime: ¿qué se supone que haces?

—¡De qué habla! Yo no hago nada —respondí.

—Bueno. Piénsalo bien. Pasas de los cuarenta, ya es hora de que te vuelvas un poco más inteligente. ¿Crees que no me entero de tus andanzas? ¡Sé muy bien que andas tras la hija del director! Pero, hombre, ¡mírate al espejo! ¡Piensa en lo que eres! ¡Nada, menos que nada, un cero a la izquierda! ¡Si no tienes ni un kopek! ¡Mírate..., mírate esa cara en el espejo! ¡Cómo se te ocurre!

¡Con un demonio! ¿Qué se cree? Con esa cara de bola de billar y sus cuatro ridículos rizos untados de pomada de rosa. Y cree que puede permitírselo todo. Está furioso porque me tiene envidia, ahora lo entiendo. Seguramente habrá notado la evidente preferencia de su Excelencia. ¡Que diga lo que se le dé la gana, me tiene sin cuidado! ¡Un consejero de la corte no es importante! ¡Se cree alguien por llevar una cadena de oro en su reloj y encargarse botas de treinta rublos! ¡Que se vaya al diablo! ¿Acaso cree que soy hijo de un plebeyo, de un sastre, o de un sargento? Soy noble. Puedo obtener el mismo cargo que él. Solo tengo cuarenta y dos años, la edad en que uno empieza a trabajar en serio. ¡Ya verás que también llegaré a ser coronel, y con la ayuda de Dios quizás algo más! Gozaré de mejor reputación que la tuya. ¿Crees que en el mundo no hay hombre más formal que tú? Espera a verme con un frac cortado a la moda, uno de esos Ruch [60] , y una corbata como la tuya; no me llegarás ni a la punta del zapato. Lo malo es que no dispongo de medios.

8 DE NOVIEMBRE

Estuve en el teatro, viendo Filatka, el tonto ruso [61] . Me reí mucho. Daban también un vodevil con unos estribillos satíricos, muy divertidos, sobre los jueces; uno, particularmente, en el que se hacía mofa de un registrador colegiado, estaba escrito con tanto desparpajo que me extrañó que pasara la censura. También se decía sin tapujos que los comerciantes engañan al pueblo, que sus hijos

arman unas juergas tremendas, y que se esfuerzan por llegar a ser nobles. Había, asimismo, un estribillo muy gracioso sobre los periodistas y su pasión por criticarlo todo. Los autores de hoy en día escriben piezas muy entretenidas. Me gusta mucho ir al teatro. En cuanto tengo algún dinero en el bolsillo, me entran ganas de ir, y voy. Pero entre nosotros, los funcionarios, hay bestias que no van aunque les regalen la entrada. Había también una artista que cantaba muy bien. Recuerdo aquello de... ¡bueno, en realidad, cantar eso es una indecencia! Así es que mejor no digo nada.

9 DE NOVIEMBRE

Llegué a la oficina a las ocho. El jefe de sección fingió no notar mi presencia. Yo también fingí que entre nosotros nada había ocurrido. Me entretuve ojeando y comparando anuncios. Al salir, a las cuatro, pasé delante del apartamento del director, pero no vi a nadie. Después de comer me estuve casi toda la tarde echado en la cama.

11 DE NOVIEMBRE

Estuve en el despacho del director y saqué punta a veintitrés plumas de su Excelencia y otras cuatro para ella, ¡ay!, ¡ay!... para su Excelencia. Él adora que haya muchas plumas a su disposición. ¡Ah, qué cerebro el suyo! Siempre lo ve uno callado, pero su cabeza no conoce descanso, siempre está reflexionando. Me gustaría meterme en su cabeza y saber lo que encierra. Me gustaría observar de cerca la vida de estos señores, conocer las intimidades y las intrigas de la corte, conocer sus costumbres, sus pensamientos. Muchas veces he intentado entablar conversación con su Excelencia, pero mi lengua se niega a obedecer. Solo consigue decir: «Afuera hace frío o calor», y de allí no pasa. Me hubiera gustado echar un vistazo al salón, cuando está abierta la puerta, y también a las otras habitaciones. ¡Qué lujo y qué riqueza! ¡Qué espejos y qué porcelanas! ¡Cuánto me

alegraría echar un vistazo a aquella habitación, la de la hija de su Excelencia! ¡Ah, cómo me gustaría!... Estar allí en el tocador, donde están sus tarritos y cajitas y esas flores tan delicadas que da miedo tocarlas; ver tirado por allí su vestido, más ligero que el aire. Su dormitorio... Debe de ser un sueño, un verdadero paraíso, superior a los del cielo. Si pudiera ver el taburete sobre el que reposa el pie al levantarse de la cama, verla ponerse una media, blanca como la nieve, en aquella pierna que... ¡Ay, Señor!... Mejor no digo nada.

Aunque hoy el cielo me ha iluminado, pues recordé de repente la conversación de los perros en el Nevski. «Muy bien —pensé— ahora lo averiguaré todo. Tendré que interceptar la correspondencia de estos dos perros, pues de allí obtendré los datos necesarios». Debo confesar que una vez llamé a Medji y le dije: «Escucha, Medji: estamos solos, si quieres, incluso, puedo cerrar la puerta para que nadie nos vea. Anda, cuéntame todo lo que sepas sobre tu ama: dime cómo es; juro que no se lo diré a nadie». Pero la muy ladina metió el rabo entre las patas y se escabulló silenciosamente, como si no hubiera oído nada. Desde hace tiempo sospecho que los perros son mucho más inteligentes que las personas, que pueden, incluso, hablar, pero son bastante tercos y no les da la gana. El perro es un político de primera: lo ve todo, no se le escapa ni uno de nuestros pasos. Mañana, sin falta, iré a casa de Zverkov para interrogar a Fidèle y, si puedo, me quedaré con todas las cartas que le escribe Medji.

12 DE NOVIEMBRE

Salí a las dos, con la firme intención de interrogar a Fidèle. El olor a col que despiden todas las tiendas de la calle Meschánskaia me puso enfermo; por si fuera poco, el tufo de las alcantarillas me obligó a taparme la nariz con un pañuelo y echarme a correr. Aquí es imposible pasear, pues esa gente trabaja en oficios que llenan la calle de humo y ceniza. Al tocar la campanilla, vino a abrirme una joven bastante bonita, con la cara salpicada de pecas; era la misma que acompañaba a la anciana. Se ruborizó un poco al verme; comprendí enseguida que se le quemaban las habas por tener novio.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó.

—Necesito hablar con su perrita —respondí. Noté enseguida que la joven era tonta. En ese momento la perrita se me echó encima y empezó a ladrar; yo quise atraparla, pero la muy rufiana por poco me muerde la nariz. Por suerte, ya había visto su camita, y era justamente lo que buscaba. Me acerqué y revolví la paja que había en el cajón de madera; con sumo placer vi un envoltorio con pequeñas notas. La muy maldita, al ver lo que hacía, me mordió en la pantorrilla, después, al darse cuenta de que yo cogía los papeles, empezó a ladrar y a hacerme carantoñas; pero yo le dije: «No, guapa; no hay nada que hacer». La joven, según parece, me tomó por un loco, pues se asustó terriblemente. Al llegar a casa quise ponerme a descifrar esos papeles enseguida, porque no veo muy bien a la luz de las velas, pero a Marva se le ocurrió fregar el suelo. ¡Estúpidas finlandesas, tan inoportunas como siempre! No me quedó más remedio que dar un paseo para reflexionar sobre lo ocurrido, ahora que por fin estaba a punto de enterarme de todas sus acciones y pensamientos. Todo quedará claro, los perros son muy inteligentes y no desconocen las relaciones políticas, sin duda allí está todo, el retrato y los asuntos de ese hombre. Sin duda, también encontraré algo referente a ella... ¡No, es mejor no decir nada! Al atardecer llegué a casa y estuve casi toda la tarde acostado en la cama.

13 DE NOVIEMBRE

Bueno, vamos a ver, la carta parece bastante clara, sin embargo, la letra pone en evidencia que es un perro el que escribe, pues tiene un no sé qué de canino.

Leamos:

Querida Fidèle: Aún no logro acostumbrarme a un nombre tan ridículo como el tuyo. ¡Como si no pudieran encontrar uno mejor! Fidèle, Rosa... esos nombres son tan, tan cursis. Pero, bueno, hablemos de otra cosa.

Estoy muy contento de que se nos haya ocurrido entablar correspondencia...

La carta está redactada muy correctamente en cuanto a la puntuación y ortografía. Hasta la letra yat [62] está siempre bien puesta. Ni nuestro jefe de sección es capaz de escribir así, y eso que asegura haberse graduado en la universidad. Veamos más adelante:

Estoy convencido de que intercambiar ideas, impresiones y sentimientos es uno de los mayores placeres en el mundo...

¡Lo que hay que ver! Esta frase la plagió de una obra traducida del alemán; no recuerdo ahora el título.

Lo digo por experiencia, no tengo mucho mundo, es verdad, pues no he pasado la verja de nuestra casa. Pero ¿no soy feliz, acaso? Mi ama Sophie, como la llama papá, me adora...

¡Nada mal! ¡Nada mal! ¡Pero callémonos!

Papá también me acaricia a menudo. Y me dan té y café con nata. ¡Ah, ma chère! Debo confesarte que no me gustan los huesos pelados, por muy grandes que sean, que le dan a Polkan en la cocina. Los huesos solo son buenos cuando provienen de alguna cacería y eso cuando no les han chupado el tuétano. También está muy bien mezclarlos con alguna salsa, pero sin verduras ni alcaparras. No hay cosa peor, eso sí, que la costumbre de dar a los perros bolitas de miga. Nunca falta alguno que, durante las comidas, empiece a triturar el pan con las manos, que Dios sabe qué porquerías habrán tocado, y te llame después para meterte entre los dientes esa dichosa bolita. Resulta descortés rechazarlo, no

tienes más remedio que tragártelo. Con asco, pero hay que tragarla...

¡Qué diablos, va tontería tras tontería! ¡Como si no hubiera nada mejor que escribir! Veamos si al reverso de la hoja hay algo más sensato.

Me place informarte de cuanto ocurre en nuestra casa. Creo que ya te hablé del señor más importante, al que Sophie llama papá. Es un hombre extraño...

¡Ah, por fin! Ya decía yo que los perros tienen opiniones políticas sobre todas las cosas. Veamos lo que dice sobre papá...

... un hombre extraño. Pasa la mayor parte del tiempo callado. Rara vez habla, pero la semana pasada hablaba sin cesar consigo mismo. No hacía más que preguntarse: «¿Lo recibiré?». Con una mano, cogía un papel; dejaba la otra mano abierta; y repetía: «¿Lo recibiré?». Una vez, incluso, me preguntó: «Tú qué dices, Medji, ¿lo recibiré?». No comprendí lo que quería decirme; olfateé su zapato, y me fui. Una semana después, ma chère, papá se puso loco de alegría. Pasó toda la mañana recibiendo uniformados que lo felicitaban por algo. Nunca lo había visto tan alegre como estuvo durante la comida. No paraba de contar chistes. Después de comer, me levantó en sus brazos, me acercó a su cuello, y me dijo: «¡Mira lo que llevo, Medji!». Yo solo noté que llevaba una cinta, la olfateé, pero no percibí ni el menor aroma; al final le di un lengüetazo, discretamente: estaba algo salada.

¡Bueno! Me parece que este perro es un poco demasiado atrevido. Le hace falta una buena paliza. ¡Así que nuestro hombre es ambicioso! Habrá que tenerlo en cuenta.

Adiós, ma chère. Me voy corriendo... Mañana acabo la carta.

¡Hola, aquí estoy otra vez! Hoy, Sophie, mi ama...

¡Ah, veamos qué dice de Sophie! ¡Es una infamia! Bueno, no importa, no importa; continuemos...

... Sophie, mi ama, estuvo todo el día bastante agitada. Se preparaba para un baile, y yo me alegré, pues aprovecharía su ausencia para escribirte. Mi Sophie está muy contenta cuando va a un baile; aunque, mientras se arregla, siempre está enfadada. No entiendo, ma chère, el gusto por los bailes, ¿qué placer encuentra la gente en esto? Sophie vuelve a casa a las seis de la mañana. Y, a juzgar por su aspecto cansado y su cara pálida, a la pobrecilla nunca le dan de comer. Confieso que jamás viviría de este modo. No sé qué sería de mí sin perdices con salsa o alas de pollo fritas. Tampoco está mal con un poco de salsa con papilla. Pero las zanahorias, las alcachofas y los nabos, eso sí, nunca serán buenos...

El estilo es irregular. Se nota enseguida que esta carta no la escribió una persona. Empieza bien, pero acaba de cualquier forma, a lo canino. Veamos otra; parece demasiado larga; además de que no lleva ni fecha.

¡Ay, querida mía! Ya siente una la cercanía de la primavera. Mi corazón palpita, como si algo esperara; los oídos me zumban; a menudo levanto las patas traseras y me pongo a escuchar detrás de la puerta. Debo decirte, querida, que tengo muchos admiradores. Los contemplo sentada en la ventana. ¡Ay, si supieras lo feos que son algunos! Hay uno de lo más vulgar, un perro callejero de lo más estúpido y engreído; camina por la calle dándose importancia. Y cree que todos lo miran. Pero ¡qué va, ni me he fijado en él! Hay también un dogo, de aspecto terrible, que suele pararse ante mi ventana. Si se levantara sobre las

patas traseras, lo que seguramente el muy tonto no sabe hacer, le sacaría una cabeza al papá de Sophie, y eso que es un hombre alto y corpulento. Ese dogo tarugo debe de ser de lo más insolente. Le gruñí un poco, pero él como si nada. Podría haberme hecho un guiño, pero es un bruto sin modales. Se pasa el día mirando mi ventana, con sus orejas largas y su lengua al aire. ¿Crees acaso que mi corazón permanece ajeno a las tentaciones de tanto pretendiente? Te equivocas, ma chère... ¡Si vieras a Trésor, uno de mis admiradores, cuando salta la valla de la casa vecina!... ¡Ay ma chère, qué hociquito tiene!

¡Bah! ¡Qué repugnancia! ¿Por qué demonios llenan páginas y páginas con estupideces como estas? No quiero saber nada de perros; quiero a una persona, a alguien capaz de nutrir y deleitar mi alma, y en vez de esto no encuentro nada más que tonterías y tonterías... Hay que dar vuelta a la página, a ver si hay algo mejor.

Sophie estaba junto a una mesita, sentada, cosiendo, yo miraba por la ventana a los paseantes, pues me encanta observarlos, cuando entró el lacayo y anunció: «—Teplov. «—Que pase —exclamó Sophie, y se lanzó sobre mí para besarme—. «¡Ay, Medji! ¡Si lo conocieras! Es un gentilhombre de la cámara; moreno; ojos negros y brillantes como el fuego». Y Sophie se retiró corriendo a su habitación. Un minuto después entraba el gentilhombre de la cámara, que llevaba patillas. Se acercó al espejo y se atusó el cabello, luego inspeccionó la habitación. Yo dejé escapar un gruñido y me senté en mi sitio. Sophie no tardó en aparecer; respondió alegremente al taconazo del joven; yo, como si no me enterara de nada, continué mirando por la ventana, pero incliné la cabeza en dirección a ellos, para oírlos. ¡Ay ma chère! ¡Qué tonterías decían! Hablaban de una señora que confundió una figura con otra durante el baile; de un tal Bobov, que llevaba charretera y parecía una cigüeña, y que por poco se cae. También contaron que una tal Lídina aseguraba tener los ojos azules, pero que en realidad eran verdes, y otras tonterías por el estilo. ¡Qué diferencia tan grande hay entre el gentilhombre y Trésor!, pensé. El gentilhombre tiene una cara ancha y completamente plana, con patillas alrededor, como si se hubiera atado con un pañuelo negro. Trésor tiene una carita fina y una pequeña calva blanca en la frente. ¡No puede compararse el talle de Trésor con el de Teplov! ¡Ni sus

ojos! ¡Ni sus modales! ¡Qué diferencia, Dios, qué diferencia! ¡No sé, ma chère, qué le ve a Teplov y por qué se muestra tan entusiasmada!...

A mí también me parece extraño. Teplov no puede haberla seducido a tal grado. Veamos qué hay más adelante.

Si le gusta el gentilhombre, puede gustarle hasta el funcionario del despacho de papá. ¡Ay ma chère, si vieras lo feo que es! Parece una tortuga en un saco...

¿Quién será este funcionario?

Tiene un apellido muy raro. Siempre está sacando punta a las plumas. Su pelo es como el heno, y papá lo manda siempre a todos lados, como si fuera un criado...

Me parece que esta perra maldita está hablando de mí. ¡Pero yo no tengo el pelo como el heno!

Sophie no para de reírse cada vez que lo ve...

¡Mientes, perra maldita! ¡Qué lengua de víbora tienes! ¡Como si no supiera que ladras por pura envidia! Sé muy bien que es una mandada del jefe de sección. Me odia rabiosamente y hace todo lo posible para fastidiarme. Voy a echarle un vistazo a otra carta. Puede que encuentre allí la clave de todo.

Mi querida Fidèle, perdona que haya tardado tanto en escribirte, pero es que, ay, he estado fascinada. Dice un literato que el amor es una segunda vida, y está en lo cierto. Por lo demás, ha habido grandes cambios en casa. El gentilhombre viene todos los días, y Sophie está irremediablemente enamorada de él. Papá está contento. Hasta le oí decir a Grigori, el que nos barre el suelo y se pasa el día hablando solo, que pronto habrá boda, porque papá quiere casar a Sophie con un general, un gentilhombre de cámara o un coronel del ejército...

¡Diablos! No puedo seguir leyendo... Todo lo bueno ha de ser siempre o para un gentilhombre de cámara o para un general. ¡Uno se encuentra un modesto tesoro y, cuando cree que podrá quedárselo, se lo arrebata un general o un gentilhombre de cámara! ¡Diablos! Quisiera ser general, ya no para obtener su mano y lo que viene con ella, sino para que me traten con consideración y miramientos. Y después decirles en pleno rostro que me importaban un pito. ¡Diablos, qué pena! Rompí en pedazos las cartas de la perra estúpida.

3 DE NOVIEMBRE

No puede ser. Es mentira. ¡No habrá boda! ¡Por muy gentilhombre de cámara que sea! No es más que un cargo honorario, no una cosa visible, que se pueda coger con las manos. No le va a salir otro ojo en la frente ni va a tener una nariz de oro por ser un gentilhombre de cámara; la tiene igual que yo y que todos los demás mortales; no come ni tose con ella, sino que huele y estornuda como cualquier otro. ¿Por qué he de ser yo un consejero titular y con qué motivo? En varias ocasiones me he preguntado a qué vienen estas diferencias. Puede que yo sea algún conde o algún general de incógnito. Tal vez yo mismo ignoro quién soy. ¡Hay ejemplos así en la historia! Se ha dado el caso de que un simple aldeano o un vulgar campesino, no digamos ya un noble, descubre de repente que es una personalidad, a veces, incluso un príncipe. ¡Si un sencillo muzhik llega a estas alturas, qué será entonces de un noble! Si entrase yo

vestido con el uniforme de general, con una charretera en el hombro derecho y otra en el izquierdo, y con una cinta azul en el pecho, ¿qué pasaría? ¿Qué diría mi hermosa ninfa? ¿Se opondría papá, nuestro director? ¡Oh! Él es muy vanidoso. Es un masón, sin duda es masón, por más que intente disimularlo. Pero yo noté enseguida que es un masón, ya que al darle la mano él solo ofrece dos dedos. ¿Acaso no puedo ser un general, gobernador o intendente, o recibir cualquier nombramiento importante? ¿Por qué no he de poder? ¿Por qué soy consejero titular? ¿Por qué he de ser precisamente consejero titular?

5 DE DICIEMBRE

Estuve toda la mañana leyendo periódicos. ¡Qué cosas pasan en España, tan extrañas! [63] . ¡Me fue imposible comprenderlo del todo! Se dice que el trono está vacante y que los altos dignatarios están en una situación muy difícil respecto al heredero, y que esto ha despertado la indignación general. Esto me parece sumamente raro. ¿Cómo puede estar vacante el trono? Se dice que cierta doña ha de ocuparlo, pero una doña no puede ocupar el trono, eso es imposible, pues el trono debe ser ocupado por un rey. Dicen que no hay rey; es inadmisible que no haya un rey; un Estado no puede estar sin un rey; este debe de existir, pero seguramente está de incógnito, tal vez está allí mismo, pero por razones familiares, o por temor a las potencias vecinas, como Francia y otros países, se ve obligado a esconderse. Puede también que por otros motivos.

8 DE DICIEMBRE

Ya estaba por a ir al ministerio, pero me detuvieron diferentes contratiempos, particularmente, mis reflexiones. No puedo dejar de pensar en España. ¿Cómo puede una doña ser reina? No lo permitirían. Inglaterra no lo permitiría, tampoco la política

europea, con todos sus asuntos... y el emperador de Austria, y nuestro zar... Confieso que estos acontecimientos me abrumaron con tanta fuerza que fui incapaz de hacer nada en todo el día. Marva me hizo notar que durante la comida estuve muy agitado. Según parece, dejé caer dos platos, que se hicieron añicos en el suelo; tan distraído estaba. Después de comer he ido a pasear a las montañas [64] , pero no pude sacar nada en claro. Luego me pasé la mayor parte del tiempo tumbado en la cama, reflexionando en los asuntos de España.

AÑO 2000. 43 DE ABRIL

¡Hoy es un gran día! ¡España ya tiene un rey! ¡Lo han encontrado, por fin! Yo soy el rey, hoy lo he sabido. La revelación me ha iluminado como un rayo. ¡Cómo pude pensar que era un consejero titular! ¿De dónde me vino una idea tan tonta? Menos mal que a nadie se le ocurrió encerrarme en un manicomio. Ahora lo veo todo con claridad. Antes no comprendía nada, todo lo que veía estaba sumido en la niebla. Todo esto sucede, creo yo, porque la gente se confunde y cree que el cerebro de una persona está en la cabeza, pero no es así: al cerebro lo trae el viento del mar Caspio. Antes que nada, le confesé a Marva quién era yo. Alzó los brazos al cielo y por poco se muere del susto al enterarse de que se hallaba ante el rey de España. Es que es tonta y jamás había visto al rey de España en persona. Procuré calmarla y le aseguré con indulgencia que no le guardaba rencor por haberme limpiado mal los zapatos. Hay que tener en cuenta que la pobre Marva es parte del pueblo llano, y que no se le puede hablar de temas elevados. Se asustó porque supone que todos los reyes de España son como Felipe II. Pero yo le expliqué que Felipe II y yo no nos parecemos en nada, y que yo no tenía capuchinos. ¡Al diablo con su oficina! No fui. ¡No seré más su esclavo! ¡Se acabó, no volveré a copiar sus abominables documentos!

86 DE MARZUBRE. ENTRE EL DÍA Y LA NOCHE

Vino a verme el administrador para convencerme de que fuera al ministerio, pues hacía más de tres semanas que no aparecía por allí. Acepté ir por seguirle el juego. El jefe de sección pensaba, seguramente, que iría a saludarlo y a inclinarme ante él; pero yo me limité a mirarlo con indiferencia, con una mirada ni demasiado colérica ni demasiado familiar o benévola, y me senté en mi sitio. Luego miré a todos esos pelagatos de la cancillería, y pensé: «Si supieran quién está entre ustedes...». ¡Dios mío! ¡La que se armaría! El jefe de la sección vendría a saludarme, haciéndome una profunda reverencia, hasta la cintura, tal como hace ahora con nuestro director. Pusieron delante de mí unos documentos para que hiciera un resumen. Yo no moví ni un dedo. Unos minutos después, todos se hallaban sumamente agitados; al parecer, por la visita del director. Muchos empleados salieron corriendo, para ver quién se arrojaba primero a sus pies. Pero yo no me moví de mi sitio. Pasa el director por nuestra sección, todos se abrochan el frac; yo no hago nada. ¡Viene el director! ¿Y qué? ¡Por qué he de hacerle reverencias! ¡Qué va a ser un director! ¡Es un corcho y no un director! Un corcho de lo más corriente. Uno de esos corchos con los que se tapan las botellas baratas. Lo que más me hizo gracia fue cuando me trajeron un documento para firmar. Pensaban que iba a firmarlo humildemente a pie de página, pero yo estampé una gran firma en el centro de la hoja, donde firma el director. Firmé como Fernando VIII. Ah, qué silencio reverencial reinó en la sala. Hice un ademán con la mano, y dije: «No es necesario el juramento de fidelidad». Y salí. Me fui directamente a casa del director, pero no estaba. El lacayo no quería dejarme pasar; pero le dirigí unas palabras de tal efecto, que se quedó helado, con los brazos caídos. Me dirigí sin especulaciones al gabinete. Ella estaba sentada ante el espejo. Cuando entré, dio un salto atrás. Yo, sin embargo, no quise decirle que se encontraba ante el rey de España; solo le vaticiné que sería tan feliz conmigo que ni siquiera podía imaginárselo, y que, a pesar de las intrigas de nuestros enemigos, estaríamos juntos. No dije nada más, y salí. ¡Oh, qué ser más pérfido es la mujer! Ahora por fin comprendo lo que son las mujeres. Nadie sabía de quién están enamoradas: yo fui el primero en descubrirlo. Las mujeres están enamoradas del diablo. Y no lo digo en broma. Por muchas tonterías que escriban los físicos acerca de ellas, la verdad es que

solo aman al diablo. Mire a esa mujer, desde el palco pasea sus binoculares. ¿Cree usted que mira a ese señor gordo con una condecoración? Pues no, mira al demonio que está justo detrás de su espalda. ¡Mírelo, ahora se ha escondido en el frac del señor! ¡Mire ahora cómo le hace señas con el dedo, llamándola! Ella se casará con él. Sí, se casará. Y todos esos funcionarios que son padres de familia, todos aquellos que se arrastran para tratar de introducirse en la corte, y se dicen patriotas y esto y aquello... todos esos «patriotas» no aspiran más que a conseguirse privilegios. Por unas cuentas monedas, serían capaces de vender a su padre y a su madre, e incluso al mismísimo Dios. Todo esto no es más que ambición, y ello se debe a que debajo de la lengua hay una pequeña ampolla, y dentro de ella un gusanillo del tamaño de un alfiler. Y esto es obra de cierto barbero de la calle Gorójovaia. No recuerdo cómo se llama, pero todo el mundo sabe que quiere predicar el mahometismo por el mundo entero, junto con una comadrona. Dicen que por eso, en Francia, todo el mundo se está convirtiendo al mahometismo.

SIN FECHA. ERA UN DÍA SIN FECHA

Salí a pasear de incógnito por el Nevski. Pasó el coche de su majestad el emperador. Toda la gente se quitó el sombrero; yo lo hice así también, y me comporté como si no fuera rey de España: me pareció poco adecuado descubrir mi personalidad así de buenas a primeras y delante de todos. Es imprescindible que me presente en la corte. No lo he hecho aún porque no tengo traje de rey. Si por lo menos me consiguiera algún manto... Pensé encargárselo al sastre, pero esta gente es tan burra; han descuidado su trabajo desde que se lo pasan en otros asuntos y se están la mayor parte del tiempo en la calle. Decidí hacerme el manto de mi nuevo uniforme de gala, que solo tiene dos puestas; y hacerlo yo mismo, con mis propias manos, pues estos granujas son muy capaces de estropeármelo. Me encerré en mi cuarto, para que nadie me viera, y emprendí la labor. Lo desarmé todo con ayuda de las tijeras, pues su corte debe ser totalmente distinto.

NO RECUERDO LA FECHA

TAMPOCO EL MES

EL DIABLO SABE QUÉ MES ERA

Ya hice el manto. Marva pegó un grito cuando me lo vio puesto. No me atrevo, sin embargo, a presentarme en la corte. No ha llegado la diputación de España. Y sin la diputación resultaría incorrecto presentarme, pues rebajaría mi dignidad. Vivo a la espera.

DÍA 1.º

Me extraña que tarden tanto. ¿Qué se lo impide? ¿Acaso Francia? Sí, es un reino desfavorable a todo. Hostil. Fui a Correos para preguntar por los diputados españoles. Pero el empleado de allí es un estúpido que no sabe nada. Solo me dijo: «No; aquí no hay diputados españoles; pero, si quiere mandar una carta, hágalo, y nosotros la certificaremos según la tarifa indicada». ¡Por los mil diablos! ¡Quién habla de cartas! ¡Tonterías! Únicamente los farmacéuticos escriben cartas.

MADRID, 30 DE FEBRERO

Pues ya estoy en España, heme aquí. Ha sucedido con tanta rapidez, que apenas vuelvo de mi asombro. Los diputados españoles se presentaron en casa esta mañana, y yo me fui con ellos en una carroza. Me sorprendió la extraordinaria rapidez del viaje, íbamos tan rápido, que en menos de media hora cruzamos la frontera de España. Es que ahora, claro está, es por eso, en toda Europa los

caminos de hierro colado son muy buenos [65] ; y el servicio de barcos está muy bien organizado. ¡Qué país tan extraño es España! Al entrar en la primera habitación vi a muchas personas con el pelo cortado al rape. Supe enseguida que eran dominicos o capuchinos, pues tienen la costumbre de afeitarse la cabeza. El comportamiento del canciller de Estado me pareció de lo más extraño: me llevó de la mano, me condujo a un cuarto y me empujó, diciéndome:

—Quédate aquí. Y, si persistes en hacerte pasar por el rey Fernando, ya te quitaré yo las ganas.

Pero yo sabía que era una prueba, y protesté enérgicamente, lo que me valió dos porrazos en la espalda. Me dolió tanto, que estuve a punto de gritar; pero me contuve, pues sé que se trata de una costumbre caballeresca que tiene lugar en los grandes acontecimientos. En España se conservan las tradiciones caballerescas. Al quedarme solo decidí ocuparme de los asuntos de Estado. Descubrí que China y España eran el mismo país, y que solo por ignorancia se consideran como países diferentes. Escriba usted en un papel la palabra España, y verá que sale China.

Lo que sí me disgusta sumamente es un acontecimiento que tendrá lugar mañana. Mañana, a las siete, se producirá un fenómeno terrible. La Tierra se sentará sobre la Luna [66] . Escribió acerca de esto el célebre químico inglés Wellington [67] . Confieso que mi corazón latía de inquietud al pensar en la delicadeza y falta de resistencia de la Luna. Todos sabemos que la Luna se fabrica generalmente en Hamburgo, y muy mal, por cierto. Me sorprende que Inglaterra no preste atención a ello. La fabrica un tonelero cojo, y es evidente que el muy estúpido no tiene el menor conocimiento de la Luna. Ha puesto una cuerda de alquitrán y el resto es de aceite de madera, y por eso huele tan mal por toda la Tierra, tanto, que uno tiene que taparse las narices. La Luna es un globo tan delicado que no puede vivir gente allí; la luna está habitada única y exclusivamente por narices. Por eso no podemos ver nuestra narices, porque están en la Luna. Al pensar que la materia pesada y potente de la Tierra, va a sentarse sobre la Luna, al imaginarme el tormento que sufrirían nuestras narices, se apoderó de mí tal desasosiego que me puse los calcetines y me calcé en el acto para correr a la sala del Consejo de Estado y dar las órdenes pertinentes

para que la policía no lo permita. Los numerosos capuchinos de la sala del Consejo de Estado eran, todos, personas muy inteligentes; cuando les dije: «Caballeros, salvemos a la Luna, porque la Tierra quiere sentársele encima», todos se precipitaron para cumplir mi real deseo en el acto. Algunos, incluso, treparon por las paredes para tratar de alcanzar la Luna; pero justo en ese momento entró el gran canciller y, al verlo, todos echaron a correr, menos yo, que, como rey, me quedé allí plantado, solo. ¡Cuál no sería mi sorpresa al sufrir el duro palazo que me propinó! Luego me echó de mi cuarto. Tal es la fuerza de las costumbres y las tradiciones en España.

ENERO DEL MISMO AÑO, DESPUÉS DE FEBRERO

Hasta ahora no logro comprender este país tan raro. ¡Tanta costumbre extraña, tanta ceremonia absurda! Yo, definitivamente, no comprendo nada. Hoy me han afeitado la cabeza, a pesar de que grité como un condenado, explicando que no tenía nada de ganas de convertirme en monje. Ya ni soy capaz de recordar qué me pasó cuando me vertieron agua fría sobre la cabeza. ¡Nunca había vivido semejante infierno! Estuve a punto de volverme un loco furioso; con mucho esfuerzo lograron detenerme. No comprendo el significado de esta rara costumbre. ¡Es una costumbre estúpida, absurda! Me niego a comprender la insensatez de los reyes que no han sabido deshacerse de tales costumbres. A juzgar por lo que me han hecho, he caído en manos de la Inquisición. Sí, seguramente no fui recibido por el canciller, sino por el gran inquisidor. ¡Cómo es posible que un rey se someta a la Inquisición! No lo comprendo. Puede que tengan la culpa Francia y Polignac [68] . ¡Ah, Polignac! ¡Qué bestia! ¡Juró oponerse a mí hasta la muerte! Por eso me persiguen. Sé, amigo mío, que obras bajo la presión de Inglaterra. Los ingleses son grandes políticos, andan siempre en todos los sitios, intrigando. Y el mundo entero sabe que, cuando Inglaterra aspira rapé, Francia estornuda.

DÍA 25

El gran inquisidor vino a mi habitación. En cuanto oí sus pasos desde lejos, me escondí debajo de la silla. Al ver que no estaba, empezó a llamarme. Al principio gritó:

—¡Póprishchin!

Yo ni caso.

Después dijo:

—¡Aksenti Ivanov, consejero titular! ¡Gentilhombre!

Yo seguía callado.

—¡Fernando VIII, rey de España!

Estuve a punto de dar la cara, pero lo pensé bien: «A mí ya no me engañas, amigo. Quieres echarme agua fría en la cabeza» [69] . Pero creo que alcanzó a verme, y me hizo salir de mi escondite con su palo. ¡Qué daño hace con ese maldito palo! Sin embargo, mi dolor fue recompensado con el hallazgo que he hecho hoy. Descubrí que cada gallo tiene su España y que la lleva debajo de las plumas. El gran inquisidor se fue muy enfadado, amenazándome con terribles castigos. Yo no hice caso de su impotente ira, ya que es un simple instrumento de los ingleses.

DÍA 34 DE FEBRERO DE 343

¡Ya no aguanto más! ¡Me he quedado sin fuerzas! ¡Dios mío!, ¿qué es lo que hacen conmigo? Me echan agua en la cabeza. No me hacen caso. No me miran. No me escuchan. ¿Qué les he hecho yo, Señor? ¿Por qué me atormentan? ¿Qué esperan de mí? ¡Ay, pobre de mí! ¿Qué puedo darles? No tengo nada. No tengo fuerzas, no puedo aguantar más todas las torturas que me hacen. Me arde la

cabeza, todo me da vueltas. ¡Sálvenme, sáquenme de aquí! ¡Denme una troika con caballos veloces y briosos cual tormenta! ¡Siéntate, cochero! ¡Tintinea, campanilla! Al galope, caballos! ¡Anden, llévenme lejos de este mundo! ¡Más lejos, más lejos, que no se vea nada!... ¡Cómo ondea el cielo delante de mí! A lo lejos centellea una estrella, el bosque de árboles sombríos desfila ante mis ojos, por encima de él asoma la luna nueva. Bajo mis pies se extiende una oscura niebla azul; oigo una cuerda que resuena en la niebla; a un lado está el mar, al otro Italia; al fondo se divisan también las isbas rusas. ¿Es mi casa aquella mancha azul en la lejanía? ¿Es mi madre la que está sentada junto a la ventana? ¡Madrecita querida, salva a tu pobre hijo! ¡Derrama una lágrima sobre su cabeza enferma! ¡Mira cómo lo martirizan! ¡Acoge en tu pecho a tu pobre huérfano! En el mundo no hay sitio para él. ¡Lo persiguen! ¡Madrecita, ten piedad de tu niño enfermo!... ¡Ah! ¿Sabe usted que el dey de Argel tiene una verruga justo debajo de la nariz?

55 Casa de campo.

56 El primer edificio de cinco pisos en San Petersburgo. Gógol vivió en esta casa desde finales de 1829 hasta mayo de 1831.

57 La abeja del Norte, véase nota pág. 64.

58 Se refiere a la revolución de 1830 y los posteriores acontecimientos políticos.

59 Los versos no son, por supuesto (y Gógol lo sabe muy bien), de Pushkin, sino del poeta y dramaturgo N. P. Nikoláev (1715-1815). Algunos de sus poemas fueron musicalizados y se volvieron muy

populares.

60 Un sastre que estuvo muy de moda entre los jóvenes de San Petersburgo.

61 Popular vodevil del dramaturgo P. Grigórev, estrenado en 1831. Estuvo en escena hasta los años 50 del siglo XIX .

62 Yat (Ѣ): Letra del alfabeto cirílico antiguo (transliterada como ê), eliminada en la reforma ortográfica de 1918. En el siglo XVIII su pronunciación se confundía con la letra ye (e), por lo que eran frecuentes los errores en su uso.

63 Alusión a los conflictos que desencadenaron la Primera Guerra Carlista (1833-1840).

64 En los alrededores de San Petersburgo no hay montañas.

65 Se refiere a los rieles del ferrocarril, que en esos tiempos no existía en Rusia. Por lo demás, en realidad, el ferrocarril apenas se hallaba en sus primeras fases en Europa.

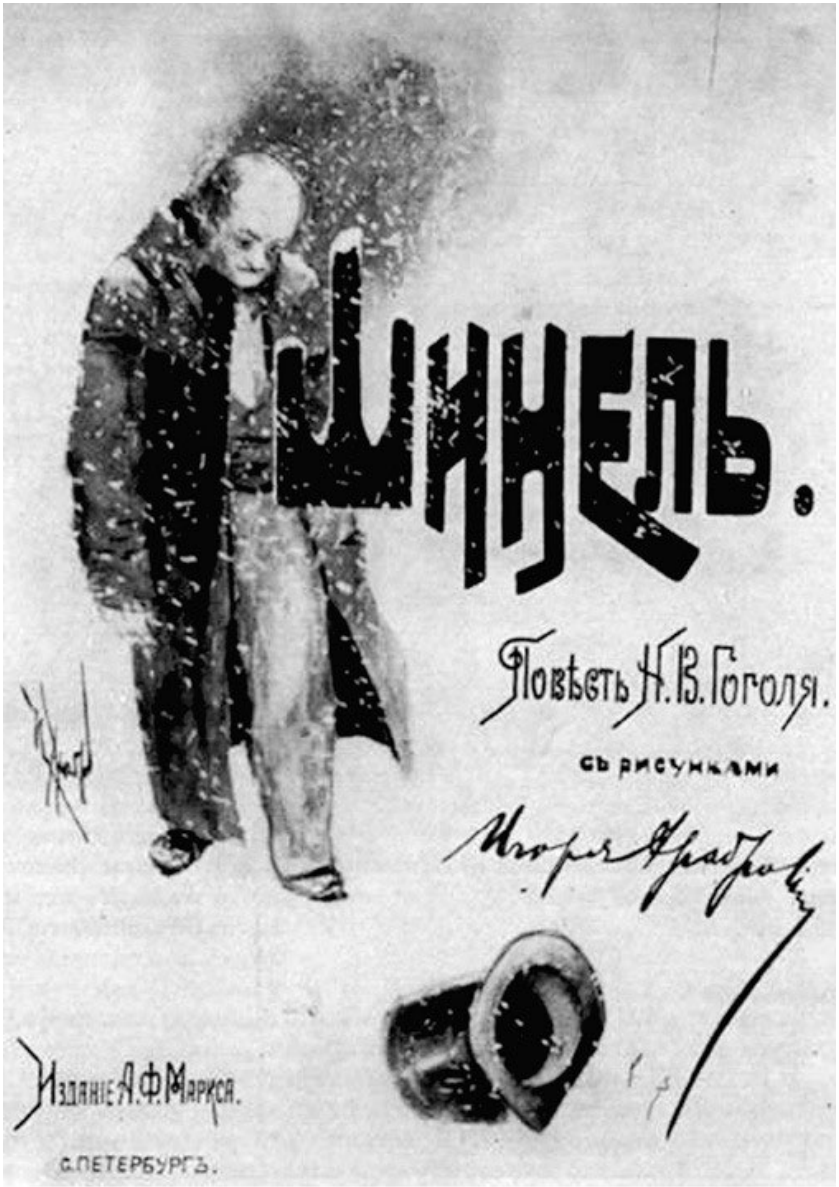
66 Es posible que los disparatados razonamientos de Póprishchin tengan una base pretendidamente científica. En 1835 se publicó en Nueva York un folleto anónimo en el que se atribuía al astrónomo inglés John Herschel el descubrimiento (con la ayuda de un potente telescopio) de ríos, lagos, océanos, vida vegetal y animal e, incluso, de humanoides alados en la Luna. El panfleto fue traducido al

francés y al alemán, lo que dio pie a una acalorada polémica sobre estos «descubrimientos». Fue publicado en ruso en 1836. Gógol pudo haberlo leído antes en francés.

67 No existió ningún célebre químico inglés llamado Wellington.

68 Jules de Polignac (1780-1847), estadista francés; tras la Restauración (1815), apoyó una política ultrarreaccionaria; durante la revolución de 1830 fue obligado a dejar el poder.

69 Era un tratamiento habitual para la cura de la demencia.



Portada de El capote diseñada por Igar Grabar (1880).

EL CAPOTE

EN el departamento... pero es mejor no decir en qué departamento. No hay gente más susceptible que los empleados de departamento, los oficiales, los cancilleres... en pocas palabras: el servicio burocrático. Ahora cualquier ciudadano considera que al ofenderlo se ofende a toda la sociedad de la que forma parte. Se dice que, hace poco, un capitán de Policía de no recuerdo qué ciudad presentó un informe en el que exponía con absoluta claridad que ya se estaba perdiendo la obediencia a las leyes y que su sagrado nombre se pronunciaba en vano. En prueba de ello adjuntaba una voluminosa novela romántica en la que cada diez páginas aparecía un capitán de Policía, a veces en completo estado de ebriedad. Así pues, para evitar cualquier disgusto, llamaremos simplemente cierto departamento al departamento en cuestión. Pues bien: en cierto departamento trabajaba un funcionario, del que apenas puede decirse que tuviera algo de particular. Era un poco bajo, un poco cacarizo, un poco pelirrojo y un poco cegato; con entradas en la frente, arrugas en ambas mejillas y el rostro del color que se conoce como hemorroidal... ¡Qué se le va a hacer! La culpa es del clima de San Petersburgo. En lo referente al grado (entre nosotros el rango es lo primero que hay que mencionar) nuestro hombre era lo que llaman un eterno consejero titular, de quienes, como es bien sabido, han hecho mofa y escarnio numerosos escritores que tienen la costumbre loable de atacar a los que no pueden enseñar los dientes. El funcionario apellidaba Bashmachkin. Resulta evidente que el apellido se derivó alguna vez de Bashmak [70] ; pero cómo, cuándo y de qué forma se produjo esa derivación nadie lo sabe. El padre, el abuelo e incluso el cuñado y todos los Bashmachkin llevaron siempre botas, a las que hacían poner suelas dos o tres veces al año. Se llamaba Akaki Akákevich. Quizá al lector el nombre le parezca algo raro y rebuscado, pero puedo asegurar que no lo buscaron, sino que las circunstancias hicieron imposible darle otro. Esto es exactamente lo que sucedió: Akaki Akákevich nació, si no me falla la memoria, la noche del veintitrés de marzo. Su difunta madre,

buena mujer y también funcionaria, dispuso todo lo necesario, como era natural, para que el niño fuera bautizado como Dios manda. La madre reposaba aún en la cama, situada enfrente de la puerta; tenía a su derecha al padrino, Iván Ivánovich Ieroshkin, un hombre excelente, jefe de oficina en el Senado; y a la madrina, Arina Semiónovna Belobriúshkova, esposa de un oficial de la Policía y mujer de virtudes fuera de lo común. Dieron a elegir a la parturienta entre estos tres nombres: Mokkia, Sossia y Jozdazat el mártir. «No, de eso nada —se dijo la ahora difunta—. ¡Qué nombrecitos! ¡No!». Para complacerla, pasaron a otra hoja del calendario en la que se leían estos tres nombres, Trifili, Dula y Varajasi. «¡Esto parece un castigo! —farfulló la anciana—. ¡No hay manera! ¡Jamás había oído nombres semejantes! Si por lo menos fueran Varadat o Varuj; pero ¡Trifili o Varajasi!». Pasaron otra hoja del calendario y aparecieron los nombres Pavsikaji y Vajtisi. «Pues ya veo —dijo la anciana—, está claro que es cosa del destino. En este caso, será mejor que se llame como su padre: Akaki se llama el padre; pues que el hijo se llame también Akaki». Y así acabó llamándose Akaki Akákevich. Cuando fue bautizado se puso a llorar a moco tendido, como si presintiera que iba a ser consejero titular. Y así fue como sucedieron las cosas. Hemos referido los hechos para que el lector se convenza de que todo fue dictado por la necesidad y que habría sido imposible darle otro nombre. Nadie podría decir cuándo y en qué época entró en el departamento ministerial y quién lo colocó allí. Cambiaban y cambiaban los directores y los jefes de sección, y él seguía en su sitio, en la misma situación, en el mismo puesto, dedicado a las mismas tareas de copista; podría pensarse que había aparecido en este mundo de uniforme y con entradas en la frente. En el departamento nadie lo respetaba. Los subalternos no solo no se ponían de pie a su paso, sino que ni siquiera se fijaban en él, como si fuera una mosca que cruzara volando por la sala de espera. Sus superiores le trataban con cierta frialdad despótica. Cualquier ayudante del jefe de oficina le arrojaba los montones de papeles debajo de la nariz sin tomarse la molestia de decirle: «Copie esto» o «Aquí tiene, es un caso interesante», o alguna cortesía por el estilo, como corresponde a empleados con buenos modales. Y Akaki Akákevich aceptaba los papeles sin fijarse en quién se los entregaba ni si tenía derecho a imponerle esta tarea, y se ponía a copiarlos. Los empleados jóvenes se burlaban y hacían chistes de él con todo el ingenio del que es capaz un oficinista; contaban en su presencia

toda clase de historias: aseguraban que su patrona, una anciana de setenta años, le pegaba; le preguntaban cuándo iba a casarse con ella y le dejaban caer sobre la cabeza papelitos de papel, diciendo que eran copos de nieve. Pero Akaki Akákevich no replicaba, como si no tuviera a nadie enfrente. Ni siquiera influía en los resultados de su trabajo: a pesar de que le daban la lata, no cometía ni un solo error. Solo cuando la broma iba demasiado lejos, cuando le sacudían el brazo y le impedían seguir trabajando, pronunciaba estas palabras: «¡Déjenme! ¿Por qué me ofenden?». Había algo extraño en estas palabras y en el tono de voz. En ellas aparecía algo que inclinaba a la compasión. Y así sucedió: un joven que acababa de conseguir empleo en la oficina y que, siguiendo el ejemplo de los demás, iba a burlarse de Akaki, de repente se quedó pasmado, como si le hubieran traspasado el corazón, y desde entonces todo cambió para él y lo vio todo bajo otro aspecto. Una fuerza sobrenatural le impulsó a separarse de sus compañeros, a quienes había tomado por gente de bien. Durante mucho tiempo le pasó que, en los momentos de mayor regocijo, se le aparecía la figura de aquel empleaducho calvo, y oía su ruego: «¡Déjenme! ¿Por qué me ofenden?». Y con estas palabras resonaban otras: «¡Soy tu hermano! ¡Tu hermano!». El infeliz se cubría la cara con las manos. Más de una vez se estremeció al ver cuánta inhumanidad hay en el hombre; cuánta aspereza y maldad ocultan los modales de una supuesta educación esmerada. Incluso, ¡Dios mío!, en las personas que se hacen pasar por nobles y honestas...

No encontraría el lector otro hombre que cumpliera tan celosamente con sus deberes, que trabajara con tanto apego y esmero. Copiando documentos, se abría ante él un mundo de lo más placentero. En su cara se reflejaba el gozo. Tenía sus letras favoritas, y cuando daba con ellas sonreía, parpadeaba y las pronunciaba entre dientes, de manera que uno podía leer en su rostro cada letra que trazaba su pluma. Si hubieran recompensado su eficacia, tal vez (con gran asombro por su parte) habría conseguido ya el grado de consejero de Estado. Pero, como decían los bromistas, en vez de una condecoración tenía hemorroides. Por lo demás, no se puede afirmar que su labor pasara inadvertida. En cierta ocasión, un director bondadoso, en recompensa por sus servicios, ordenó que le dieran un trabajo de mayor importancia. Se le encargó que redactara, tomando como modelo un expediente

previo, unos informes que había que trasladar a otro departamento. Su trabajo consistía, simplemente, en cambiar el título y sustituir los pronombres de primera persona por los de tercera. Esto le costó tanto que, sudando a mares, no hacía más que pasarse una y otra vez la mano por la frente, hasta que terminó por exclamar: «Será mejor que me dé a copiar algo como lo de antes». Y desde entonces se quedó de copista para siempre. Su mundo eran las copias y no existía nada más para él. Le daba igual qué traje llevara. Su uniforme no era verde sino de un color harina que tiraba a rojizo. El cuello era estrecho y bajo y, por lo demás, a pesar de ser corto parecía extremadamente largo, pues sobresalía como el que llevan colgando esos gatos de yeso que menean la cabeza colgante y que llevan encima por docenas los extranjeros rusos [71] . Siempre se le quedaba pegado al traje o un poco de heno o un poco de hilo. Además, tenía la mala suerte de pasar por debajo de las ventanas justo cuando arrojaban basura a la calle. Y por eso llevaba siempre en el sombrero alguna cáscara de melón, de sandía, o de cualquier otra cosa parecida. Nunca ponía atención a lo que ocurría a su alrededor; a la mirada penetrante y descarada de su joven colega, en cambio, no se le escapaba ningún detalle. Desde la acera de enfrente alcanzaba a distinguir, con una sonrisa maliciosa, si alguien llevaba pantalones de trabillas un poco gastados, o cualquier otro detalle.

Pero Akaki Akákevich únicamente veía, por donde quiera que mirara, los renglones regulares de su letra esmerada y correcta. Solo cuando sentía sobre el hombro el hocico de algún caballo, que le soplaba en la mejilla, se daba cuenta de que no estaba en medio de una línea, sino a media calle. Al llegar a su casa se sentaba de inmediato a la mesa, tomaba sopa de shi y comía un trozo de carne con cebolla. Le daba exactamente lo mismo que tuviera buen o mal sabor. Era capaz de comerse la carne salpicada de moscas o de lo que la Providencia tuviera a bien mandarle. Cuando el estómago se empezaba a llenar, se levantaba de la mesa, cogía un tintero, y se ponía a copiar los documentos que había llevado a casa. Si no tenía trabajo pendiente se hacía, por puro gusto, alguna copia de algún documento, relevante no por la belleza del estilo sino por estar dirigido a una persona de cierta categoría.

Cuando el cielo gris de Petersburgo se oscurece todavía más y los

asalariados se han saciado cenando según sus recursos y gustos particulares; cuando todos descansan y tratan de olvidarse del rasgar de las plumas sobre el papel, del ajetreo, de las preocupaciones, ya sean propias o ajenas, y de todas las molestias que se toman los impacientes, a menudo sin necesidad; cuando los empleados se divierten, unos asistiendo al teatro, otros saliendo a la calle para observar ciertos sombreritos a la última moda, o acudiendo a reuniones para prodigar cumplidos a las muchachas guapas, o a una en especial, la diva del limitado círculo de empleados... pero la mayoría simplemente va a casa de un compañero, que vive en un tercer o cuarto piso de dos habitaciones, vestíbulo y cocina, decorado con objetos modernos que denotan casi siempre afectación y pedantería: una lámpara o cualquier otra cosa adquirida con muchos sacrificios y privaciones. En pocas palabras: a la hora en que todos los empleados se visitan para jugar al whist, tomar té barato con pan tostado, fumar pipa tragando grandes bocanadas de humo y contarse historias escandalosas del gran mundo mientras distribuyen las cartas (a ello no hay ruso que se resista, sea cual sea su jerarquía o condición. Cuando no hay nada que contar, se repite la vieja anécdota del comandante, la cola del caballo de Pedro el Grande y Falconet) [72] . En fin, a la hora en que todos se divierten de una u otra forma, Akaki Akákevich no se entregaba a diversión alguna. Nadie lo había visto ni una sola vez en alguna reunión. Después de copiar documentos en casa se iba a dormir con una sonrisa, pensando en el día siguiente. ¿Qué le depararía Dios para copiar mañana? Y así transcurría la vida de este hombre apacible, que sabía vivir conforme a su sueldo de cuatrocientos rublos al año. Tal vez hubiera llegado a viejo, de no ser por las desgracias que sobrevienen en la vida, y no solo a los consejeros de Estado, sino también a los privados, e incluso a los que no dan consejos ni de nadie los aceptan.

Existe en Petersburgo un enemigo terrible para los que no ganan más de cuatrocientos rublos al año: los vientos helados del norte (aunque, por lo demás, se dice que son muy saludables). Después de las ocho, cuando los burócratas van al trabajo, un frío punzante y agudo ataca de tal forma las narices que los pobres empleados no saben dónde esconderse. A esas horas, cuando hasta a los altos dignatarios les punza la cabeza de frío y se les saltan las lágrimas, los consejeros titulares se encuentran indefensos. Su única salvación

consiste en cruzar lo más rápidamente posible las cinco o seis calles que los separan de la oficina, envueltos en sus ligeros capotes, y detenerse en la conserjería zapateando vigorosamente para descongelar los talentos y habilidades oficinescas que se congelaron en el camino.

Desde hacía ya algún tiempo, Akaki Akákevich sentía un punzante dolor en la espalda y en el hombro, a pesar de que intentaba recorrer lo más rápidamente posible el trayecto hasta la oficina. Se le ocurrió pensar (por fin) que el capote podría tener algo que ver en ello. Tras examinarlo minuciosamente en casa, comprobó que clareaba justo en la espalda y en los hombros, pues el paño estaba tan gastado que uno podía mirar a través de él. Y el forro se deshacía de viejo.

Conviene saber que el capote de Akaki Akákevich era objeto de burla. Lo habían despojado incluso del nombre que le daba identidad, pues en la oficina lo llamaban bata. Y es que, hay que decirlo, el capote había ido tomando una forma muy curiosa: el cuello se hacía cada año más y más pequeño porque se usaba para remendar el resto. Los remiendos no mostraban la buena mano de un sastre ni mucho menos: tenían un aspecto tosco y desagradable. Viendo el estado de su capote, Akaki Akákevich decidió llevarlo con Petrovich, el sastre que vivía en un cuarto piso; y es que, a pesar de ser bizco y cacarizo, era muy hábil para remendar pantalones y fraques de funcionarios y de otros señores; siempre y cuando estuviera en un estado de serenidad y aplomo, y no tramara alguna otra cosa en su cabeza, claro está. No hace falta decir nada del sastre, es verdad, pero, ya que se acostumbra hacer un retrato fiel de los personajes de toda narración, no me queda más que describir aquí a Petrovich. Al principio, cuando todavía era siervo, se llamaba Grigori a secas. Tomó el nombre de Petrovich al conseguir la libertad. Fue entonces cuando empezó a emborracharse los días festivos, al principio solamente en las grandes celebraciones, luego continuó haciéndolo en todas las fiestas de la Iglesia, es decir, en donde quiera que encontrara alguna cruz en el calendario. Así pues, permanecía fiel a las costumbres de sus abuelos. Además, cuando reñía con su mujer, la llamaba alemana e impía. Ya que hemos mencionado a su mujer, conviene decir alguna cosa de ella. Desgraciadamente, lo único que se sabe es que es la mujer de

Petrovich y que se cubre la cabeza con gorrito y no con pañuelo. También se sabe que, según parece, no podría sentirse orgullosa de su belleza. Se dice que como mucho le echaría una mirada de soslayo, acompañada de un extraño movimiento de boca y bigote y un curioso sonido inconexo, algún soldado de guardia que se cruzara con ella por la calle.

Al subir la escalera que llevaba al piso del sastre, inundada de agua sucia y desperdicios que desprendían un olor a aguardiente que picaba la nariz (como se sabe, una escalera así es típica de los pisos interiores petersburgueses); al subir la escalera, pues, Akaki Akákevich pensaba en lo que iba a cobrarle Petrovich; y decidió que no pagaría más de dos rublos. La puerta estaba abierta, porque la mujer de Petrovich, que en ese momento freía pescado, había provocado tal humareda en la cocina que no se veían ni las cucarachas. Akaki Akákevich atravesó la cocina sin ser visto y llegó a la habitación de Petrovich, quien estaba sentado en una ancha mesa de madera sin pintar, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo, como un bajá turco; descalzo, como acostumbran los sastres cuando están trabajando. Lo primero que llamaba la atención era el dedo gordo (bien conocido de Akaki Akákevich) porque tenía la uña destrozada pero dura y firme como la concha de una tortuga. Llevaba al cuello una madeja de seda y de hilo; sobre las rodillas tenía una prenda de vestir desgarrada. Llevaba tres minutos tratando de enhebrar una aguja, sin conseguirlo, y por eso echaba pestes primero contra la oscuridad y luego contra el hilo, diciendo entre dientes: «¡Vas a pasar de una vez o no, maldita! ¡Ya me tienes harto, malnacida!». Akaki Akákevich estaba molesto por haber llegado justo en el arrebato de malhumor de Petrovich. Prefería encargarle el trabajo cuando el sastre estuviera tranquilo pues, como decía su mujer, ese demonio tuerto solo se apaciguaba con el vodka. Con unos vodkas entre pecho y espalda, Petrovich solía ser complaciente, hacía rebajas de buena gana, y hasta daba las gracias y se inclinaba respetuosamente ante el cliente. Es verdad que luego venía la mujer llorando y decía que su marido había aceptado el trabajo a bajo precio por borracho. Pero bastaba con añadir diez kopeks para que el asunto quedara resuelto. Pero aquel día Petrovich, al parecer, no había bebido, y por eso era terco, poco hablador y abusivo. Akaki Akákevich se dio cuenta y quiso, como se dice, curarse en ascuas, pero era demasiado tarde. Petrovich clavó

en él su ojo torcido y Akaki Akákevich dijo sin pensar:

—¡Buenos días, Petrovich!

—¡Muy buenos los tenga! —respondió Petrovich, mirando de soslayo las manos de Akaki Akákevich para ver qué botín traía.

—Estoy, Petrovich, ya que...

Conviene saber que Akaki Akákevich se comunicaba por medio de preposiciones, adverbios y partículas gramaticales que no tienen significado por sí mismas. Si el asunto era muy delicado nunca terminaba la frase. Empezaba a decir: «Es verdad, justamente eso...», después no decía nada más y pensaba que lo había dicho todo.

—¿Qué quiere? —preguntó Petrovich, inspeccionando con su único ojo el uniforme completo: cuello, mangas, espalda, faldones y ojales. Los conocía muy bien, ya que los había hecho él mismo. Es la costumbre de todos los sastres y es lo primero que hizo Petrovich.

—Verás, Petrovich... quisiera... este capote... el paño...; ¿ves?, por todas partes... como nuevo, parece gastado, está un poco cubierto de polvo... en realidad está nuevo, solo una parte está un tanto... un poquito en la espalda y también algo en el hombro... un poco en el otro hombro... es todo... No es mucho trabajo...

Petrovich tomó el capote, lo extendió sobre la mesa y lo examinó a detalle. Meneó la cabeza y alargó la mano hacia la ventana para coger su tabaquera redonda con el retrato de un general de nombre impreciso, pues la parte de la cara estaba perforada y cubierta con un pedazo rectangular de papel. Después de tomar una pulgada de rapé, Petrovich vio el capote al trasluz y meneó otra vez la cabeza. Luego lo puso con el forro hacia fuera. Meneó otra vez la cabeza; volvió a levantar la tapa de la tabaquera con el retrato del general y el pedazo de papel; aspiró rapé; cerró la tabaquera; se la guardó; y dijo por fin:

—Ya no hay nada que hacer.

Se le oprimió el corazón a Akaki Akákevich al oír estas palabras.

—¿Por qué, Petrovich? —preguntó con voz suplicante—. Solo el hombro... tendrás seguramente algún pedazo...

—De que encuentro algún pedazo, lo encuentro —dijo Petrovich—; pero no se puede poner porque el paño está podrido y se deshará en cuanto lo toque con la aguja.

—Le pones un remiendo.

—No hay dónde fijarlo. Además, sería un remiendo demasiado ancho. Esto ya no es paño: lo deshace cualquier viento.

—Refuérzalo... como... sí, efectivamente, eso es...

—No —dijo Petrovich con firmeza—; no hay nada que hacer. No vale la pena. Hágase con él unos peales para el invierno, porque los calcetines no calientan, son un invento de los alemanes para hacer dinero. —Petrovich aprovechaba cualquier ocasión para meterse con los alemanes—. Tendrá que hacerse un capote nuevo.

Al oír la palabra «nuevo», a Akaki Akákevich se le nubló la vista y todo en la habitación le empezó a dar vueltas. Lo único que vio claramente fue el semblante del general cubierto con papel en la tabaquera de Petrovich.

—¡Uno nuevo! —murmuró como en sueño—. Si no me alcanza el dinero.

—Uno nuevo —repitió Petrovich con feroz serenidad.

—... Y nuevo... ¿cuánto...?

—¿Cuánto costaría?

—Sí.

—No menos de ciento cincuenta rublos —contestó Petrovich, apretando los labios.

Era muy efectista; le gustaba sobresaltar al cliente y luego mirar de soslayo para ver qué cara ponía.

—¡Ciento cincuenta rublos por un capote! —exclamó el pobre Akaki Akákevich.

Puede que fuera su primer grito, ya que se distinguía por hablar muy quedo.

—Sí —dijo Petrovich—. Pero ¡qué capote! Si le pongo un cuello de marta, y forro el capuchón con seda, le costará unos doscientos rublos.

—¡Por Dios, Petrovich! —dijo Akaki Akákevich, suplicante, tratando de no prestar atención al efectismo del sastre—. Dale solo una manita de gato, con que aguante un poco más...

—¡No voy a tirar mi trabajo y su dinero con algo así...! —objetó Petrovich.

Akaki Akákevich se marchó completamente abatido. Petrovich permaneció un largo rato de pie, con los labios vehementemente apretados, sin comenzar su trabajo, satisfecho de haber mantenido la dignidad de su oficio.

Cuando Akaki Akákevich salió a la calle se sentía como en un sueño.

«¡Quién hubiera pensado que las cosas terminarían así... —se dijo —. ¡Diablos! —exclamó tras unos minutos en silencio—. ¡A lo que hemos llegado! Yo, la verdad, no podía suponer que llegaríamos a esto... —Después de otro largo silencio, dijo—: ¡Así es esto! ¡Inesperado!... ¡Qué cosas!».

Tras decir esto, siguió su camino, pero sin darse cuenta se fue en dirección contraria a la de su casa. Tropezó con un deshollinador, quien lo tiznó de negro al rozarle el hombro; del techo de una construcción le cayó una considerable cantidad de cal... pero no se daba cuenta de nada. Solo al dar de narices con un guardia, que al pasar junto a él se echaba rapé de la tabaquera en su palma callosa, se dio cuenta de que había desviado el camino. Y eso porque el guardia le gritó:

—¿Por qué te me metes en la nariz?

Esto le hizo mirar a su alrededor y volver a casa. Fue entonces cuando enfocó sus pensamientos y vio claramente su situación; habló consigo mismo, no ya en forma incoherente, sino con toda lógica y franqueza, como quien habla con un amigo inteligente a quien se puede confiar lo más íntimo.

—Ahora no es conveniente hablar con Petrovich, está algo... su mujer le habrá dado una buena paliza. Es mejor verlo un domingo por la mañana, cuando esté medio dormido y haciendo bizcos, y con ganas de beber para reanimarse; como su mujer no le dará dinero, me aceptará diez kopeks, y se volverá más tratable, y arreglará el capote...

Y esto decidió Akaki Akákevich. Y, tratando de animarse, esperó hasta el domingo. En cuanto vio salir a la mujer de Petrovich, fue a su casa. En efecto: Petrovich hacía más bizcos que nunca, tenía la cabeza ladeada y estaba medio dormido; pero, a pesar de ello, seguía en lo suyo. Al oír la petición de Akaki pegó un grito de endemoniado:

—¡Que no se puede! ¡Hay que hacer un capote nuevo! Akaki Akákevich le untó la mano con la moneda de diez kopeks.

—Gracias, ahora me reanimaré con un trago a su salud —dijo Petrovich—. Olvídese de su capote, ya no sirve para nada. Le haré uno magnífico... garantizado.

Akaki Akákevich volvió a insistir. Pero Petrovich hizo oídos sordos.

—Le haré uno nuevo, magnífico... Haré lo mejor que pueda, cuente conmigo. Abrochará el cuello con broches de plata, a la última moda.

Akaki Akákevich comprendió que debía hacerse un nuevo capote. Y se le fue el alma a los pies. ¿De dónde iba a sacar el dinero? Podía contar con un sobresueldo que le darían en las próximas fiestas. Pero este dinero ya lo tenía apartado para comprar unos pantalones y saldar con el zapatero una vieja deuda (las punteras de un par de botas viejas); además, necesitaba tres camisas nuevas y dos de esas prendas que es indecoroso nombrar. El dinero estaba distribuido de antemano, y, aunque el director se pusiera generoso con una

gratificación de cuarenta y cinco o cincuenta rublos, sería una nadería comparada con el capital necesario para el capote. No era más que un granito de arena en el desierto. Aunque, a decir verdad, a Petrovich le entraba a veces no se sabe qué tipo de locura que le hacía poner los precios por los cielos. A veces, incluso, su mujer no podía aguantarse las ganas de gritarle: «¡Te has vuelto loco, grandísimo imbécil! A veces trabajas casi de gratis y ahora tienes el descaro de pedir más de lo que tú vales». Por lo demás, Akaki Akákevich sabía que Petrovich acabaría haciéndole el capote por ochenta rublos. ¿Pero de dónde iba a sacar esos ochenta rublos? Tal vez podría conseguir la mitad, o un poco más. ¿Y la otra mitad?... El lector debe enterarse de dónde provenían los primeros cuarenta rublos: Akaki Akákevich tenía la costumbre de ahorrar un kopek por cada rublo gastado, y de echarlo en un cajoncito de ranura ancha cerrado con llave. Cada medio año hacía el recuento de esta pequeña cantidad de monedas de cobre y las cambiaba por monedas de plata. Siguió este sistema durante años, de modo que tenía ahorrados más de cuarenta rublos. Pero ¿y la otra mitad? ¿Cómo obtener otros cuarenta rublos? Akaki Akákevich pensó, pensó y pensó hasta llegar a la conclusión de que era preciso reducir los gastos ordinarios por lo menos durante un año: tendría que olvidarse de tomar té a diario y de encender la vela por las noches. En caso de tener que copiar algo en casa, iría a la habitación de la patrona para trabajar a la luz de su vela. También tendría que pisar suave al caminar por la calle; podría, incluso, caminar de puntillas para no gastar las suelas. Y dar a lavar la ropa a la lavandera lo menos posible. Quitársela enseguida al volver de la oficina, para que no se gaste, andar por casa en bata (ya muy vieja, por cierto, pero afortunadamente no demasiado maltratada por los años). Debo confesar que le costó adaptarse a estas privaciones, pero después se acostumbró y le fue muy bien. Incluso dejó de cenar porque se nutría espiritualmente con la visión de su futuro capote. Su vida se hizo más plena; como si se hubiera casado, como si hubiera dejado de estar solo, como si una amada compañera caminara con él los caminos de la vida. Y esta compañera era el mentado capote de forro inmaculado. Se volvió más vivaz, de carácter más enérgico, con más aplomo, como el del hombre que tiene un propósito. La duda y la indecisión se borraron de su rostro. Abandonó todo rasgo de inseguridad en sus acciones. A veces, incluso, en sus ojos se encendía una llamita ante la

aparición de las ideas audaces y temerarias que le surgían de repente: «¿Y si encargara un cuello de marta?». Estas ideas casi lo volvieron distraído. Una vez estuvo a punto de cometer un error y tuvo que persignarse y dejar escapar un «¡Ay!». Iba a casa de Petrovich por lo menos una vez al mes para hablar del capote y preguntar dónde sería mejor comprar el paño, de qué color y de qué precio; volvía a casa preocupado pero contento al pensar que en algún momento, tarde o temprano, haría todas las compras y estrenaría el capote. El asunto fue más de prisa de lo esperado. Contra todo supuesto, el director le dio un sobresueldo no de cuarenta o cuarenta y ocho rublos, sino de sesenta. Tal vez porque notó que Akaki Akákevich necesitaba un capote, o por casualidad, pero a Akaki Akákevich le cayeron al bolsillo veinte rublos de más. Esto aceleró el asunto. Tras dos o tres meses de pequeños sacrificios consiguió reunir los ochenta rublos. Su corazón, por lo general tan reposado, comenzó a latir precipitadamente. Ese mismo día fue a las tiendas en compañía de Petrovich. Compraron un paño de buena calidad —¡no era para menos!— al que le habían echado el ojo desde hacía más de seis meses, pues no pasaban ni un mes sin ir a las tiendas para cotejar los precios. El mismo Petrovich reconoció que era un paño inmejorable. Eligieron un forro más resistente, elegante y brilloso que la seda, según Petrovich. No compraron marta porque era muy, muy cara, pero escogieron la más hermosa piel de gato de toda la tienda. Vista de lejos se podía tomar por piel de marta. Petrovich hizo el capote en dos semanas porque tardó en coserlo, de no ser por eso lo hubiera terminado antes. Cobró doce rublos por su trabajo, no podía cobrar menos: todo estaba cosido con seda y a doble costura, repasada con sus propios dientes para estampar en ellas variados arabescos. Por fin, Petrovich le dio el capote. Fue el... bueno, es difícil precisar qué día, pero de seguro que fue el día más solemne en la vida de Akaki Akákevich. Se lo entregó por la mañana, justo un poco antes de irse a la oficina, en el momento más oportuno, pues el frío empezaba a sentirse con intensidad y amenazaba con volverse aún más punzante. Petrovich llevaba el capote con aplomo y gallardía, como todo sastre que se respete. Su rostro mostraba una expresión de grandeza que Akaki Akákevich jamás le había visto. Parecía estar convencido de haber realizado una obra maestra que revelaba con toda claridad el abismo que existe entre los sastres que solo hacen arreglos y ponen forros y aquellos que diseñan prendas nuevas. Desenvolvió el capote

de un pañuelo recién planchado que después volvió a doblar para guardárselo en el bolsillo. Una vez desenvuelto el capote, lo examinó con orgullo. Luego lo cogió con ambas manos y lo echó con suma habilidad sobre los hombros de Akaki Akákevich; enseguida lo arregló, estirándolo un poco hacia abajo, y se lo ajustó perfectamente, pero sin abrocharlo. Como Akaki Akákevich ya es un hombre de cierta edad, quiso probarse las mangas. Petrovich le ayudó: el capote le quedaba estupendo. En una palabra: era perfecto. Petrovich aprovechó la ocasión para recordarle que lo había hecho a tan bajo precio porque vivía en un piso pequeño, sin placa y en una calle lateral, y porque eran viejos conocidos. Un sastre de la avenida Nevski le habría cobrado setenta y cinco rublos por el trabajo. Akaki Akákevich no tenía ganas de hablar de costos con Petrovich, pues le espantaban las sumas fabulosas que el sastre soltaba sin decir agua va. Así que le pagó, le dio las gracias, y salió con su nuevo capote con rumbo a la oficina. Petrovich salió detrás de Akaki para seguirlo con la mirada; y así se estuvo, de pie a media calle, absorto en la contemplación del capote durante un largo rato. Después cruzó corriendo por un tortuoso atajo para dar a la misma calle y mirar el capote del otro lado, es decir, de frente. Mientras tanto, Akaki Akákevich seguía caminando con aire festivo. No olvidaba ni un momento que llevaba un nuevo capote. Incluso llegó a sonreír varias veces, orgulloso de sí mismo. Y es que, en efecto, el capote abrigaba, y además era elegante. El camino se le hizo tan corto que apenas se dio cuenta de que ya había llegado a la oficina. Dejó el capote en la conserjería no sin antes volver a mirarlo y remirarlo por todos los lados mientras rogaba al conserje que tuviera mucho cuidado con su nuevo capote. A saber cómo, pero el caso es que en la oficina todos se enteraron de que el conocido batín había pasado a mejor vida, y de que Akaki Akákevich tenía un capote nuevo. De inmediato salieron a la conserjería para ver el capote de Akaki Akákevich. Lo felicitaban tan calurosamente que no pudo evitar sonreír, pero acabó por sentirse avergonzado. Cuando lo rodearon para decirle que debían remojar la compra con vodka, y que estaba obligado a ofrecer una fiesta para celebrar la adquisición, el pobre Akaki Akákevich se turbó por completo y no supo qué responder. Unos minutos después, todavía con la vergüenza pintada en la cara, el simplón de Akaki intentó convencerlos de que no era un capote nuevo, sino uno viejo. Uno de los funcionarios, el ayudante del jefe, quiso demostrar

que sabía codearse con sus inferiores, y dijo: «Yo daré la fiesta en lugar de Akaki Akákevich, señores, les convido a tomar el té en casa. Hoy es mi cumpleaños». Los funcionarios felicitaron al ayudante del jefe y aceptaron, como es de suponerse, con gusto la invitación. Akaki Akákevich quiso excusarse para no asistir, pero todos le dijeron que debería darle vergüenza rehusar la invitación. Por lo demás, Akaki Akákevich se alegró al pensar que podría lucir su nuevo capote también por la noche. Para Akaki, ese día fue una fiesta. Volvió a casa de muy buen humor, se quitó el capote, y lo colgó cuidadosamente en una percha, deleitándose al contemplar el paño y el forro. Luego fue a buscar el viejo capote, que estaba a punto de deshacerse, para compararlo. Lo miró y se echó unas risas. Después, mientras comía, no pudo evitar reírse del grado de descomposición que había alcanzado su viejo capote. Comió alegremente; luego, contra su costumbre, no copió ningún documento, sino que se tendió en la cama hasta que anocheció, como todo un sibarita. Después se vistió, se puso el capote y salió a la calle. Por desgracia, no pudo recordar dónde vivía el funcionario anfitrión; le flaqueó la memoria: todas las calles y casas de San Petersburgo se le mezclaron de tal modo que le resultó imposible poner algo de orden en el caos de su cabeza. Pero de algo estaba seguro: el funcionario vivía en la parte elegante de la ciudad, es decir, lejos de la casa de Akaki Akákevich. Al principio caminó por calles solitarias escasamente alumbradas, pero a medida que se iba acercando a la casa del funcionario las calles estaban más animadas y mejor alumbradas. Había más transeúntes, y las señoras llevaban vestidos elegantes. Los hombres lucían cuellos de castor y ya no se veían trineos con rejillas de madera tachonadas con clavos dorados; se veían, en cambio, distinguidos trineos laqueados, con asientos de piel de oso y conducidos por cocheros de gorras de terciopelo color frambuesa; también se veían deslizarse, chirriando sobre la nieve, carrozas con vistosos pescantes. Todo esto era completamente novedoso para Akaki Akákevich; llevaba varios años sin salir de noche. Sentía curiosidad por todo. Se detuvo delante de un escaparate, ante el cuadro de una hermosa mujer que se quitaba el zapato y lucía una pierna escultural. A su espalda, un hombre con patillas y barba de perilla estilo español asomaba la cabeza por la puerta. Akaki Akákevich meneó la cabeza, sonrió, y prosiguió su camino. ¿Por qué sonreía? Tal vez porque se encontraba con algo para lo que, aunque nos sea desconocido, cada uno de nosotros

tiene un sexto sentido. O tal vez pensaba lo que piensan la mayoría de los funcionarios: «¡Estos franceses! ¡Ni hablar! Cuando se proponen algo...». O puede que no pensara esto, es imposible penetrar en el alma de un hombre y averiguar lo que piensa. Por fin, llegó a la casa del ayudante del jefe. Al parecer, vivía a cuerpo de rey: ocupaba un cuarto en el segundo piso y en la escalera había un farol encendido. Al entrar en el recibimiento, Akaki Akákevich vio en el suelo una fila de pantuflas. En medio de ellas, en el centro de la habitación, hervía el agua de un samovar, esparciendo columnas de vapor. En las paredes colgaban capotes y capas, algunas de ellas con cuello de castor y forro de terciopelo. En la habitación de al lado se oía una confusión de voces que se volvieron claras y sonoras al abrirse la puerta para dar paso a un sirviente con una bandeja de vasos vacíos, un tarro de nata y una cesta de bollos. Por lo visto, los funcionarios estaban reunidos desde hacía mucho tiempo y ya habían tomado el primer vaso de té. Akaki Akákevich colgó por su cuenta el capote y entró en la habitación. Ante sus ojos desfilaron las velas, los funcionarios, las pipas y las mesas de juego; el sordo rumor de las conversaciones y el ruido de las sillas al arrastrarse sorprendió sus oídos. Confundido, se detuvo en el centro de la habitación para reflexionar sobre lo que debía hacer. Pero ya lo habían visto sus colegas. De inmediato, se acercaron para saludarlo calurosamente y admirar otra vez el nuevo capote. Akaki Akákevich estaba desconcertado; pero se alegró sinceramente por cada elogio que recibía su capote.

Después, como es de suponerse, se olvidaron de él y su capote y volvieron a las mesas de whist. A Akaki el ruido, las conversaciones y la muchedumbre le parecían un milagro. No sabía comportarse como es debido, no sabía en dónde poner las manos, los pies, ni las demás partes de su figura; acabó sentándose con los que jugaban al whist: miraba las cartas; luego los rostros... Pronto se aburrió y empezó a bostezar, pues ya había pasado su hora de dormir. Intentó despedirse, pero no le dejaron marcharse sin beber una copa de champaña para remojar el capote. Luego, una hora después, sirvieron la cena: ensaladilla, ternera asada, empanadas, pasteles y champaña. A Akaki Akákevich le hicieron tomar dos copas, de modo que empezó a verlo todo con buenos ojos. Pero esto no le hizo olvidar que pasaba de la medianoche, y que era hora de volver a casa. Salió de la habitación sin ser visto ni avisar a nadie para que

al anfitrión no se le ocurriera retenerlo otro rato; luego buscó su capote en el recibimiento y lo encontró (¡con gran dolor!) tirado en el suelo. Lo sacudió, le quitó las pelusas, se lo puso, y bajó las escaleras. Las calles todavía estaban iluminadas. Algunas tiendas de comestibles (los eternos centros de reunión de la servidumbre y otro tipo de gente) todavía estaban abiertas; las demás tiendas ya estaban cerradas, pero la luz que se filtraba por las rendijas revelaba que todavía estaban allí algunos sirvientes y criados que seguían en el chismorreo, a escondidas de sus amos. Akaki Akákevich iba de lo más alegre. Incluso le dio por correr, sin saber muy bien por qué, detrás de una dama que pasó contoneándose a toda prisa. Pero se detuvo en seco y prosiguió su camino lentamente, admirándose de haber tenido tal arrebato. Pronto empezó a caminar por calles que le parecieron mucho más silenciosas y solitarias que de costumbre, aunque ya de por sí eran poco animadas cuando las caminaba de día. Casi no había luz; por lo visto, se destinaba poco aceite para encender las farolas. No se veía un alma a lo largo de la fila de verjas y casas de madera; la nieve centelleaba tristemente en las calles, y las cabañas bajas, con sus postigos cerrados, parecían aún más sombrías y oscuras. Akaki Akákevich se acercaba a la desembocadura de la calle en una plaza muy grande. Apenas se podían ver las cosas del otro extremo, y esto daba la sensación de un inmenso y desolado desierto.

A lo lejos, Dios sabe dónde, se vislumbraba la luz de una caseta que parecía hallarse al fin del mundo. Al llegar, la alegría de Akaki Akákevich se desvaneció por completo. Entró en la plaza con temor, como si presintiera algún peligro. Miró hacia atrás, luego en torno suyo: alrededor parecía extenderse un océano. «¡Será mejor que pase sin mirar!», pensó, y siguió caminando con los ojos cerrados. Cuando los abrió para ver cuánto le faltaba para llegar al otro extremo de la plaza, se dio de narices con un par de bigotudos; no tuvo tiempo de ver nada más. Se le nublaron los ojos; el corazón empezó a latirle apresuradamente. «¡Pero si es mi capote!», dijo un bigotudo con voz atronadora, mientras lo cogía por el cuello. Akaki Akákevich quiso gritar, pero el otro lo amenazó con un puño tan grueso como la cabeza del funcionario, y le advirtió: «¡Así te irá si gritas!». Akaki Akákevich solo alcanzó a darse cuenta de que le quitaban el capote y le propinaban un rodillazo que le hizo caer de espaldas en la nieve, en donde quedó sin sentido. Pronto volvió en

sí y se levantó, pero ya no había ni un alma. Sintió mucho frío; y que le faltaba el capote. Gritó, pero su voz parecía no alcanzar el otro extremo. Corrió a través de la plaza, desesperado, sin dejar de gritar, directamente a la caseta, junto a la cual había un guardia que lo miraba con curiosidad apoyado en la albarda, intentando averiguar quién se le acercaba dando gritos. Al acercarse, Akaki Akákevich le reprochó, jadeante y a gritos, que no hacía más que dormir, que no vigilaba, que ni se daba cuenta cuando robaban a la gente en sus narices. El guardia contestó que solo había visto a dos individuos de pie a media plaza, pero creyó que eran amigos de Akaki. Añadió que en vez de enfurecerse en vano haría bien en ir con el inspector de policía, y que este, sin ninguna duda, averiguaría quién había robado el capote. Akaki Akákevich volvió a casa en un estado terrible, con los pocos cabellos que le quedaban en las sienes y la nuca completamente enmarañados; y un costado del pecho y del pantalón cubierto de nieve. Al oír que alguien golpeaba en la puerta con estrépito, la vieja patrona saltó de la cama, se calzó una pantufla y fue corriendo a abrir la puerta, cubriéndose pudorosamente con una mano el pecho, sobre el cual llevaba tan solo una camisa. Al ver a Akaki Akákevich retrocedió espantada. Cuando Akaki contó lo que había ocurrido, ella alzó los brazos al cielo y le aconsejó dirigirse de inmediato con el comisario del distrito y no con el inspector, porque este se la pasaba haciendo promesas y dando largas. Lo mejor era ir con el comisario del distrito, a quien ella conocía muy bien porque Ana, la finlandesa que tuvo de cocinera, era su niñera. La patrona la veía cada vez que pasaba por esa casa. Por lo demás, era un hombre de bien, pues lo veía todos los domingos en la iglesia, mirando con afecto a todo el mundo. Tras escuchar este consejo, Akaki se retiró acongojado a su habitación. Ya se imaginará el lector, si sabe ponerse en la camisa del otro, cómo pasó la noche. A la mañana siguiente, muy temprano, fue con el comisario del distrito, pero aún dormía. Volvió a las diez, y seguía durmiendo; fue a las once, pero el comisario ya se había ido. A la hora de la comida se personó de nuevo en casa, pero los escribientes que resguardaban la antesala no lo dejaron pasar e insistieron en saber de qué iba su asunto. Ante tales contratiempos, Akaki Akákevich se mostró enérgico por primera vez en su vida y dijo, en un tono que no admitía réplica, que debía hablar personalmente con el comisario de un asunto oficial relacionado con el departamento del Ministerio, y que por lo tanto

tenían que dejarlo pasar. De lo contrario, pondría una queja que les saldría muy costosa. Los escribientes no se atrevieron a ponerle objeciones. Uno de ellos fue a anunciarle al comisario, quien reaccionó de un modo muy extraño: en vez de interesarse por lo esencial preguntó a Akaki Akákevich qué hacía en la calle a tan altas horas de la noche, y si no habría estado en una casa de dudosas costumbres. El pobre Akaki Akákevich se quedó atónito. Se fue sin entender si el asunto iba bien encaminado. No se paró en la oficina en todo el día (hecho sin precedente en su vida). Al día siguiente se presentó con el rostro pálido, muy desmejorado, y cubierto con su viejo capote, que ahora tenía una pinta aún más lamentable. El relato del capote conmovió a sus colegas, aunque algunos (nunca faltan) aprovecharon la ocasión para burlarse. Decidieron hacer una colecta en su beneficio, pero el resultado fue muy exiguo, pues los funcionarios habían tenido que gastar mucho dinero en la colecta para el retrato del director y para un libro que les sugirió comprar el jefe de sección, que era amigo del autor. Así pues, apenas lograron reunir una suma insignificante. Un funcionario compasivo, con la intención de darle por lo menos un consejo útil, le dijo que no valía la pena ir con el comisario, pues, en el remoto caso de que todavía estuviera interesado en ganarse a su jefe y se pusiera a buscar y encontrar el capote, este se quedaría a resguardo de la policía hasta que lograra probar que era su legítimo propietario. Lo mejor sería dirigirse con una «persona importante», cuya mediación pudiera dar un rumbo favorable y definitivo al asunto. Como no le quedaba otro remedio, Akaki Akákevich decidió acudir a la «persona importante». ¿Quién era aquella persona importante y qué cargo desempeñaba? Nadie sabría decirlo. Solo puede decirse y saberse que dicha persona importante lo era apenas muy recientemente; antes era un completo desconocido. Por lo demás, su posición tampoco es que se considere muy importante en comparación con otras de mayor categoría. Pero siempre habrá personas que consideran muy importante lo que para otros es insignificante. Cabe decir, eso sí, que la persona importante recurría a todos los medios posibles para resaltar su importancia. Decretó que los subalternos esperaran su llegada de pie en la escalera y que nadie se presentara directamente en su despacho sin realizar el debido protocolo: el registrador presentaba la solicitud de audiencia al secretario del gobierno, quien la transmitía al consejero titular o a cualquier otro de categoría superior. Solo

entonces llegaba el asunto a sus manos. Así es nuestra santa Rusia, todo el mundo tiene la manía de imitar, todos se afanan en imitar a su superior. Cuentan que cierto consejero titular, al ser ascendido a director de una cancillería, separó su minúsculo despacho atravesando un tabique a media habitación para hacerse una «sala de reuniones». Y colocó a unos porteros de cuello rojo y galones que siempre tenían la mano sobre el picaporte para abrir la puerta a los visitantes, aunque en la «sala de reuniones» apenas cabía un escritorio mediano. El protocolo que hacía seguir la persona importante era grave y solemne, pero un poco enrevesado. El sistema se basaba en la severidad. «Severidad, severidad, y... severidad», decía, y al repetirlo por tercera vez dirigía una mirada significativa, aunque no hubiera motivo, pues los diez funcionarios que formaban el entramado gubernamental ya estaban suficientemente atemorizados. Al verle de lejos interrumpían el trabajo y esperaban en actitud militar a que pasara el jefe. Su conversación con los subalternos era siempre severa, claro, y consistía de manera exclusiva en las siguientes frases: «¿Cómo se atreve? ¿Sabe con quién está hablando? ¿Se da cuenta? ¿Sabe a quién tiene enfrente?». Por lo demás, en el fondo era bondadoso, atento y amigable con sus colegas, pero el grado de general le había volado la cabeza. Desde que lo ascendieron se hallaba confundido, descarriado, y no sabía cómo comportarse. Con las personas de su mismo rango se mostraba correcto, formal, y puede decirse que en algunos aspectos incluso inteligente. Pero cuando asistía a una casa donde el anfitrión fuera de un grado inferior al suyo perdía el centro. Se quedaba tan mudo y aislado que daba lástima, sobre todo porque él mismo se daba cuenta de que hubiera podido pasar el tiempo de mucha mejor manera. Los ojos le brillaban de ganas de conversación interesante o de juntarse a otro grupo, pero se reprimía porque podía parecer excesivo, o demasiado familiar, y con ello rebajaría su dignidad. Por eso permanecía eternamente en silencio, emitiendo de vez en cuando un sonido monótono, con lo cual se ganó fama de aburrido. Esta era la persona importante con quien acudió Akaki Akákevich. El momento que eligió no podía ser más inconveniente para los intereses de Akaki; sin embargo, resultó muy oportuno para la «persona importante», quien estaba en su despacho conversando alegremente con un viejo amigo de la infancia, que tenía muchos años sin ver, cuando anunciaron que quería verlo un tal Bashmachkin. «¿Quién?», preguntó bruscamente.

«Un funcionario». «¡Ah, entonces puede esperar! No tengo tiempo», dijo la persona importante.

Debo decir que la persona importante mentía con descaro, pues sí tenía tiempo: los dos amigos habían agotado todos los temas posibles, y la conversación se había estancado más de una vez por largas pausas, durante las cuales se daban cariñosas palmaditas, diciendo: «Así es, Iván Abramovich». «Pues sí, Estepán Varlamovich». No obstante, hizo esperar al funcionario para demostrar a su amigo, que llevaba años retirado y vivía en una casa de campo, que sabía darse su importancia. Por fin, después de hablar cuanto quisieron o, mejor dicho, de haber callado lo suficiente, fumaron sus cigarros echados a placer en unos mullidos sillones. Fue entonces cuando su Excelencia recordó de repente que alguien lo esperaba, y le dijo al secretario, que aguardaba de pie, junto a la puerta, con unos papeles para un informe: «Creo que me están esperando. Dígale al funcionario que puede pasar».

Al ver el aspecto humilde y el viejo uniforme de Akaki Akákevich, se dirigió a él con brusquedad, y le dijo: «¿Qué quiere?». Lo dijo con dureza y áspera voz; sin duda había ensayado a solas, delante del espejo, una semana antes del nuevo cargo. Akaki Akákevich, quien ya de por sí se sentía cohibido, se turbó por completo. Aún así intentó explicar lo mejor que podía, con la poca fluidez de la que su lengua era capaz, que había adquirido un nuevo capote y que se lo habían arrebatado de un modo inhumano. Lo dijo, claro está, a su estilo, añadiendo algunas características del capote y otras palabras innecesarias. Rogaba a su Excelencia que intercediera por escrito... o... como pudiera... con el jefe de la Policía... o con otra persona, la que fuera... para que buscaran el capote y se lo repusieran. Al general le pareció que aquel era un procedimiento demasiado sencillo, y que el tono del funcionario era demasiado familiar, y dijo bruscamente:

—¡Señor!, ¿acaso ignora el reglamento? ¿Por qué viene y se me presenta? ¿Desconoce el protocolo a seguir en estos asuntos? Usted debió haber hecho, primero, una solicitud en la cancillería, que habría sido remitida al jefe del departamento, quien la transmitiría al secretario, y este me la hubiera presentado como es debido.

—Pero, Excelencia... —dijo Akaki Akákevich, haciendo acopio de la

poca serenidad que le quedaba, y sudando como un animal—. Yo me he atrevido, Excelencia, a molestar con este asunto, porque los secretarios... son... los secretarios... gente poco confiable.

—¡Cómo es...! ¿Qué? ¿Dice usted? —exclamó la persona importante —. ¿De dónde saca valor para decir tales sandeces? ¡Qué insolentes se han vuelto los jóvenes con sus superiores!

La persona importante no había notado, por lo que se ve, que Akaki Akákevich pasaba de los cincuenta años, de modo que solo puede decirse que es «joven» relativamente, es decir, en comparación con un septuagenario.

—¿Cómo se atreve? ¿Sabe con quién está hablando? ¿Se da cuenta? ¿Sabe a quién tiene enfrente? ¡Se lo pregunto a usted!

Y dio una fuerte pisada en el suelo. Y su voz sonó tan cortante que habría aterrado a cualquiera, y no solo a nuestro Akaki Akákevich, quien se quedó helado, se tambaleó, se estremeció, se le erizó la piel y apenas pudo seguir de pie. De no ser porque un guardia acudió a sostenerlo, se hubiera desmoronado. Lo sacaron casi desfallecido. La persona importante, satisfecha del efecto de sus palabras, que superaba en mucho lo que esperaba, no cabía en sí de gusto al pensar que sus palabras podían hacer desfallecer a un hombre. Miró de reojo a su amigo, para ver qué opinión le merecía el asunto, y pudo comprobar, con gran placer, que se hallaba en una situación indefinible, cercana al terror.

Ni el mismo Akaki Akákevich podría recordar cómo bajó las escaleras y cómo salió a la calle, pues apenas sentía las manos y los pies. Nunca había sido tratado con tanta rudeza, además, ¡por un desconocido!, ¡un general! ¡En un departamento ajeno! Caminaba en medio de la ventisca de un violento temporal, con la boca abierta, a media calle. El viento, como es costumbre en San Petersburgo, le llegaba por todos los lados, es decir, desde los cuatro puntos cardinales y desde todos los rincones del más escondido callejón. Llegó a casa con la garganta cerrada, incapaz de proferir ni una palabra, con el cuerpo hinchado; y se metió en la cama. ¡Lo que puede provocar una reprimenda! Al día siguiente amaneció afiebrado. La generosa ayuda del clima petersburgués favoreció a que la enfermedad avanzara más rápido de lo que

hubiera podido esperarse. Cuando llegó el médico y le tomó el pulso únicamente pudo prescribir fomentos, y esto con el único fin de que el enfermo no muriera sin el auxilio de la medicina. Y así, sin más ni más, sin miramientos, le dijo que le quedaba un día y medio de vida. Luego le dijo a la patrona: «Usted, madrecita, encargue enseguida un ataúd de pino, pues uno de roble sería demasiado para él». Ignoramos si Akaki Akákevich oyó estas palabras acerca de su muerte inminente. Tampoco sabemos estas palabras lo afectaron o lo orillaron a quejarse de su destino, en caso de oírlas, pues pasó sus últimas horas en estado febril. Desfilaban por su mente visiones de lo más extrañas. Veía a Petrovich y le encargaba un capote con trampa para atrapar a los ladrones que se escondían debajo de la cama; a cada instante llamaba a la patrona y rogaba que le sacara al ladrón escondido debajo de la manta; luego preguntaba por qué estaba en su cuarto el capote viejo, si tenía uno nuevo. Otras veces creía estar delante del general, escuchando sus insultos y disculpándose: «Perdone usted, Excelencia». Finalmente, se puso a maldecir con palabras tan espantosas que la patrona se santiguó, pues en la vida le había escuchado decir algo así; por lo demás, estas palabras venían enseguida del título de Excelencia. Después se puso a murmurar frases sin sentido, imposibles de comprender. Aunque se podía deducir que aquellas palabras e ideas incoherentes se referían al capote. Finalmente, el pobre Akaki Akákevich expulsó el último suspiro. No sellaron su habitación ni sus cosas porque no tenía herederos. Además de que dejaba como única herencia un pequeño paquete de plumas de ganso, un cuaderno de papel oficial, tres pares de calcetines, dos o tres botones desprendidos de un pantalón y el capote que ya conoce el lector. ¡Dios sabe quién se quedó con esto! (Suscribo que el autor de esta narración no estaba interesado en apropiárselas). Así pues, se llevaron a Akaki Akákevich y lo sepultaron. San Petersburgo siguió tal cual, como si jamás hubiera existido ningún Akaki. Así desapareció un ser humano que nunca tuvo quién lo acogiera, a quien nadie amó y que jamás interesó a nadie. Ni siquiera al naturalista, que no desprecia a una mosca común y corriente para clavarla en un alfiler y examinarla en el microscopio. Fue un ser que soportó con paciencia las burlas de sus colegas y que bajó a la tumba sin haber realizado nada extraordinario; sin embargo, al final de su vida contempló la luz en forma de capote, y con ello reconfortó por un momento su miserable existencia. Luego le cayó

encima la desgracia, como cae encima a los elegidos. Poco después de su muerte mandaron a un ordenanza con la orden de que Akaki Akákevich se presentara de inmediato, porque el jefe lo exigía. Pero el ordenanza (claro está) tuvo que volver sin haber conseguido su propósito. Y se vio obligado a declarar que Akaki Akákevich no podía presentarse ni ese día ni nunca más. Preguntaron: «¿Por qué? «Pues porque lleva cuatro días enterrado». Y de este modo se enteraron en la oficina de la muerte de Akaki Akákevich. Al día siguiente, su puesto ya había sido ocupado por un nuevo funcionario. Era mucho más alto que Akaki, pero no trazaba las letras derechas, sino retorcidas y deformes.

¿Quién imaginaría, sin embargo, que no acaba aquí la historia de Akaki Akákevich? ¿Quién sería capaz de adivinar que estaba destinado a vivir escandalosamente después de muerto, como recompensa a la discreta vida que vivió cuando estaba vivo? Pero así fue. Y nuestro sencillo relato tendrá un vuelco fantástico e inesperado. Se esparció el rumor de que en el puente de Kalenik y sus alrededores se aparecía por las noches un fantasma con forma de funcionario que buscaba un capote robado y que con ese pretexto despojaba de sus capotes a todos los hombres, sin distinción de rango ni profesión; arrebataba capotes forrados con pieles de gato, de castor, de zorro, de oso o incluso enguatados. En pocas palabras, capotes de todas las pieles, tanto auténticas como sintéticas, que el hombre ha usado para cubrirse. Uno de los funcionarios del Ministerio vio con sus propios ojos al fantasma y creyó reconocer a Akaki Akákevich, pero se asustó y huyó como alma que lleva el diablo, por lo que no pudo observar bien al aparecido para comprobarlo. Solo vio que lo amenazaba desde lejos con el dedo. Había numerosas quejas, por todos los rincones de San Petersburgo, de que las espaldas y los hombros de los consejeros (no solo de consejeros titulares, sino también de los secretos) quedaban expuestos a los cuatro vientos al ser despojados de sus capotes. Era de esperarse, se comprende, que la policía tomara sus medidas para capturar al fantasma vivo o muerto, para escarmiento de otros. Y por poco lo logra. Un guarda de una sección de la calleja Kiríuchkin casi tuvo la suerte de coger al fantasma en pleno acto, cuando le arrebataba un capote de paño corriente a un músico retirado que había conocido mejores tiempos tocando la flauta. El guarda, que tenía cogido por el cuello al ladrón, pidió ayuda a dos compañeros,

a quienes entregó el detenido mientras él metía la mano en su bota, en busca de su tabaquera, para reanimarse un poco la nariz, pues se le había quedado helada seis veces. Pero, al parecer, el rapé era de tan mala calidad que no lo toleraba ni un muerto. En cuanto el guarda aspiró un puñado de tabaco por la fosa nasal izquierda, mientras se tapaba la derecha, el fantasma estornudó con tal violencia que empezó a salpicar saliva por todos lados. Mientras el guarda se frotaba los ojos con las palmas de las manos, para limpiarse, el difunto aprovechó para esfumarse sin dejar rastro, de modo que nunca supieron si lo habían tenido realmente en sus manos. Desde entonces los guardias tuvieron tanto miedo a los fantasmas que ni siquiera se atrevían a detener a una persona viva. Cuando veían a alguien a lo lejos, se limitaban a gritarle: «¡Oye, tú! ¡Sigue tu camino!». El fantasma del funcionario empezó a propagarse también más allá del puente de Kalenik, sembrando pánico entre la gente apocada. Pero nos hemos olvidado de la persona importante, quien, por cierto, fue el culpable del vuelco fantástico de nuestra historia, verídica, por lo demás. Hagamos justicia a la verdad y confesemos que la persona importante sintió algo parecido a la compasión poco después de haber salido el pobre Akaki Akákevich completamente deshecho. La compasión no le era ajena: su corazón era capaz de nobleza, aunque su alta posición le impidiera expresarla. En cuanto su amigo salió del despacho, se puso a pensar en el pobre Akaki Akákevich. Se lo imaginaba, un día sí y otro también, pálido, desencajado, e incapaz de sobrellevar la reprimenda que le había propinado. Estas imágenes lo inquietaron tanto que, una semana después de lo sucedido, se decidió, incluso, a enviar un empleado para preguntar por su salud y averiguar si podía hacer algo por él. Al enterarse de que Akaki Akákevich había muerto de fiebre repentina estuvo todo el día de mal humor, aterrado por los reproches de su conciencia. Para distraerse un poco, fue de visita a casa de un amigo, donde se encontró mucha gente y, para su alegría, gente de su mismo rango, de modo que en nada podía sentirse maniatado. Esto ejerció una influencia positiva en su estado de ánimo. Se puso locuaz, cordial, divertido, participó en las conversaciones de un modo agradable; en pocas palabras: se lo pasó muy bien. Durante la cena tomó dos copas de champaña. Como es sabido, esto constituye una excelente manera de comunicar alegría. El champaña le despertó deseos de hacer algo fuera de lo ordinario, así que decidió no irse de la velada a su casa,

sino a la de Carolina Ivánovna, dama, al parecer, de origen alemán, con quien mantenía relaciones de íntima amistad. Es preciso decir que la persona importante ya tenía sus años, y que era un marido intachable y buen padre de familia. Sus dos hijos le besaban la mano todas las mañanas, diciendo: «Bonjour, papa». Uno trabajaba ya en una cancillería; la otra era una linda chica de dieciséis años (con la nariz un poco curva, sin dejar de ser bonita). Su esposa, aún joven y no sin encanto, le extendía la mano para que se la besara; luego, volviéndola hacia fuera, tomaba la mano de su esposo y se la besaba ella a él. Pero la persona importante, aunque estaba plenamente satisfecho con los afectos y el amor de su familia, juzgaba conveniente tener una amiga al otro lado de la ciudad y mantener relaciones con ella. Esta amiga no era más joven ni más hermosa que su esposa. Ni hablar, tales cosas existen en el mundo, y no es asunto nuestro juzgarlas. Así pues, la persona importante bajó las escaleras, subió al carruaje y ordenó al cochero: «¡Vamos con Carolina Ivánovna!». Se envolvió en su magnífico capote y así permaneció, en el estado más agradable para un ruso, un estado en el que no se piensa en nada pero se agitan ideas agradables en la cabeza, por sí solas, sin molestarse en perseguirlas ni en buscarlas. Contento, evocó los momentos felices de aquella velada y las frases con que había hecho reír a carcajadas a aquel grupo. Luego repitió a media voz algunas de estas frases. Le parecieron tan graciosas como antes, así que volvió a reírse a mandíbula batiente. De vez en cuando lo distraía de sus pensamientos un viento muy fuerte que se levantó de pronto, Dios sabe dónde, y que le daba en pleno rostro, arrojándole montones de nieve. Por si esto fuera poco, el viento desplegaba el cuello del capote como una vela, o se lo azotaba brutalmente en la cabeza, lo que le obligaba a realizar continuos esfuerzos para librarse de él. De repente sintió que lo agarraban fuertemente por el cuello; volvió la cabeza y vio a un hombre pequeño, con un uniforme muy desgastado: estremecido, reconoció a Akaki Akákevich. El funcionario estaba pálido como la nieve, y su mirada era la de un muerto. El estremecimiento de la «persona importante» alcanzó el pánico cuando vio que la boca del muerto se contraía convulsivamente, exhalando un olor a sepulcro, y le dirigía las siguientes palabras: —¡Ah, por fin te tengo cogido del cuello! ¡Dame tu capote! ¡No te importó un comino el mío, me insultaste, incluso, así que ahora me das el tuyo! La persona importante por poco se muere. Era estricto en la cancillería con los subalternos, era

de aspecto viril y gallarda figura: «¡Qué hombre!», no podía uno dejar de decir al verlo; pero, al igual que mucha gente de figura gigantesca, se asustó tanto que temió que le diera un ataque. Se despojó rápidamente del capote y ordenó al cochero, con una voz que no era la suya: «¡A casa, pronto!». Al oír la voz de los momentos decisivos, que solía ir acompañada de algo más efectivo, el cochero metió la cabeza entre los hombros, para mayor seguridad, agitó el látigo y lanzó los caballos a toda velocidad. En seis minutos, la «persona importante» estaba en casa.

Había vuelto a casa sin hacer escalas con Carolina Ivánovna. Estaba asustado, pálido y sin capote. A duras penas llegó a su habitación; pasó una noche tan intranquila, que a la mañana siguiente, a la hora del té, su hija le dijo: «¡Qué pálido, papá!». Papá guardaba silencio, no dijo ni una palabra de lo sucedido, ni en dónde había estado, ni a dónde iba en coche. Este suceso lo impresionó vivamente. Ya casi nunca decía a sus subalternos: «¿Sabe a quién tiene delante?». Si alguna vez tenía que decirlo, siempre era después de escuchar lo que tenían que decirle. Lo más curioso es que no volvió a aparecerse el fantasma del funcionario difunto. Parece ser que el capote del general le quedó como anillo al dedo. O puede que no, pero el caso es que no se volvió a hablar de capotes arrebatados a los transeúntes. Sin embargo, algunos exaltados que seguían intranquilos contaban que el fantasma del funcionario difunto se parecía en los barrios apartados de la ciudad. En efecto, un guardia de Kolomna vio con sus propios ojos que un fantasma se asomó por detrás de su casa. Pero era debilucho de nacimiento —una vez lo arrolló un cerdo, ya completamente desarrollado, que se había escapado de una casa, lo que provocó las risas de los cocheros, a quienes pidió como compensación unos kopeks para tabaco—. Era, pues, muy débil, y no se atrevió a detenerlo. Se conformó con seguirlo en la oscuridad hasta que el fantasma volvió de repente la cabeza y le preguntó: «¿Qué quieres?», y le enseñó un puño que no se ve entre los vivos. «Nada», respondió el guardia. Y dio la media vuelta enseguida. El fantasma era, en realidad, mucho más alto que Akaki, y tenía unos bigotes enormes [73] . Se dirigió a grandes pasos al puente de Obuko. Y desapareció en las tinieblas nocturnas.

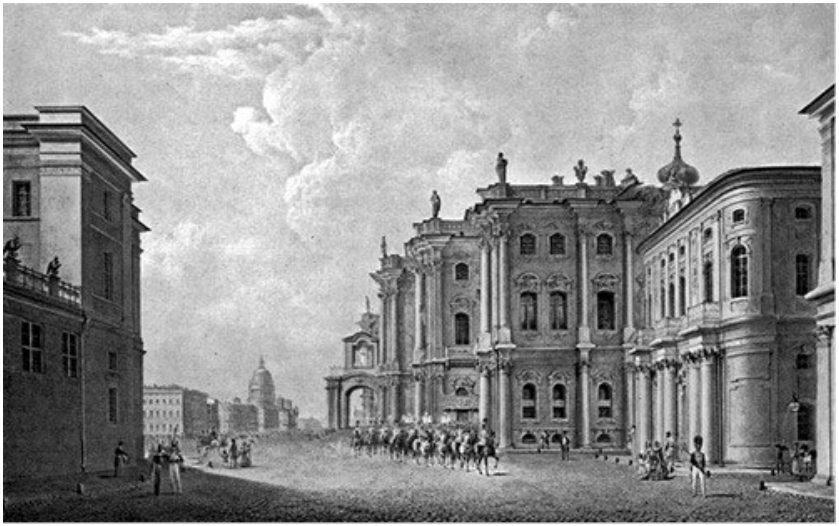
■

70 Zapato.

71 Vendedores callejeros que cargaban sus puestos en la cabeza. La expresión «extranjeros rusos» es, de cualquier modo, ambigua,

72 La estatua del zar Pedro I el Grande, realizada por el escultor francés Maurice Falconet (1716-1791).

73 Gógol da una pista al lector atento a los detalles: el supuesto fantasma de Akaki Akákevich es, en realidad, el ladrón que lo despojó de su abrigo. Así pues, no hay un «giro fantástico» en la historia.



Catedral de Nuestra Señora de Kazan en la Avenida Nevski.

LA AVENIDA NEVSKI

NO hay nada más fascinante que la avenida Nevski. Por lo menos en San Petersburgo, pues en esta ciudad lo es todo. ¡Qué esplendor el de esta calle, orgullo y gloria de nuestra capital! Ni el más pálido de sus funcionarios cambiaría esta avenida ni por todo el oro del mundo. Lo sé muy bien. Todos la recorren con entusiasmo, no solo el chico de veinticinco años, de elegante bigote y levita maravillosamente cortada, sino incluso el de barbilla con tres canas y cabeza pulida como una fuente de plata. ¡Y las damas!... ¡oh!... Para las damas es todavía más seductora. ¿A quién no le seduce? Entra uno en ella y percibe de inmediato el olor a fiesta. Por mucho que vaya uno agobiado por algún asunto importante, o tal vez ineludible, seguro que se olvida de todo al recorrerla. Este es el único lugar donde la gente se luce sin verse impulsada por la necesidad ni el interés comercial que reina en San Petersburgo. Puede decirse que quien se encuentra en la avenida Nevski es menos egoísta que el de Mórskaia, Gorójovaia, Liténaia, Meschánskaia y demás avenidas en donde la avaricia, el deseo de lucro y la necesidad se imprimen en los rostros de los peatones y de quienes la atraviesan al vuelo de troikas y otros carruajes. La avenida Nevski es la principal arteria de San Petersburgo; el habitante de Petersburgski o de Viborgski, que no visitaba a su amigo de Peski o Moskovskaia Sastava desde hace años, puede estar seguro de que lo encontrará. Ninguna oficina de información ni guía de la ciudad podría dar noticias con tanta exactitud como la avenida Nevski. ¡Ah, todopoderosa avenida! ¡Única distracción del petersburgués humilde! ¡Con qué pulcritud están barridas sus aceras, y Dios sabe cuántos pies han dejado huella! La bota sucia y tosca del soldado en retiro, bajo cuyo peso parece agrietarse el granito; la botita diminuta, ligera como el humo, de la joven dama que vuelve la cabecita hacia los relucientes escaparates de los almacenes como los girasoles al sol; el profundo arañazo del tintineante sable del alférez... ¡Todo deja impreso sobre la acera el poder de su fuerza o su debilidad! ¡Cuánto ensueño se forma en

ellas en el transcurso de un día! ¡Qué cambios sufren en veinticuatro horas! En las primeras horas de la mañana, cuando todo San Petersburgo huele a pan caliente recién hecho y pululan las viejas envueltas en capas y con vestidos rotos que asaltan primeramente las iglesias y después a los transeúntes compasivos, la avenida Nevski está vacía: los robustos propietarios de los almacenes y sus dependientes duermen dentro de sus camisones de batista, enjabonan sus nobles mejillas o beben su café; los mendigos se agolpan a las puertas de las dulcerías, donde un adormilado Ganimedes que volaba ayer como una mosca de un lado para otro con la taza de chocolate ahora sale con una escoba en mano, sin corbata, y les arroja panecillos rancios y otras sobras. Por las calles circula la gente trabajadora; a veces pasan muzhiks rusos [74] que se dirigen con prisa a sus labores con las botas tan manchadas de cal que ni siquiera el caudal del desaguadero Ekateríninski, famoso por su transparencia [75] , bastaría para limpiarlas. A esta hora no es prudente que las damas salgan a pasear, pues el pueblo ruso se expresa con expresiones tan groseras que seguramente no están acostumbradas a oír ni en el teatro. A veces, un adormilado funcionario atraviesa la avenida con su cartera bajo el brazo, en el caso de que su camino al ministerio le haga pasar por la avenida Nevski, claro. Puede decirse, sin temor a equivocarse, que de esta hora hasta las doce del mediodía la avenida sirve solamente como medio y no constituye el objetivo de nadie, va llenándose de personas que, inmersas en sus ocupaciones, inquietudes y enojos no piensan para nada en ella. El muzhik ruso habla de la grivnas o de los cuatro cuartos que gana; los viejos y las viejas agitan las manos o hablan solos, a veces acompañando la conversación con gesticulaciones... Pero nadie los toma en cuenta ni se ríe de ellos, excepto, acaso, los chiquillos que atraviesan la avenida corriendo como centellas en batas de paño burdo, con botellas vacías o las botas remendadas en las manos. A esta hora, aunque se ponga usted un cucurucho en lugar de sombrero, aunque su cuello se haya quedado por debajo de la corbata, puede estar seguro de que nadie le hará ni caso.

A las doce, la avenida es invadida por preceptores de todas las naciones acompañados de discípulos con cuellos de batista. Las Jones inglesas y los Cocú franceses llevan colgados del brazo a sus alumnos y, con el debido decoro, les explican que los rótulos están

colocados sobre las tiendas para que pueda saberse lo que se vende en las susodichas. Las institutrices, pálidas misses y sonrosadas eslavas, caminan muy estiradas tras sus esbeltas y revoltosas pupilas, ordenando que levanten un poco más los hombros y se enderecen.

En pocas palabras: a esta hora la avenida Nevski es una avenida Nevski pedagógica. Sin embargo, cuando están por dar las dos de la tarde disminuye el número de preceptores, pedagogos y niños, quienes son sustituidos por sus amantes padres, que van del brazo de sus nerviosas compañeras de vida, ataviadas con lujosos vestidos de colores. Poco a poco, a su compañía se unen todos los que han terminado sus ocupaciones domésticas, por ejemplo, los que han preguntado al médico sobre el tiempo o el granito en la nariz; los que se han enterado de la salud de sus caballos y de sus hijos (en quienes, cabe decir, se revelan grandes capacidades); los que han leído los carteles y un importante artículo en el periódico acerca de los que llegan y los que se van; por último, los que han bebido su taza de té o café. A estos se unen quienes un destino envidiable les depara el bendito cargo de funcionarios con cargos especiales. A estos se les unen los funcionarios del Ministerio del Exterior, que destacan por la elegancia de sus ocupaciones y costumbres. ¡Qué empleos y servicios tan maravillosos existen, por Dios!... ¡Elevan y regocijan el alma! Pero, ¡ay!... Al no ser funcionario, he de privarme del placer de presenciar el trato excelente de mis superiores. Todo lo que pueda encontrar en la avenida Nevski es un ejemplo de decoro. Caballeros de levita larga y manos en los bolsillos; damas de sobretodos de raso blanco, rosa, azul pálido y sombrero. Encontrará usted patillas únicas, remetidas con extraordinario arte bajo la corbata. Hay patillas de terciopelo y de raso, negras como la marta cebellina o el carbón, pero, ¡ay!, pertenecen tan solo a los miembros del Ministerio del Exterior. A los empleados de otros departamentos el destino les ha negado ese gusto, y se ven obligados, con enorme disgusto, a llevarlas de color rojizo. Encontrará usted maravillosos bigotes. Ninguna pluma o pincel puede describirlos. Bigotes a cuyo cuidado se les han dedicado los mejores años, que son objeto de ceremoniosos cuidados de noche y de día; bigotes empapados de exquisitos perfumes y las más raras y costosas pomadas de todo tipo; bigotes que duermen envueltos en el más fino papel; bigotes amados con genuino afecto por sus poseedores y que despiertan la

envidia de los transeúntes. Mil clases diferentes de sombreros, vestidos y multicolores pañuelos vaporosos, que llegan a lograr dos días seguidos la preferencia de sus propietarias, podrían deslumbrar a cualquiera en la avenida Nevski. Se diría que un mar de mariposas de repente ha alzado el vuelo desde los tallos y revolotea en una resplandeciente nube sobre los negros escarabajos del sexo masculino. Aquí encontrará cinturas que ni siquiera se ha atrevido a soñar: finitas, estrechas, de talles de cuello de botella a cuyo encuentro cederá el paso con respeto para no hacerlas tropezar por descuido con un codo descortés. De su corazón se apoderarán la timidez y el miedo de romper con su desconsiderada respiración aquella maravilla de la naturaleza y el arte. ¡Qué mangas de señora verá en la avenida Nevski! ¡Ay, qué prodigio! Son dos globos que podrían hacerla volar en el aire si el hombre no la sujetara; porque alzar una dama en el aire es tan fácil y agradable como llevarse a los labios una copa de champaña. En ningún sitio, al encontrarse, se saludan las gentes con tanta grandeza y desparpajo como en la avenida Nevski. Aquí encontrará la sonrisa total, la sonrisa obra maestra; a veces una sonrisa que te hace sentir más bajo que la misma hierba, a veces una sonrisa que te hace levantar la cabeza y te hace sentir más alto que el alto pararrayos del Almirantazgo. Aquí encontrará a los que conversan sobre el tiempo o el último concierto con extraordinaria nobleza y sentido de su propia dignidad. Encontrará usted millares de caracteres incomprensibles. ¡Ay, Señor mío, qué caracteres encuentra uno en la avenida Nevski! Hay allí infinidad de gentes que al verlo pasar sin detenerse se mirarán irremediablemente la punta del zapato y luego se volverán para mirarle los faldones. No sé, todavía, por qué ocurre esto. No logro comprenderlo. Al principio pensé que eran zapateros; pero luego resultó que no. La mayoría eran funcionarios de diversos departamentos; muchos de ellos capaces de escribir perfectamente documentos y dirigirlos de un departamento oficial a otro, también saben ir de paseo y leer periódicos en las dulcerías... Es decir, la mayor parte son gente respetable. En este bendito paso de las dos a las tres de la tarde (capital movible de la avenida Nevski) puede observarse la exposición de lo mejor que ha producido la humanidad. Una elegante levita guarnecida del mejor castor; una maravillosa nariz griega; magníficas patillas; un par de bellos ojos y un asombroso sombrerito; una sortija con talismán en un elegante meñique; un piececito dentro de un diminuto y encantador zapatito;

una corbata que despierta la curiosidad y unos asombrosos bigotes. Pero al dar las tres la exposición se termina y la muchedumbre disminuye... Y sobreviene un nuevo cambio. Llega, de repente, la primavera a la avenida Nevski: se cubre de funcionarios uniformados de verde. Los hambrientos consejeros titulares, judiciales y de todo tipo emplean todas sus fuerzas en acelerar el paso. Los funcionarios jóvenes y los secretarios tratan de aprovechar el tiempo paseando por la avenida Nevski con prestancia, para disimular las seis horas seguidas que han pasado en la oficina. Pero los viejos secretarios y consejeros titulares provinciales caminan de prisa, con la cabeza gacha, pues no tienen tiempo de contemplar a los transeúntes. No se sienten todavía liberados de sus inquietudes. En sus cabezas hay un revoltijo de asuntos pendientes; ha de pasar mucho tiempo para que dejen de ver la carpeta repleta de papeles o el regordete rostro del jefe en lugar de un anuncio.

A partir de las cuatro la avenida Nevski queda vacía; será raro que encuentre en ella un funcionario. Puede que vea a alguna costurera que, saliendo de la tienda, corra con una caja entre las manos; a una víctima infeliz de un humanitario registrador lanzada al mundo con un abrigo de lana; a algún bobo de paso al que le da igual dónde perder el tiempo; a una alta y larguísima inglesa con un bolso y un libro en las manos; a un obrero ruso de barba estrecha y levita de talle alto, a la mitad de la espalda, que vive una vida tambaleante, pendiente de un hilo, y avanza tambaleando la espalda, los brazos, los pies y la cabeza cuando respetuosamente circula por la acera; a un humilde artesano... y a nadie más. A nadie más encontrará en la avenida Nevski.

Pero en cuanto desciende el crepúsculo sobre la ciudad, las casas y las calles, y el farolero, cubierto con una tela de estera, trepa a una escalera para encender los faroles, y a los escaparates se asoman las estampas que no se atrevían a asomarse durante el día... la avenida Nevski revive y se pone en movimiento. Llega entonces la hora misteriosa en la que las lámparas iluminan con una sugestiva y maravillosa luz. Verá a muchos jóvenes, casi todos solteros, vestidos de levita y capote. A esta hora todos persiguen un fin, o algo parecido a un fin, algo absolutamente inconsciente; los pasos se alargan, rápidos y desiguales, las alargadas sombras se deslizan, vertiginosas, por las paredes y el suelo, a punto de alcanzar con sus

cabezas el puente Politsé. Todos aceleran el paso y todo parece muy desigual. Los jóvenes funcionarios y secretarios pasean durante largo rato, pero la mayoría de los viejos consejeros titulares y provinciales se quedan en casa, ya sea porque son casados o porque sus cocineras alemanas les preparan buena comida. Aquí encontrará a los viejos respetables que paseaban a las dos de la tarde con admirable decoro. Ahora los verá usted correr como jóvenes secretarios para mirar bajo el sombrero de alguna dama de labios gruesos y mejillas pintarrajeadas que tanto gustan a los paseantes, sobre todo a los cobradores y comerciantes que siempre van de levita al estilo alemán, circulan en tropel y van cogidos del brazo.

—¡Para! —gritó el teniente Pirogov, dando un tirón al joven de frac y capa que iba a su lado—. ¿La viste?

—Sí. ¡Es maravillosa! Es la Bianca de Perugino.

—¿De quién hablas?

—¡Pues de ella! ¡La chica de pelo oscuro!... ¡Qué ojos!... ¡Dios mío, qué ojos!... ¡Qué todo!... ¡La figura! ¡El rostro ovalado! ¡Es un milagro!

—Yo hablo de la rubia que pasó tras tu morena por aquel lado... ¿Por qué no sigues a la tuya?

—¡Oh!... ¿Quién pudiera? —dijo el joven de frac y capa, ruborizado —. ¡No es una de esas que se aparecen al anochecer por la avenida! ¡Se ve que es una dama importante! Su capa ha de valer unos ochenta rublos.

—¡Qué simple! —dijo con viveza Pirogov, empujándolo fuertemente hacia donde flotaba una capa de alegre colorido. ¡Anda, pazguato, que se te escapa! Yo iré tras la rubia.

Y los amigos se separaron.

«¡Todas caen!», pensó Pirogov, con una sonrisa fatua y complaciente, convencido de que no existe belleza que se le resista.

El joven de frac y capa siguió con tímido paso la estela de la colorida capa que tan pronto brillaba a la luz del farol como se

cubría inmediatamente de oscuridad al alejarse. El corazón le latía alocado, y sin querer apretaba el paso. No se atrevía a soñar con ser mirado dos veces por la belleza que se le escapaba volando, menos a dar cabida a la oscura alusión del teniente Pirogov. Solo quería ver la casa de aquella encantadora criatura que parecía caída directamente del cielo a la avenida Nevski, y que no tardaría en desvanecerse a saber por dónde. Iba tan de prisa que no paraba de empujar y sacar de la acera a viejos respetables de canosas patillas. El joven pertenecía a una clase que no se da mucho entre nosotros, por no decir que es excepcionalmente rara y que es tan de San Petersburgo como lo que soñamos pertenece al mundo real. Este clase constituye una rareza en una ciudad de funcionarios, comerciantes y artesanos alemanes: el joven era pintor. ¿No es, de verdad, algo extraño? ¡Un pintor de San Petersburgo! ¡Pintor en el país de las nieves! ¡Pintor en el país de los finlandeses [76] , donde todo es húmedo, liso, llano, pálido, gris y brumoso! Los pintores, aquí, no se parecen a los orgullosos pintores italianos, ardientes como Italia y su cielo. Son, por el contrario, mayormente gente buena, tímida y que se turba fácilmente. Gente despreocupada, apegada a su arte sin aspavientos, que bebe té en compañía de dos amigos en su cuartucho, que habla modestamente de lo que ama y desprecia lo superfluo. Gente que suele llevar a casa a alguna vieja mendiga y la obliga a permanecer quieta durante seis horas para plasmar sobre el lienzo su rostro triste, impasible. Gente que dibuja su habitación, llena de utensilios de pintor: brazos y pies de escayola que el polvo y el tiempo han tornado del color del café; caballetes rotos y pintorescos, una paleta volcada, un amigo que toca la guitarra, paredes manchadas de pintura, una ventana abierta a través de la cual se ve pasar el pálido Nevá y los pobres pescadores de camisa roja. El colorido de sus obras suele ser gris y turbio, pues lleva impreso el sello del norte. Se aplican a su trabajo con deleite. Esconden dentro de sí, frecuentemente, verdadero talento; si soplara sobre ellos el fresco viento de Italia se desarrollarían con plenitud, libre y espléndidamente, como una planta sacada de la habitación al aire libre. Suelen ser muy tímidos: la vista de una condecoración o de unas charreteras los deja tan azorados que sin querer rebajan el precio de sus creaciones. A veces les da por ponerse elegantes, pero por algún motivo esta elegancia no les sienta bien y parecen vestidos con remiendos. Entonces los verá vestidos con un magnífico frac y una capa manchada, o con un

delicado chaleco de terciopelo y una levita sucia de pintura, del mismo modo que en uno de sus paisajes inconclusos a veces verá a una ninfa dibujada de cabeza porque el artista la ha esbozado en el lienzo de una obra anterior, ya que no encontró otro lugar. Nunca miran a los ojos o, si alguna vez lo hacen, será de un modo vago, nunca con la penetrante mirada del observador o con la mirada del halcón o de un oficial de Caballería. Esto sucede porque, al mirarlo a usted, está distraído contemplando los rasgos de algún Hércules de escayola que se encuentra en su habitación o porque ve ante él el cuadro que se propone realizar. Por eso a menudo contesta de una manera desarticulada, a veces, incluso, hasta incoherente, pues el revoltijo de ideas en su cabeza aumenta su timidez. A esta clase pertenecía el joven pintor Piskariov, tímido y fácilmente impresionable, pero con el alma colmada de destellos que se convierten en llama. Con oculto temblor se apresuraba hacia el objeto de su deseo, asombrado de su propio atrevimiento. La criatura desconocida, que ya se había instalado en su alma, se volvió y lo miró. ¡Dios! ¡Qué estupendos rasgos! La hermosa frente, de blancura cegadora, estaba enmarcada por una cabellera maravillosa como un ágata. Esos maravillosos mechones se rizaban y algunos de ellos caían bajo el sombrero y rozaban la mejilla, tocadas por un fresco y fino rubor por el frescor del atardecer. La boquita apretada parecía un ramillete de sueños. ¡Todo lo que resta de los recuerdos de la infancia, lo que nos permite soñar y nos lleva a la inspiración junto a una lámpara encendida, parecía fusionarse en su armoniosa boca! Miró a Piskariov y bajo esa mirada su corazón latió apresurado. Lo miraba. Y la indignación se traslucía en su mirada por verse objeto de aquella persecución tan atrevida; pero incluso el enfado resultaba fascinante en aquel rostro maravilloso. Piskariov se detuvo en seco, bajando la cabeza, lleno de vergüenza y timidez; pero... ¿iba a perder de vista a esta divinidad sin saber de qué templo había bajado? Pensó, y decidió seguirla de lejos, para no hacerse notar, fingiendo mirar distraídamente los anuncios, pero sin perder de vista ni un solo paso de la belleza desconocida. Los transeúntes se hacían más escasos; la calle, más tranquila; la encantadora volvió la cabeza y a él le pareció notar que se esbozaba una ligera sonrisa. Tembló, sin dar crédito a sus ojos. No, no había brillado una sonrisa. La linterna, con su engañadora luz, había comunicado a su rostro aquella especie de sonrisa. Eran sus propios ensueños los que se burlaban de

él. La seguía, se le cortaba la respiración, todo latía en su interior, ardía, lo veía todo envuelto en brumas. La acera volaba bajo sus pies; los coches parecían inmóviles con sus caballos al galope; el puente se alargaba y luego se partía por el centro del arco; las casas estaban de cabeza; la caseta le salía al encuentro, cayéndole encima, la pica del guardia junto con las letras doradas del rótulo de una tienda y las tijeras pintadas en él brillaron al parecer ante sus propias pestañas. Todo esto lo había producido una mirada al girar una linda cabecita. Volaba sobre las maravillosas huellas de aquellos piececitos sin oír ni ver nada, esforzándose en contener su paso, que marchaba al ritmo de su corazón. A veces dudaba. ¿La expresión de su rostro había sido amable? Y entonces se detenía; pero el latido de su corazón y la fuerza invencible de la inquietud de sus sentimientos lo impulsaban hacia adelante. Ni siquiera notó que un edificio de cuatro pisos se elevó de repente ante él. Cuatro brillantes filas de ventanas lo miraron a la vez y la verja de la entrada se oponía a su avance. Vio volar a la encantadora desconocida escaleras arriba, la vio volverse, llevarse un dedo a los labios y hacerle seña de seguirla. Sus rodillas temblaban, su cabeza ardía, un chispazo de alegría penetró con insoportable agudeza en su corazón. ¡No era un sueño! ¡Dios mío! ¡Cuánta dicha en un instante! ¡Qué vuelco maravilloso de la vida en dos minutos!

Pero... ¿Y si es un sueño? ¿Es posible que aquella, por quien daría la vida a cambio de una sola mirada celestial, aquella que lo hacía feliz con tan solo saber su domicilio, estuviera ahora tan interesada en él? Subió la escalera volando. No lo dominaba ningún pensamiento mundano, no se sentía excitado por pasiones terrenales, en aquel minuto era limpio y puro, como el adolescente casto que busca el amor espiritual. Lo que en un hombre vicioso hubiera despertado soeces pensamientos hacía los suyos más elevados. La confianza otorgada por la maravillosa y frágil criatura le imponía la promesa de cumplir como un esclavo todas sus órdenes. Y deseaba que aquellas órdenes fueran irrealizables para lograr con mayor esfuerzo su conquista. Estaba seguro, y no lo dudó ni por un momento, de que alguna fuerza misteriosa y trascendental obligaba a la encantadora desconocida a otorgarle su confianza, que le exigiría ser recompensada. Piskariov se sentía con fuerza y decisión para lo que pudiera venir.

La escalera ascendía, y con ella sus fugaces ensueños. «Camine con cuidado», sonó una voz, melodiosa como el tañido del arpa, inflamando nuevamente sus venas. La encantadora desconocida golpeó en la puerta en la sombría altura del cuarto piso. La puerta se abrió y ambos entraron. Una mujer de figura agradable les salió al encuentro con una vela en la mano; miró a Piskariov tan extraña y descaradamente que lo hizo bajar los ojos. Luego entraron en la habitación, donde desde tres distintos rincones tres figuras femeninas se ofrecieron a sus ojos. Una de ellas jugaba solitario; otra tocaba en el piano, con dos dedos, algo parecido a una lastimera y antigua polonesa; la tercera peinaba sus largos cabellos ante el espejo sin interrumpir su tocado por la entrada de un desconocido. Reinaba por doquier el desagradable desorden de la vivienda del solterón. Los muebles, aunque bastante buenos, estaban cubiertos de polvo; la tela de la araña había cubierto la moldura de una cornisa; por la puerta entreabierta se veía brillar una bota con espuela y un uniforme rojo, una enérgica voz masculina y una risa femenina se dejaban oír sin ningún recato.

¡Dios!... ¡Dónde he caído! Al principio se negaba a creerlo, y se puso a examinar lo que había en la habitación: las paredes vacías, las ventanas sin cortinas... la ausencia de un ama de casa cuidadosa; los rostros desgastados de aquellas desdichadas criaturas, una de las cuales se le puso prácticamente en las narices, mirándolo como se mira una mancha en el vestido ajeno... todo le confirmaba que había penetrado en la asquerosa morada del lastimoso vicio resultado de la educación vacía de contenido y de la terrible conglomeración de gente en la capital, albergue donde el hombre pisotea todo lo puro y sagrado que hay en la vida, donde la mujer, aureola de la creación y orgullo de este mundo, se transforma en un ser confuso que con la pureza de su alma pierde su feminidad, adquiere el descaro del hombre y sus repugnantes ademanes, y deja de ser aquella débil criatura que, aunque es tan distinta a nosotros, es maravillosa. Piskariov la miraba de pies a cabeza, con ojos de espanto, queriendo asegurarse de que era la misma que lo había hechizado en la avenida Nevski. En ese momento, sin embargo, le pareció tan hermosa como la primera vez. Su cabello era igual de maravilloso, sus ojos seguían siendo celestiales. Era radiante, a sus diecisiete años el temible vicio se había instalado desde hacía poco tiempo, y aún no se atrevía a rozar sus mejillas, frescas y

ligeramente sombreadas de fino rubor. Era maravillosa.

Piskariov seguía inmóvil ante ella dispuesto a volverse a dejar embaucar tan ingenuamente como antes; pero la bella, aburrida por el prolongado silencio, le sonrió y lo miró a los ojos de una manera significativa, con cierto lastimoso descaro. Aquella sonrisa le era tan ajena y a la vez tan propia a su rostro como la expresión de piedad al usurero o el libro de contabilidad al poeta. Piskariov se estremeció. La encantadora abrió su linda boca y comenzó a decir algo, algo estúpido y trivial. Se veía que el ser humano, al perder la pureza, es abandonado también por la inteligencia. No quiso escucharla. ¡Era tan simple como un niño! En vez de aprovechar la ocasión, como lo hubiera hecho cualquier otro en su lugar, echó a correr hacia la calle como una cabra salvaje.

Luego, en su habitación, se quedó largo rato con la cabeza baja y los brazos caídos, como el mendigo que tras encontrar una perla invaluable la deja caer al mar. «¡Pero si es tan bella! ¡Tiene unas facciones tan hermosas, y en qué lugar ha ido a parar!», se decía. Y era todo lo que podía articular.

La compasión nos colma ante la vista de la belleza que se pudre en el vicio. Otra cosa sería si se pudriera la fealdad. ¡Pero la belleza!... ¡La dulce belleza! En nuestro pensamiento la asociamos con la pureza y la inocencia. La encantadora que había hechizado al pobre Piskariov era realmente una criatura singular. Su presencia en aquel despreciable ambiente resultaba aún más asombrosa. Sus facciones estaban trazadas con tal nitidez, la expresión de su maravilloso rostro respiraba tal dignidad que de ninguna manera podía creerse que el vicio había clavado en ella sus terribles garras. Debió haber sido la perla valiosa, el universo entero, el paraíso, la fortuna de un apasionado esposo... una prodigiosa y apacible estrella dentro de una constelación familiar. Un movimiento de su maravillosa boquita hubiera sido una orden que se cumple con gusto. Debió haber sido la diosa de los bailes que se desliza sobre el parquet iluminado por el resplandor de las velas recogiendo la callada devoción de la multitud de admiradores rendidos a sus pies... Pero, ¡ay!, por el terrible decreto del espíritu infernal, enemigo de la armonía, había sido arrojada al abismo entre carcajadas estentóreas.

Estaba sentado ante la vela encendida, preso de una pena

devastadora. Ya había pasado la medianoche. Cuando la campana de la torre dio las doce y media continuaba sentado, inmóvil, apático y trasnochado. Aprovechando su quietud, la somnolencia se iba apoderando cautelosamente de él. La habitación empezaba a desaparecer, solo la llama de la vela traslucía los sueños, venciéndolo. De repente, un golpe en la puerta lo hizo estremecerse y lo obligó a recobrarse. La puerta se abrió, y dio paso a un lacayo con uniforme de lujo. Jamás había entrado un uniforme tan lujoso en su solitaria habitación y menos aún a hora tan inusual. Se quedó asombrado y miró con impaciente curiosidad al recién llegado.

—La señora que tuvo la amabilidad de visitar —dijo con una respetuosa reverencia— hace unas horas me ordena que le ruegue que vaya a visitarla y le envía su coche.

Piskariov enmudeció, sorprendido. «Coche..., lacayo elegante... Se trata seguramente de una confusión...», pensó.

—Amigo —dijo con timidez—: usted se ha equivocado. Seguramente lo han enviado a buscar a otro que no soy yo.

—No me he equivocado, señor. ¿No tuvo la amabilidad de acompañar a mi señora a pie hasta la calle Liténaia, en el cuarto piso?

—Sí.

—¡Ya lo ve!... Dese prisa, por favor. La señora desea verlo y le pide que vaya directamente a su casa.

Piskariov bajó corriendo. En efecto, en la calle había un coche. Subió a él, se sentó, se cerraron las portezuelas, las piedras de la calle resonaron bajo las ruedas y los cascos, una brillante hilera de edificios, con los letreros de las tiendas iluminados, pasaba velozmente junto a las ventanillas del coche. Piskariov iba muy reflexivo, sin saber cómo explicarse esta aventura. «Casa propia, coche, lacayo de lujo...». No encontraba en ello relación con el cuarto piso, las ventanas empolvadas y el piano desvencijado.

El coche se detuvo ante una entrada espléndidamente iluminada, y Piskariov se admiró al distinguir la fila de carruajes, los gritos de los

cocheros, las ventanas resplandecientes y el sonido de la música que llegaba hasta él. El lacayo elegante lo ayudó a bajar del carruaje, acompañándolo cortésmente hasta el vestíbulo, de columnas de mármol, en el que se encontraba un portero con uniforme aparejado de oro. Se veían, además, capas y chaquetas diseminadas por aquí y allá. Y una esplendente lámpara. Una soberbia escalera de barandillas resplandecientes, perfumada con todo tipo de fragancias, conducía al piso superior. La subió, entró en la primera sala, asustado, reculando ante el mar de gente.

La extraordinaria variedad de rostros lo aturdió. Parecía que algún demonio había desmenuzado el mundo en mil pedazos y que todos estaban allí, mezclados: los hombros resplandecientes de las damas, los fraques negros, las arañas del techo, las lámparas, los volantes de gasa vaporosa, las ligeras cintas y el grueso contrabajo que asomaba por la barandilla. ¡Todo lo deslumbraba! Vio entremezclados viejos honorables y hombres maduros, de decorados fraques, damas que se deslizaban por el parquet con ligereza, altivez y gracia o permanecían sentadas en fila, oía hablar en francés o en inglés... Los fraques negros más jóvenes, que conversaban y reían con dignidad, sabían qué decir y qué no, bromeaban con solemnidad y así mismo sonreían, llevaban patillas perfectas, mostraban con arte sus impecables manos al arreglarse la corbata, eran de gran distinción... Las damas, por su parte, eran tan vaporosas, estaban tan sumidas en su propia complacencia, bajaban con tanto encanto los ojos que... Pero la retraída actitud de Piskariov, apoyado temeroso en la columna, revelaba su aturdimiento. La muchedumbre rodeaba el grupo de los bailarines ataviados con transparentes creaciones de París, tejidas con el material del que están hechos los sueños, que les pasaban volando de aquí para allá. Las bellas rozaban el parquet, descuidadamente, con sus piececitos. Habrían parecido aún más etéreas, claro, si lo hubieran pasado por encima sin rozarlo. Una de ellas vestía mejor que ninguna, más ricamente y con más esplendor. Se apreciaba en ella un gusto de lo más exquisito, parecía, incluso, que ella ni se preocupaba por vestir bien ni le concedía la menor importancia. No miraba a la muchedumbre de espectadores. Sus largas y espléndidas pestañas bajaban con indiferencia, la resplandeciente palidez de su rostro destacaba aún más cuando, al inclinar la cabeza, una ligera sombra cubría su encantadora frente.

Piskariov concentró todos sus esfuerzos en atravesar la muchedumbre y contemplarla, pero una inmensa cabeza de oscuro cabello rizado no le permitía verla. Para colmo, la muchedumbre lo estrujaba de tal manera que no se atrevía a moverse ni para atrás ni para adelante por miedo a empujar a alguno de los consejeros. Sin embargo, al fin pudo adelantarse. Se arregló el traje... «¡Qué es esto, por Dios, lo tenía manchado de pintura!». Por las prisas, había salido de casa sin un traje adecuado. Enrojeció hasta las orejas, bajó la cabeza... Hubiera querido que lo tragara la tierra, pero no era posible. Los pajes de trajes resplandecientes la custodiaban formando tras ella un muro compacto. Ahora deseaba estar lejos de la belleza de pestañas y frente maravillosas. Temeroso, levantó sus pestañas para cerciorarse de que no lo miraban... ¡Dios, la tenía enfrente! «¿Esto qué es? ¿Esto qué es? ¡Es ella!», exclamó casi gritando. Era ella, en efecto, la misma que había visto en la avenida Nevski; a la que había acompañado.

Ella alzó los párpados y los contempló con una mirada clara. «¡Ay, qué hermosa es!», alcanzó a murmurar con la respiración entrecortada. La joven recorrió con mirada cansada y distraída su círculo de admiradores. Sus ojos encontraron los de Piskariov. «¡Oh, el cielo, el paraíso! ¡Que Dios nos dé fuerza para ser capaces de contemplarla! ¡Una vida no basta, destruye y enajena el alma!». Le hizo una seña, no con la mano sino con los ojos, pero con tal fineza que solo él la comprendió. El baile duró mucho tiempo más. Cuando la fatigada música parecía apagarse y morir crecía de repente, chillaba y retumbaba. Pero finalmente cesó. La encantadora se sentó; bajo el fino cendal de la gasa, su pecho se alzaba con la respiración; su mano (¡Dios, Supremo Hacedor! ¡Qué estupenda manita!) se posó en las rodillas, oprimiendo con su peso el vaporoso vestido que parecía irradiar música y cuyo fino color lila subrayaba aún más perceptiblemente su esplendente blancura. «¡Rozar aquella mano! ¡Solo rozarla y nada más! ¡Nada más! ¡Cualquier otro pensamiento sería grosero!». Estaba detrás de su silla pero no se atrevía a hablar ni a respirar.

—¿Se aburre? —dijo ella—. Yo también. Ya veo que usted me aborrece —añadió, bajando las largas pestañas.

—¿Yo, aborrecerla?... ¿A usted? —intentó decir Piskariov

completamente desconcertado. Habría dicho más incoherencias, eso es seguro, si no se les hubiera acercado en ese momento un ayuda de cámara de rizado tupé que comenzó a hacer ingeniosas observaciones. Mostraba una agradable fila de hermosos dientes, mientras con cada sutileza clavaba un afilado clavo en el corazón del joven pintor. Por fin, y en buena hora, alguien le preguntó algo al ayuda de cámara.

—¡No lo soporto! —dijo la encantadora, alzando los ojos celestiales —. Voy al otro lado del salón. Allí lo espero.

Luego desapareció graciosamente entre la muchedumbre. Piskariov, como un loco, se abrió paso a empujones hasta llegar al otro lado.

«¡Era ella, era ella!». Estaba sentada como la más encantadora de las reinas de este mundo. Y lo buscaba con los ojos.

—¿Ya está aquí conmigo? —dijo en voz baja—. Seré sincera. Le habrán parecido extrañas las circunstancias de nuestro encuentro. ¿De verdad pensó que yo pertenecía a aquella clase despreciable? Mi actitud es muy rara, lo sé, pero le revelaré un secreto. ¿Será usted capaz de guardarme el secreto? —agregó, mirándolo a los ojos. —¡Oh!... ¡Soy capaz, lo soy! ¡Lo soy!...

En aquel momento se aproximó un caballero de edad avanzada, que comenzó a hablar con ella en un idioma desconocido para Piskariov, y después le ofreció el brazo. La joven lanzó una mirada suplicante y le hizo seña de esperarla en el mismo lugar. Pero él, impaciente, no tenía cabeza para recibir más órdenes, por más que partieran de aquella deliciosa boquita. Se dispuso a seguirla, pero la muchedumbre se lo impidió. Perdió de vista el vestido lila, que se esfumó. Intranquilo, iba de una sala a otra, empujando a quien se topara con él. Pero en las salas solo había gente jugando a las cartas y sumergida en un silencio mortal. En el rincón de un aposento algunos ancianos discutían las ventajas del servicio militar sobre el civil; en otro, algunos magníficos fraques desmenuzaban las ligeras observaciones sobre el trabajo que había escrito un laborioso poeta en varios volúmenes. Piskariov sintió de pronto que un señor de edad y aspecto respetables lo cogía por el botón de su frac, pidiéndole que opinara sobre su última observación, muy justa; pero el joven lo empujó bestialmente, sin tomar en cuenta la

significativa condecoración que ostentaba en el pecho. Se fue corriendo a otra sala: no estaba ella. A otra: tampoco. «¿Dónde está? ¡Dénmela! —exclamó desesperado—. ¡Ya no puedo vivir sin ella! ¡Debo escuchar lo que quería contarme!». Pero la búsqueda fue vana. Inquieto, cansado, se apoyó en un rincón mirando a la muchedumbre. Todo lo veía oscuro y confuso. Poco a poco fueron apareciendo con claridad las paredes de su habitación. Levantó los ojos; ante él estaba el candelero con la vela a medio consumir, cuyo sebo se derretía sobre la mesa.

¿Había sido un sueño, entonces? Y ¡qué sueño, por Dios!... ¿Por qué se despertó?... ¿Por qué no duró un minuto más? ¡Ella habría vuelto! Una luz enojosa se asomaba por la ventana. ¡La habitación era un desorden turbio y gris! ¡Oh, qué repugnante es la realidad comparada con el sueño! Se desvistió, se envolvió en la manta, y se echó sobre la cama, anhelando volver a soñarla, aunque fuera por un momento. No tardó en volver a soñar, pero no como él deseaba: vio al teniente Pirogov con una pipa en la mano, un portero de academia, un consejero, la cabeza de la lechera que alguna vez fue su modelo y otros sinsentidos.

Permaneció echado en la cama hasta el mediodía, intentando dormir, sin que ella apareciera. ¡Si al menos hubiera visto sus hermosas facciones por un instante, oído el rumor de sus ligeros pasos, vislumbrado su brazo desnudo, brillante como la nieve de las cumbres!

Rechazó cualquier otra actividad y decidió permanecer sumergido en aquel desconsolado ensueño. No se movía, no tocaba ningún objeto, solo miraba con ojos vacíos, muertos en vida, lo que se alcanzaba a ver por la ventana que se abría sobre el patio, en el que un sucio aguador vertía el agua que se congelaba en el aire y la cascada voz de un vendedor pregonaba: «¡Ropa vieja que vendan...!». La realidad cotidiana lastimaba sus oídos. Así permaneció sentado hasta la noche, cuando se tendió otra vez, ansioso, sobre la cama. Luchó con el insomnio, pero por fin pudo vencerlo. Vino de nuevo el vulgar sueño. «¡Dios, apiádate de mí aunque sea un minuto!... ¡Un minuto!». Esperó otra vez la llegada de la noche, soñó otra vez con algún funcionario que era a la vez funcionario y fagot. ¡Oh, aquello era insoportable! ¡Por fin surgió su

cabecita cubierta de rizos! ¡Ella lo miraba! Pero ¡qué aparición tan breve! Otra vez la niebla; otra vez un sueño disparatado.

Aquellos sueños llegaron a constituir su vida entera, y desde ese instante siguió extraños caminos: dormía despierto y velaba dormido, puede decirse. Si alguien lo hubiera visto, silencioso ante una mesa vacía, o andando sin rumbo por la calle, lo habría tomado por un lunático o por alguien derrotado por el abuso del alcohol. Su mirada era vacía y su habitual distracción había llegado al punto de borrar de su semblante todo rastro de sentimiento. Solo cuando llegaba la noche volvía a la vida.

Agotó sus fuerzas, y llegó el martirio del insomnio. Puso en juego todos los medios para recobrar su única riqueza. Había oído decir que el opio le permitiría conseguirlo. Opio. ¿En dónde podía comprar opio? Recordó que conocía a un persa que tenía una tienda de chales y que siempre le pedía que le dibujara a alguna belleza. Decidió dirigirse a él, pensando en que podía conseguir el opio que buscaba. El persa lo recibió sentado sobre sus pies cruzados en el diván.

—¿Para qué lo quieres? —preguntó. Piskariov le refirió su insomnio.

—Vale, yo te daré el opio, pero tendrás que dibujarme alguna beldad de cejas negras y ojos de aceituna. Tendrás que dibujarme fumando mi pipa, echado a su lado. ¡Pero que sea guapa! ¡Que sea una belleza!

Piskariov a todo dijo que sí. El persa salió por un instante del aposento y volvió con un tarrito del que cuidadosamente vertió un líquido oscuro en otro tarrito que entregó a Piskariov diciéndole que no pusiera más de siete gotas disueltas en agua. Ansioso, cogió el valioso tarrito, que no habría cambiado ni por un puñado de oro, y volvió a casa precipitado y aturdido. Al llegar, echó unas cuantas gotas en un vaso de agua, las bebió y se echó a dormir. ¡Dios, qué alegría! ¡Ella! ¡Otra vez! Pero ahora tenía distinto aspecto. ¡Qué hermosa manera de sentarse junto a la ventana de una alegre casita de campo! Su vestido respiraba la sencillez que solo puede imaginar la mente del poeta. ¡Qué sencillo peinado y qué bien le iba! Un pañuelito rodeaba ligeramente su delicado cuello. Todo en ella

revelaba recato y un inexplicable sentido del buen gusto. ¡Qué precioso era su modo de andar! ¡Cuánta música hay en el sonido de sus pasos! ¡Qué linda muñeca oprimida por un brazalete! La belleza decía, con ojitos lagrimosos:

—No me desprecie, no soy lo que usted se figura. ¡Míreme! ¡Míreme y dígame! ¿Puedo ser lo que usted piensa?

—¡Oh! ¡No, no! ¡El que se atreva a pensarlo...!

En aquel momento se despertó, conmovido, deshecho y con los ojos anegados de lágrimas. «¡Ojalá no hubieras existido nunca! ¡Ojalá fueras obra de algún artista para no dejar de contemplarte y mirarte en el lienzo! ¡Hubiera respirado de ti como de un dichoso ensueño! ¡No hubiera tenido otro deseo que evocarte como a un ángel guardián antes del sueño o la vigilia, contemplándote cuando tuviera que expresar algo beatífico! En cambio, ahora... ¡Para qué me trajo Dios al mundo! ¿Acaso la vida de un lunático puede ser grata para los parientes y amigos que me amaron? ¡Dios mío!, ¿qué vida es esta? Una eterna lucha entre realidad y sueño». No hacía más que pensar en esto. Y nada más. No pensaba en otra cosa, no comía, únicamente se dedicaba a esperar la noche con la esperanza de verla. Aquellos pensamientos colmaron por completo su imaginación, de modo que la deseada imagen se le aparecía casi todos los días, y siempre en un aspecto contrario a la realidad. Sus pensamientos eran tan puros como los de un niño. El ensueño purificaba el objeto de sus anhelos, transformándolo completamente.

El opio encendía vivamente su imaginación. Si en algún momento hubo un enamorado hasta el último grado de la sinrazón, apasionada, impulsiva, destructoramente, con rebeldía, fue aquel desgraciado.

Había un sueño que lo hacía muy feliz. Soñaba con su estudio. ¡Se veía tan alegre, sosteniendo la paleta entre las manos! Ella era su mujer y estaba sentada a su lado. Apoyaba su encantador codo sobre el respaldo de la silla, observando su trabajo. Sus lánguidos ojos parecían dichosos. Se respiraba un ambiente de felicidad. ¡Era todo tan claro, tan cómodo! ¡Oh, Dios! Ella apoyaba la estupenda cabecita en su regazo. ¡El mejor sueño que podía soñar! Después de

un sueño como este, se levantaba más vivo y menos distraído que antes. En su mente surgían pensamientos extraños. «¡Habrá sido empujada al vicio por alguna terrible circunstancia! ¡Su pobre alma debe de estar carcomida por los remordimientos! Tal vez quiera escapar de su terrible situación. No puedo permanecer indiferente, pues bastaría con tenderle mi mano para sacarla del vicio». Sus pensamientos se hacían cada vez más ambiciosos: «Nadie me conoce y a nadie le importo, si ella da pruebas de remordimiento y cambia de vida, me casaré con ella. No haría nada peor que quienes se casan con sus amas de llaves y con las más despreciables criaturas. Mi acto, en cambio, tendrá su grandeza porque será desinteresado: devolveré al mundo su más preciada joya».

Al formular este proyecto se le encendió el rostro. Se acercó al espejo y se asustó de su aspecto pálido y demacrado. Luego comenzó a vestirse esmeradamente: se lavó y se peinó, se puso un chaleco elegante y un frac nuevo, se echó una capa al hombro y se lanzó a la calle. Cuando respiró al aire libre se sintió como el convaleciente que sale por primera vez después de una larga enfermedad. El corazón, revitalizado, le latía con fuerza al acercarse a la calle del fatal encuentro.

Tardó mucho tiempo en encontrar la casa, pues su memoria no andaba muy fina. Dos veces pasó de largo. Por fin, en una creyó encontrar lo que buscaba. Subió apresuradamente la escalera y golpeó la puerta. Abrieron. ¿Quién imagina que salió al encuentro? ¡Ella, su ideal, el objeto de sus ensueños, al que se sentía ligado con tan dulce sufrimiento! ¡Ella! ¡Ella estaba delante de él! Temblaba alegremente, apenas podía mantenerse en pie: ¡era tan débil ante ella! Se veía hermosa, como siempre, aunque sus ojos parecían adormecidos y el pálido rostro comenzaba a perder algo de frescura. Pero seguía siendo hermosa.

—¡Ah, es usted!... ¿Por qué huyó de nosotras? —dijo, restregándose los ojos al ver a Piskariov.

(Eran las dos de la tarde. Piskariov se había dejado caer, exhausto, en una silla, y la miraba).

—Me acabo de despertar. Me trajeron a las siete, completamente borracha —añadió con una sonrisa.

¡Oh, Dios, por qué no será muda! Vio, en retrospectiva, la vida de aquella mujer ante sus ojos. Aun así intentó ejercer algún efecto en ella. Recobró el ánimo y, con apasionada y vibrante voz, le espetó un discurso sobre el horror en el que estaba inmerso. Ella lo escuchaba con atención, asombrada por aquella situación inesperada y extraña. Sonriendo levemente, lanzó una mirada a su amiga, quien, sentada en un rincón, dejó de limpiar el peine que estaba limpiando para escuchar con atención al nuevo predicador.

—Soy pobre, es cierto —dijo por último Piskariov tras el largo sermón— pero nos esforzaremos para mejorar. Nada es más agradable que debérselo todo a uno mismo. Yo pintaré; tú, sentada a mi lado, inspirarás mi trabajo y bordarás o te dedicarás a otra labor manual. No hará falta nada más.

—¿Qué dice? —dijo ella, interrumpiendo su discurso con un dejo de desprecio—. ¿Me vio cara de costurera o lavandera? Ahora resulta que quiere ponerme a trabajar.

¡Dios, aquella vida baja y despreciable estaba ocupada por el ocio y el vacío, los dos fieles compañeros del vicio!

—¿Y si se casa usted conmigo? —dijo con descaro la amiga, que hasta entonces había permanecido callada en un rincón—. Puedo pasarme la vida sentada.

Acompañó estas palabras con una necia expresión de su lastimoso rostro, que hizo reír mucho a la encantadora.

¡Aquello era demasiado! Ya no le quedaban fuerzas para soportarlo. Incapaz de pensar o de sentir, echó a correr. Estaba aturdido. Vagó todo el día por las calles estúpidamente, sin rumbo determinado. Nadie pudo decir dónde pasó la noche. A la mañana siguiente, el instinto lo condujo a su casa, en la que penetró pálido y con el terrible aspecto de quien empieza a parecerse a un loco. Sin dejar pasar a nadie ni pedir nada se encerró en su habitación, donde permaneció una semana completa sin salir. Los vecinos se inquietaron, los primeros cuatro días empezaron por acercarse tímidamente a la puerta, luego a tocar sin recibir respuesta, por fin, se atrevieron a forzarla. Encontraron su cadáver con un tajo en la garganta. Una navaja manchada de sangre estaba en el suelo; sus

brazos, convulsivamente extendidos, y el rostro terriblemente contorsionado revelaban que la tajada no había sido certera y que había sufrido largo tiempo antes de que su alma de pecador abandonara el cuerpo.

Así pues, pereció víctima de su desquiciada pasión el pobre tímido, modesto e ingenuo Piskariov, dotado de aquel chispazo de talento que pudo haberse convertido en deslumbrante llama. Nadie lo lloró, nadie (además del consabido policía y el indiferente médico municipal) estuvo junto a su cadáver. Fue sepultado en Ojta con la única compañía de un viejo guardia, antiguo soldado, quien no cesó de llorar durante el entierro, pero solo porque había bebido demasiado vodka. Ni siquiera el teniente Pirogov fue a contemplar el cadáver del infeliz que había sido su protegido. No tenía tiempo, pues se había visto mezclado en un extraordinario suceso. Vamos, pues, a ocuparnos de él.

No me gusta hablar de cadáveres ni de difuntos; me resulta desagradable contemplar el desfile de un entierro, el largo cortejo que se atraviesa en el camino, el soldado inválido, vestido de capuchino, que se ve obligado a tomar rapé con la mano izquierda porque con la derecha sujeta una antorcha. La vista de una lujosa carroza fúnebre, con su ataúd de terciopelo, me deja con una sensación de enojo; la caja rota y desnuda de un pobre diablo, tras la que se arrastra una mendiga desocupada que se cruzó con el cortejo en la calle, me produce una mezcla de enojo y compasión.

Abandonamos al teniente Pirogov, me parece, justo cuando se separaba del desdichado Piskariov para ir tras la rubia, una criaturita ligera y bastante atractiva que se detenía ante todas las tiendas, miraba los cinturones, pañuelos, pendientes, guantes y demás fruslerías moviéndose sin cesar, mirando en todas las direcciones y volviendo la cabeza. «Sigue, sigue, palomita, ya voy por ti», se decía con aire satisfecho Pirogov, persiguiéndola con el rostro oculto bajo el embozo del capote, por si encontraba a algún conocido. No estará de más, sin embargo, mostrar a los lectores quién era el teniente Pirogov. Antes convendría decir unas palabras de la sociedad a la que pertenecía. Hay oficiales en San Petersburgo que constituyen una cierta clase media de la ciudad. En el festejo de un consejero que tras cuarenta años de servicio ha obtenido su

categoría encontrará usted a uno de ellos. Entre unas cuantas hijas de familia, tan descoloridas como San Petersburgo y algunas ya excesivamente maduras, junto a la mesita de té o el piano, en los bailes familiares, verá usted brillar, a la luz de la lámpara, cerca de una rubia formalita, su hermanito o el amigo de la casa, las inevitables charreteras de un teniente. No es fácil hacer reír a estas señoritas de sangre fría, se requiere mucho talento. No, mejor dicho, se requiere carecer de todo talento. Es necesario hablar de un modo ni demasiado inteligente ni demasiado simple y que todo esté impregnado de la mezquindad que tanto gusta a las mujeres. Hay que ser justos con los señores oficiales, y no negar que son maestros en este arte. Tienen el don de hacer reír y de saber escuchar a las bellas descoloridas, a quienes arrancan exclamaciones ahogadas en risa: «¡Ay, cállese! ¿No le da vergüenza hacerme reír así?». Son su mejor recompensa. En la alta sociedad no se les ve mucho; mejor dicho, no se les ve nunca, pues no son bien vistos por los que se dicen aristócratas. Sin embargo, se les considera gente erudita y de educación esmerada. Saben de literatura, alaban a Bulgarin, Pushkin y Grech y hablan con desprecio punzante de Orlov [77] . No dejan pasar ninguna conferencia, aunque trate de contabilidad o silvicultura. En el teatro, sea cual sea la obra, encontrará siempre a alguno de ellos, a menos que la obra sea Filatka [78] o cualquier otra por el estilo, que ofende su refinado gusto. Se pasan la vida en el teatro. Son el mejor público para las empresas teatrales. De una obra les agradan los buenos versos; también les gusta llamar a escena a gritos. Muchos de ellos, gracias a un empleo de profesor en institutos del Estado, o por preparar a los alumnos para uno de estos institutos, llegan a poseer un coche y un par de caballos. Su círculo se amplía y consiguen, incluso, casarse con la hija de un comerciante, que toca el piano y ofrece cien mil rublos de dote. Además, claro está, de un montón de parientes barbudos. Sin embargo, solo pueden aspirar a este honor los que alcanzan por lo menos el grado de coronel, porque aquellos barbudos, aunque todavía huelen a col, solo casan a sus hijas con generales o, por lo menos, con coroneles. Estas son las principales características de esta clase de jóvenes. El teniente Pirogov, sin embargo, tenía además una serie de características particulares. Sabía declamar versos de Dmitri Donskoi [79] y de La desgracia de ser inteligente [80] , tenía un arte especial para hacer anillos de humo de su pipa (lograba formar hasta diez, unos dentro de los otros), contaba con

mucha gracia la anécdota del cañón y el unicornio. En fin, resulta difícil enumerar las facultades con que el destino había dotado a Pirogov. Le gustaba opinar sobre actrices o bailarinas, pero sin el tono rotundo de un joven alférez. Se sentía satisfecho de su grado, recién conseguido, aunque a veces, acostado en el diván, solía decirse: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad. ¿Qué más da ser teniente o no?». Sin embargo, en el fondo le halagaba aquella distinción. En las conversaciones aludía a su grado. Una vez se encontró en la calle a un escribano del ejército que le pareció descortés, lo detuvo y, con pocas pero enérgicas palabras, le hizo entender que estaba ante un teniente y no un oficial cualquiera. Se sentía, además, habitado por el verbo, pues en ese momento pasaban delante de él dos señoras de muy buen ver. Por lo general, Pirogov aparentaba pasión por todo lo que fuera refinado, y por ello protegía al pintor Piskariov, aunque lo hacía, tal vez, porque quería ver reproducida sobre un lienzo su vigorosa fisonomía. Pero ya hemos hablado bastante de Pirogov. Es imposible enumerar todas las cualidades de un hombre, pues es una criatura tan portentosa que su descripción sería interminable.

Así, pues, dijimos que Pirogov perseguía a la desconocida, dirigiéndole de cuando en cuando alguna pregunta, a la que ella contestaba a las prisas y con sonidos poco articulados. Después de atravesar la puerta de Kazán salieron a la calle Meschánskaia, la calle de los estancos, de los ultramarinos, los artesanos alemanes y de las ninfas finlandesas. La rubia apresuró el paso y entró volando por la puerta de una casa muy sucia. Pirogov la siguió. La rubia subió corriendo una estrecha y oscura escalera y entró por una puerta. También Pirogov entró valientemente y llegó a una gran habitación de paredes renegridas y techo cubierto de hollín. Encima de una mesa había un montón de tornillos de hierro y relucientes cafeteras y palmatorias del mismo metal. El suelo aparecía sembrado de virutas de cobre. Y también de hierro. Pirogov comprendió que había entrado en la casa de un artesano. La bella desconocida se metió por una puerta lateral. Pirogov dudó un momento, pero, siguiendo las reglas rusas, decidió seguir adelante. Entró en una segunda habitación, que no se parecía a la primera, pues estaba más o menos ordenada y limpia, por lo que comprendió, no sin cierto asco, que su dueño era alemán. Después, la vista de algo particularmente extraño lo dejó asombrado.

Ante él estaba Schiller. No el que escribió Guillermo Tell y la Historia de la guerra de los Treinta Años, sino el conocido hojalatero de la calle Meschánskaia. Junto a Schiller estaba Hoffmann. No el escritor, sino un hábil zapatero de la calle Ofitsérskaia, gran amigo de Schiller, quien estaba sentado en una silla, borracho, golpeando el suelo con el pie y dando un discurso apasionado. Esto, quizá, no hubiera bastado para asombrar a Pirogov, pero la singular posición de las figuras lo dejó sumamente extrañado: Schiller, alzando la cabeza, levantaba su gruesa nariz mientras Hoffmann la sujetaba con dos dedos y hacia girar, con la otra mano, una cuchilla de zapatero. Ambos hablaban en alemán, por lo que el teniente Pirogov, que únicamente sabía decir Guten Morgen, no entendía. Pero puedo revelar lo que decía Schiller:

—¡Ni la quiero ni la necesito para nada! —decía gesticulando—. Esta nariz me hace gastar tres libras de tabaco al mes... ¡Por cada libra tengo que pagar cuarenta kopeks en una tienducha rusa, porque en la alemana no tienen tabaco ruso! Un rublo con veinte kopeks al mes. ¡Al año..., catorce rublos y cuarenta kopeks! ¿Ves, amigo Hoffmann? ¡Solo la nariz me cuesta catorce rublos cuarenta kopeks! A eso hay que añadir los días de fiesta, en los que tomo rapé, porque esos días no quiero ese asqueroso tabaco ruso. Dos libras de rapé, a dos rublos cada una. Seis más catorce son veinte rublos cuarenta kopeks. ¡Solo en tabaco! ¿No es un robo, Hoffmann? ¿No es un robo? —Hoffmann, también borracho, asentía —. ¡Veinte rublos y cuarenta kopeks! ¡Soy alemán! ¡Mi rey es alemán! ¡No la quiero! ¡Córtamela! ¡Arráncala!

De no haber aparecido el teniente Pirogov, Hoffmann se la hubiera cortado sin más ni más, pues ya tenía cogida la cuchilla como suele cogerse para cortar un trozo de cuero para una suela. El hecho de que un desconocido viniera a interrumpirlos molestó a Schiller. A pesar de encontrarse bajo los efectos de la cerveza y del vino, sabía que era inconveniente ser descubierto en tales afanes y en tal estado. Pirogov, inclinándose ligeramente, según su agradable costumbre, dijo:

—Disculpe...

—¡Largo! —gritó Schiller, arrastrando las palabras.

Esto dejó perplejo al teniente Pirogov, que no estaba acostumbrado a ser tratado así. Le desapareció la sonrisa que empezaba a dibujarse. Con una expresión de dignidad ofendida, dijo:

—Me parece que, señor mío, su extraña conducta se debe a que no ha notado usted que soy oficial...

—¡A mí qué me importa! Yo soy alemán de Suabia (golpeó la mesa con el puño). Ya seré oficial alguna vez. Año y medio de cadete, dos de teniente... Como quien dice, un día más y seré oficial. ¡Pero no quiero! ¡Esto hago yo con los oficiales!

Dicho esto, Schiller se escupió la palma de la mano. El teniente Pirogov comprendió que debía marcharse, lo cual, sin embargo, le resultaba desagradable, pues no concordaba con su rango. Mientras bajaba se detuvo varias veces en la escalera para recobrar el ánimo y pensar en cómo hacer pagar a Schiller su descaro, pero decidió que se lo dejaría pasar, por una parte, porque el alemán tenía la cabeza embotada por la cerveza; por otra, porque su imaginación seguía ocupada en la rubita encantadora. Así que decidió dar por zanjado el asunto.

Al día siguiente, muy de mañana, se presentó en la herrería del maestro. En la primera habitación le salió al encuentro la rubita, quien con voz severa, que le iba de maravilla a su carita, preguntó:

—¿Qué desea?

—¡Hola, guapa! ¿No me reconoce, ricura? ¡Qué lindos ojos!

Dicho esto, el teniente Pirogov intentó levantarle la barbilla, pero la rubia gritó asustada y volvió a preguntar con la misma severidad:

—¿Qué desea?

—Verla —dijo el teniente Pirogov, sonriendo agradablemente y acercándose. Al notar que la asustadiza rubia intentaba escabullirse, añadió—: La verdad es que necesito un par de espuelas. ¿Podría hacérmelas usted? Aunque más que espuelas necesitaría riendas. ¡Qué manitas tan lindas!

El teniente Pirogov sabía mostrarse amable.

—Voy a llamar a mi marido —dijo la alemana. Y se fue. A los pocos minutos apareció Schiller, con ojos adormilados, recién recobrado de la borrachera. Al mirar al oficial recordó como en sueños lo ocurrido el día anterior. No recordaba nada específico, pero tenía la sensación de haber hecho alguna tontería, por lo que recibió al oficial con aire severo.

—No puedo cobrarle menos de quince rublos —dijo, para deshacerse de Pirogov, pues como honrado alemán le avergonzaba haber sido descubierto en situación inconveniente.

A Schiller le gustaba beber sin más testigos que la compañía de dos o tres amigos; cuando lo hacía, se ocultaba de todos, incluso de sus empleados.

—¿Por qué tan caro? —dijo Pirogov, con acento afectuoso.

—Es un trabajo alemán —contestó Schiller con sangre fría, frotándose la barbilla—. Un ruso cobraría dos rublos.

—Muy bien. Para demostrarle que me inspira usted afecto y que deseo ser su amigo, le pagaré quince rublos.

Schiller dudó, avergonzado de sí mismo. Después de todo, era un honrado alemán. Por ello intentó declinar el encargo, asegurando que no podría hacerlas en menos de dos semanas. Pero Pirogov manifestó su conformidad sin discusión alguna. El alemán, meditabundo, pensó en cómo hacer para que el trabajo valiera los quince rublos. En este momento la rubia entró en la herrería, buscando algo en la mesa llena de cafeteras. Aprovechando la meditación de Schiller, el teniente Pirogov se acercó a ella y la tomó del brazo, que la rubia llevaba descubierto hasta el hombro. Esto no le gustó a Schiller.

—Meine Frau! —gritó.

—Was wollen Sie doch? —contestó la rubia.

—Gehen Sie in die Küch! [81] .

La rubia se marchó.

—Entonces, ¿dos semanas? —preguntó Pirogov.

—Sí —contestó pensativo Schiller—. Ahora hay mucho trabajo.

—Adiós. Ya volveré.

—Adiós —contestó Schiller, cerrando la puerta.

El teniente Pirogov decidió no desistir en su propósito, aunque la alemana le había dado pocas alas. No comprendía que alguien pudiera rechazar a una persona tan amable y de tan brillante rango. Debe decirse que la mujer de Schiller era muy guapa pero muy estúpida. Aunque, por lo demás, esta estupidez es el principal atractivo de una buena esposa. He conocido a muchos maridos que están encantados de la estupidez de sus mujeres, pues ven en ello el encanto de la ingenuidad pueril. La belleza hace milagros. Los defectos morales de las mujeres hermosas no causan repugnancia; por el contrario, son extraordinariamente seductores. El vicio mismo se respira en ellas con agrado. En cambio, cuando la belleza desaparece, una mujer necesita ser por lo menos veinte veces más inteligente que el hombre para inspirarle, ya no digamos amor, sino por lo menos estimación. A pesar de su estupidez, la mujer de Schiller era siempre fiel a sus obligaciones, así que Pirogov lo tenía bastante difícil para lograr su objetivo. Pero, como es sabido, lo que se consigue con dificultad es lo que más se disfruta. Y la rubia se le hacía cada día más interesante. Pirogov preguntaba por sus espuelas casi todos los días. Schiller, enfadado por tan constantes visitas, hizo todo lo posible por terminarlas cuanto antes. Pronto quedaron hechas.

—¡Estupendo trabajo! —dijo el teniente Pirogov al ver las espuelas —. ¡Dios, qué bien hechas, ni mi general tiene unas iguales!

Un estremecimiento sacudió el alma de Schiller y la hinchó de satisfacción. Sus ojos brillaron de alegría e hizo las paces con Pirogov. «Es inteligente, el oficial ruso», pensó.

—¿Podría hacerme una vaina para una daga o algo parecido?

—¡Claro que puedo! —dijo Schiller, sonriendo.

—Entonces hágame una vaina para una daga. Tengo un puñal turco muy bueno, al que quisiera cambiársela.

A Schilller no le gustó el encargo, frunció el semblante y pensó: «Ahora esto...», reprochándose por haber aceptado. No le parecía honorable rehusarse; por lo demás, el oficial ruso lo había alabado. Movió la cabeza levemente, expresando su conformidad. Pero el beso que Pirogov depositó con descaro en los labios de la rubia, al marcharse, lo dejó pasmado.

No considero superfluo decir unas palabras sobre Schiller, para que el lector lo conozca. Era un verdadero alemán, en todo el sentido de la palabra. A los veinte años, la edad maravillosa en la que un ruso vive como le da la gana, Schiller ya había decidido cómo quería vivir su vida entera. Y no se apartó ni por un momento de este propósito. Decidió levantarse a las siete, comer a las dos, ser puntual en todo y emborracharse los domingos. Decidió labrarse un capital de cinco mil rublos en diez años, y su decisión era tan inexorable como el destino. Antes podría olvidarse un funcionario de darse una vuelta por la portería de su superior, que un alemán faltar a su palabra. Por ningún motivo aumentaba sus gastos, si subía el precio de las papas, en lugar de añadir un kopek, compraba menos papas; a veces se quedaba con hambre, es cierto, pero llegó a acostumbrarse. Lo tenía todo medido con tal exactitud que decidió no besar a su mujer más de dos veces al día, y para evitar un posible tercer beso no ponía más de una cucharadita de pimienta en la sopa, aunque, todo hay que decirlo, los domingos no ejecutaba esta regla tan severamente, porque se bebía dos botellas de cerveza y una de vodka de comino, aunque siempre lo denostaba. No bebía como un inglés, que en cuanto acaba de comer cierra la puerta con pestillo y se emborracha solo. Él, como buen alemán, bebía con inspiración y acompañado, unas veces con el zapatero Hoffmann y otras con el carpintero Kuntz, también alemán y también gran bebedor. Así era, pues, nuestro distinguido Schiller, quien se veía ahora en una situación complicada. Aunque flemático y alemán, el proceder de Pirogov despertaba en él algo parecido a los celos. No hacía más que mover la cabeza, sin encontrar la manera de quitarse de encima al oficial ruso. Pirogov, mientras tanto, fumaba pipa con sus amigos (quiere el destino que donde hay oficiales haya pipas) y hacía alusiones, sonriendo plácidamente, a la aventura con la bonita

alemana, de la cual, decía, estaba enamorado, aunque casi había perdido ya toda esperanza de conseguirla.

Un día, al pasear por la calle Meschánskaia, atento a la casa sobre la que destacaba el anuncio de Schiller, con sus dos cafeteras y su samovar, descubrió con la mayor alegría una cabecita rubia que se inclinaba por la ventana para mirar a los transeúntes. La saludó y dijo:

—Guten Morgen —la rubia lo saludó como a un conocido.

—¿Está su marido?

—Sí —contestó la rubia.

—¿Qué día no está en casa?

—Los domingos —dijo la estúpida rubia. «Bien —pensó Pirogov—. Sabré aprovecharlo».

Al domingo siguiente, como llovido del cielo, apareció ante la rubia. Schiller, en efecto, no estaba en casa. La rubita se asustó; pero Pirogov, procediendo esta vez con cautela, la trató con respeto y mostró al saludarla toda la elegancia de su porte uniformado. Bromeó agradablemente, con gran consideración, pero la tontita alemana apenas le contestaba con monosílabos. Al ver que nada le divertía, le propuso bailar. La alemana aceptó enseguida, pues a las alemanas les encanta bailar. Pirogov basaba sus esperanzas en el baile: en primer lugar, porque a ella le gustaba bailar; en segundo, porque podría lucir su silueta y mostrar su habilidad; en tercero, porque podía tener de cerca a la bonita alemana, abrazarla y empezar su conquista. En pocas palabras: era la clave de su éxito. Comenzó por una gavota, pues sabía que con las alemanas hay que ir poco a poco. La rubia, de pie en medio de la habitación, alzó su maravilloso piececito. Esta postura exaltó a Pirogov, quien no pudo resistir más y se abalanzó para besarla. La alemana gritó, lo que la hizo aún más encantadora a los ojos de Pirogov, quien la cubrió de besos. De pronto la puerta se abrió y entró Schiller, acompañado de Hoffmann y el carpintero Kuntz, dignos artesanos y borrachos como cubas.

Dejo a mis lectores la tarea de imaginar la furia y la indignación que se apoderaron de Schiller.

—¡Bestia! —gritaba, furioso—. ¿Cómo te atreves? ¡Eres un miserable y no un oficial ruso! ¡Diablos, Hoffmann, por fortuna soy alemán y no un maldito ruso! ¡No permitiré que me engañen! ¡Cógelo del cuello, Hoffmann! ¡No permitiré! —prosiguió, gesticulando mientras su cara se ponía tan roja como el paño de su chaleco—. ¡Hace ocho años que vivo en Petersburgo! ¡Mi madre vive en Suabia y mi tío en Nüremberg! ¡Soy alemán, diablos! ¡Desnúdenlo! ¡Hoffmann, Kuntz! ¡Cójanlo por los pies y por las manos!

Los alemanes lo cogieron por los pies y por las manos. Pirogov, en vano, se esforzaba por luchar. Aquellos artesanos eran los alemanes más fornidos de San Petersburgo. Lo trataron de un modo tan brutal que no encuentro palabras para describirlo. Schiller, estoy convencido, al día siguiente se habría puesto enfermo esperando, tembloroso como una hoja, la llegada de la policía. Dios sabe lo que habría dado para que todo hubiera sido un sueño. En cuanto a Pirogov, pues estaba muy indignado por la terrible ofensa recibida. Tan solo de pensarlo... Siberia y mil latigazos le parecían poco castigo para Schiller. Se marchó enseguida a su casa para vestirse y luego ir con el general y describirle vivamente el ultraje recibido de los artesanos alemanes. Se proponía, asimismo, presentar una queja al Estado Mayor. Si el Estado Mayor principal dictaminaba un castigo insuficiente, llevaría el caso directamente al Consejo de Estado. De ser necesario, iría incluso con el mismísimo zar.

No obstante, todo terminó de una manera de lo más extraña: de camino a casa del general entró en una confitería, donde se comió dos hojaldres, después leyó algo en La abeja del Norte [82] y salió de allí de muy buen humor. Por lo demás, la tarde fresca y agradable invitaba a dar un paseo por la avenida Nevski. A eso de las nueve, ya más tranquilo, pensó que era descortés molestar al general en domingo; pensó, también, que tal vez no estaba en casa. Así que se encaminó a una reunión en la casa del jefe del Colegio de Inspectores, a la que acudía una sociedad muy agradable compuesta de funcionarios y oficiales. Fue una velada placentera, bailó tan bien la mazurca que maravilló no solamente a las damas, sino

también a los caballeros.

«¡Qué raro es el mundo!», pensaba, hace tres días, al pasar por la avenida Nevski, recordando estos acontecimientos. ¡De qué modo singular y misterioso juega con nosotros el destino!... ¿Conseguimos alguna vez lo que deseamos? ¿Alcanzamos aquello que nuestros esfuerzos pretenden? Todo está de cabeza. A uno le tocó en suerte tener espléndidos caballos y pasea con ellos indiferente, sin valorar su belleza; mientras que el otro, que arde de pasión por los caballos, va a pie y se conforma con chascar la lengua cuando pasa delante de él un buen trotón. Aquel tiene un magnífico cocinero; pero su boca es tan pequeña que no puede pasar más de dos bocados, mientras que la boca del otro parece el arco del Estado Mayor y ha de contentarse con comida alemana hecha a base de papas. ¡De qué modo singular y misterioso juega con nosotros el destino!

Pero lo más extraño de todo es lo que ocurre en la avenida Nevski. ¡Oh! ¡No crea usted en nada de lo que vea en la avenida Nevski! Cuando paso por esta avenida me envuelvo fuertemente en mi capa y me esfuerzo en no mirar lo que me sale al encuentro. ¡Todo es engaño! ¡Todo es ensueño! ¡Nada es lo que parece! Imagina usted que aquel señor de levita tan maravillosamente cortada es muy rico... Pues resulta que no tiene nada más que esa levita. Imagina usted que aquellas dos gordinflonas aprecian la arquitectura de una iglesia... Pues no. Hablan del modo extraño en que dos cuervos se posaron uno frente a otro. Imagina usted que aquel entusiasta gesticulante está contando que su mujer arrojó una bolita de papel por la ventana a un oficial desconocido... Pero está hablando de Lafayette. Piensa usted que estas damas... Pero a las damas no les crea. Contemple lo menos posible los escaparates. Las baratijas expuestas son asombrosas, pero cuestan un ojo de la cara. Y, sobre todo, ¡no mire bajo los sombreritos de las damas! Aunque a lo lejos vuele la seductora capa de una bella... ¡por nada del mundo irá tras ella! Aléjese, por el amor de Dios... ¡Aléjese del farol! Pase de prisa, lo más de prisa que pueda. Pase de largo. Tendrá usted suerte si lo único que debe lamentar es una mancha de aceite apestoso sobre su elegante levita. Pero no solo el farol es engañoso. La avenida Nevski miente en todo momento. Pero, sobre todo, miente cuando la noche la abraza con su espeso manto, resaltando las pálidas y desvaídas paredes de las casas, cuando toda la ciudad es trueno y relámpago,

los carruajes llenan las calzadas, los conductores y saltan sobre los caballos, y cuando el mismo diablo enciende los faroles con el único propósito de mostrarlo todo bajo un falso aspecto.

▪

74 Decir muzhik ruso (comparable a decir cowboy norteamericano) es un pleonasmo intencional de Gógol. Este pleonasmo proporciona una clave de lectura, pues es un ejemplo de la extrañeza que permea en sus narraciones.

75 Se trata de una ironía, pues era un canal de agua sucia.

76 Después de los alemanes, los finlandeses formaban la comunidad extranjera más numerosa de San Petersburgo.

77 Se trata de una ironía, ya que Pushkin, el gran poeta ruso, amigo y protector de Gógol, no es comparable a Bulgarin y Grech, dos escritores muy populares entre los lectores de La abeja del Norte, pero definitivamente mediocres. Orlov fue un escritor panfletario, continuador de la obra de Bulgarin.

78 Véase nota pág. 87.

79 Tragedia en verso de V. Ozerov (1769-1816).

80 Comedia teatral de Aleksandr Griboiédov (1795-1829).

81 ¡Mi señora! / ¿Qué desea? / ¡Vaya a la cocina!

82 Véase nota pág. 64.

EL RETRATO

EN ninguna parte se detenía tanta gente como ante la tiendecilla de arte de Schukin, que ofrecía una variada colección de curiosidades: cuadros pintados al óleo, barnizados de verde oscuro, en marcos de oropel de un amarillo subido; un paisaje de invierno con árboles blancos; un atardecer rojizo como un incendio; un campesino flamenco, con pipa y un brazo dislocado, más parecido a un pavorreal con puños que a un hombre... Estos eran sus motivos habituales. Además de unos cuantos grabados: el retrato de Jozrev-Mirza [83] con un gorro de carnero y dos o tres retratos de generales de nariz aguileña y tricornio. Por otra parte, las puertas de estas tiendas suelen estar llenas de litografías, estampadas en grandes hojas, que muestran el talento intuitivo de los rusos. En una aparecía la zarina Miliktrisa Kirbitevna [84] ; en otra, una Jerusalén por cuyas casas e iglesias se extendía sin ceremonias el color rojo sin ton ni son que abarcaba una parte de la calle y dos campesinos rusos que estaban rezando. No hay, a decir verdad, muchos compradores para estas producciones, y sin embargo abundan los espectadores. Algún lacayo holgazán con un trasto para llevarle la comida a su amo, quien sin duda tendrá que comer sopa fría por causa de la curiosidad de su criado. Junto a él, algún digno soldado, caballero de los buhoneros, que embutido en su capote ofrece a la venta dos cortaplumas; al lado, una vendedora de Ojta con una caja llena de zuecos. Cada quien se entusiasma a su manera; los campesinos señalan con el dedo; los buhoneros contemplan con aire grave; los jóvenes aprendices ríen y se burlan de las caricaturas dibujadas; los viejos lacayos, con sus capotes de lana burda, los miran porque en algún lugar han de bostezar; pero las jóvenes vendedoras rusas van allí por instinto, para oír chismes y mirar lo que miran los demás.

En aquel momento se detuvo, de casualidad, un joven pintor llamado Chartkov. Su viejo capote y su traje modesto revelaban que estaba consagrado a su trabajo y no tenía tiempo para ocuparse de

su apariencia, lo que suele ejercer una misteriosa atracción entre los jóvenes. Al principio, aquellos horribles cuadros le hicieron reír, luego, sin darse cuenta, empezó a reflexionar sobre los destinatarios de aquellas producciones. No le extrañaba que el pueblo ruso se entusiasmara por Yeruslán Lazárevich, El comilón y el bebedor, o por Fomá y Yerema [85] , pues eran perfectamente comprensibles para el pueblo. Pero ¿quiénes son los compradores de esos abigarrados pintarrajos al óleo? ¿A quién le gustan los campesinos flamencos y los paisajes rojos y azules que revelan el profundo fracaso de sus pretensiones artísticas? Aquellas no eran las obras de un muchacho autodidacta. De serlo, manifestarían algún chispazo de auténtica inspiración, pero allí no se veía más que estupidez, ceguera estética y la decadencia de un advenedizo que pretende hacerse pasar por artista y trasladar sus gustos ramplones a las moradas del arte puro. Los mismos colores, los mismos artificios, la misma técnica carente de imaginación, chapucera y torpe, que parecía provenir de algún tosco autómata y no de un hombre. Permaneció mucho tiempo delante de aquellos cuadros mugrientos casi sin pensar en ellos. Mientras tanto, el dueño de la tienda, un hombrecillo con capote de frisa y la barba sin afeitar desde el domingo, insistía en regatear el precio de sus cuadros, sin tener ni idea de lo que Chartkov deseaba.

—Por los campesinos y el paisaje no le cobraré más de diez rublos. ¡Mire qué pintura! Deslumbra, por decirlo de algún modo; me acaban de llegar, por eso el barniz no está seco. O puede que prefiera un paisaje de invierno. ¿Por qué no me lo compra? Se lo dejo a quince rublos. ¡Lo que vale el puro marco! ¡Mire nada más qué invierno! (El comerciante lo tocó ligeramente con las puntas de los dedos, tal vez para demostrar la calidad del invierno).

—¿Desea que los ate y se los mande a su casa? Deme su dirección, por favor. Eh, muchacho, tráeme una cuerda.

—Espera, no vayas tan de prisa —dijo el pintor, interrumpiendo sus meditaciones, al ver que el audaz comerciante estaba a punto de atarlos.

Como le parecía inapropiado no comprar nada después de haber pasado tanto tiempo en la tienda, dijo:

—Veré si encuentro algo que me guste. Y empezó a levantar del suelo viejas pinturas amontonadas, rotas, polvorientas, que evidentemente no eran muy apreciadas. Había antiguos retratos de antepasados, cuyos descendientes, seguramente, ya no estaban en este mundo; unos retratos de completos desconocidos con el lienzo roto y los marcos descascarados. En pocas palabras: puro cacharro viejo. Pero el pintor siguió examinando, pues pensaba: «Quizá encuentre algo de valor». Muchas veces había oído hablar de cuadros de grandes artistas descubiertos entre los desechos de una tienda.

Al comprender lo que interesaba al pintor, el propietario se mostró menos servicial y volvió a su puesto delante de la puerta en su digna postura habitual, tan conveniente a su negocio, y se puso a llamar a los transeúntes con una seña, mientras decía:

—¡Venga, padrecito! ¡Aquí hay cuadros recién llegados de la subasta! Pase, pase. —Después de gritar sin éxito, de charlar largo y tendido con el ropavejero de enfrente, recordó al comprador que había dejado en su tienda, dio la espalda a los que estaban en la calle, y entró—. Entonces, padrecito, ¿se lleva usted algo?

El pintor llevaba un buen rato inmóvil ante un retrato con un marco que en su tiempo fue magnífico pero que apenas conservaba algunas huellas del sobredorado.

Era el retrato de un anciano con el rostro bronceado, afilado y con los pómulos salientes, de aspecto enfermizo; parecía que el artista había captado sus rasgos en un instante de espasmo, y por ello no reflejaban el vigor de un nórdico, sino el sol ardiente del mediodía. Una amplia túnica asiática le cubría el cuerpo. Aunque el retrato estaba deteriorado y cubierto de polvo, después de limpiarlo descubrió la huella del trabajo de un gran artista. Parecía un retrato inconcluso, pero la seguridad del trazo era sorprendente. Lo más extraño eran sus ojos, en los cuales el artista parecía haber concentrado toda la fuerza de su pincel. Lo miraban a uno como si estuvieran a punto de salirse del retrato, deshaciendo la armonía del cuadro con su extraordinaria viveza. Cuando acercó el retrato a la puerta, los ojos lo miraron aún con más intensidad. Causaron una impresión similar entre la gente que miraba desde la calle. Una mujer que se había detenido detrás de él exclamó: «¡No para de

mirarte!». Y retrocedió. Chartkov experimentó una desagradable e incomprensible sensación y dejó el retrato en el suelo.

—No lo deje en el piso, ¿por qué no se lo lleva? —preguntó el propietario.

—¿Cuánto pide? —preguntó el pintor.

—No le voy a pedir mucho. Deme tres rublos.

—No.

—¿Cuánto me ofrece?

—Medio rublo —dijo el pintor, dispuesto a marcharse.

—¡Qué precios los suyos! Con medio rublo no compra uno ni el marco. Ya veo que no le interesa. ¡Señor, señor, vuelva! Deme otro medio rublo y es suyo. ¿No? Bueno, lléveselo a medio rublo, se lo dejo en eso porque es la primera venta.

Luego hizo un ademán, como diciendo: «¡Qué se le va a hacer! Salgo perdiendo, pero así es esto».

Así fue como Chartkov adquirió inesperadamente el viejo retrato. No tardó en preguntarse: «¿Para qué lo compré?». Pero ya estaba hecho. Sacó del bolsillo una moneda de medio rublo, se la dio al dueño, se metió el retrato debajo del brazo, y se lo llevó.

En el camino recordó que había dado el último medio rublo que le quedaba. Se puso fúnebre, se enojó, tuvo, incluso, cierta sensación de vacuidad. «¡Diablos, qué mal va el mundo!», pensó, como piensan todos los rusos cuando los asuntos no van bien. Malhumorado, sin darse cuenta, siguió caminando a grandes pasos. El sol poniente teñía de rojo oscuro la mitad del cielo, las casas de ese lado de la calle aún estaban ligeramente iluminadas por su tibio resplandor, pero empezaba a brillar con creciente intensidad el frío azulado y claro de la luna. Las sombras semitransparentes de las casas y de las personas se proyectaban en la tierra como colas alargadas. El pintor admiraba el cielo, en el que brillaba una luna transparente, tenue e imprecisa, cuando se le escaparon las siguientes palabras: «¡Qué matiz tan delicado! ¡Maldita sea,

diablos!». Y acomodándose el retrato, que se resbalaba bajo el brazo, apresuró el paso.

Se arrastró, cansado y sudoroso, hasta su casa, situada en la decimoquinta línea de la isla Vasilievski [86] . Con dificultad, jadeando, subió las escaleras, empapadas de agua sucia y adornadas con las huellas de perros y gatos. Nadie acudió a su llamada. El criado no estaba en casa. Chartkov se apoyó en la ventana y decidió esperar. Por fin oyó los pasos de un joven de camisa azul; era su criado, su modelo, el que le preparaba los colores y le fregaba el piso, que ensuciaba enseguida con sus botas. Se llamaba Nikita, y durante la ausencia de su amo solía pasar todo el tiempo fuera de casa. Debido a la oscuridad, que lo hacía poco visible, tuvo dificultades para dar con el ojo de la cerradura. Por fin, se abrió la puerta y Chartkov entró en el vestíbulo, donde, como suele suceder en las viviendas de los artistas, hacía un frío inaguantable, que por lo general ellos no perciben. Sin entregarle el capote a Nikita, pasó al estudio, una habitación grande y rectangular, de techo bajo y vidrios cubiertos con una gruesa capa de hielo y donde había una gran cantidad de cachivaches artísticos: fragmentos de escayola, bastidores, apuntes empezados y luego abandonados, y paños colgando de las sillas. Estaba muy cansado; se quitó el capote, colocó distraídamente el retrato entre dos pequeños lienzos y se echó sobre un estrecho diván, del cual no se podía decir que estuviera revestido de cuero, porque las filas de tachuelas de cobre que en otros tiempos lo sujetaban al armazón hacía mucho que se habían desprendido y habían dejado el cuero suelto, así que Nikita metía debajo los calcetines, las camisas y la ropa interior sucia. Después de haberse estirado tanto como podía uno estirarse en un diván tan estrecho, pidió una vela.

—No hay —dijo Nikita.

—¿Cómo que no hay?

—Ayer tampoco teníamos —respondió Nikita.

El artista recordó que, en efecto, ayer no tenían vela. Y se quedó más tranquilo; se calló, dejó que Nikita lo ayudara a desvestirse, y luego se puso una bata muy desgastada.

—Vino el casero —dijo Nikita.

—Sí, por el dinero —dijo el artista con gesto despectivo.

—No vino solo —prosiguió Nikita.

—¿Con quién vino?

—No sé... creo que era un policía.

—¿Y a qué vino un policía?

—No sé, dijo que venía porque el alquiler no estaba pagado.

—Pues a ver como acaba todo esto.

—El casero dijo que, si no paga, tendrá que abandonar el piso. Mañana volverán los dos.

—Que vengan —dijo, con melancólica indiferencia Chartkov. Una sensación de tristeza y desolación se apoderó de él.

Chartkov era una joven promesa, un artista con talento. Su pincel era inspirado, penetrante, y mostraba el ardiente impulso de aproximarse a la naturaleza.

—Pon atención, muchacho —le decía su profesor en algunas ocasiones—, tienes talento, sería una lástima desperdiciarlo por falta de paciencia. Si te interesas por algo, te dedicas por entero y con fervor a ello y te desatiendes de todo lo demás, que ya ni siquiera miras. Ten cuidado de no convertirte en un pintor moderno. Tus colores empiezan a ser demasiado chillones. El trazo de tu dibujo pierde fuerza, a veces incluso es verdaderamente flojo, y las líneas apenas se perciben; tiendes a los efectos de luz, a lo que llama la atención a primera vista. No caigas en el estilo de los ingleses [87] . ¡Cuidado! Empiezas a interesarte por el gran mundo; ya te he visto un par de veces con bufandas a la moda y un sombrero de lustre. Es muy tentador pintar cuadros en boga y retratos por dinero. Pero eso arruina el talento. Ten paciencia. Esmérate en cada uno de tus trabajos, apártate del esnobismo... ¡Que persigan otros el dinero! Ya te llegará el momento.

Al profesor no le hacía falta razón. En efecto, nuestro artista se iba de vez en cuando de juerga y algunas veces se ponía un poco presumido, como todos los jóvenes, pero sabía dominarse. A veces, cuando cogía el pincel se olvidaba de todo y al soltarlo parecía despertar de un dulce sueño. Su gusto se iba depurando. Aún no era capaz de comprender toda la profundidad de Rafael, pero le fascinaba el ligero y amplio pincel de Guido, se detenía ante los retratos de Tiziano y se embelesaba con la escuela flamenca. No era capaz de penetrar el velo oscuro que cubre los cuadros antiguos, no había desaparecido del todo, pero ya percibía algo en ellos. Aunque, en el fondo, no estaba de acuerdo con la opinión del profesor de que nunca estaremos a la altura de los clásicos. Le parecía, incluso, que el siglo XIX los aventajaba en muchos aspectos, que la imitación de la naturaleza era ahora más viva, más colorida y más fiel. Tenía, pues, las típicas ideas de la juventud que comienza a comprender algo y se siente orgullosa de ello. A veces le indignaba que un pintor de paso, francés o alemán (a menudo sin ser un pintor en el verdadero sentido de la palabra), simplemente por borronear unas cuantas pinceladas ágiles y de colores vivos, causaba sensación y reunía una fortuna en poco tiempo. Estas ideas no surgían cuando pintaba, absorto, y se olvidaba de comer, de beber, y de todo lo demás, sino en los momentos de apuro, cuando no tenía ni para comprarse pinceles o colores o cuando el fastidioso casero iba diez veces al día para cobrar el alquiler. Era entonces cuando la vida del afamado pintor rico subyugaba su imaginación hambrienta y le venía la idea, tan familiar a los rusos, de abandonarlo todo y entregarse a la bebida. Ahora se encontraba al borde de ese estado de ánimo.

—¡Sí, paciencia, paciencia! —exclamó enfadado—. Pues se me acaba la paciencia... ¿Con paciencia pagaré mañana el almuerzo? Nadie me prestará dinero, y si intento vender mis cuadros y dibujos no me darán ni medio rublo. Me han sido útiles, no lo niego. No he trabajado en balde, algo he aprendido en cada uno de ellos, cada uno tiene un propósito. ¿Y eso de qué me sirve ahora? Son bocetos, ensayos... y seguirán siendo bocetos, ensayos y nada más... ¿Quién los comprará si nadie me conoce? ¿A quién le hacen falta bocetos de modelos antiguos de las clases del natural? ¿O mi apasionado amor por Psique, un interior de mi habitación o el retrato de mi criado Nikita, aunque sea muy superior a los trabajos de cualquier

pintor de moda? ¿Para qué todo esto? ¿Por qué malgastar el tiempo y ajetrearse como un principiante en los rudimentos del arte si podría pintar algo tan bueno y ganar tanto dinero como ellos?

Al decir esto, Chartkov se estremeció y palideció de repente. Un rostro convulsivamente desfigurado lo miraba desde el lienzo. Dos ojos terribles se le clavaron como si fueran a devorarlo; en los labios se dibujaba la amenaza de guardar silencio. Asustado, estuvo a punto de pegar gritos y llamar a Nikita, quien roncaba ya a toda marcha en el vestíbulo, pero, al darse cuenta de que era el retrato recién adquirido, el miedo se desvaneció en un instante y empezó a reír. El resplandor de la luna iluminaba el retrato y le daba una extraña viveza. El pintor lo miró atentamente y empezó a limpiarlo. Le pasó una esponja húmeda, lo lavó con mucho cuidado y le quitó el polvo y las manchas que lo afeaban. Al colgarlo en la pared, admiró aún más aquella técnica excepcional: el rostro parecía haber vuelto a la vida y los ojos lo miraron de tal modo que sintió escalofríos. Retrocedió y exclamó, perplejo: «Lo mira a uno con ojos humanos». Y recordó de repente una historia de su profesor acerca de un retrato del célebre Leonardo da Vinci, un retrato que el gran maestro consideraba como inacabado, aunque había trabajado muchos años en él y, según Vasari, todo el mundo la consideró su obra más perfecta. Lo más notable eran los ojos, que sorprendían a los contemporáneos: hasta las venas más diminutas figuraban en el lienzo. Pero en el cuadro que tenía delante había algo todavía más extraño. Pero no se trataba de arte, sino de algo que, incluso, destruía la armonía del retrato: los ojos, que eran humanos, unos verdaderos ojos humanos. Parecían haber sido arrancados de un rostro vivo e insertados en el cuadro. Aquí ya no había el goce sublime del alma ante una obra de arte, por horroroso que sea el asunto representado; aquí se percibía una sensación de infinita tristeza, de pena y de ansiedad.

—¿Qué es esto? —se preguntó el artista—. Es naturaleza viva. ¿Por qué entonces esta sensación de desasosiego? ¿Acaso la imitación fiel y servil de la naturaleza es una ofensa que parece un grito estentóreo y discordante? ¿O es que si uno se acerca al objeto de un modo indiferente, insensible, sin empatía, este se presenta ante uno con toda su terrible realidad, sin estar iluminada por un pensamiento profundo, oculto e insondable? ¿Debe presentarse ese

objeto con el realismo que se revela a quien busca la belleza humana con un escalpelo y al hacer la disección descubre a un hombre repugnante? ¿Por qué en la obra de un artista lo natural parece iluminado y no se percibe ninguna sensación de vileza sino de algo sublime, y todo fluye de un modo armónico, tranquilo y sosegado? ¿Por qué esa misma naturaleza parece ordinaria y vil en otro artista, cuando también ha sido fiel a ella? Algo le falta —falta, precisamente, lo sublime—, del mismo modo que a un paisaje, por muy hermoso que sea, le hace falta, para ser perfecto, que lo ilumine un rayo de sol.

Se acercó otra vez al retrato para contemplar esos ojos prodigiosos. Con espanto, vio que lo miraban fijamente. Aquello ya no era una copia al natural, sino una extraña animación que iluminaba el rostro de un difunto recién levantado del sepulcro. ¿El claro de luna trajo el delirio y dio a las cosas una forma distinta a la que tienen con la luz del día? ¿O fue otra la causa? El caso es que, no se sabe por qué, de pronto sintió miedo de quedarse solo. Se alejó del retrato en silencio, pasó al otro lado de la habitación y procuró no mirarlo; pero luego, sin querer y de soslayo, lo miró otra vez. Tuvo miedo, incluso, de caminar por la habitación; le parecía que alguien lo seguía; así que cada media vuelta miraba con recelo a sus espaldas. Nunca había sido cobarde, pero su imaginación y sus nervios estaban a flor de piel, y aquella noche ni él mismo podía explicar ese temor involuntario.

Se sentó en un rincón, con la sensación de que lo seguían mirando por encima del hombro, directamente a la cara. Ni los ronquidos de Nikita, que llegaban desde el recibidor, disiparon su miedo. Por fin, temeroso y con la vista clavada en el suelo, se levantó de su asiento, se dirigió a la cama detrás del biombo, y se acostó. A través de una ranura veía la habitación iluminada por la luna y el retrato colgado en la pared, justo delante de él. Los ojos clavaron en él una mirada aún más penetrante. Como si no quisieran mirar a nadie más. Agobiado por una sensación de profundo malestar, decidió levantarse de la cama, cogió la sábana, se acercó al retrato, y lo cubrió con ella.

Hecho esto, volvió a acostarse, ya más tranquilo, y comenzó a reflexionar sobre la pobreza y el triste destino del artista. Pensó en

el camino sembrado de espinas que le esperaba; mientras tanto, sus ojos miraban sin querer, por la rendija del biombo, el retrato cubierto con la sábana. El resplandor de la luna realzaba su blancura. Le pareció que los terribles ojos brillaban a través de la sábana. Sobrecogido, fijó la mirada como si intentara convencerse de que aquello era una tontería. Pero ahora... sí, en efecto veía, veía con toda claridad que ya no había sábana, que el retrato estaba descubierto, y que lo miraba a él, solo a él, sin mirar nada más a su alrededor, como si quisiera penetrarlo. Se le heló el corazón... De pronto vio que el anciano se movía y se apoyaba en el marco con ambas manos. Luego se enderezó, estiró las piernas y saltó fuera del marco... Ya no se veía más que el marco vacío. El ruido de los pasos que se acercaban al biombo resonó en la habitación. El pobre artista sintió que el corazón se le salía del pecho. Apenas se atrevía a respirar, a la espera de que el anciano asomara la cabeza por detrás del biombo. Y, en efecto, el bronceado rostro del anciano y sus ojos enormes no tardaron en aparecer... Chartkov quiso gritar, pero se le ahogó la voz; intentó moverse, pero se quedó paralizado.

Boquiabierto, respirando con dificultad, contempló el terrible fantasma de gran estatura y holgada túnica asiática, a la espera del siguiente movimiento. El anciano se sentó a sus pies y sacó enseguida algo de entre los pliegues de su amplio ropaje. Era una bolsa. El viejo la desató, la cogió por los dos extremos y la sacudió. Unos pesados paquetes, en forma de grandes cartuchos alargados, cayeron al suelo con un ruido sordo. Cada uno estaba envuelto en papel azul y en cada uno estaba escrito: «Mil rublos de oro». Sacando las largas y huesudas manos de las anchas mangas, el anciano empezó a deshacer los paquetes. El oro brilló. A pesar del agobio y el miedo irracional que lo aturdía, el artista miró fijamente cómo se desparramaba el oro de las manos. El oro brillaba, tintineaba con tonos agudos y graves y volvía a ser envuelto. Entonces vio que un cartucho cayó al suelo, se separó de los demás y rodó hasta los pies de la cama, junto a la cabecera. Chartkov lo cogió, con manos trémulas y, medio muerto de miedo, miró al anciano por si se había dado cuenta. Pero el viejo parecía estar muy ocupado. Recogió todos los paquetes, volvió a meterlos en la bolsa y, sin mirar al pintor, se marchó al otro lado del biombo. El corazón de Chartkov latía con fuerza al oírlo alejarse. Apretó el paquete en la mano con más energía. Le temblaba todo el cuerpo. De pronto

oyó que los pasos volvían a acercarse. Por lo visto, el anciano se había dado cuenta de que le faltaba un cartucho y volvía para echar una mirada detrás del biombo. Desesperado, se aferró con todas sus fuerzas al cartucho, hizo un esfuerzo supremo para moverse, dio un grito... y se despertó.

Un sudor helado bañaba todo su cuerpo, su corazón latía desbocado, sintió una opresión en el pecho, como si estuviera a punto de exhalar el último suspiro. «¿Un sueño? ¿Es posible que esto sea un sueño?», se preguntaba, cogiéndose la cabeza con ambas manos. Pero la extraña aparición era demasiado vívida para ser un sueño. Además, había visto al anciano salir del marco, había alcanzado a ver el borde de su amplia túnica y aún tenía la sensación de haber sostenido en la mano un pesado objeto. Y todo esto lo había visto y sentido estando despierto. La luna iluminaba la habitación y hacía surgir de los rincones oscuros un lienzo aquí, una mano de yeso allá, un trozo de tela sobre una silla, en otros lugares unos pantalones y unas botas sucias... Entonces Chartkov se dio cuenta de que no estaba en la cama, sino de pie, justo enfrente del retrato. ¿Cómo había ido a parar allí? No lo sabía. Pero lo que más le extrañó es ver que el retrato estaba descubierto. La sábana había desaparecido. Paralizado de miedo, vio que se clavaban en él unos vivaces ojos humanos. Un helado sudor le cubría el rostro; quería marcharse, pero sus pies se quedaron clavados en el suelo. Supo entonces que no era un sueño, que las facciones del anciano se animaban y sus labios empezaban a tomar forma de hocico, como para chuparlo... Con un grito de desesperación dio un salto atrás. Y se despertó.

«¿Un sueño?», ¿será posible que solo sea un sueño? Con el corazón desbocado, exploró a tientas a su alrededor. Estaba tendido en la cama en la misma postura en la que se había quedado dormido. Delante de él estaba el biombo, la luna iluminaba la habitación. Por las rendijas del biombo se veía el retrato cubierto cuidadosamente con la sábana, tal como él lo había dejado. ¡Todo había sido un sueño!... Solo un sueño. Pero seguía teniendo la sensación de haber tenido un objeto pesado en la mano. El corazón le latía con una casi insoportable violencia; le oprimía el pecho una insufrible sensación de angustia. Atisbó a través de la rendija y sus miradas se fijaron en la sábana. Y entonces vio con toda claridad que empezaba a

apartarse como si unas manos intentaran liberarse de ella. «¡Dios!, ¿esto qué es?», exclamó, desesperado, persignándose. Y se despertó.

¡Otro sueño, ha sido solo otro sueño! Saltó de la cama, medio trastornado y aturdido, incapaz de comprender lo que pasaba, si era una pesadilla, un fantasma o una visión. Intentó calmarse y apaciguar la sangre que le bullía por las venas, se acercó a la ventana y abrió los postigos. El aire fresco lo reanimó. La claridad de la luna iluminaba todavía los tejados y los blancos muros de las casas, aunque algunas nubecillas empezaban a cruzar el cielo más a menudo. Todo estaba en calma, solo de vez en cuando se oía el vago y lejano tintineo de un coche de alquiler, cuyo cochero dormía en algún lugar apartado, arrullado por su indolente jamelgo, a la espera de algún pasajero rezagado. Chartkov estuvo un buen rato mirando, asomada la cabeza por el postigo. En el cielo se dibujaban ya las señales del alba inminente. Por fin, sintió ganas de dormir y cerró el postigo de un golpe. Se apartó de la ventana, se metió en la cama y no tardó en caer en un pesado y profundo sueño.

Despertó muy tarde y con la sensación desagradable que experimenta el que tragó humo; le estallaba la cabeza de dolor. La habitación estaba en penumbras; una desagradable humedad se había asentado en el aire y penetraba por las rendijas de las ventanas, tapadas con cuadros y lienzos a los que había aplicado una primera capa de pintura. Sombrío, insatisfecho como un gallo mojado, se sentó en el desvencijado diván sin saber a qué atenerse ni qué hacer. Y recordó por fin su sueño. Cada vez que recordaba el sueño le parecía más real. Llegó a sospechar que no era sólo un sueño o un delirio, sino una visión.

Recogió la sábana y miró fijamente el terrible retrato a la luz del día. En efecto, los ojos sorprendían por su peculiar vivacidad, pero no pudo descubrir en ellos nada particularmente espantoso. Lo único que quedaba de sus terrores nocturnos era una indefinible sensación de inquietud. Con todo, no podía estar seguro de que no se tratara de un sueño. Le parecía que en medio del sueño se había introducido una terrible porción de realidad. Algo, en la mirada del anciano y en la expresión del rostro, le decía que el anciano lo había visitado esa noche. En su mano aún sentía el peso de algo pesado, como si alguien se lo hubiera arrebatado. Le pareció que, si

se hubiera aferrado con más fuerza al paquete, seguiría en su poder incluso después de despertarse. «¡Dios mío! ¡Si una parte de ese dinero fuera mía!», exclamó el pintor en un hondo suspiro. En su imaginación veía caer de la bolsa todos los paquetes marcados con la sugestiva anotación «Mil rublos de oro». Los paquetes se abrían, el oro brillaba y los paquetes se volvían a cerrar. Estaba inmóvil, sentado, con los ojos fijos en el vacío. No se sentía capaz de apartarse de aquella visión, como un niño que está sentado delante de un plato de dulces y se le hace agua la boca viendo como otros los comen. Finalmente llamaron a la puerta, y esto lo hizo volver en sí con un sobresalto. Entraron el casero y el inspector de policía, cuya presencia, ya se sabe, es mucho más desagradable para los pobres que para el rico la cara de un mendigo. El dueño de la pequeña casa de Chartkov era una de esas personas que poseen una casita en la decimoquinta línea de la isla Vasílevski de San Petersburgo o en algún remoto rincón de Kolemna... hay muchas de estas personas por toda Rusia; su carácter es tan difícil de describir como el color de una levita raída.

En su juventud había sido un capitán bastante alborotador, un virtuoso de las palizas, mañoso, fanfarrón y tonto. También había sido funcionario. Ahora, en su vejez, estas considerables características se fundían de manera imprecisa: era viudo, estaba retirado y ya no era ni fanfarrón ni tan presumido. Se dedicaba a charlar, tomar el té, dar vueltas por su habitación y despabilar la vela de sebo. Cada fin de mes, sin falta, visitaba a sus inquilinos para cobrar el alquiler. Salía a la calle, con la llave en la mano para examinar el tejado de la casa y hacía salir varias veces al portero de su cuchitril para esconderse en él a dormir. En pocas palabras, era un hombre retirado, al que tras una larga vida de libertino, tras haber recorrido mucho mundo, no le quedaban más que costumbres vulgares.

—Véalo usted mismo, Varuj Kusmich —dijo el casero, dirigiéndose al policía y con un ademán expresivo—, no me paga el alquiler. ¡No me paga!

—¿Qué más me queda, si no tengo con qué pagar? ¡Espere, que ya pagaré algún día!

—No puedo, amigo —replicó el casero, haciendo un violento

ademán con el llavero que llevaba en la mano. El coronel Potogonkin vive aquí desde hace siete años; Ana Petrovna Bujmisterova me paga el alquiler de un pajar y de una cuadra para tres caballos (¡tiene tres criados!). Vea usted qué inquilinos tengo. A decir verdad, aquí no se acostumbra pagar con retraso el alquiler. O paga enseguida o desocupa el piso.

—Si se ha comprometido, debe pagar —dijo el policía, meneando ligeramente la cabeza y tocando el botón de su uniforme.

—¿Con qué? Este es, precisamente, el problema: no tengo ni un kopek.

—Entonces debe compensar a Iván Ivanóvich con alguno de sus cuadros —dijo el policía—. Tal vez los tome a cambio del alquiler.

—No, amigo, te lo agradezco, pero... Si por lo menos fueran cuadros decentes, que pudiesen colgarse en la pared... Un general, por ejemplo, con su venera, o el retrato del príncipe Kutúsov; pero este pinta un muzhik en camiseta, pinta al criado que le prepara los colores. ¡Un retrato de ese mugriento! ¡Le voy a triturar los huesos, por bribón! Mire lo que pinta: ¡su habitación! Si por lo menos fuera una habitación limpia, bien arreglada. Si por lo menos la arreglara antes de pintarla. ¡Pero no, qué va, la pinta tal y como está, con todo el polvo y la basura que hay por todas partes! Mire cómo ha ensuciado el cuarto. ¿Lo ve? Los inquilinos llevan más de siete años aquí: el coronel, la señora Ana Petrovna Bujmisterova... Debo decirle que no hay peor inquilino que los pintores. ¡Viven como cerdos!

El pobre pintor tuvo que tragarse el discurso. El policía, mientras tanto, examinaba los cuadros y los bosquejos, lo cual revelaba un alma más sensible que la del casero. Y de que no despreciaba el arte.

—¡Eh! —dijo el policía, señalando con el dedo el cuadro de una mujer desnuda—. Es muy picante; el tipo este... ¿por qué tiene esa mancha negra debajo de la nariz? ¿Se ha ensuciado con tabaco?

—Es una sombra —replicó Chartkov severamente, sin mirarlo.

—Pudo haberla puesto en un lugar menos visible —dijo el policía —. ¿De quién es ese retrato?, ¿de quién es? —prosiguió, acercándose al retrato del anciano—. ¡Es horrible! ¿Habrá sido así de feo en realidad? ¡Parece que me está mirando! ¡Qué expresión! ¿Quién fue el modelo para este retrato?

—Es un... —dijo Chartkov y no pudo acabar la frase porque se oyó un crujido. Al parecer, la fuerza y la torpeza de las manos policiales rompieron el marco. Cayó al suelo, se abrieron los costados, rodó tintineando un cartucho envuelto en papel azul. Chartkov fijó la mirada en la inscripción: «Mil rublos de oro», y como un loco se lanzó sobre el cartucho para recogerlo. Luego lo apretó convulsivamente con la mano. Llevaba el brazo abajo, debido a la pesada carga.

—Me pareció haber oído un sonido metálico, como de dinero —dijo el policía, que había oído caer al suelo un objeto tintineante, pero la rapidez de Chartkov impidió ver lo que era.

—¿A usted qué le importa?

—Mucho, porque debe pagar el alquiler. ¿Por qué se niega a pagar? A usted no le hace falta pagar.

—Está bien: le pagaré.

—¿Por qué no quería pagar? ¿Por qué nos hace venir?

—Porque no quería gastarme este dinero. Pero le pagaré todo ahora, y mañana mismo me largo. No quiero vivir más en esta casa.

—¡Lo ve, Iván Ivanóvich, el pintor pagará! —dijo el inspector, dirigiéndose al casero—. Pero si esta noche no cubre debidamente la deuda...

Dicho esto, se puso el tricornio y salió al vestíbulo. El casero lo vio salir, al parecer, con la cabeza inclinada y algo pensativo.

—¡Por fin se los ha llevado el diablo, gracias a Dios! —dijo Chartkov al oír que cerraban la puerta del vestíbulo por fuera.

Echó un vistazo al vestíbulo; mandó a Nikita a dar un recado, para

quedarse solo; cerró la puerta; volvió a la habitación y, con el alma en un hilo, desenvolvió el cartucho. ¡Contenía ducados! Ducados nuevos, resplandecientes como el fuego... Chartkov permanecía sentado, a punto de perder la cabeza, con la mirada fija en el montoncito de oro, preguntándose una y otra vez si no era un sueño. El cartucho tenía mil ducados, ni un ducado más, ni uno menos. Era igual al que había soñado. Lo miró unos minutos, sin poder volver en sí. Pasaban por su mente historias de tesoros y cofres que los previsores antepasados, anticipando la futura ruina de sus nietos, les dejaban en algún lugar secreto. Pensó que el abuelo había dejado un regalo en el marco del retrato de familia. Se dejó llevar por estas ideas románticas y comenzó a pensar si existía alguna relación entre la existencia de este retrato y la suya propia. Tal vez el acto de adquirirlo era una señal de algo que le estaba predestinado. Examinó con curiosidad el marco del retrato. Vio una ranura oculta, cubierta tan hábilmente con una tablilla, que resultaba imperceptible. Si la torpe y potente mano del policía no se hubiera acercado al marco, los ducados habrían permanecido allí durante una eternidad. Contempló el retrato y admiró otra vez su perfecta ejecución y el diseño extraordinario de los ojos. Ya no le parecieron tan horribles; pero le causaron una sensación desagradable. «Abuelo de algún nieto, seas quien seas, te cubriré con un cristal y te mandaré hacer un marco dorado», pensó, y luego dejó caer la mano sobre el montoncito de oro; el corazón latió aceleradamente al sentir este contacto. Fijó la mirada en los ducados: «¿En qué me los gasto? Ya tengo la vida asegurada por lo menos tres años. Puedo encerrarme en mi habitación y trabajar. Tengo suficiente y de sobra para colores, comida y té, para pagar el alquiler y cubrir otras necesidades. Compraré el mejor maniquí, encargaré un torso de yeso, mandaré modelar pies, compraré una Venus, reproducciones y grabados de los mejores cuadros... Ya nadie vendrá a fastidiarme por dinero. Podré trabajar tres años, para mí, por gusto, sin prisas, sin necesidad de vender. En poco tiempo aventajaré a mis colegas y llegaré a ser un buen artista».

Así razonó; pero en su interior sonaba otra voz. Sus impetuosos veintidós años tenían otros deseos. Tenía en su poder lo que envidiaba, lo que admiraba de lejos relamiéndose los labios.

¡Ah! Cómo palpitó su galopante corazón ante la perspectiva de un

moderno frac, un bonito cuarto, teatro, confiterías, restaurantes... en fin, de excederse tras el prolongado ayuno. Se metió dinero en los bolsillos y se marchó enseguida a la calle. Fue a una sastrería y se equipó de pies a cabeza, mirándose continuamente al espejo, como un niño con zapatos nuevos; también compró perfumes y cremas. Luego, sin regatear, alquiló el primer piso de lujo (con espejos de luna) que encontró en la avenida Nevski. Compró al paso, como sin darse cuenta, unos anteojos costosos, y corbatas, muchas corbatas, muchas más de las que necesitaba. Se onduló el pelo en una peluquería. Dio, por dar, sin objeto alguno, un par de vueltas por la ciudad y luego se atiborró de bombones en una confitería y fue a un restaurante francés; hasta entonces, no conocía más que el restaurante «Imperio Chino». Hizo todo esto en coche. Allí comió, mirando con desdén a su paso, se atusó una y otra vez el cabello ondulado ante el espejo, y se bebió una botella de champaña (antes de esto, la conocía tan solo de oídas). Se mareó un poco, y salió a la calle un tanto achispado, «subido de copas», como se dice en Rusia. Se paseó por la acera, como un bravucón, mirando a todo el mundo a través de sus anteojos. Vio en el puente a su viejo profesor y pasó junto a él como si no le hubiera visto. Este se quedó sin moverse un largo rato, con un signo de interrogación dibujado en el rostro.

Aquella misma noche mandó traer todas sus cosas (el caballete, los cuadros, los lienzos...) al flamante y magnífico piso. Colocó lo que tenía algún valor en lugares estratégicos y tiró lo demás en un rincón. Después, sin dejar de mirarse en los espejos, recorrió las elegantes habitaciones. Le nació un deseo irresistible por hacerse famoso. Ya le parecía oír: «¡Chartkov, Chartkov! ¿Conoce usted el cuadro de Chartkov? ¡Qué talentoso es Chartkov!». Entusiasmado, recorría las habitaciones dejando volar su imaginación.

Se personó con el director de un periódico de gran circulación, para solicitarle su generosa ayuda. El periodista le recibió doce ducados con suma amabilidad, lo llamó «hombre distinguido», lo cogió de ambas manos y le preguntó su nombre, apellido y dirección... Al día siguiente le dedicó —inmediatamente después del anuncio de unas velas de sebo recién hechas— el artículo: Chartkov, un pintor de talento excepcional. «Somos los primeros en dar la buena nueva a los habitantes cultos de nuestra capital. Se trata de una revelación

excepcional en todos los sentidos. Estamos de acuerdo en que hay, entre nosotros, fisonomías encantadoras y rostros de singular perfección; pero hasta ahora no había modo de trasladarlos al lienzo admirable de la posteridad. Pues bien, se ha suplido esta falta. Ha surgido entre nosotros el artista total, el único capaz de lograrlo. De hoy en adelante toda mujer hermosa puede estar firmemente convencida de que su céltica, fina, encantadora y fascinante belleza será reproducida fielmente. La gracia de mariposa que revolotea por las flores primaverales será conservada en su retrato.

El respetable padre de familia será retratado rodeado por los suyos; el comerciante, el militar, el hombre de Estado, con paso redoblado en su camino al éxito. Usted, sí usted que va de paseo, o de visita en casa de un amigo, o de su prima, o que está en una tienda elegante, o dondequiera que nos esté leyendo, apresúrese, acuda enseguida al estudio de este magnífico pintor (avenida Nevski número...) repleto de retratos dignos del mejor Van Dyck o de un Tiziano. No sabe uno qué admirar más: la semejanza con los originales o el vigoroso ímpetu de su pincel. ¡Dichoso artista mío, los dioses te sonríen! ¡Bravo, bravo, Andréi Petrovich! (al periodista le gustaba mucho la familiaridad). Cúbrenos, cúbrete de gloria eterna... Sabemos apreciar lo que vales. El triunfo y la riqueza serán tu premio — aunque algunos periodistas se opongan a ello».

Chartkov leyó el artículo con gran placer. Y se puso radiante. ¡La prensa habló de él! Eso era algo completamente nuevo. Leyó y releyó una y otra vez estas líneas, muy especialmente, la comparación con Van Dyck y Tiziano, que le dejó muy buen sabor de boca. También le gustó la frase: «¡Viva Andréi Petrovich!», pues nunca se había visto impreso en papel su nombre y apellido. Comenzó a dar vueltas por la habitación y a tocarse el cabello; después le dio por sentarse en la butaca y levantarse de inmediato para ir a sentarse en el diván, imaginando, pensando en cuál sería la mejor manera de recibir a los visitantes. También se puso a ensayar: se acercaba al lienzo para dar una pincelada atrevida, procurando que la mano hiciera movimientos graciosos.

Al día siguiente llamaron a la puerta. Chartkov se apresuró a abrir. Era una dama, acompañada de un lacayo de librea forrada de piel y

de su joven hija de dieciocho años.

—¿Monsieur Chartkov? —preguntó la dama.

El artista respondió con una inclinación.

—He leído mucho sobre usted; dicen que sus retratos son la cumbre de la perfección.

La dama, ajustándose unos impertinentes, paseó la mirada por las desnudas paredes.

—¿Dónde están sus cuadros?

—No los he traído —respondió el pintor, un poco turbado—. Acabo de instalarme. Están por llegar.

—¿Ha estado en Italia? —preguntó la dama, enfocando sus impertinentes en el pintor, por falta de otro objeto para sus observaciones.

—No, pero me gustaría ir... De momento, lo dejo para después... Tenga, una butaca... ¿Quiere sentarse?

—No, gracias, estuve mucho tiempo sentada en el carruaje. ¡Ah! Por fin veo su trabajo —dijo, mirando a través de sus impertinentes los bosquejos, dibujos, perspectivas y retratos arrimados a la pared de enfrente, a la cual se acercó—. C'est charmant! Lise, Lise, venez-ici! Una habitación al estilo de Teniers: el desorden, una mesita con un busto, una mano, una paleta, polvo... Mira cómo ha pintado el polvo. C'est charmant!... ¡Mira, otro lienzo! Una mujer que se lava la cara... Quelle jolie figure! ¡Un campesino! ¡Lise, Lise, un campesinito con camisa rusa! ¡Un campesinito ruso! Entonces, ¿no solo pinta retratos?

—¡Ah, eso no es nada! Una tontería que hice para divertirme, unos bosquejos...

—Deme, por favor, su opinión sobre los retratistas contemporáneos. ¿Verdad que ya no hay nadie como Tiziano? Esa fuerza, ese colorido... ese... ¡Es una lástima que no sepa expresarme en ruso! (La dama, armada con sus impertinentes, había recorrido todas las

galerías italianas). ¿Y Monsieur Nul?... ¡Hay que ver cómo pinta! ¡Qué pincel el suyo! Yo opino que sus rostros son más expresivos que los de Tiziano. ¿Conoce usted a Monsieur Nul?

—¿No, quién es? —preguntó el pintor.

—¿Monsieur Nul? ¡Ah, un gran artista! Pintó un retrato de mi hija cuando tenía doce años. Tiene que visitarnos... Lise, tienes que enseñarle tu álbum. ¿Sabe usted? Hemos venido para que comience enseguida un retrato de Lise.

—Estoy a sus órdenes.

En un instante acercó el caballete, cogió la paleta y clavó su mirada en la pálida carita de Lise. Un conocedor de la naturaleza humana habría leído en este rostro los primeros síntomas de una pasión infantil por los bailes, el comienzo del hastío y las quejas durante los largos ratos antes y después de la comida, el deseo de dar un paseo con un vestido nuevo, el fingido interés por las artes, a las que la madre encaminó a la fuerza, para la cultura y educación de sus sentimientos. Pero el pintor vio en el delicado rostro una sugestiva tarea: transparencia de porcelana, un cuerpo lánguido, leve y encantador, un cuello fino y una grácil y aristocrática silueta. Se preparó para dar brillo a su pincel, que hasta entonces había trazado únicamente los toscos rasgos de modelos ordinarios, rígidas obras de la antigüedad y unas cuantas copias de clásicos. Ya se imaginaba lo linda que iba a quedar esta delicada carita.

—¿Sabe?... —dijo la dama de un modo casi conmovedor—. Quisiera que... Ella lleva ahora un vestido que... Pero le confieso que me gustaría que llevara otro tipo de vestido, un vestido sencillo, y que estuviera sentada a la sombra de un árbol... un prado en el fondo y, a lo lejos, un rebaño que se aleja. Así como está ahora parece que va a un baile o a una velada de moda... Y, ya sabe, nuestros bailes matan el alma y destruyen hasta el último vestigio de sentimiento. Yo quiero sencillez, sencillez —dijo. Aunque los rostros de la madre y de la hija revelaban que habían ido a tantos bailes que sus caras parecían de cera.

Puso manos a la obra: apostó a su modelo, consideró todos los detalles, trazó unas líneas en al aire con el pincel, fijó los puntos de

orientación, entornó un ojo, dio un paso atrás, miró a la joven desde lejos y comenzó un esbozo que terminó en una hora. Vio que era bueno, y empezó la ejecución propiamente dicha. Presa del arrebato creativo, se olvidó de todo, incluso de la presencia de las aristocráticas damas, y profirió toda clase de sonidos y muecas, como suele hacer un artista cuando consagra toda su alma a su obra. Sin miramientos, con una enérgica seña de su pincel, ordenaba a su modelo alzar la cabeza, o acomodarse de tal o cual modo, hasta que acabó por fatigarla.

—Basta. Ya es suficiente para la primera vez —dijo la dama.

—Deme cinco minutos —respondió el artista, entusiasmado.

—No, ya está bien. Lise, son las tres —dijo la dama, sacando un pequeño reloj sujeto al cinturón con una cadena de oro. Y exclamó —: ¡Ay, qué tarde es ya!

—¡Un minuto!... —insistió Chartkov, con voz suplicante.

Pero la dama no estaba dispuesta a consentir caprichos artísticos. Aunque prometió que le daría más tiempo en la próxima sesión.

«¡Qué fastidio! —pensó Chartkov—. Apenas estaba tomando impulso». Y recordó que nadie interrumpía su trabajo en el estudio de la isla Vasílevski. Nikita permanecía inmóvil en su sitio, hasta que se quedaba dormido en la postura solicitada. Descontento y de muy mal humor, dejó el pincel y la paleta en la silla y se quedó de pie delante del lienzo.

Un cumplido de la dama lo despertó del ensueño. Se apresuró hacia la puerta para acompañarlas. En la escalera recibió una invitación para ir a comer a su casa la semana siguiente. Volvió, feliz, a su piso. Se sintió fascinado por la aristocrática señora... hasta entonces, estaba convencido de que estas personas quedaban fuera de su alcance, los imaginaba nacidos para ir en lujosos carruajes con criados de libreas de lujo y cocheros elegantes; nacidos para pasar volando y lanzar una mirada indiferente sobre el joven de modesto capote que iba a pie.

Ahora, de buenas a primeras, uno de esos seres había ido a visitarlo,

le pedía un retrato, y lo invitaba a comer en una lujosa casa aristocrática. Henchido de satisfacción, ebrio de alegría, se dio el lujo de una espléndida comida, un espectáculo en el teatro por la noche y otro paseo en carruaje por la ciudad, sin rumbo fijo.

Ya no pensaba en su trabajo habitual, solo se preparaba y contaba los minutos, a la espera de que sonara la campanilla, anunciando a la dama aristocrática y a su pálida hija. Por fin llegaron. Les ofreció asiento, acercó el lienzo, y luego, ya con pretensiones de buenos modales, se puso a trabajar. El día soleado y la buena iluminación le ayudaron a descubrir en su vaporosa modelo gran cantidad de detalles que, una vez pasados al lienzo, daban mucho mérito al retrato. Vio que era posible crear algo extraordinario, siempre y cuando fuera capaz de representar todo en forma tan perfecta como se le presentaba al natural. Su corazón se desbocó cuando sintió que podía expresar lo que otros no habían advertido. Se consagró a su trabajo, olvidándose nuevamente del origen aristocrático de su modelo. Emocionado, vio que se iban plasmando en el lienzo los rasgos delicados y la casi transparente silueta de la joven de diecisiete años. No dejó escapar ni el más fino matiz: ni el suave tono amarillento ni la sombra azulada debajo de los ojos, apenas perceptible, se le escaparon. Estaba por marcar un pequeño granito en la frente, cuando oyó a su lado la voz de la madre.

—¿Pero esto qué es? ¡Eso no! Hay partes muy amarillas, ¡y eso de allí!... Me parece ver alguna mancha oscura...

El pintor le explicó que las manchas y el tono amarillento iban muy bien al retrato, que esos matices, esos detalles, precisamente, le daban autenticidad y categoría artística. Pero la dama contestó que no quería ni tales matices ni tales detalles, por mucha autenticidad y categoría que dieran. Que no tenían nada de bonito y que solo se trataba de una figuración del pintor.

—Déjeme aplicar aquí un poco de amarillo —rogó el artista, ingenuo.

Pero no lo dejó. La madre había dicho que Lise estaba un poco desmejorada, que su tez nunca era amarillenta, que, por el contrario, sorprendía por su colorido. El artista, con pena, tuvo que borrar lo que había resaltado en el lienzo. Desaparecieron muchos

rasgos, casi imperceptibles, y con ellos se eliminó buena parte del parecido. Resignado, dio al retrato un colorido convencional, frío y mecánico. La dama estaba muy contenta de que se hubiera eliminado el ofensivo colorido. Pero le sorprendía la lentitud de la ejecución: «Había oído decir que hacía un retrato completo en dos sesiones». El pintor no supo qué contestar. Las damas se levantaron dispuestas a irse. El artista puso el pincel en la paleta, las acompañó hasta la puerta, y se quedó largo rato pensativo ante el retrato recién pintado. Lo contemplaba, absorto, mientras desfilaban en su imaginación los delicados rasgos, las sombras vaporosas y los matices que había captado para luego destruir despiadadamente. Embriagado, apartó el retrato y sacó de un rincón la cabecita de Psiquis, inconclusa, esbozada hacía ya mucho tiempo. Era una carita dibujada con fría elegancia, que mostraba solo rasgos generales y aún no coronaba un cuerpo. Por hacer algo, marcó con el pincel lo que había captado, con su aguda vista, en el rostro de la aristócrata. Líneas, matices, tonalidades... fueron tomando la forma sublime que se le presentan al artista cuando, compaginado con la naturaleza, se aleja de ella y crea una obra que la iguala. La Psique fue reviviendo y poco a poco la idea se encarnó. La aristócrata transmitió su temperamento a la Psique, que adquirió la peculiar expresión de una obra verdaderamente original. El artista, aprovechando los detalles y el conjunto del original, por decirlo así, se encariñó con su creación. No se ocupó de otra cosa en varios días. La visita de las damas lo sorprendió en esta tarea. No alcanzó a quitar la pintura del caballete. Las damas dieron un gritito de asombro.

—¡Lise, Lise!... ¡Ah, cómo se parece a mi Lise! Superbe, superbe! ¡Qué idea tan genial! ¡Con traje griego!

El artista no atinaba a sacarlas del error. Azorado, con la cabeza inclinada, dijo en voz baja:

—Es Psique.

—¿Psique? C'est charmant! —dijo la madre, sonriendo. La hija también sonrió.

—Te ves muy bien de Psique, ¿no lo crees, Lise? Quelle idée délicieuse! Pero ¡qué trabajo! ¡Es un Correggio! Confieso que he

leído sobre usted, pero no imaginé que fuera tan talentoso. Tiene que hacer mi retrato. ¡Sin falta!

Al parecer, la dama también quería su Psique...

«¿Qué haré con ellas? —pensó—. Si es lo que quieren, pues que sea Psique». Luego dijo en voz alta:

—Pueden sentarse un momento. Daré un pequeño retoque.

—¡Ah! Temo que usted... Ahora que es tan parecida...

El artista percibió que los temores tenían que ver con tonos amarillos, así que las tranquilizó diciéndoles que únicamente daría un poco de brillo y expresión a los ojos. Aunque, en realidad, quería acentuar el parecido con el original para que nadie pudiera reprocharle su descaro. Pronto, en el rostro de Psique fueron apareciendo con nitidez los rasgos de la pálida joven.

—Es suficiente —dijo la madre, temiendo que acabara por parecerse demasiado.

El artista fue recompensado espléndidamente: sonrisas, dinero, cumplidos, cordiales apretones de mano, invitaciones a comer... en pocas palabras, fue colmado de elogios. El retrato causó sensación. La dama lo mostró a sus amigas y todo el mundo admiró la destreza del pintor para conservar el parecido y embellecer el original. Fue admirado y envidiado. De repente, se vio abrumado de trabajo. Al parecer, toda la ciudad quería mandarle hacer un retrato. La campanilla de la puerta no paraba de sonar. El éxito podía beneficiarlo como artista, ya que implicaba probarse con una gran diversidad de rostros. Pero solo acudía gente de los altos círculos sociales, gente difícil, apresurada, ocupada, y sumamente impaciente, gente que exigía una obra de mérito lo más rápidamente posible. No tardó en darse cuenta de que era imposible trabajar con esmero, pues, por las prisas, tenía que dar pinceladas ligeras, rápidas, apresuradas, fijar el conjunto, la expresión general, y luego resaltar alguna particularidad. En pocas palabras, comprendió que no podía permitirse intentar una obra maestra. Por lo demás, es necesario decir que casi todos sus modelos tenían alguna exigencia. Las damas exigían que se destacara la pureza de

su alma y de su carácter y que, en ciertos casos, se le diera poca importancia a ciertos rasgos desfavorables, que se redondearan los ángulos y se disimularan o suprimieran, de ser posible, todos los defectos, para que el rostro causara admiración. Por ello, daban a sus rostros expresiones que desconcertaban al artista. Una se esforzaba por reflejar melancolía, otra una actitud soñadora, la tercera quería, como diera lugar, que su boca pareciera más chica, y la ponía de tal manera que llegaba a ser del tamaño de la cabecilla de un alfiler. A pesar de esto, exigían el parecido y una elegante naturalidad.

Los caballeros no salían mejor parados. Uno quería ser representado con la cabeza en alto, en actitud vigorosa, enérgica: otro, con los ojos espiritualizados y apuntando al cielo; un teniente de la guardia exigía que Marte centelleara en su mirada; un funcionario se empeñó en poner cara de hombre recto y generoso, apoyando la mano en un libro con el título, perfectamente visible: Siempre he abogado por la verdad.

Al principio, estas exigencias perlaron de sudor la frente del artista, pues había que ponderarlo todo en muy poco tiempo. Pero aprendió pronto a darles por su lado. Dos o tres palabras le bastaban para adivinar sus deseos. A quien tenía ínfulas de Marte, le daba un aspecto marcial; a quien se las daba de Byron, lo pintaba en actitud byroniana. No le importaba que las damas desearan ser Corina, Ondina o Aspasia [88] . Le daba igual. Por su cuenta, perfeccionaba cada uno de los rostros, esto, aunque es una arbitrariedad, no daña ni molesta a nadie, por lo que se perdona al artista, incluso, la falta de parecido con el modelo. Pronto, el mismo Chartkov se asombró por la soltura y rapidez de su pincel. Se comprende, claro, que los retratados estuvieran encantados, y lo calificaran de genio.

Chartkov se convirtió en el pintor de moda. Asistía a banquetes, acompañaba a las damas a las galerías, o incluso a las fiestas, vestía como un dandi y afirmaba a viva voz que el artista debe formar parte de la alta sociedad y respetar su condición de hombre elevado. No como aquellos pintores que tienen facha de zapateros, se expresan con modales vulgares, no saben conservar el buen tono, y carecen de cultura.

Exigía la más escrupulosa pulcritud en su estudio. Tenía dos

elegantes lacayos y unos alumnos presumidos; cambiaba de traje varias veces al día, se ondulaba el pelo, se esforzaba en perfeccionar sus modales para recibir visitas, daba una gran importancia a su aseo para causar la más grata impresión posible a las mujeres. En una palabra, apenas se podía reconocer al modesto artista que trabajaba, apartado del mundo, ignorado por todos, en su buhardilla de la isla Vasílevski. Ahora emitía arrogantes juicios sobre los artistas y el arte. Afirmaba que los maestros del pasado estaban sobrevalorados, que todos, antes de Rafael, habían pintado arenques y no hombres, y que la opinión de que había en ellos algo sublime existía solo en la mente del público. Decía, además, que no todo en Rafael era perfecto, que muchos de sus cuadros eran célebres únicamente por el peso de la tradición. Declaró a viva voz que Miguel Ángel era un petulante a quien le gustaba ser admirado por sus conocimientos de anatomía, pero que no tenía ni maldita gracia; decía, también, que la época actual había conseguido el resplandor auténtico del trazo preciso y colorido. (Se refería, claro está, a sí mismo). Aseguraba no comprender los afanes y desvelos del trabajo creativo: «Quien trabaja durante meses en un cuadro no es un artista, sino un jornalero. El genio crea con audacia y rapidez...», decía.

—Este retrato lo hice en dos días; esta cabecita en un día; esta de aquí en pocas horas y aquella en poco más de una hora. No puede considerarse arte una obra creada a fuerza de trabajo meticuloso. Eso es oficio, no arte.

Eso decía, y el público admiraba el trazo enérgico y la vivacidad de su pincel. Expresaban con exclamaciones su asombro al enterarse de la rapidez con que pintaba sus cuadros. El asombro se propagaba de boca en boca. «¡Es un talento, un verdadero talento! ¡Cómo habla, cómo le brillan los ojos! Il y a quelque chose d'extraordinaire dans toute sa figure!».

El artista se sentía halagado. Cuando era elogiado en los periódicos se alegraba como un niño, aunque estos elogios eran pagados. Siempre llevaba consigo un recorte de periódico y lo mostraba, como sin querer, a sus amigos y conocidos. Este era su mayor deleite. La fama crecía; los encargos aumentaban. Comenzó, incluso, a cansarse de los retratos, que eran siempre iguales,

siempre la misma actitud, la misma expresión... Pintaba sin entusiasmo, se limitaba, únicamente, a perfilar la cabeza, y dejaba que sus discípulos se encargaran del resto. Al principio, por lo menos intentaba encontrar alguna expresión única en los rostros que retrataba, sorprender por el rigor de su pincel o por algún recurso artístico. Pero se fue aburriendo, pues aquella búsqueda le parecía un gran esfuerzo.

Aquella vida disipada y las compañías que frecuentaba lo apartaron del trabajo y de la reflexión. Su pincel se volvió frío, torpe, repetitivo; aunque, a decir verdad, los fríos, uniformes y relamidos rostros de los funcionarios militares y civiles no ofrecían demasiadas posibilidades.

Se olvidó por completo de las pasiones auténticas y la búsqueda del trazo perfecto. Dejó de preocuparse por cuestiones artísticas y empezó a moverse exclusivamente entre fraques, uniformes y corsés, sacrificando, con ello, su imaginación creativa.

Los conocedores comenzaron a sentirse defraudados. Quienes conocieron al primer Chartkov no comprendían cómo había podido desaparecer el talento que se revelaba en sus obras de juventud, ¿cómo, por qué, se apagó un talento extraordinario que aún no había alcanzado su plenitud?

Pero el artista, ebrio de éxito, no hacía ni caso. Iba entrando en los años en los que uno se va engordando, criando carnes y haciéndose más quisquilloso. En la prensa se le llamaba: «Nuestro venerado Andréi Petrovich. Nuestro respetable Andréi Petrovich». Le ofrecían cargos honoríficos, lo elegían de jurado o de miembro de diferentes comisiones. Optó concluyentemente, como suele pasar en la edad madura, por Rafael y los antiguos maestros, no por sus méritos, sino porque los utilizaba como arma arrojadiza contra los pintores más jóvenes.

Empezaba a portarse como un viejo, a reprochar la inmoralidad de las juventudes actuales, su retorcida ideología. Le dio por creer que todo era explicable, que todo debía estar sujeto al orden y a la monótona regularidad sin inspiración. En pocas palabras, había entrado en la edad en la que se pierde el ímpetu, cuando los sonidos de las músicas celestiales llegan amortiguados al alma y no

envuelven ya el corazón con tonos conmovedores; la edad en la que la belleza ya no nos envuelve en fuego y llamas; la edad en la que uno se deja arrullar por la música seductora del tintineo del oro. La fama no causa placer a quien no la merece. Solo a quien es digno de ella lo gratifica con delicioso estremecimiento.

De esta manera, todos sus deseos se orientaron hacia el oro, su pasión, su ideal, su único deleite y finalidad. Fue amontonando en sus cajones fajas de billetes de banco. Al igual que todos aquellos que son favorecidos con este terrible regalo, se fue convirtiendo en un necio, en un aburrido avaro, indiferente hacia lo que no tuviera el brillo del oro. Ya se iba convirtiendo en un estrafalario de los que abundan en este mundo sin alma, a los que mira horrorizado el hombre sensible porque parecen féretros de piedra con un muerto dentro en lugar de corazón. Pero un extraño suceso trastocó su vida. Un día llego a su mesa una carta de la Academia de Bellas Artes donde se le rogaba, en su calidad de miembro distinguido, que emitiera su dictamen sobre una obra enviada desde Italia por un artista ruso que radicaba en aquel país para perfeccionar su trabajo. Dicho artista era uno de sus viejos amigos, apasionado por el arte, al que se había dedicado en cuerpo y alma; se separó de sus amigos y parientes, se apartó de los placeres y se marchó a la majestuosa Roma, cuyo nombre hace palpitar violenta y aceleradamente el brioso corazón del artista, donde el cielo maravilloso hace madurar el arte. Allí se abandonó por completo al estudio y a la creación de su obra. Le daba igual que lo criticaran por asocial, por raro, por excéntrico, por humillar al gremio de artistas vistiendo ropa modesta y pasada de moda. Le tenía sin cuidado la opinión de su colegas. Había renunciado a la vida mundana y sacrificado todo en favor del arte. Frecuentaba incansablemente las galerías y permanecía durante horas ante las obras de los grandes maestros, estudiando su trazo. No daba por terminada ninguna obra sin haberse examinado delante de los grandes y haber obtenido de sus obras mudo y elocuente consejo.

No participaba en las discusiones ni se declaraba a favor o en contra de nadie; a todos los valoraba en su justa medida, sabiendo descubrir en ellos lo bello. Al igual que un gran poeta, conocedor de la tradición literaria, de diversas obras de majestuosa belleza, acaba por admitir la Ilíada de Homero como la más alta poesía, tras haber

descubierto en ella cuanto se puede exigir de una obra maestra, nuestro artista tomó como único maestro al divino Rafael. Con tal formación, adquirió una extraordinaria fuerza creadora, una pasmosa claridad de pensamiento y el sublime encanto de un pincel celestial.

Al entrar en el salón, Chartkov se topó con un gran número de visitantes congregados ante el cuadro. Reinaba en la sala un silencio profundo, como rara vez acontece entre los críticos. Chartkov, dándose aires de conocedor, se acercó al cuadro. Pero, Dios mío, ¡qué vio ante sus ojos! Una obra humilde, divina, inocente, sencilla, pura y maravillosa como una novia. Al mismo tiempo, la más elevada, la más alta poesía. Las figuras celestiales parecían bajar púdicamente los maravillosos párpados, avergonzados ante las miradas fijas en ellas. El cuadro conciliaba la nobleza y la elevación de la escuela de Rafael con la de Correggio, que se manifestaba en la perfección del pincel. Pero lo más grandioso era la fuerza creadora que brotaba del alma del artista: el más mínimo detalle del cuadro estaba impregnado de severidad y fuerza espiritual; en cada rasgo se adivinaba la redondez de las líneas que, aunque es tan propio de la naturaleza, solo es percibido por la mirada del verdadero creador, pues siempre parece angulosa en el simple copista.

Quedaba claro que el artista se apropió del mundo exterior para hacerlo brotar de su alma como un cántico sublime y armonioso. Aun los no entendidos distinguían el abismo que existe entre una obra de arte y una simple copia. Era casi imposible describir el hondo silencio que reinó durante la solemne contemplación del cuadro. El efecto sublime se fue intensificando, el cuadro parecía ir adquiriendo mayores dimensiones, parecía convertirse en un objeto aparte, en el fruto de una idea inspirada al artista por el cielo, al cual toda la vida humana no sirve más que de preparación. El público estaba al borde de las lágrimas; parecía que todas las concepciones artísticas, todas las audaces propuestas estéticas, antes dispersas, se habían reunido en un himno mudo en alabanza de la obra divina.

Boquiabierto, Chartkov permaneció inmóvil. Poco a poco, el público empezó a comentar en voz alta el mérito de la obra y se dirigieron a

él para conocer su opinión. Vuelto en sí, trató de aparentar su habitual indiferencia. Se disponía a lanzar el consabido estribillo que había lanzado a todos los artistas anteriores. «De hecho, no se le puede negar talento; hay algo, eso es indiscutible. Se ve que el artista tiene algo que decir, no obstante, en lo que se refiere al punto esencial...». Y acto seguido iba a añadir alabanzas tan ambiguas que dudamos que sean de provecho para un artista. Iba a hacerlo, pero no pudo: se quedó sin palabras; se le ahogaron en el pecho. Por toda respuesta, dejó escapar un salvaje sollozo. Luego lloró; y salió corriendo como un desquiciado.

Permaneció estupefacto, inmóvil en el centro de su magnífico estudio durante un minuto. Sintió revivir todo su ser, como si le hubieran vuelto los bríos de su juventud, como si la chispa apagada de su talento volviera a encenderse. Entonces se le cayó la venda de los ojos. ¡Dios mío, había desperdiciado sus mejores años! ¡Había sofocado el fuego que ardía en su alma! ¡Pudo haberse avivado ese fuego, magnífico y hermoso, y también habría arrancado lágrimas de asombro y gratitud! ¡Lo había destruido despiadadamente! En su alma pareció despertar el anhelo impetuoso de otros tiempos. Cogió el pincel y se acercó al lienzo. Su rostro se perló de un sudor frío; el pintor fue un solo deseo; estaba poseído por una sola idea: representar un ángel caído. Era la idea que mejor correspondía con su estado de ánimo; pero, ¡ay!, sus figuras, sus posturas, sus ideas resultaban faltas de naturalidad, amaneradas. Su imaginación y su pincel eran incapaces de pasar los límites que se había impuesto él mismo, y le hacían cometer error tras error. Había desdeñado la larga y fatigosa escala de la gradual acumulación de conocimientos y de las leyes fundamentales del arte que conducen a la grandeza.

Estaba infinitamente disgustado consigo mismo. Mandó sacar de su estudio sus últimas creaciones, realizadas sin alma: cuadros de moda, retratos de húsares, damas y consejeros de Estado... Se encerró en su habitación, dio orden de no dejar pasar a nadie, y se entregó al trabajo creativo. Se puso a trabajar con la paciencia de un aprendiz. Pero, ¡ay!, qué insulso era su pincel. La ignorancia de las reglas fundamentales lo obligaba a detenerse a cada paso. Era incapaz de trascender los viejos mecanismos que se habían adueñado de su trazo, entibiando su ímpetu. Se habían convertido en un insuperable obstáculo para su imaginación. El pincel volvía a

las viejas formas, las manos tomaban una misma posición, la cabeza no se permitía una postura original, los pliegues de los vestidos se negaban a amoldarse a la nueva actitud del cuerpo. Y Chartkov lo sentía. «¿Alguna vez tuve talento? —se preguntó—. ¿O me engañaba a mí mismo?».

Dicho esto, fue en busca de sus viejas obras, las que había creado con pureza, sin pizca de codicia, en su mísera isla Vasílevski, alejado de la sociedad, de los placeres y de todas las ambiciones. Se acercó a los cuadros y los contempló con atención mientras recordaba su vida anterior, tan miserable.

—Sí que tenía talento —murmuró desesperado.

En todos los sitios descubrió vestigios y testimonios de ello.

De repente, un estremecimiento recorrió su cuerpo. Cruzó la mirada con unos ojos fijos, clavados en él. Era el asombroso retrato que había comprado en Schukin. Todo aquel tiempo había estado oculto tras los cuadros de moda y se le había olvidado por completo. Ahora, al sacar los retratos y los cuadros modernos que llenaban su estudio, aparecía junto a sus obras de juventud. Al recordar la extraña historia del retrato, al recordar que este extraño retrato era, en cierto modo, la causa de su transformación, al recordar que el capital recibido de un modo tan milagroso había despertado la ambición que echó a perder su talento, casi se vuelve loco de rabia. Mandó, inmediatamente, sacar fuera el odiado retrato.

Pero eso no bastó para calmar su conmoción interna. Se conmovió en lo más hondo de su ser y conoció el pavoroso martirio del talento que se esfuerza en dar más de lo que puede. Este tormento, que estimula al joven y hace brotar en él lo sublime, tortura en vano al que ya es demasiado viejo para tan ardiente sed de producir. Es entonces cuando un hombre es capaz de cometer cualquier atrocidad. Se apoderó de él una terrible envidia, que rayaba en la locura. Se volvía loco rabioso al ver una obra de talento: sus dientes rechinaban mientras lo devoraba con una mirada furiosa. Se despertaron en su alma las más infernales intenciones, y se lanzó a ejecutarlas con frenesí. Compró lo mejor que se producía en el mundo del arte. Adquiría un cuadro de precio elevado, lo llevaba a su habitación y, con la furia de un tigre, se

arrojaba sobre él y lo rompía en mil pedazos; después lo pisoteaba entre jubilosas carcajadas. Su enorme fortuna facilitaba la satisfacción de este deseo satánico. Ningún monstruo ignorante destruyó más obras maestras que este furioso loco vengador.

Cuando asistía a una subasta, los demás abandonaban toda esperanza de conseguir una obra de arte. Parecía que la ira del cielo había enviado al mundo aquel horrible monstruo hecho hombre para privarlo de toda armonía. Esta horrible pasión, hostil al mundo, le dio a su rostro un extraño color bilioso. Parecía haber encarnado ese horrendo demonio que Pushkin ha descrito de un modo ideal [89] . De su boca salían únicamente frases venenosas y ásperas críticas. Sobrevolaba las calles como una arpía y todos sus conocidos trataban de evitarlo al verlo de lejos, pues su encuentro bastaba para arruinarles el día. Afortunadamente para el mundo y para el arte, una vida así de tóxica no dura mucho. Sus pasiones eran monumentales en comparación con sus flacas fuerzas. Los ataques de rabia se hicieron constantes y terminaron en una enfermedad terrible. Lo atacó una fiebre altísima seguida de una tisis fulminante que acabó con él en tres días, durante los cuales, además, aparecieron todos los síntomas de una locura incurable. A veces, varios hombres no bastaban para sujetarlo. Se le aparecían los vivos ojos del extraño retrato. Y padecía terribles accesos de rabia. Veía en las personas que rodeaban su cama horrendos retratos que se duplicaban. Le parecía que todas las paredes estaban cubiertas de retratos que le clavaban su viva mirada inmóvil. Estos cuadros terribles le miraban desde el techo y desde el suelo; la habitación se ensanchaba y se extendía hasta lo infinito para dar cabida a un número cada vez más grande de ojos fijos. El médico que se había comprometido a asistirle y conocía de oídas su extraña historia se empeñó en averiguar la misteriosa relación entre las alucinaciones que padecía y los acontecimientos que tuvieron lugar en su vida. Pero no lo consiguió. El enfermo nada comprendía, nada sentía, a no ser su tormento. Lanzaba incoherencias y terribles gritos. Por fin, exhaló el último suspiro en un último y mudo estallido de dolor. Su cadáver tenía un aspecto terrible. No encontraron nada de sus fabulosas riquezas. Cuando descubrieron los trozos de las obras de arte, cuyo valor ascendía a millones, comprendieron el uso que había hecho de ellas.

83 Véase nota pág. 75.

84 Personaje del relato popular Bova Koralevich, la adaptación rusa de Boeve de Haumtone o Bevis de Hampton.

85 Representaciones de personajes populares y muy apreciados por el pueblo ruso.

86 Esta calle era conocida por ser el lugar de residencia de los artistas petersburgueses.

87 Las palabras del viejo profesor son una pulla en contra de George Dawe (1781-1829), un pintor inglés que se convirtió en el retratista favorito de los aristócratas de San Petersburgo.

88 La primera es protagonista de la novela Corina o Italia, de Madame de Staël; la segunda es una ninfa de las aguas protagonista de Ondina, de Friedrich de la Motte Fouqué; la última es Aspasia de Mileto.

89 Se refiere al poema El demonio (1823).

APÉNDICE [90]

▪

90 La segunda parte de «El retrato» fue traducida por Juan López-Morillas y publicada por Alianza Editorial (1998, primera edición). Los originales de las variantes de redacción (digitalizados) de «La nariz» y «El capote» fueron consultados en la Biblioteca de la Casa Museo Nikolái Gógol, en Moscú.

EL RETRATO

SEGUNDA PARTE

UNA multitud de coches, calesas y berlinas se hallaba estacionada a la entrada de una casa en la que se celebraba una subasta. En venta estaban los bienes de uno de esos ricos amantes del arte que se pasan toda la vida en feliz indolencia rodeados de sus céfiros y cupidos y que, sin culpa suya, se ganan el renombre de mecenas de las artes, gastándose gozosamente en cuadros los millones acumulados por sus prudentes padres y, a veces, por sus propios esfuerzos anteriores. Como es sabido, esos mecenas son ahora una especie extinta y hace ya tiempo que nuestro siglo XIX ha asumido la fosca faz de un banquero que solo goza de sus riquezas cuando las ve, traducidas en cifras, en un papel que tiene ante sus ojos. El largo salón estaba lleno de una abigarrada muchedumbre de visitantes atraídos como buitres a la carroña. Entre ellos figuraba un batallón entero de traficantes rusos de las Galerías Gostini Dvor y aun del rastro de la capital, ataviados en sus levitas alemanas de color azul oscuro. En este ambiente su aspecto y expresión parecían mostrar a la vez más firmeza y circunspección, libres de ese empalagoso servilismo que caracteriza al comerciante ruso en su elemento natural, cuando en su tienda aguarda al cliente. Aquí se movían sin embarazo alguno, a pesar de que mezclados con ellos en ese mismo salón figuraban muchos nobles ante quienes de ordinario se doblegarían y humillarían sin el menor escrúpulo. Aquí se mostraban enteramente desembarazados, tocando y manoseando los libros y cuadros queriendo averiguar la calidad de la mercancía y pujando descaradamente contra sus aristocráticos expertos. Aquí había un gran número de esos pertinaces asistentes a subastas que a diario acuden a alguna de ellas en vez de desayunar: había peritos aristocráticos, que se consideraban obligados a no perder jamás la ocasión de aumentar sus colecciones y que no tenían otra cosa que hacer entre las doce y la una; y, por último, aquí se veía asimismo a esa gente bien nacida, de raída vestimenta y escuálidos bolsillos,

que a diario se presenta en tales sitios, impulsada no por el afán de un provecho material, sino con el solo objeto de ver cómo termina todo aquello, quién es el que paga más, quién es el que paga menos, quién sobrepuja a quién y quién se queda con qué. La mayoría de los cuadros estaban desparramados a la buena de Dios; con ellos andaban revueltos muebles y libros que ostentaban aún los ex libris de sus anteriores propietarios, quienes por lo visto habían carecido de esa loable curiosidad que les habría empujado a escudriñar su contenido. Jarrones chinos, marmóreos tableros de mesa, mobiliario antiguo y moderno de redondos contornos adornados de grifos, esfinges y garras de león, dorados y sin dorar, candelabros, lámparas de petróleo..., todo ello amontonado sin orden ni concierto, como lo habría estado en una tienda. El visitante se enfrentaba con un caos de las artes. Por lo común, las subastas nos causan impresiones desagradables: en ellas todo parece recordarnos un cortejo fúnebre. Las salas en que tienen lugar son siempre lóbregas; las ventanas oscurecidas por montones de muebles y cuadros permiten solo el paso de leves rayos de luz, los rostros taciturnos y la voz sepulcral del subastador, cerrando las ventas con el golpe de su martillo y entonando el canto fúnebre de las cuitadas artes. Traídas y acumuladas aquí de tan extraña guisa..., todo ello se conjura para realzar el efecto, ya de por sí extraño y penoso, de tales ocasiones.

La subasta estaba, al parecer, en pleno auge. Un gran número de personas sumamente respetables se habían adelantado y pujaban más y mejor. Por todas partes se oían los gritos de: «¡rublo, rublo, rublo!», y, antes de que el subastador hubiera tenido tiempo de repetir las ofertas de la multitud, estas ya se habían cuadruplicado. Los presentes pujaban por un retrato que no podía menos que impresionar a cualquiera que tuviera el menor conocimiento de pintura. En él se advertía claramente el pincel de un maestro. El retrato, por lo visto, había sido restaurado en varias ocasiones y representaba los rasgos trigueños de un individuo de raza asiática en amplia túnica, con una expresión rara y singular, pero lo que más asombraba a los que lo miraban era la extraordinaria vivacidad en los ojos, exactamente igual a los de un ser vivo. El espectador tenía la impresión de que cuanto más fijamente los miraba, tanto más hondamente se clavaban en él. Esta extraña cualidad, esta extraordinaria fijeza cautivaba a casi todos los presentes. Muchos

habían cesado de pujar porque las ofertas habían alcanzado ya sumas increíbles. Solo quedaban dos conocidos aristócratas y coleccionistas, cada uno empeñado en quedarse con el retrato a toda costa. Fueron acalorándose y probablemente habrían elevado el precio a alturas inconcebibles si uno de los allí presentes no hubiese anunciado de pronto:

—Permítanme que interrumpa la puja un momento. Porque quizá tengo más derecho a este cuadro que cualquier otra persona.

Al instante la atención de todos quedó enfocada en el que había dicho esas palabras. Este era un joven delgado de unos treinta y cinco años, pelo negro y rizado. Su rostro agradable, de expresión franca y desembarazada, era reflejo de un espíritu ajeno a las vanidades mundanas; su atavío no revelaba aspiración alguna a la moda; todo en él delataba el verdadero artista. Y, en efecto, este era el artista B., conocido personalmente de muchos de los allí presentes.

—Creerán ustedes que lo que digo es extraño —agregó viendo la atención con que todos le miraban—, pero, si se dignan ustedes a escuchar mi breve historia, quizá verán que tengo razón en decir lo que dije. A juzgar por todos los indicios, estoy seguro de que este es el retrato mismo que vengo buscando.

Los rostros de todos los presentes se animaron con natural curiosidad, y el subastador mismo, boquiabierto, pareció congelarse con el martillo en el aire y se dispuso a escuchar. Al comienzo del relato muchos seguían volviéndose para mirar el cuadro, pero, a medida que ese relato se iba tornando más cautivante, todos los ojos quedaron fijos en el narrador.

—Todos ustedes conocen esa parte de la ciudad que se llama Kolomna. Allí todo es diferente de lo que es en otras partes de San Petersburgo: no es ni la capital ni la provincia; cuando una persona entra en Kolomna se diría que le abandonaron todos sus deseos y aspiraciones juveniles. Aquí el futuro no entra para nada, aquí reinan el silencio y el retiro y aquí puede uno refugiarse del bullebulle de la ciudad.

»Entre los que aquí vienen a residir figuran funcionarios públicos

jubilados, viudas, gentes de recursos modestos que tienen conocidos en el Senado y, por consiguiente, se han condenado a pasar casi toda su vida en ese lugar; cocineros que han superado sus años de servicio y pasan el día entero circulando por el mercado chismorreando con el portero en su cuchitril y comprando una ración diaria de cinco kopeks de café y cuatro kopeks de azúcar, y, por último, todo ese conjunto de gente a la que cabe calificar de cenicienta, gente cuyo atavío, cara, pelo, ojos tienen el mismo matiz sombrío de uno de esos días en que no se ven en el cielo ni nubes ni sol, sino algo enteramente impreciso: una neblina que posa sobre todos los objetos y borra sus contornos. A esa gente cabe agregar acomodadores de teatro jubilados, consejeros titulares jubilados, oficiales jubilados —viejos servidores de Marte con un ojo de menos y una cicatriz en el labio—. Estos individuos tienen siempre un aspecto impasible: caminan sin mirar a diestro y siniestro, en silencio, sin pensar en maldita la cosa. En sus viviendas no se encontrará nada que pueda considerarse como "bienes"; a lo más puede haber una botella de puro vodka ruso, del que monótonamente toman sorbos todo el santo día sin sentir nunca esa subida de la sangre a la cabeza causada por una mayor absorción del alcohol, como la que experimentan esos jóvenes artesanos alemanes, gallardos adalides de la calle Meschánskaia, cuando campean por las aceras a altas horas de la madrugada después de su juerga dominguera.

»La vida en Kolomna es atrozmente tranquila: raras veces se ve un vehículo, salvo alguno cargado de actores, el cual, con su tintineo y estruendo, quebranta el silencio general. Este es territorio del transeúnte; si se ve un coche de punto, lo más probable es que circule sin pasajeros, portador únicamente de heno para alimentar a su barbado jamelgo. Se puede alquilar un apartamento por cinco rublos mensuales, incluido el café del desayuno. Las viudas que aquí viven de sus pensiones constituyen el estamento social más empingorotado; se conducen con esmero, a menudo barren sus habitaciones y gustan de conversar con sus amigas acerca del terrible precio de la col y la carne de vaca; junto a ellas figura por lo general una hija joven, criatura callada y modosa, a menudo de agradable aspecto, un perrito malévolo y un reloj de pared cuyo péndulo emite un tictac melancólico. Tras ellas vienen los actores, cuyos ingresos no les permiten mudarse de Kolomna, gente libre

como toda la de su linaje que vive solo para el placer. Sentados por doquier en sus batas, limpiando una pistola, pegando trozos de cartón para hacer de ellos algún chisme útil para la casa o jugando a las damas o a las cartas con algún amigo que esté allí de visita, y pasando las veladas exactamente igual que las mañanas, pero con el único aditamento de beberse de vez en cuando un vaso de ponche de ron.

»Después de estos que son la flor y la nata de la aristocracia de Kolomna, viene la gente común y corriente. Esta es tan difícil de clasificar como la innumerable variedad de insectos que engendra el vinagre viejo. Allí se encontrarán ancianas que beben; ancianas que rezan y beben; ancianas que subsisten por medios misteriosos, arrastrando como hormigas trapos y ropa vieja desde el puente de Kalinkin hasta el rastro, donde esperan vender todo aquello por quince kopeks; o, dicho de otro modo, los desperdicios de la humanidad, cuya mísera condición le sería muy difícil mejorar al político más filantrópico.

»Me refiero a ellos aquí para mostrar la frecuencia con la que gente de esta especie se ve forzada a buscar alguna fuente repentina de ayuda momentánea, recurrir a préstamos, lo que trae a la zaga la aparición entre ellos de un género especial de usurero, quien, con la seguridad de una prenda, les prestará pequeñas cantidades de dinero a intereses descomunales. Estos mezquinos usureros son a menudo más insensibles que sus más descollantes colegas, porque operan en un ambiente mucho más duro y pobre que el que encontrará cualquier rico prestamista, cuyos negocios afectarán solo a gente que circula por la ciudad en carruajes. Así pues, en sus corazones queda pronto extinguido cualquier rescoldo de sentimientos humanitarios.

»Entre esos usureros había uno..., pero necesito para señalar aquí que el incidente que voy a relatar tuvo lugar en el siglo pasado, más precisamente en el reinado de nuestra difunta Soberana, la emperatriz Catalina II. Como ustedes comprenderán, tanto el aspecto exterior de Kolomna como su vida interior han cambiado notablemente desde entonces. Así, pues, entre esos usureros había uno de carácter digno de nota en todo respecto, y residente en esos lugares desde hacía largo tiempo. Vestía una amplia túnica de corte

asiático; su tez morena delataba su procedencia meridional, pero cuál era su nacionalidad de origen —hindú, griega o persa— nadie podía asegurarlo. Su altura, su recia complexión, sus rasgos faciales atezados, hundidos, macilentos, de un feo matiz, sus ojos grandes de brillo inhabitual y sus cejas enmarañadas y colgantes le diferenciaban notablemente de los grises habitantes de la ciudad. Incluso su casa era completamente distinta de las otras casitas que la rodeaban. Era un edificio de piedra del estilo que los comerciantes genoveses introdujeron en gran número tiempo atrás, con ventanas irregulares que no casaban entre sí, cierres metálicos y cerrojos.

»Este prestamista se distinguía de los otros representantes de su oficio en que era capaz de facilitar absolutamente a cualquiera la cantidad que requiriese, desde las mendigas más necesitadas a los derrochadores habituales de la corte imperial. Ante su casa se detenían los más elegantes carruajes, y por sus ventanillas se podía vislumbrar la cabeza exquisita de alguna dama de alta sociedad. Corrían rumores de que tenía baúles de hierro repletos de riquezas incontables, joyas y toda clase de objetos valiosos en calidad de prendas, pero que por algún motivo carecía enteramente de la avaricia propia de los prestamistas. Prestaba dinero de buen grado, ofreciendo lo que se consideraban condiciones muy favorables para su restitución. Pero por alguna rara manipulación de la aritmética siempre lograba conseguir exorbitantes intereses con sus préstamos. O así, por lo menos, se rumoreaba. Y, sin embargo, lo más extraño de todo y lo que provocaba el asombro general era la mala suerte que amenazaba a sus deudores: todos ellos, sin excepción, acababan mal. No se sabe con certeza si esta era sólo una creencia general, una patraña absurda y supersticiosa o una deliberada calumnia. Hubo, no obstante, uno o dos ejemplos impresionantes e inequívocos que acontecieron ante los ojos de todos en un breve espacio de tiempo.

»El joven vástago de una de las más encumbradas familias aristocráticas de aquel tiempo se había atraído la atención general, habiendo alcanzado ya considerable prestigio en el servicio del Estado y demostrado ser un ardoroso defensor de todo lo que es verdadero y noble, un amante de todas las creaciones del arte y del genio humano y dando amplias pruebas de ser un futuro mecenas.

Pronto se ganó el beneplácito de la propia Soberana, quien le asignó un alto cargo por medio del cual podía rendir grandes beneficios a la cultura y el bienestar generales. El joven noble se rodeó de artistas, poetas y eruditos. Aspiraba a dotarles de trabajo e inspiración. Se comprometió a contribuir con sus propios recursos a la creación de un gran número de publicaciones útiles, encargó una multitud de obras, patrocinó certámenes como vías de estímulo, gastando enormes cantidades de dinero en todos estos proyectos e incurriendo, como consecuencia, en apuros económicos. Pero, impulsado por su magnanimidad, se resistía a renunciar a tales actividades, explorando todo arbitrio para recabar fondos y, finalmente, recurriendo al prestamista a que acabo de referirme.

»No bien hubo recibido este último un préstamo considerable, el joven aristócrata experimentó una completa mudanza: se convirtió en azote de la inteligencia y en acosador de los talentos prometedores. Empezó a ver algo protervo en todas las obras literarias y daba un sentido perverso a la palabra que leía. Por aquel entonces quiso la fatalidad que estallase la revolución francesa, la cual puso a su alcance los medios para llevar a cabo toda clase de malévolas fechorías. Veía propósitos revolucionarios en todo y creía ver insinuaciones sospechosas dondequiera que miraba. A tal punto llegó a sospechar de todo que con el tiempo empezó a sospechar de sí mismo, formulando denuncias injustas y terribles y sembrando el infortunio en torno a sí. Como era de esperar, la noticia de estas actividades no podía menos que llegar hasta el trono. Nuestra benévola Soberana quedó horrorizada y, motivada por la nobleza espiritual que alienta en los poderosos, pronunció un discurso cuyas palabras exactas desgraciadamente no han llegado a nosotros, pero cuyo hondo sentido ha quedado impreso en los corazones de muchos.

»Su majestad hizo notar que no es un régimen monárquico donde son suprimidos los más elevados y nobles impulsos del espíritu, ni son menos preciados o perseguidas las creaciones del genio, de la poesía y las bellas artes; antes al contrario, los monarcas han sido sus más genuinos patrocinadores; y agregaba que los Shakespeares y los Molieres de este mundo han prosperado bajo su magnánima protección, muy al contrario del caso de Dante, a quien le fue imposible encontrar un refugio en su país republicano; que los

verdaderos genios surgen cuando las naciones y sus gobernantes están en la cumbre de su poder y gloria, y no cuando se ven entorpecidos por una deplorable agitación política o un terrorismo republicano, factores ambos que no han traído al mundo a un solo poeta; que deberíamos ensalzar a los poetas y a los artistas, porque son capaces de inculcar en el espíritu de otros la paz y una serena tranquilidad, y no alboroto y perturbación; que los eruditos, poetas y todos los artistas son perlas y diamantes en la corona imperial, y como tales enaltecen la belleza y aumentan el esplendor de la época de un gran soberano.

»Mientras pronunciaba estas palabras, el esplendor de su majestad rayaba en lo divino. Recuerdo que los ancianos no podían comentar las palabras de la emperatriz sin derramar lágrimas. Todos se sentían afectados en alguna medida. Será siempre motivo de gloria para nuestra nación que el corazón ruso se inclina siempre a favor de la víctima del infortunio. El noble que había traicionado la fe depositada en él era castigado y expulsado de su cargo. Pero cabía percibir un castigo aún más terrible en el semblante de sus compatriotas: el desprecio absoluto y universal en que estos le tenían. No hay palabras que puedan describir el sufrimiento que ello provocaba en sus engreídos espíritus; su lastimado orgullo y sus fallidas esperanzas se combinaron para acabar con sus vidas en accesos de horrible demencia y delirio.

»Todo el mundo observó asimismo otro caso sorprendente que afectó a una dama de gran belleza —de la que nuestra metrópoli septentrional podía envanecerse por el gran número que de ellas había en aquel entonces—, pero esta sobrepasaba con mucho a todas las demás. Encarnaba una portentosa fusión de nuestra hermosura norteña con los climas meridionales, una joya de raro esplendor. Mi padre solía decir que en su vida había visto mujer alguna que con ella pudiera compararse. Parecía resultar una venturosa fusión de todo: riqueza, inteligencia y afectuoso carácter. Tenía una multitud de adoradores, el más notable de los cuales era el príncipe R., el mejor y más noble de los jóvenes, sumamente apuesto y dotado de los impulsos más generosos y caballerescos. Era algo así como el ideal de una mujer tomado de una novela, una especie de Grandison [91] en todos los respectos. El príncipe R. estaba locamente enamorado y era correspondido con idéntica pasión.

Pero los parientes consideraban que el noviazgo era desigual. El príncipe había perdido su mayorazgo hacía tiempo, su familia había descendido en la escala social y el lamentable estado de su hacienda era conocido por todos. De pronto el príncipe abandonó la capital durante algún tiempo, y volvió al cabo rebosante de riqueza y esplendor. Organizaba bailes y festejos espléndidos y llegó a ser conocido en la corte. El padre de la hermosa dama empezó a mirarle con creciente beneplácito, y la ciudad disfrutó de un deslumbrante enlace. De dónde provenía la inaudita riqueza del novio era algo que nadie podía elucidar, pero se murmuraba que este había negociado algún contrato con el misterioso prestamista y recibido de él un préstamo. Pero fuera lo que fuese, el matrimonio se convirtió en la comidilla de la ciudad. Tanto el novio como la novia eran objeto de la envidia general. Su mutuo amor, ardoroso y constante, era conocido de todos, como también el largo tiempo que se les había obligado a esperar y los elevados méritos de ambos contrayentes. Mujeres de ferviente fantasía pensaban de antemano en el gozo paradisiaco de que disfrutaría la joven pareja. Sin embargo, las cosas estaban destinadas a seguir un rumbo enteramente diferente. En el transcurso de un solo año se operó un cambio terrible en el marido. Su carácter, hasta entonces noble y afable, se alteró con el veneno de la sospecha y los celos, de la intolerancia y la insidia. Convirtiose en un tirano y verdugo de su esposa y —algo que nadie habría vaticinado— recurrió a los actos más execrables, llegando incluso a atacarla a latigazos. Al cabo de un año nadie habría podido reconocer en ella a la mujer que solo poco tiempo antes había difundido tanto gozo y había tenido tan gran multitud de adoradores. Por último, incapaz ya de soportar su miserable suerte, fue la primera en proponer la cuestión de un divorcio. La mera mención de ello provocó en el marido una horrible furia, impulsado por la cual irrumpió en la habitación de su esposa cuchillo en mano, y sin duda le habría dado muerte si no le hubieran sujetado. En un arranque de desesperación volvió el cuchillo contra sí mismo y acabó con su vida en atroz agonía.

»Además de estos dos casos, que tuvieron lugar ante los ojos de todos, se relataban otros muchos que afectaban a personas de las clases inferiores, casi todas las cuales cometieron actos inicuos. Hombres que hasta entonces habían sido honrados y enemigos del alcohol se dieron a la bebida; un dependiente de comercio robó a su

patrón; un cochero, que durante años se había ganado la vida honradamente, asesinó a un pasajero por unos cuantos kopeks. Tales incidentes, que nunca se contaban sin añadirles algunos detalles más o menos verídicos, no podían menos de provocar el terror entre los modestos habitantes de Kolomna. Nadie dudaba de que el usurero era el agente de algún poder siniestro. Se rumoreaba que las condiciones que imponía eran tan horrendas que la infortunada víctima jamás se atrevía a transmitirlas a ninguna otra persona; que su dinero tenía una propiedad magnética, que las monedas se ponían al rojo vivo y mostraban señales extrañas... en otras palabras, se contaban toda suerte de ridículas historias.

»Pero lo más notable era que el vecindario entero de Kolomna, todo ese hormiguero de ancianas pobres, funcionarios de baja categoría, cómicos de la lengua, en suma, toda la caterva de la que hablamos antes, prefería sobrellevar las peores privaciones a recurrir a este maligno prestamista; más aún, se referían casos de mujeres casi muertas de hambre que preferían mortificar sus cuerpos a destruir sus almas. Las gentes sentían un pavor instintivo cuando tropezaban con él en la calle. Los transeúntes retrocedían con cuidado y se quedaban largo rato mirándole pasar, viendo su talle extrañamente desmesurado desaparecer a lo lejos. Su aspecto exterior era ya de por sí tan extraordinario que la gente estaba convencida de que bajo él se ocultaban energías sobrenaturales. Esos rasgos sorprendentes, tallados tan profundamente en su rostro como jamás se veían en ninguna otra persona, su tez de reluciente bronceado, sus cejas sobradamente hirsutas, sus ojos intolerablemente flameantes, incluso los pliegues de su amplia túnica asiática... todo ello parecía pregonar que las pasiones de un ordinario ser humano palidecían en comparación con las pasiones que ardían en ese pecho. Al encontrarse con él, mi padre se quedaba siempre plantado y exclamaba: "¡el diablo, el diablo mismísimo!", pero ahora debo presentarles a ustedes a mi padre, que es el verdadero protagonista de esta historia.

»Mi padre era un hombre notable por muchos conceptos. Era uno de esos pocos artistas, una de esas maravillas que solo la casta matriz de Rusia puede producir: un pintor autodidacto, sin maestros ni escuelas, reglas o preceptos, guiado únicamente por un afán de perfección y respondiendo a principios quizá desconocidos por él

mismo, siguiendo el sendero que su propia alma le señalaba, uno de esos prodigios de la naturaleza rechazados desdeñosamente como ignorantes por sus contemporáneos pero a quienes no arredra ni la crítica ni el fracaso; antes bien, extraen de ambos nuevo afán y nueva energía, y dejando atrás, lejos de sí, aquellas obras que han sido causa del desdén de que han sido objeto. Poseía un hondo instinto para descubrir el significado esencial de cualquier objeto; era capaz de entender el verdadero sentido de la expresión "pintura histórica"; comprendía cómo una sencilla cabeza, un simple retrato de Rafael, Leonardo, Tiziano o Correggio podía llamarse pintura histórica, y por qué un cuadro enorme sobre un tema histórico no pasaría de ser un tableau de genre, no obstante las pretensiones del artista a la pintura histórica. Tanto un sentimiento íntimo como un convencimiento personal guiaron su pincel hacia los temas cristianos, al nivel supremo y final de lo sublime en el arte. Carecía por completo del engreimiento y la irritabilidad que pervierten el genio de tantos artistas. Era hombre de carácter firme, probo e íntegro, incluso basto, de rudo aspecto y, no obstante, de cierto orgullo interior, habituado a expresar su opinión de otras personas en términos que eran indulgentes a la vez que ásperos.

»—¿De qué vale escucharles? —solía decir—. Al fin y al cabo no trabajo para ellos. No pinto cuadros para sus salones, sino para las iglesias. Los que me entienden me lo agradecerán, los que no, rezarán a Dios en todo caso. A un hombre de mundo no se le puede censurar por no comprender el arte; si sabe jugar a las cartas, si sabe algo de vino y caballos, ¿qué más necesita saber? Más aún, si se le ocurriera hacer pinitos en cosas de arte y empezar a echárselas de intelectual llegaría a ser inaguantable. Cada cual a lo suyo; que cada uno de nosotros siga la vía que más le convenga.

»—En cuanto a mí —decía—, siento mayor respeto hacia el hombre que dice sencillamente que no entiende que hacia aquel otro que adopta actitudes hipócritas, pretendiendo saber lo que no sabe y confundiendo las cosas aún más.

»Se contentaba con los honorarios modestos, pidiendo solo el dinero que necesitaba para el mantenimiento de su familia y para proveerse de lo que precisaba para su trabajo. A mayor abundamiento, nunca, por ningún motivo, se excusaba de ayudar a

otros o tender una mano en ayuda de un colega artista; profesaba la sencilla y piadosa fe de sus mayores y acaso fuera por ello por lo que podía comunicar a sus retratos de santos el semblante verdaderamente sublime que alude a los pintores más brillantes y talentosos; por último, por el uniforme mérito de su labor y su firme apego a la vía que había escogido, comenzó a granjearse el respeto incluso de aquellos que antes le habían tachado de ignorante y tosco aficionado. Recibía continuamente encargos para las iglesias y nunca le faltaba trabajo. Uno de estos encargos le interesó de modo especial. Ya no recuerdo precisamente cuál era el tema. Solo sé que le obligaba a representar en alguna parte del cuadro al espíritu de las tinieblas. Durante largo tiempo estuvo cavilando sobre qué imagen darle; quería encarnar en su rostro todo lo que es opresivo, todo lo que agobia al ser humano. Durante las cavilaciones cruzaba a veces por su mente la imagen del misterioso prestamista, y no podía menos que pensar: "Ése es el individuo que querría tener por modelo para mi diablo". Figúrense ustedes su sorpresa cuando un día, mientras trabajaba en su taller, oyó llamar a la puerta y esta se abrió para dar paso al terrible usurero. Sintió un íntimo escalofrío y una convulsión le sacudió todo el cuerpo.

»—¿Eres el artista? —preguntó, sin preámbulos, el visitante a mi padre.

»—Lo soy —respondió mi padre perplejo, atento a lo que vendría después.

»—Bien. Pinta mi retrato. Es muy probable que muera pronto, y no tengo hijos; pero no quiero morir del todo, quiero vivir. ¿Puedes pintar un retrato tan bueno que parezca que respira?

»Mi padre se dijo para sus adentros: "¿Qué más se podría pedir?". Ha venido y se ha ofrecido como diablo para mi cuadro. Dio su palabra. Se pusieron de acuerdo en cuanto a la hora y los honorarios, y al día siguiente, paleta y pincel en mano, mi padre se presentó en casa del cliente. El patio, todo él rodeado de una valla, las puertas y contraventanas de hierro, las ventanas arqueadas, los baúles cubiertos de tapetes exóticos y, por último, el propio amo de la casa sentado inmóvil delante de él le causaron una extraña impresión. Los antepechos de las ventanas estaban, como de propósito, tan abarrotados de objetos que las ventanas mismas solo

daban entrada a la luz por una ranura en su parte superior. “¡Que me lleve el demonio si ésta no es la luz adecuada para su rostro!”, exclamó mi padre para sí, y puso afanosamente manos a la obra, como temeroso de que la luz tan propicia no fuera a durar mucho. “¡Qué pujanza!” —se repetía—. Si mi retrato llega a captar la mitad de la energía que el modelo manifiesta en vida, dará al traste con todos mis santos y ángeles; palidecerán junto a él. ¡Qué potencia diabólica! Si puedo lograr siquiera la sombra de un parecido, la figura saltará del cuadro. ¡Qué rasgos tan extraordinarios!”, se repetía constantemente, al par que un entusiasmo crecía cuando empezó a ver que algunos de los rasgos tomaban forma en el lienzo. Pero cuanto más refinaba esos rasgos tanto más agudamente sentía, sin causa aparente, una agobiante ansiedad. No obstante, se sobrepuso a esa ansiedad a fin de reproducir con precisión literal todo matiz de semblante y expresión. Su mayor atención la concentró en los ojos. Esos ojos despedían tanto vigor que habría parecido imposible llevarlos al lienzo. Ni corto ni perezoso, sin embargo, decidió captar cada uno de sus rasgos y matices de expresión, penetrar su misterio... Pero no bien hubo empezado a explorarlos con el pincel cuando su espíritu sintió una repugnancia tal, una opresión tan extraña, que tuvo que interrumpir su tarea durante un rato. Finalmente, no pudo ya soportar aquella sensación, se le figuraba que los ojos le abrazaban el alma y le hacían sentir terrores incomprensibles. Al día siguiente la alarma fue en aumento y al tercer día se agudizó aún más. Sintió miedo, tiró el pincel y declaró sin más que no podía continuar. Al oír estas palabras, el siniestro prestamista reaccionó del modo más extraño. Se arrojó a los pies de mi padre y le imploró que terminase el retrato, afirmando que su destino entero y su existencia mundana dependían de ello; que mi padre había conseguido ya captar con su pincel sus rasgos esenciales y que si lograba representarlos en su totalidad su vida se conservaría en virtud de la fuerza sobrenatural del retrato, que gracias a ello no moriría del todo, sino que seguiría viviendo en el mundo. Mi padre se sintió sobrecogido de espanto al oír esas palabras; tan extrañas y terribles sonaban en sus oídos que arrojó al suelo sus pinceles y su paleta y huyó a toda prisa de la habitación

»Todo ese día y toda esa noche estuvo sumamente agitado a consecuencia de lo ocurrido, y a la mañana siguiente recibió el

retrato del prestamista de manos de su mujer, la única persona que seguía como criada en casa de este, quien declaró sin más que su amo no quería el retrato, no lo pagaría y se lo devolvía. Esa misma noche se enteró de que el prestamista había muerto y que se estaban haciendo los preparativos para darle sepultura según los ritos de la religión. Todo ello le trastornó mucho. Al mismo tiempo se produjo una notable alteración en su propio carácter: se sentía acosado por una inquietante sensación cuyo motivo no acertaba a descifrar. Y poco después hizo algo que nadie habría esperado de él. Durante algún tiempo el trabajo de uno de sus discípulos había venido llamando la atención de un pequeño grupo de peritos y amantes del arte. Mi padre siempre había dado cuenta del talento de su discípulo, y por consiguiente había seguido su trabajo con especial atención. De pronto empezó a tenerle envidia. El interés y los comentarios que causaba la obra de ese pintor se le hicieron intolerables. Finalmente para colmo, se enteró de que su discípulo había sido invitado a pintar un cuadro para una iglesia rica y recién restaurada. Esto era más de lo que estaba dispuesto a aguantar. "No, no voy a permitir que ese mocoso se lleve el triunfo" —anunció—. "¡No te apresures, muchacho, a restregar en el suelo la cara a tus mayores. Gracias a Dios, aún tengo fuerzas bastantes. Ahora veremos quién es el primero en morder el polvo!".

»Y ese hombre recto y honrado se rebajó al punto de intrigar de todos los modos posibles y recurrir a las asechanzas de toda especie de que antes había abominado; por medio de sus intrigas consiguió que se organizara un concurso cuyo centro sería el retrato, truco que le sirvió para que otros pintores presentaran sus obras. Él, por su parte, se encerró en su taller y se puso a trabajar febrilmente. Era como si quisiese poner en ello toda su energía, verter en la obra todo su ser, y, en efecto, logró crear uno de sus mejores cuadros. Nadie dudaba de que el premio sería para él.

»Otros cuadros fueron presentados en el concurso y, comparados con el suyo, eran como comparar la noche con el día. Entonces uno de los miembros del jurado, eclesiástico, si no me equivoco, hizo un inesperado comentario crítico que cogió a todo el mundo por sorpresa. "El cuadro de este artista demuestra sin duda gran talento —dijo—, pero no hay santidad en esas caras; al contrario, hay algo demoníaco en sus ojos, como si el pincel hubiera sido guiado por

una influencia maléfica". Al mirar más atentamente el cuadro todos los presentes se vieron obligados a aceptar el juicio del crítico. Mi padre se acercó corriendo a su cuadro, como para juzgar por sí mismo la justicia de tan ofensivo comentario, y se dio cuenta con horror de que efectivamente había trasladado a casi todas las figuras los ojos del usurero. Y esos ojos le miraban con un vigor tan demoníaco y destructor que le produjo un escalofrío involuntario. El cuadro fue rechazado y con gran disgusto suyo vio que el premio fue concedido a su discípulo.

»No hay palabras que puedan describir su furia cuando volvió a casa. Estuvo a punto de atacar a mi madre, echó a sus hijos de allí, rompió sus pinceles e hizo añicos el caballete, arrancó de la pared el cuadro del prestamista, pidió un cuchillo y mandó que se hiciera fuego en la chimenea, con intención de hacer pedazos el cuadro y quemarlos. Ocupado estaba en esta tarea cuando un conocido suyo entró en el taller, un pintor como él, hombre jovial, siempre contento, nunca atribulado por vagas aspiraciones, trabajando siempre en cuanto le deparaba la suerte y nunca mejor dispuesto que cuando se sentaba ante una buena comida o estaba de parranda con sus amigos.

»—¿Qué estás haciendo? ¿Qué es lo que piensas quemar? —preguntó, acercándose al retrato—. ¡Pero, chico, esta es una de tus mejores obras! Ese es el prestamista que murió hace poco. ¡Vamos, hombre, el parecido es perfecto! Su propia imagen, y más que si estuviera vivo. Incluso en vida sus ojos no te miraban así.

»—Bueno, ahora veremos qué aspecto tienen en el fuego —dijo mi padre aprestándose a arrojarlo a las llamas.

»—¡Alto ahí, por Dios santo! —gritó su amigo sujetándole—. Mejor será que me des a mí el cuadro si te parece tan ofensivo.

»Al principio mi padre se resistió a aceptar la propuesta, pero por fin lo hizo y su jovial amigo se llevó el retrato, muy contento de su nueva adquisición.

»Tan pronto como se marchó su amigo mi padre se sintió mucho más tranquilo. Era como si el hecho de que se hubieran llevado el retrato le hubiese quitado un gran peso de encima. Él mismo se dio

cuenta de la malicia y envidia de que había dado muestra y del cambio de su carácter. Recordando su comportamiento se entristeció y se declaró arrepentido:

»No, esto debe ser un castigo de Dios; merezco que se me avergüence con lo de mi retrato. Lo pinté con el propósito de destruir a un colega pintor. Un sentimiento diabólico de envidia guio mi pincel, y sin duda ese influjo diabólico se puso de manifiesto en mi retrato.

»Inmediatamente salió en busca de su antiguo discípulo, le abrazó afectuosamente y le pidió perdón; en suma, hizo cuanto fue posible por remediar su mala conducta anterior. Su trabajo recobró su previo ritmo tranquilo, pero su rostro asumió un aspecto meditabundo. Dedicaba más tiempo a la oración, se mostraba más taciturno que de costumbre y no expresaba opiniones con respecto a otras personas tan libremente como antes; la brusca vertiente de su carácter pareció endulzarse. Poco después recibió otro duro golpe. Durante mucho tiempo no había visto al amigo que le había pedido el retrato. Pensando estaba en visitarle cuando de buenas a primeras el amigo se presentó en su taller. Tras un breve cambio de chirigotas el visitante anunció:

»—Pues, amigo, tenías bastante razón para querer quemar ese retrato. ¡Que el demonio me lleve si no hay en él algo extraño!... No creo en la brujería, pero, dígase lo que se quiera, en él reside una fuerza maligna...

»—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó mi padre.

»—Pues que desde el momento en que lo colgué en mi cuarto empecé a sentir algo así como una opresión... como si estuviera pensando en asesinar a alguien. Jamás en mi vida he padecido de insomnio, pero ahora no solo me resulta difícil dormir, sino que también tenía unas pesadillas que... y ni siquiera sé si eran sueños u otra cosa: sentía como si me sofocara un espíritu malévolo, y no cesaba de ver la imagen de ese maldito viejo. La verdad es que no puedo describir mi estado de ánimo. Todos esos días iba y venía como un loco, acosado por el miedo y un presentimiento funesto. Me sentía incapaz de decir una palabra sincera o alegre a nadie; era como si alguien me estuviese espiando continuamente. Y tan pronto

como regalé el retrato a un sobrino mío que me lo venía pidiendo sentí como si me hubiera quitado un gran peso de los hombros. Al momento recobré mi buen humor, como puedes ver. ¡Sí, amigo mío, tú diste vida al diablo!

»Mi padre escuchó con atención reconcentrada y preguntó al cabo:

»—¿Conque ahora es tu sobrino quien tiene el retrato?

»—¡Pues no! ¡Tampoco él pudo aguantarlo! —respondió el amigo jovial—. Se diría que el alma del viejo prestamista se ha apoderado del retrato: salta fuera del marco y va y viene por la habitación; y las cosas que me contaba mi sobrino me parecen sencillamente incomprensibles. Yo hubiera pensado que se había vuelto loco si a mí no me hubiese sucedido lo mismo. Vendió el cuadro a un coleccionista; este tampoco quiso quedarse con él mucho tiempo y seguidamente se lo pasó a otra persona.

»Este relato causó una honda impresión en mi padre. Se tornó de veras meditabundo, se sintió poseído por la melancolía, convencido por fin de que había servido de instrumento al diablo, de que parte de la fuerza vital del prestamista se había trasladado, en efecto, al retrato y oprimía ahora a la gente, provocando diabólicas alucinaciones, pervirtiendo a los artistas, afligiéndolos con el horrible tormento de la envidia, etcétera, etcétera. Las tres tragedias que por entonces afectaron a la familia —las muertes repentinas de su esposa, su hija y un hijo pequeño— las consideró como sentencia divina contra él, por lo que sin más decidió apartarse del mundo.

»No bien hube yo cumplido los nueve años, negoció mi ingreso en la Academia de Bellas Artes, y, después de liquidar todas sus deudas, partió para un lejano monasterio, donde a su debido tiempo ascendió al pleno monacato. Allí maravilló a todos sus hermanos con el rigor de su vida y el puntual cumplimiento de todas las reglas monásticas. Cuando el abad se enteró de que había sido un notable pintor, le encargó que pintara el icono principal de la iglesia. Pero el humilde hermano se excusó diciendo que era indigno de volver a tomar el pincel, que había sido mancillado, que lo primero que tenía que hacer era purificar su espíritu mediante el trabajo y el más exigente autosacrificio, a fin de poder ser una vez más digno de emprender semejante labor. No se le apremió, y por propia decisión

acrecentó hasta el máximo el rigor de su régimen monástico; sin embargo, hasta esto se le antojó que era demasiado leve e insuficiente. Recibió la bendición del abad para irse al yermo, a fin de estar completamente solo. Allí construyó una choza de troncos y ramas, se alimentaba de raíces crudas, acarreaba piedras de un sitio para otro, permanecía inmóvil, con los brazos en alto, desde la salida hasta la puesta de sol recitando sus oraciones. En suma, diríase que quería someterse a toda prueba de aguante y alcanzar ese último grado de negación de sí mismo que solo esperamos hallar en la vida de los santos.

»De este modo mortificó su carne durante varios años, manteniéndola solo con la fuerza vivificante de la oración. Por fin regresó un día al monasterio y dijo con firmeza al abad: “Ahora estoy preparado. Si Dios me ayuda, llevaré a cabo la labor que se me designa”. El tema que escogió para su cuadro fue el de la natividad de Cristo. Trabajó en ello durante todo un año sin rebasar jamás los límites de su celda, compartiendo apenas el frugal condumio monástico y entregándose enteramente a la oración. Al cabo de un año quedó terminado el cuadro. Era, sin duda alguna, un milagro de arte. Aunque ninguno de los monjes ni el abad eran peritos en bellas artes, quedaron atónitos ante la asombrosa santidad de las figuras. El semblante de humildad y mansedumbre divinas en el rostro de la madre de Dios al inclinarse sobre su hijo, la profunda sabiduría en los ojos del niño divino, que parecía mirar a lo lejos, el silencio solemne de los magos, admirados ante el divino milagro y arrodillados a sus pies, y, por último, la santa inefable quietud que reflejaba todo el cuadro, todo ello representado con tan concorde belleza y tan poderoso colorido que su efecto era punto menos que mágico. Todos los hermanos cayeron de rodillas ante el nuevo icono, y el maravillado abad declaró: “No. Un cuadro como este no puede haber sido pintado por un hombre impulsado solo por el arte humano; una fuerza sagrada y superior ha guiado tu pincel, y la bendición del cielo se derrama por tu obra”.

»Por ese tiempo terminé yo mis estudios en la Academia, donde obtuve la medalla de oro y con ella la excelente expectativa de un viaje a Italia —sueño de todo pintor de veinte años—. Solo me quedaba despedirme de mi padre, a quien no había visto desde

hacía doce años. Confieso que incluso su imagen se me había borrado de la memoria. Algo había oído de la austeridad y santidad de su vida, y estaba preparado para encontrarme con alguien con cara enjuta de ermitaño, apartado de todo lo de este mundo, salvo su celda y sus oraciones, agotado y marchitado por el continuo ayuno y vigilia. ¡Y cuál no sería mi sorpresa cuando vi ante mí un patriarca beatífico y espléndido! Su rostro no mostraba huellas de mortificación y brillaba con el resplandor de algo divino. Su barba blanca como la nieve y su fina, casi etérea, cabellera del mismo matiz argénteo caían vistosamente sobre su pecho y los pliegues de su negro balandrán, y llegaban casi hasta el cordón que rodeaba la cintura de su austero hábito monástico. Pero lo más notable para mí fue oír lo que tenía que decir acerca del arte, palabras e ideas que sé que mi espíritu retendrá largo tiempo y que sinceramente deseo que fueran escuchadas por mis colegas en las labores artísticas.

»Te he estado esperando, hijo mío —dijo cuando me llegué a él para recibir su bendición—. Estás a punto de entrar por la senda que tu vida habrá de seguir en adelante. Es una senda pura la que has escogido, y no debes apartarte de ella. Tienes talento; el talento es el don más preciado que Dios concede; no lo derroches. Observa y estudia todo lo que veas, somételo todo a tu pincel, pero aprende a buscar en todas las cosas su íntimo sentido, y sobre todo trata de desentrañar el gran misterio de la creación. ¡Bienaventurados aquellos pocos que han sido elegidos para gozar de ese secreto! Para ellos ningún objeto de la naturaleza es vil. El creador y artista se manifiesta en las cosas mínimas de modo tan evidente como en las importantes; en su trabajo lo desdeñoso no muestra huellas de desdén, porque el espíritu hermoso del creador lo penetra invisiblemente; y lo desdeñoso, habiendo pasado por el tamiz de su espíritu, ha recibido su más eminente expresión. Para el hombre todo arte lleva en sí una intimación, de lo divino, del paraíso celestial, y en virtud de ello, y solo en virtud de ello, trasciende todo lo que es materia. Una gran obra de arte es más excelsa que todas las cosas terrenas, por lo mismo que el reposo divino es más excelso que toda la vanidad terrena, o que la creación es más excelsa que la destrucción, o que un ángel, por la inocencia misma de su alma esplendorosa, es más excelso que todo el poderío y la desmesurada vanidad de Satanás. Sacrifica al arte todo lo que tienes y ámalo de todo corazón. El amor no es la pasión entremezclada

con la concupiscencia mundana, sino la serena pasión divina; sin ello el hombre es incapaz de elevarse por encima de lo terrenal ni puede articular esos maravillosos sonidos que le confortan y consuelan. Porque es para traer consuelo y paz a todos los seres vivientes para lo que una gran obra de arte baja a este mundo. No puede permitir que el alma se queje descontenta, sino que la ensalza en una eterna plegaria armoniosa hacia Dios. Hay momentos, sin embargo, en la vida del hombre...

»Ahí se detuvo, y noté que su rostro radiante se oscureció, como si sobre él hubiera pasado una nube.

»—Hubo un momento de esa índole en mi vida —dijo—. Ni siquiera hoy día puedo comprender quién era la extraña criatura cuyo retrato pinté. Era sin duda un fenómeno diabólico. Bien sé que el mundo rechaza la existencia del diablo y, por lo tanto, no voy a hablar de él. Diré solo que la pinté con repugnancia y que no sentí el menor apego a mi trabajo. Traté de dominar esa sensación de repugnancia y pintar esa figura tal como era. Aquello no era una obra de arte, y por ese motivo las emociones que provoca en quienes la contemplan son de desasosiego y malestar. No son las emociones de un artista, porque un artista proyecta tranquilidad incluso cuando se siente dominado por su propia ansiedad. Me dicen que este retrato ha ido pasando de mano en mano, sembrando la inquietud, fomentando en el artista un sentimiento de envidia, de sombría hostilidad hacia su prójimo y un deseo malsano de perseguir y oprimir. ¡Que el Todopoderoso te guarde de pasiones tan horribles! No hay nada peor que ellas. Más vale sufrir el dolor de la más atroz persecución que descargar sobre otro la menor sombra de ella. Cuida de la pureza de tu espíritu. El que goza de la bendición del talento debe mantener la mayor pureza de espíritu. Mucho de lo que a sus prójimos se les puede perdonar no se le perdonará a él. El que sale de su casa engalanado en un claro y festivo atavío necesita solo recibir de un carruaje una leve salpicadura de fango para que todo el mundo le rodee, apuntándole con el dedo y comentando su falta de limpieza en tanto que esa misma gente no advertiría una multitud de manchas más grandes todavía en el atavío ordinario de otros transeúntes. Porque las manchas no se notan en los vestidos de diario.

»Me dio su bendición y me abrazó. Nunca en mi vida me había sentido tan arrebatado y conmovido. Con una reverencia superior a todo afecto filial me apreté contra su pecho y besé su larga y plateada cabellera. Las lágrimas me bañaban los ojos.

»—Quiero pedirte que me cumplas un ruego, hijo mío —dijo cuando estábamos a punto de despedirnos— puede suceder que algún día veas el retrato de que te he hablado. Lo reconocerás al momento por lo extraordinario de sus ojos y su inhumana expresión. Te pido que, a toda costa, lo destruyas...

»Como ustedes mismos pueden ver, era natural que yo le jurase que llevaría a cabo su ruego. Durante los últimos años no he encontrado nada que ni remotamente se parezca al cuadro descrito por mi padre, hasta que he visto esto en la subasta hoy...».

En ese momento, sin terminar la frase, el artista volvió los ojos a la pared para mirar de nuevo el retrato. Su ademán fue secundado por todo el grupo de oyentes, quienes, como un solo hombre, se volvieron a mirar el retrato extraordinario. Pero con gran asombro de todos el retrato ya no estaba en la pared. Un murmullo acalorado cundió al momento entre la muchedumbre, y la palabra «robado» se oyó también con claridad. Mientras la atención de los oyentes había estado concentrada en el relato, alguien se había llevado el cuadro. Durante algún tiempo después de ello ninguno de los asistentes a la subasta estuvo seguro de haber visto realmente esos ojos extraordinarios, o de si aquello había sido tan solo una quimera que había aparecido fugazmente ante sus ojos, fatigados como estaban de mirar durante tanto tiempo cuadros antiguos.

▪

91 . Héroe de la novela del inglés Samuel Richardson, Historia de Sir Charles Grandison, personaje que es un dechado de perfección física y moral. La novela tuvo un éxito extraordinario en Rusia. (N. del T.).

VARIANTES DE REDACCIÓN

EN las siguientes variantes de redacción pueden apreciarse las modificaciones que realizó Gógol en busca de una mayor expresividad. Algunos cambios son significativos. Los dos primeros finales de «La nariz» (el que permaneció inédito y el que fue publicado en la prensa), por ejemplo, son menos extensos que en la versión definitiva, donde Gógol da un tratamiento más amplio a lo que antes apuntó casi de paso. En el primer borrador, por lo demás, el narrador arruina el cuento al introducir una explicación racional al precioso sinsentido de la nariz errante, pues confiesa que todo había sido un sueño del comandante Kovaliov. Por fortuna, Gógol descartó este final. En la segunda versión ya no explica que se trata de un sueño e introduce el cuestionamiento irónico de su propio relato, aunque de manera menos perfecta que en la versión definitiva. El inicio de «El capote» también es menos extenso que en su última versión. Hay, asimismo, un par de diferencias significativas. La primera, que Gógol elimina, ya sea por evitar problemas con la censura o con intención de lanzar una pulla, la referencia al nombre del departamento en el que trabajaba Akaki Akákevich; la segunda, que el narrador de la primera versión no recuerda el apellido del funcionario, mientras que en la versión definitiva hace un juego de palabras con el apellido Bashmachkin.

LA NARIZ

Final del primer borrador (descartado por Gógol)

Cada día acudían más curiosos. Estos hechos fueron acogidos con regocijo por los caballeros asiduos de las veladas de sociedad, tan aficionados a distraer a las damas con historias curiosas, cuyo repertorio se encontraba por entonces agotado. Sin embargo,

muchas personas escuchaban esto con disgusto. Un hombre con una condecoración de estrella decía, muy indignado, que no comprendía que se propalaran tales infundios, tan absurdos, en nuestro siglo ilustrado, y que le sorprendía que el gobierno no prestara atención a ello. Al parecer, este señor era de los que quieren implicar al gobierno en todo, hasta en los pleitos diarios con la esposa. Todos estos rumores eran conocidos por el asesor colegiado, a saber cómo, pues prácticamente no salía de su habitación y no permitía que nadie entrara; no salía a ningún lado, ni siquiera al teatro a presenciar algún vodevil, ya ni siquiera jugaba al Boston ni veía, incluso, a su gran amigo Yarishkin. En un mes se puso tan flaco y descarnado que parecía más muerto que vivo... Sin embargo, todo lo que he contado hasta aquí fue un sueño. Cuando el comandante despertó se puso tan contento que saltó de la cama y corrió hacia el espejo. Al ver todo en su lugar, se lanzó a bailar una mezcla de cuadrilla y mazurca por todo el cuarto, en mangas de camisa. Cuando Iván, su criado, asomó la cabeza para ver lo que hacía su amo, este le gritó: «¡Lárgate!». «¿Qué buscas aquí?». Se vistió en un instante, se sentó en la cama, y gritó: «¡Hey, Ivan!». —«¿Qué desea el señor?». —«¿Ha preguntado por el comandante alguna chica guapa?». —«No, señor». —«¡Hum!» —dijo el comandante Kovaliov, y se miró, sonriendo, en el espejo.

LA NARIZ

Final publicado en la revista El Contemporáneo

(descartado por Gógol para la edición en libro)

Después de esto, de una manera extraña y bastante inexplicable, sucedió que la nariz del comandante Kovaliov apareció de nuevo en su lugar. Esto ocurrió a principios de mayo, no recuerdo si el 5 o 6. Al despertarse, tomó el espejo y vio que la nariz estaba donde debía estar: entre sus dos mejillas. Asombrado, dejó caer el espejo en el piso y se palpó con los dedos para comprobar si de verdad tenía nariz. Al asegurarse de que era exactamente su nariz, y no otra cosa, saltó de la cama en mangas de camisa y comenzó a bailar por

todo el cuarto una mezcla de mazurca, contradanza y tropaka. Luego ordenó que lo vistieran, se lavó la cara y se afeitó la barba, que ya estaba tan larga que podía usarse de vestido. En un par de minutos pudo verse al asesor colegiado en la avenida Nevski, mirándolo todo con alegría. Muchos notaron, incluso, que estaba comprando una cinta para una condecoración en Gostini Dvor. A saber por qué, pues no ha recibido ninguna condecoración.

¡La historia es muy extraña! No entiendo nada, absolutamente nada. ¿A qué viene esto? ¿Por qué? Estoy seguro de que más de la mitad de la historia es inverosímil. No puede ser, de ningún modo, ¡que una nariz ande de uniforme y tenga, incluso, el rango de consejero de Estado! ¿Cómo se le ocurrió a Kovaliov que podía anunciar el caso de su nariz en los periódicos? Y no lo digo porque me parezca un robo el costo de los anuncios por palabra, es una nadería, y yo estoy lejos de ser una persona tacaña. ¡Pero es que resulta indecoroso, muy indecoroso, no está bien!, ¡inconsistencias, puras inconsistencias! —Y el barbero Iván Yákovlevich, que de repente apareció y luego desapareció, no se sabe a cuenta de qué ni por qué razón. Lo confieso, no logro entender por qué me puse a escribir esto. En general, ¡no entiendo por qué a los autores les da por escribir tales historias! ¿A dónde nos lleva esta novela? ¿Cuál es su propósito? ¿Qué demuestra? No entiendo nada, absolutamente nada. Digamos, pues, que para la fantasía no existen límites, que no se rige por ninguna ley. Por otra parte, es verdad que ocurren algunas cosas por completo inexplicables en el mundo. Pero ¿la nariz de Kovaliov? ¿Por qué Kovaliov? No, no lo entiendo, no consigo entenderlo. Para mí es tan inexplicable que yo... No, esto no puede entenderse.

EL CAPOTE

Inicio del primer borrador de la novela (descartado por Gógol)

Novela sobre un funcionario a quien le roban el capote

En el departamento de Impuestos y tasas, que, sin embargo, a veces

se conoce como departamento de trucos sucios y sin sentido, no porque de verdad haya maldad, él, sino porque a los funcionarios y a los oficiales militares no les gusta dar las gracias. En ese departamento, pues, trabajaba un funcionario muy bajo, calvo, con apariencia de ciego, de color rojizo y picado de viruelas, que se desempeñaba intachablemente. En aquel entonces aún no salía un decreto para que los funcionarios llevaran uniforme. Llevaba un frac color pan, de los llamados kovrishka. Él estaba muy satisfecho con el rango de consejero titular. No tenía planes para ascender a asesor colegiado ni esperanzas de aumento de sueldo. Era lo que se dice una buena mascota y lo que se conoce como un hombre bien intencionado. A decir verdad, casi nunca se le oía decir una mala palabra, ni una buena. Vivía plenamente dedicado a su labor, y la disfrutaba. Por eso casi nunca se ponía atención. Se afeitaba, incluso, sin espejo. En el frac siempre llevaba alguna pluma, y tenía un arte especial: al caminar por la calle siempre pasaba debajo de una ventana justo cuando arrojaban basura. Y por eso llevaba siempre en el sombrero alguna cáscara de melón, de sandía, o de cualquier otra cosa parecida. Pero había que verlo cuando copiaba, sentado en su escritorio. En su cara se reflejaba el gozo. Tenía sus letras favoritas y cuando daba con ellas se ponía eufórico. Siempre llegaba antes que nadie. Si no había nada que copiar se ponía a coser las hojas o reparaba las plumas. Cumplía celosamente con su deber en beneficio de la patria, pero a pesar de esto se le tenía poco respeto: los funcionarios jóvenes se burlaban de él y le tiraban papelitos en la cabeza, diciendo que eran copos de nieve. Los más viejos le arrojaban los papeles y le ordenaban: «ponte a copiar». Los guardias no se levantaban de sus asientos cuando pasaba. Ganaba cuatrocientos rublos al año. Con este salario comía algo parecido a una sopa y algún trozo de carne que apestaba a cebolla, se tumbaba en un estrecho cuartucho en la calle Svechni y cosía él mismo sus botas y ponía parches en sus pantalones, siempre en el mismo lugar. A decir verdad, no recuerdo su apellido.

TABLA DE RANGOS

En 1722, en tiempos de Pedro I, fue publicada la «Tabla de rangos», documento que determinaba tanto el sistema de rangos como el orden de la promoción en las carreras civil y militar.

RANGOS MILITARES DE TROPAS TERRESTRES	RANGOS CIVILES
I. Generalísimo. Capitán General	Canciller
II. General de artillería, infantería y caballería	Consejero Secreto de Número
III. Teniente general	Consejero Secreto
IV. General mayor	Consejero Civil de número
V. Brigadier	Consejero Civil (de Estado)
VI. Coronel	Consejero Colegiado
VII. Teniente coronel	Consejero de Provincia
VII. Mayor (Comandante)	Asesor Colegiado
IX. Capitán	Consejero Titular
X. Capitán ayudante	Secretario Colegiado
XI. Teniente mayor	Secretario del Senado
XII. Teniente	Secretario de la Provincia
XIII. Subteniente	Registrador del Senado
XIV. Alférez	Registrador Colegiado

Títulos originales de las obras:

Nos. Zapiski sumashédshego. Shinel. Nevski prospekt. Portret

Edición en formato digital: 2017

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-3723-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com